



*Memoria  
de Alcántara*



## D. CARLOS CALLEJO SERRANO Y LA REVISTA «ALCÁNTARA»

**E**n la biografía de Carlos Callejo Serrano (Barcelona 1911-Cáceres 1993) hay determinadas fechas que deben señalarse aquí y ahora en este recuerdo con el que celebramos el primer centenario de su nacimiento. Una es la de su llegada a Cáceres en 1943 para ocupar, procedente de destinos anteriores, la Jefatura de Líneas de Telégrafos, donde se asentará definitivamente. Es en Cáceres donde, al tiempo de su ejercicio como ingeniero telegrafista, va a desarrollar prácticamente toda la ingente actividad investigadora y de creación literaria que le acreditan como una de las figuras «necesarias» de la cultura en Extremadura del pasado siglo. La vasta obra científica que nos ha legado y que produjo al margen de cualquier tutela académica oficial, abarca los campos más diversos. Donde más pródigos se han manifestado los frutos de esta tarea es en el ámbito de la historia y el arte –la prehistoria y la arqueología preferentemente junto a sus auxiliares la numismática y la epigrafía– de Cáceres y de Extremadura y alcanza su expresión más contundente e intensa en el descubrimiento, estudio, difusión y validamiento de la «Cueva de Maltravieso» que, según es bien sabido, contiene una de las más relevantes estaciones paleolíticas de arte rupestre de todo el suroeste peninsular. «La colección monetaria del museo de Cáceres» (1957), «La cueva prehistórica de Maltravieso, junto a Cáceres» (1958), «El monasterio de Guadalupe» (1958), «El origen y el nombre de Cáceres» (1962), «Fichas de arqueología extremeña» (1964), «Monedas romanas de Monroy» (1965), «Nuevo repertorio epigráfico de la provincia de Cáceres» (1970), «Las cuevas del calerizo de Cáceres» (1974), «Simbología funeraria romana de la alta Extre-



*Don Carlos Callejo Serrano*

madura» (1977), «Los orígenes de Cáceres» (1980), «Paladines sin suerte: los conquistadores extremeños» (1983)... son solo una pequeña muestra del rico caudal de trabajos que tuvieron cabida en las páginas de prestigiosas revistas de especialidad españolas y extranjeras, entre las cuales debe consignarse «Alcántara» de la que fue asiduo colaborador y director según se dirá más adelante. Y todavía habrán de añadirse sus incursiones en otras áreas muy diversas como la botánica, la entomología, la micología, la filatelia y el ajedrez («El ajedrez romántico», 1951; «Ropaloceros en Extremadura», 1974; «Apuntes para un catálogo lepidopterológico», 1977...) que revelan las preocupaciones y aficiones de Carlos Callejo y hablan de su enorme curiosidad intelectual, de su afán de conocimiento y de su infatigable laboriosidad. Tuvo tiempo también para la creación literaria en prosa y en verso, y tanto sus novelas («La estela del albatros», 1943; «El lobo negro», 1951; «Hablan las calaveras», 1953; «La cuarta estrella», 1958 y «Abeto azul», 1960) como su poemario «Rapsodia virginal» (1959) ponen de manifiesto la vocación humanística que preside la totalidad de su obra y su vida.

Inmediatamente de su asentamiento en Cáceres se hace hueco entre el grupo de inquietos intelectuales (Tomás Martín Gil, Fernando Bravo y Bravo, José Canal Rosado y Jesús Delgado Valhondo) que inspiran y fundan en 1945 «Alcántara» para «recoger el movimiento literario extremeño» en expresión de uno de sus promotores. El encuentro con la revista no se hace esperar y, así el 15 de octubre de 1946 en los números 5-6 de año II aparece su primera colaboración: «NUNQUAM», un poema. Esta es la fecha reseñable a partir de la cual la pluma de Carlos Callejo va a compartir espacio en sus páginas con las de Pedro Caba, Eugenio Frutos, Pedro de Lorenzo, José María Valverde, Pedro Romero Mendoza, Antonio Rodríguez-Moñino, Alfonso Albalá, Miguel Muñoz de San Pedro, M. A. Ortí Belmonte..., entre otros nombres «imprescindibles» en la historia de la cultura extremeña.

En fin, una tercera fecha destacable es 1970 en que la Excelentísima Diputación Provincial de Cáceres le encomienda la dirección de «Alcántara». Los nueve años de dedicación intensa al frente de «Alcántara» suponen también la renovación de la revista que protagonizan escritores (José María Bermejo, Miguel Serrano, Enrique Louzado, Víctor Chamorro, Luis Álvarez Lencero, Manuel Pacheco...) junto a profesores e investigadores que se incorporan en ese momento a la vida de la ciudad para poner en marcha el gran proyecto de los estudios universitarios (Enrique Cerrillo Martín de Cáceres, Ángel Rodríguez Sánchez, Gonzalo Barrientos Alfageme, Eustaquio Sánchez Salor, María del Mar Lozano Bartolozzi...) y de otros ámbitos académicos y de la cultura aportando savia nueva.

Las páginas que siguen y que conforman este librito son expresión clara de la simbiosis que forman Carlos Callejo Serrano y «Alcántara». Contiene el conjunto de aportaciones de muy variada naturaleza con que Carlos Callejo contribuyó a la vida de nuestra revista; una gavilla de artículos, reseñas, notas de varia erudición, relatos y poemas exponentes de su pensamiento y de sus sentimientos. Y su edición unitaria ahora pretende reavivar el recuerdo de su figura en este Primer Centenario de su nacimiento, en correspondencia a tanta generosidad.

Teófilo González Porras



## NUNQUAM

Lasciate ogni speranza  
ALIGHIERI

Ni en esta vida ni en la otra... ¡Nunca!  
Ene, U, Ene, Ce, A...  
Nunca jamás he de volver a verte;  
nunca jamás a verme volverás...

Sortilegio de horror que los dioses no vieron  
ni el terrible Arihman consiguió imaginar:  
tu cadáver y el mío volando encadenados  
al Zenith y al Nadir en su eterno rodar.

Una puerta de acero  
cuya llave hace tiempo tragó el mar;  
un terrible *lasciate* a cada lado  
y un infierno hacia aquí y otro hacia allá:  
La tremante tiniebla que te aguarda,  
la atroz ceguera que en mi busca va.

Hallarnos algún día  
vernos una vez más:  
Imposibles más grandes que la Nada,  
pozos más hondos que la Eternidad.

Tu y yo: ápex y antiápex,  
Más y Menos de un campo fantasmal;  
vacío de galaxias que se alejan  
por el negro infinito sideral...

Nuestro beso fundióse en el pasado  
dejando en su lugar  
una mar sin orillas y sin fondo  
y un Maelström de horrendo gurgitar,  
y un gran buitre que aúlla en las alturas:  
¡Ene, U, Ene, Ce, A...!

CARLOS CALLEJO.



## Bécquer, Príncipe de Poetas

Por CARLOS CALLEJO

**G**USTAVO Adolfo Bécquer no muere, ni se agota ni se pasa de moda. Sobre los jardines de su lírica ha pasado el galope de cuatro generaciones, las más inquietas y revolucionarias que se hayan dado en el ámbito literario jamás. Han surgido profetas y heresiarcas, renovadores y ácratas de la poesía, se han levantado torbellinos de estéticas nuevas; mas al disiparse la polvareda de estas invasiones, el vergel becqueriano permanece intacto y en plena fragancia, cuando ya son escoria y hojarasca todas sus glorias contemporáneas.

Como todos los genios, Bécquer escapa a las clasificaciones. Nacido a las letras en las postrimerías del Romanticismo, es corriente verlo catalogado como poeta romántico. En realidad, esta escuela literaria no puede reivindicarlo como exclusivamente suyo. Bécquer es un romántico moral, en el sentido de sensible elevación y misticismo juvenil que puede tener esta palabra, pero esto no implica que sea un jinete más de la cabalgata que encabezó Schlegel. La prueba de que nuestro poeta sobrepaja al Romanticismo, viene suministrada por el hecho de que sus obras persisten en el almanaque de las Letras en una época en que aquella tendencia literaria es solo un empolvado recuerdo de nuestros bisabuelos.

Bécquer no es sólo un romántico porque es un artista en lo eterno. Su poesía tiene tanto clasicismo como si estuviera forjada en las fraguas de la época imperial. Nacido en el siglo XVI; Gustavo Adolfo hubiera sido seguramente un afortunado compendiador de San Juan de la Cruz y Garcilaso.

Es corriente que cuando se menciona el nombre del vate sevillano, algunas personas que se tienen por enteradas de la cosa literaria, alcen benévolamente las cejas y compongan un rostro tolerante como al decir «Bah... todos hemos tenido veinte años...» Esta es otra equivocada catalogación de los exclusivistas. Ciertamente, Bécquer es el poeta de los veinte años: él ha esculpido en divinos versos la edad de oro de la vida, esa época en que el espíritu abre sus capullos y la sangre adquiere esencias inmanentes. La edad del primer amor y del primer desengaño. La edad de la pureza y la generosidad, la de los santos y los héroes. Nadie cantó como Bécquer la visión del mundo en el momento en que el hombre está más cerca de ser un dios...

Pero es que nuestro poeta—definámoslo—no pertenece sólo a la juventud, como no pertenece sólo al Romanticismo. Su voz es universal en la vida como es universal en el arte y no puede encuadrarse en una tendencia ni en una edad. En las *Rimas* de Bécquer, afiles

y sencillas como flores de primavera, puede también hallar un curso de filosofía estética el hombre en el otoño de la vida, ya muy atrás las lindes de la ingenuidad y en pleno reino del sarcasmo y de la lucha, cuando fatigado piensa que en fin de cuentas, tanto farrago es estéril, pues desaparecida su figura, «de que pasó por el mundo, nadie, o casi nadie se acordará».

Se ha reprochado a la obra becqueriana su excesiva popularidad. Los autores de esta aseveración han demostrado un lamentable superficialismo. Precisamente la razón suprema de considerar a Bécquer como un artista extraordinario dimana del carácter especial de su asombrosa popularidad. El hecho de que sus versos hayan pasado por todos los labios, aun los más humildes, sin aplebeyarse, revela claramente su calidad altísima. Solamente los genios se hacen entender y adorar de todo el mundo. Algunos archimandritas de la pedantería suelen defender que el arte es solo un convite para iniciados, un rito a cultivar solo para una reducida minoría de privilegiados areopagitas. Tal vez esto sea cierto tratándose de artes mediocres, parientes del artificio y de la intrincada tramoya. El arte sublime, el arte grande, lo entiende todo ser humano, cualquiera que sea su condición intelectual porque va directamente y sin pasar por los angostos tamices del cerebro, a esa porción recóndita y no bien localizada de nuestra alma donde arde la lámpara de lo divino; es decir, lo que llamamos, a falta de otra palabra más exacta, *sensibilidad*. La poesía de Bécquer la comprende todo el mundo, como todo el mundo capta la belleza de una rosa y todo el mundo se siente subyugado ante el misterio de una noche estrellada. Las estrofas becquerianas hacen estremecer de vaga emoción a la tímida doncella enamorada, al tiempo que pasman de admiración al erudito que busca en ellas el alcaloide de la belleza.

Y es que el arte del bardo andaluz es perfecto como las obras de la Naturaleza; es arte puro, virgen de adornos y recursos, arte impalpable y traslúcido como el espacio cósmico. Si quisiéramos dar una definición empírica de la palabra *Poesía* habríamos de decir, rectificando al artista, que «Poesía es clara y simplemente, lo que escribió Gustavo Adolfo Bécquer». Las obras de otros poetas, admirables cuanto se quiera, contienen evidentemente poesía, pero no en estado de perfecta pureza, sino mezclada, adulterada con ingredientes de mayor o menor categoría estética, cuales son retórica, imaginación, acústica, filosofía cara o barata, vigor sanguíneo, alcoholismo o álgebra, según las tendencias, los tiempos y las escuelas.

Creemos que es mezquino considerar a Bécquer sólo como una lumbrera de las letras hispánicas. Su calidad de poeta humano, le coloca fuera de los límites de articulación fonética de cualquier lengua. Con paladino error se le ha equiparado a algunos poetas extranjeros que se le asemejan en la forma. Bécquer les supera infinitamente. A poco que arañemos en el espíritu de Alfredo de Musset, daremos con la pícara malicia del burgués parisién; como veremos la parda ironía de Israel asomar tras las nubes rosadas de los versos sentimentales de Enrique Heine. Sólo, tal vez, en los antípodas, po-

damos hallar la réplica del poeta ibero en aquel incorpóreo rapsoda que se llamó Rabindranath Tagore.

Los españoles podemos estar orgullosos de que viera la luz junto al Betis este gran cantor del espíritu humano. Entre la voz tonante del tempestuoso Hugo, la eufonía pastoral del dulce Marón, la erudita filocalia de Alighieri, la enervante siringa del centauro Rubén y el arpa divinal del sultán hebreo, bien podemos colocar la figura de Bécquer, si no como rey, a lo menos como Príncipe en la nación de la Belleza cantada, paladín sin mácula como Galahad en lucha contra la bestialidad del Antehombre; príncipe enlutado y triste como Hamlet, que en versos de inmortal sencillez se encara con su propia calavera para preguntarle el infinito *Por qué* de la Vida y de la Muerte...

---

---





## Sortilegio

*A Ventura Durán, la Mistral extremeña,  
maestra en Humanidades y en Gay Saber.*

Caminar por la linde de los bosques  
cuando en las cumbres se desgarran el día  
y aletean de sueño las violetas  
y suspiran de amor las golondrinas.

Dejarse deslizar de un verde lago  
por la tranquila superficie líquida  
y hundir hasta su fondo la mirada  
tras la huella ideal de las ondinas.

Descifrar, con la frente en los cristales  
de tus balcones en las noches frías  
el poema inmortal de los luceros  
que tiemblan en las órbitas perdidas...

Remontarse y volar hasta las nubes,  
descender a las más profundas simas  
en pos de los secretos insondables  
del Ser y del No Ser que nos cautivan.

Sentir, vibrar, aquilatar al fuego  
mil veces cada instante de la vida,  
y reír con los frutos encarnados  
y llorar con las hojas amarillas.

Llegar en fin a las doradas puertas  
del Reino de las almas cristalinas  
y amar al Gran Misterio cara a cara  
en un crisol de llamas infinitas...

¿Verdad, amiga, que esos son los sueños  
que laten tras tu frente pensativa  
cuando ciernen tus ojos  
azules lejanías  
y en tus labios acaso se estremece  
una vaga sonrisa?

CARLOS CALLEJO



## El superrealismo, enfermedad del arte

Por CARLOS CALLEJO

I

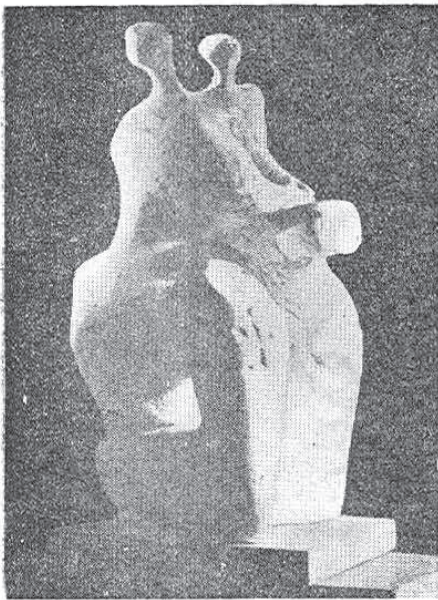
**A**CASO, lo más acertado sería continuar escribiendo en puro estilo galicizante *Surrealismo* para aludir a un movimiento que tuvo en Francia su casa solariega y su centro de irradiación y que de varias maneras desarmoniza con nuestro carácter. Por lo demás, tanto el vocablo francés como su versión castellana resultan pleonásticos para el concepto que quieren describir y al cual, de acuerdo con su propia definición, cabría mejor apellidar *Subrealismo*.

Como nadie ignora, la primera mitad del siglo XX ha presenciado una imprevista hecatombe de valores estéticos. En ciertas zonas una considerable masa de productores ha abandonado el común concepto del arte, proyectando su actividad en distintas y extrañas trayectorias, sin más nexo común—cual ocurre con la microtomía de sectas protestantes—que la mera cualidad negativa de oponerse a lo ortodoxo. Esta teoría de órbitas desorbitadas es lo que en conjunto tiende hoy a llamarse Superrealismo, en acepción lata de la palabra que, en un principio, sólo designó a una, siquiera la más conspicua, de las trayectorias dichas.

Es preciso notar que con frecuencia vienen catalogadas también bajo tal etiqueta las sanas pesquisas que ha producido nuestra época en pos de nuevas formas de concebir la Belleza inmutable. Para éstas todo aplauso y respeto es poco. Pertenecen ya a la brillante cabalgata de la cultura humana y ocupan un puesto en el rodar de la Historia. Nos apresuramos a establecer que nada les concierne de cuanto va a decirse en este modesto estudio que versará exclusivamente sobre esas aberrantes lucubraciones que solo una sociedad decadente, viciosa y neuropática ha podido admitir, y lo que es peor, exaltar.

El llamado *Arte Nuevo*, comienza al extinguirse la llamada de arteficio del que se llamó Modernismo literario, contemporáneo en lo plástico de la tendencia impresionista. Hay una época en que cualquier bohemio del Barrio Latino es capaz de ser Mesías de una nueva escuela. Descubre que la subida al Olimpo es larga y fatigosa y que el cielo no le capacitó para escalar la cúspide. ¿Para qué intentarlo? Más cómodo es fabricar una cúspide nueva paleando un simple montón de barro y sentarse encima. De esta manera nace un nuevo *ismo* al que pronto se adherirán nutridas greyes de incautos. Por un procedimiento u otro, nuestro mesías no tarda en capturar un crítico que, apartado del camino real por análogas razones, se convierte al momento en entusiasta San Pablo de las novísimas ideas, traduciendo su inanidad a incognoscible monserga pseudotécnica.

A partir de 1900, París es un gigantesco cráter que regurgita de continuo escuelas estéticas flamantes, cada una de las cuales está compuesta de infinitas negaciones sin una sola afirmación. Al *Cubismo* de Picasso y Georges Braque, sucede el *Fauvismo* de Matisse y Derain, y de éste, pasando por el célebre *Arte Negro*, llegamos al *Dadaísmo*, de Tzara y Ernst, al que suceden el *Expresionismo*, de Laurens, el *Creacionismo*, el *Ultraísmo* y demás escuelas y escuelitas que forman la polvareda parisiense, paralelas al famoso *Futurismo* de Marinetti, hoy tristemente convertido en *Pasadismo* integral. El último de estos brotes es el *Surrealismo*, preconizado en 1924 por André Bréton, que nace como interpretación estética del análisis freudiano. El uso origina después que su apellido se generalice hasta designar familiarmente al conjunto de tendencias que han renunciado a la realidad con una apostasía frenética.



«Maternidad», de J. de Oteiza

Por este laberinto de encasillados, los *artistas* se debaten y pululan pasando de una a otra escuela con tanta mayor facilidad cuanto que ninguna de ellas les opone misterio alguno. Todas tienen algo común que salta a la vista. La filosofía, si así pudiera llamarse de cada una, sería opuesta por el vértice a la de las demás. Pero todas estas sedicentes filosofías llevan escrita en su primera página un postulado común: el Absurdo. Y su frondosa producción presenta igualmente una uniforme envoltura típica: el Adefesio.

De la Poesía se suprime por primera providencia el ritmo, la eufonía, el sentimiento y la idea, convirtiéndola así en una especie de arroz con carne sin carne ni arroz. Como *sucedáneo* de aquel plato inmortal se nos sirven, con el nombre de versos, unos curiosos racimos de palabras, con todo el aire de lo que hasta ahora se ha venido llamando un logogrifo. De la Pintura quedan rotundamente eliminados el dibujo, la forma y la perspectiva. En cuanto a la Música, excluída la melodía y la armonía, se la deja en simple ruido pentagrafiado. Las reformas, como se ve, son a fondo, y de una severidad draconiana. El distintivo y lábaro de todas ellas es, sobre todo, una mortal declaración de guerra, a la Belleza, como valor caduco y decadente. Por decreto y para lo sucesivo, la reina de las flores no es ya la rosa: es la alcachofa.

Convengamos en que esta estética de pesadilla solo ha podido tener lugar en nuestro siglo Veinte apocalíptico, época de vida fácil y de muerte más fácil aún; edad en que, pánicamente fugitivo del Horror, el Yo se refugia en los sitios más insospechados, sin dete-

nerse a mirar si son nidos de golondrinas o simples cuevas de murciélagos. Este Superrealismo, o mejor Antirrealismo, es inevitable compañero cronológico del estupefaciente, la Psicopatía y las drogas mentales y quizás debería estudiarse, en pura filosofía médica, como una droga más. Es históricamente indudable que ha logrado el éxito. Pero este éxito sólo se puede concebir como un gigantesco fraude en que, a partes iguales ha intervenido la egolatría de los autores, el gregarismo y a veces miedo de ser tachados de reaccionarios por parte de los críticos, y el *snobismo* (tradúzcase en buen romance estupidez) de cierta clase de público.

La refutación de los principios pseudofilosóficos, elaborados muy *a posteriori*, en que pretende apoyarse el Superrealismo está hecha pronto y fácilmente. Intuímos y presentimos: aunque no comprendamos ni imaginemos un Orden Superior. Pero este Orden Superior sólo puede ser percibido por unos ojos inmortales. Pretender representar el misterio de lo Suprarracional en una forma plástica es anhelo pueril. Suponer que esta representación puede venir cifrada en unos torpes garabatos, es empeño aberrante que se balancea entre dos pivotes: la Locura y la Blasfemia.

## II

Pocas herejías han suministrado a sus adversarios tantos caminos para la detracción y para la sátira, aunque pocas también se hayan de tal modo arrogado la categoría de mito inviolable.

Unas de las cualidades más salientes del arte *vanguardista* es su facilidad técnica. No hacemos ahora mención de la «difícil facilidad» que proporciona el estro y que por sus maravillosos resultados dió creencia a una infusión de lo divino. Se trata de una facilidad pedestre y casera. En esta clase de arte el señor Estro no interviene para nada por ser arte que se elabora a mano: arte de artesanía, para decirlo de un modo castizo. Quienquiera que posea una pequeña dosis de ingenio y haya tan solo sumergido dos dedos en el algibe de las nuevas escuelas puede repetir con fortuna los ensayos que se le presentan como modelo. Este hecho ha dado lugar a infinidad de picanterías anécdotas que no hemos de referir, pero que suceden a diario que los consecuentes prosélitos de la secta se den por aludidos.

Si no habéis hecho en vuestra vida versos y queréis honrar a una Violante cualquiera, no os apuréis: escribidlos a estilo surrealista. Para ello solo hace falta lápiz, papel y proponérselo. Ni vues-



«Abstracción», de Juan Miró

tra Violante ni nadie conocerá jamás si aquello son versos o estornudos. Esto es precisamente lo que proporcionará a vuestro poema un delicioso matiz de misterio. En cuanto al procedimiento a seguir, hay varios buenos. Uno de ellos es recortar palabra por palabra un artículo de un periódico, mezclar los papirúnculos resultantes en una petaca e irlos extrayendo al azar y pegándolos a razón de tres o de siete o de veinticuatro por línea. También pueden elegirse por sorteo los vocablos en un diccionario. En todo caso, la única precaución a guardar es que ninguna palabra concuerde en su sentido con la siguiente ni con la anterior. Por ejemplo:

Murió.

Tic-tac.

¡A las gavias!

Este es un verso de puro estilo y perfección surrealísticos, y está garantizado contra toda exégesis. También es muy bueno

Argüía un torbellino de trasvidas

ya que los torbellinos muy pocas veces son de trasvidas y jamás se ha visto que arguyan.

La comodidad es el don de nuestro siglo. Todos sus fabulosos progresos están sintetizados en esa palabra. Comodidad para viajar; comodidad para divertirse; comodidad para matar... El artista también ha sido agraciado con este mágico don, ya que es precisamente lo cómodo lo que se ha puesto de moda. En la naturaleza hay una armonía por cada dos mil desarmonías. Se ve volar una mariposa por cada dos mil mosquitos. Hay, pues, que renunciar a lo difícil y otorgar categoría a lo fácil. Acertar con un

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

¡Poesía eres tú...!

no es tarea al alcance de todos. Dos mil veces más cómodo es escribir simplemente

Si arrancas ese botón umbilical de tu chaleco  
verás cerrarse uno a uno los ojos de las esponjas.

¿Para qué andar triscando tras un pintado lepidóptero cuando el mosquito nos entra sólo en la boca? Las preocupaciones no existen. Se acabó el tamborileo de dedos para la medida del verso o el comerse las uñas en pos de un tropo rebelde. Un ripio, en el viejo sistema, era una palabra que no venía a cuento, traída por la fuerza del consonante o la del ritmo. Como ahora ninguna palabra viene a cuento, desafío a que se averigüe qué palabras son ripios y cuáles no lo son en esa poesía.

No crea el curioso y paciente lector que contrahacemos con aviesa intención estos ejemplos. El poema del chaleco y de las esponjas es obra de un alto poeta contemporáneo y académico por

más señas. Vaya ahora un fragmento cuyo autor—conocidísimo—no mencionamos, aunque digamos que ha sido el maestro de la nueva generación poético-surrealista española. Dice así:

Corre un temblor por las calles  
eléctrico.  
Dos piernas en cruz sin cuerpo  
sobre el mármol. Cortadas por las rodillas  
dos piernas libres  
de acero.

¿Dónde?

.....  
¡Sin nadie en la Policlínica!

Admiremos el grandioso epifonema final. Pero es curioso ver que si lo arrancamos de su sitio y en su lugar escribimos «*Sin tabaco en el tranvía*» el efecto es el mismo. Y si todavía quitamos esto último y ponemos «*Cañás en la fosa ilíaca*» no perjudicamos en nada la armonía del conjunto. Esta pequeña joya valdría lo mismo que ahora vale con las terminaciones «*Pacen válvulas de lija*» o «*Patagones y sombrillas*» lo mismo que con «*Me voy a la Conchinchina*» y aun «*Doña Inés del alma mía*»... ¡Poemas con versos de recambio! He ahí una de las maravillas de la técnica moderna. Cuando Argensola escribe

Ciego: ¿es la tierra el centro de las almas?

ha coronado su soneto con un frontón que no puede ser sustituido por nada ni por nadie. Pero un poema surrealista puede llevar cien mil remates distintos y todos idóneos, de la misma manera que un *clown* puede ponerse cien mil sombreros sucesivos sin que ninguno desentone de su atuendo.

Pero esta no es la única particularidad de las escuelas modernas. Hay otro fenómeno más curioso aún. Estamos asistiendo a la creación de un idioma nuevo, una especie de esperanto poético para uso exclusivo de los «Hermanos» de esta masonería artística. Comprad cualquier revista literaria de tono juvenil u hojead un libro de versos de inspiración surrealista; no encontraréis un solo trabajo que no esté escrito en algarabía. Las palabras tienen cualquier significado excepto el suyo propio. Las imágenes son tan oscuras que solo aciertan a sugerir túneles. Y la metaforización total de lenguaje convierte la obra en un galimatías que cuesta trabajo y causa llanto suponer que esté escrito en el recio y masculino idioma de Castilla. Oigamos un trozo del campeón español del *ultraísmo*, a quien ya hemos aludido

Gloria en la excelsitud, techumbre abierta,  
escorzos de la música que pisa  
sus sesgos torbellinos de cornisa  
gozo escondido de la planta experta.

Y aún otro más

En el fondo ronca el reloj.  
El mundo está lleno de negros.  
Cielos blancos y amarillos  
me tejerán un manto parabólico.  
Mis pies serán uno solo  
y de espaldas a los ríos  
encenderé en una hoguera minera!  
este verbo alarido...

¡Esto es poesía, señores! Lástima grande que el ilustre académico no haya publicado estos versos a dos columnas, poniendo a la derecha su traducción al español para uso de los simples mortales que no *acabamos* de comprenderlos.



«Pintura», de Juan Pons

Es casi inútil cualquier rebeldía contra esto. Si, por venir así en el Libro del Destino, sois poetas, no oséis mostrar vuestros versos, por inspirados y nobles que os parezcan, en ningún sanedrín de artistas nuevos, a menos que hayáis traducido previamente vuestro trabajo al Jerigoncismo. Os lo recibirán con el compásivo diagnóstico de que está, indudablemente, muy bien, pero no puede categorizarse hoy día porque aquello no es poesía: es prosa, prosa rimada. De esta forma os enteraréis de que Anacreonte y Horacio, el Dante, *lord* Byron, Baudelaire y Juana de Ibarburu escribieron en prosa. Como el burgués de Molière, Polimnia ha venido escribiendo en prosa sin saberlo hasta 1920...

Si ahora entramos en los dominios de la Plástica nos será dado admirar bajo la etiqueta de «Escultura Abstracta» una masa amorfa que nos explican ha sido modelada con cuidado, pero que juraríamos es solo el resultado de haber arrojado violentamente cinco libras de arcilla contra la pared. El título es lo de menos. Tan adecuado resulta «Embeleso» como «Riña de gallos». Invitamos al lector a examinar lo que con el lema «*Maternidad*» ha sido presentado últimamente en una célebre exposición de Madrid... Pero ¡mucho cuidado! No parpadee usted ni alce una ceja estupefacto. Si tal hiciera, demostraría la mediocridad de su sentimiento artístico y se hallaría usted del todo incapacitado para comprender la *Estética de minorías*...

Nada es más fácil que hacer pintura moderna. Supongamos que se quiere representar «El rapto de Europa». La cosa es sencilla. Si acertáis a sentarle ante el caballete, vuestro benjamín, entre biberón y biberón, puede, armado de un pincel, hacer el boceto. Si el pintor

es soltero y no dispone de arrapiezos, tampoco debe desanimarse: coloque sobre el lienzo siete moscas bañadas en los colores del espectro y ellas, en su agonizante paseo sobre la blanca superficie, le darán hecho lo que de otro modo costaría jornadas febriles. El cuadro será estimado muy superior al de aquel pintor burgués que se llamó Rubéns y habrá costado mil veces menos trabajo. Todo consiste en enmarcarlo con optimismo y exponerlo en el más lujoso salón de la ciudad...

La dificultad más grande que acoge al que quiere disertar sobre estos temas es la de hallar un nombre que englobe a todas las tendencias antirrealistas cuando queremos reunir las en un cartapacio general para su archivo. Quizás *Arte manicomial* fuera lo más exacto. Efectivamente, el artista, huyendo del multiforme reino de lo real, aun a medio explorar, comenzó a pintar escenas de la república de los sueños. Y, cansado aún más pronto de éstos, cruzó el telón que sirve de frontera a lo bello y se adentró en la dictadura de las pesadillas, estado satélite de la vasta patria de los locos. La idiocia, está así considerada como la verdadera expresión del arte. El mejor pintor es hoy el niño de tres años, el esquizofrénico o el troglodita del Magdaleniense, de cuyas obras son una mala copia muchos de los lienzos que se ven actualmente en los salones de París, de Nueva York o de Buenos Aires. Y en cuanto a la Literatura, se va identificando cada vez más con la forma de expresión del pobre orate o del retrasado mental. Los balbuceos incoherentes de uno de estos enfermos son el mejor modelo de la moderna inspiración.



«Mujeres», de Picasso

### III

Todavía en 1930 era imposible una sátira contra la estética que entonces se llamaba de vanguardia. Como los cortesanos de aquel príncipe cuyas medias de mágico tejido solo podían ver—se decía—los sabios, permaneciendo invisibles para los ojos de los tontos, estábamos prácticamente obligados a aplaudir, y hasta a componer un gesto de admirativa bobería ante las inexistentes medias del Arte Nuevo y sus derivados. Hoy las cosas han cambiado y a una sociedad ya ahita de estupefacientes psíquicos y de espectáculos enervantes, se le puede decir sin escándalo que quizás para su incurable mal, fuera lo más cuerdo volver al buen pan y al honrado vino.



Hay que prevenirse contra la equivocación de colocar artísticamente a nuestro siglo en la misma cima donde lo está científicamente. El arte no progresa: evoluciona. Nuestro patrimonio artístico no es mejor ni más valioso que el de nuestros antepasados: es sencillamente distinto. ¿Por qué envararse en una pedantería sin base y excomulgar normas cuya vigencia es eterna? La Estética no avanza por tramos cronológicos. Pared por medio de la exquisitez plástica del antiguo Egipto hallamos los grotescos monicacos del Imperio Hetita. En el mismo territorio que presencié la deificación de la gracia y la perfección helénicas, surgió la melancolía oscurantista del Bizantino. Y al lado de las soberbias floraciones del Renacimiento fueron edificadas las ramplonerías del Rococó. ¿Qué puede llevarnos al convencimiento de que lo actual es lo mejor? El arte del siglo XX o por lo menos una parte de él servirá probablemente de irrisión a los estetas del XXI. Entonces se entrecomillará con curiosidad el que en una Exposición de Arte internacional como la reciente de Venecia, se diera el galardón máximo a un engendro de Henri Matisse. Y el hecho de que haya inteligencias—en otras disciplinas esclarecidas—que diserten sobre este arte manicomial con taladrante seriedad, solo podrá explicarse a la sazón como se explica la existencia de duquesas comunistas: por un fácil complejo de masoquismo mental.

Con toda seguridad, no habrá que esperar tanto tiempo. Cuando esta *glaciación general* de categorías estéticas se retire, y renazca la vida y el calor en una verde germinación de siemprebellas flores, serán muy pocos los nombres hoy en candelero que puedan volverse a deletrear. Uno o dos genios, triunfantes en todos los estilos, que practican plácidamente el superrealismo en una donosa burla de sus secuaces y un poco de sí mismos... (El avisado lector comprenderá que hemos mencionado a Ruiz Picasso; pero no al Picasso-payaso de los cubismos estético-políticos, sino al Picasso maestro que, para desilusión de sus pretorianos, *también sabe pintar*). Y pocos más que han tenido el talento de aprovechar algún material de aluvión en la riada futurista para entreverarlo en sus obras, plasmadas según la estética inmortal. Tal pueden serlo, como vía de ejemplo, un Maurice Denis o un Vázquez Díaz en la Pintura, o un García Lorca en la Literatura. Lo demás quedará solo al alcance de los eruditos estudiosos, si ya no es que los nietos de los millonarios americanos quieran utilizar en el porvenir para techar granjas avícolas los lienzos adquiridos en miriadas de dólares por sus abuelos.

#### IV

Hemos hecho una fría disección del Superrealismo, sin ninguna blandura ni concesión al respeto humano. No somos profesionales de la Crítica y por tanto no nos importa gritar ante quien oiga que las famosas medias del príncipe no existen. No es, pues, por semejantes motivos que declaramos que, a pesar de todo lo más arriba escrito, la Historia del Arte deberá a esta escuela energuménica alguna gratitud.

Existen estados patológicos que representan sólo una crisis necesaria en nuestro organismo. Este sale de tales dolencias regenerado, con un renovado vigor en todos sus tejidos. El Antirrealismo, pues, como tal enfermedad, debe aceptarse y en cierto modo, agradecerse. Tal vez la única frase acertada de sus varios panegiristas sea la de Ozenfant cuando lo compara a un veneno energético que nos hace más aptos para sentir la Belleza. En efecto, después de habernos purgado con unas cuantas dosis de Arte Jeroglífico nos parece hallar nuevos encantos en obras de las cuales creíamos haber exprimido ya cuanta emoción estética nos podían suministrar. Solo tras haber admirado un *cuadro* de Van Dongen, o de Juan Miró podremos apreciar hasta el fin la vigorosa plástica de Mantegna o la incorruptible honradez artística de Velázquez. Y se juraría que los sonetos del Petrarca o las rimas becquerianas cobran un no sé qué de dulce y nueva resonancia luego de haber leído las conclusiones de Apollinaire o los *versos* de Rafael Alberti y sus *inmortales* discípulos.

Esta es la órbita que en el rodar de las esferas artísticas cabe otorgar al vacío cometa futurista. Entre tanto llega su inmersión en el remoto perigeo de la Nada, consolémonos con el anuncio de la Buena Nueva que ya no puede tardar aunque acaso no la vean nuestros ojos. Llegará un bendito Día en que hará crisis la perniciosa alergia del Antirrealismo. El Arte, como un dios convaleciente se desperezará en su lecho dolorido y saltará de él más fuerte, más ágil y pleno que nunca. De un soplo quedarán barridos los templos levantados a lo Torpe, lo Estrafalario y lo Estúpido. Su majestad la Rosa, a quien Dios creó reina desde su nacimiento, recuperará su trono y la camarada Alcachofa volverá a su papel de simple hortaliza. Y si la Afrodita de Gnido no fuera ya el arquetipo de la Belleza, no será porque un enfermizo embaucador la haya sustituido por una tinaja, sino porque algún joven titán de la gubia haya logrado una interpretación aún más deslumbradora y vibrante de la Mujer, rosa de los seres animados...



## «LA AMADA INMOVIL»

C U E N T O

Dedicado a la memoria del insigne poeta mejicano Amado Nervo.

Nos hallamos en el interior de una lujosa habitación dormitorio. La tenue claridad grisácea del amanecer comienza a infiltrarse a través de los finos cortinajes que cubren el balcón. En el silencio de la madrugada se oye el ruido de una llave que penetra en una cerradura; después el leve rechinar de una puerta pesada; unos pasos muelles, pero firmes, la puerta de la propia habitación que se abre, el chasquido de un interruptor eléctrico. La estancia ha quedado inundada de luz y en ella podemos contemplar la bien puesta figura de Rafael Ibarra que regresa de una de sus nocturnas andanzas. En su rostro y su andar se reflejan el cansancio y la languidez que dejan —residuo inevitable— las horas de placer y de ruidosa alegría.

Con manifiesto desorden comienza a despojarse de sus ropas. De pronto se para dudoso: no tiene sueño aun. Tal vez es que se ha retirado más pronto de lo normal, aunque en el elegante reloj cuadrado que destaca en su mesa de noche faltan pocos minutos para las cinco. Entonces Rafael se echa un batín, pasa a una habitación contigua en la que se distingue el torneado mobiliario de un despacho y vuelve poco después con un libro cogido al azar en los anaqueles de su lujosa biblioteca. Ahora sustituye la luz difusa del alto globo por la más directa de una lámpara portátil que descansa sobre una mesita redonda. Junto a esta mesita hay un ancho sillón en el que se arrellena cómodamente. Después enciende con parsimonia un pitillo y, simultáneamente a la primera bocanada de humo abre el libro por la primera página.

Rafael Ibarra, hijo único de una distinguida y acaudalada familia, se había quedado huérfano de padre a los 22 años, antes de que el hábito del trabajo y la formación intelectual hija del estudio hubieran contrarrestado en su natural la nefasta influencia de muchos años de mimos y debilidades por parte de sus progenitores.

Acostumbrado, pues, a ejercer casi absolutamente su voluntad, este absolutismo perdió por completo el «casi» al no hallar otro obstáculo que la debilísima opinión de su madre.

Joven, de agradable figura, rebosante de salud y de dinero y sin que nadie le hubiese enseñado a mandar en sí mismo, Rafael había pasado en dos años de estudiante de Medicina relativamente aplicado a gandul impenitente; de hombre de sanas e higiénicas costumbres a empedernido calavera; de muchacho ingenuo y algún tanto romántico a hombre cínico y desengañado. Metamorfosis éstas no

raras, y hasta osaríamos afirmar que lógicas dados los antecedentes y circunstancias que ya hemos señalado.

Rafael Ibarra se encuentra en ese estado de tedio y aburrimiento en que hasta el placer material cansa; mas, no hallando con qué sustituirlo, se vuelve uno indefectiblemente a sumergir en él hasta olvidar la conciencia del propio ser. No era aún nuestro joven un perfecto canalla, un ser depravado por completo, pero puede decirse que caminaba a pasos agigantados hacia estas metas lamentables. Lo notaba él mismo en que cada vez le empalagaba más la solicitud cariñosa de su madre y los tristes reproches de su novia. Porque, aunque parezca mentira, Rafael tenía novia, un «pedacillo de novia», como él decía; una niña dulce y cándida que parecía pertenecer al grupo de aquellos seres que sólo han venido al mundo para llorar. Era un alma tan bondadosa que no tenía jamás valor para convertir sus reproches en una determinación más enérgica y siempre concluía por rendirse ante las engañosas palabras y excusas con que el joven la abrumaba en las cada vez menos frecuentes entrevistas que tenían.

En cuanto a Rafael, ni él mismo sabía cómo y para qué había conservado aquel amor puro entre la turbamulta de sus mundanos amoríos. A veces se decía que Juanita, la pobre novia abandonada ocupaba todavía sin duda un pequeño resquicio en su corazón; maravillábase de este hecho, pero no estaba muy seguro de que cualquier día no fuera deshauciada aun de este último reducto.

Tal era, descrito a largos rasgos el joven que arrellanado en su sillón y aspirando a suaves bocanadas el aroma de su tabaco egipcio, acababa de abrir—por casualidad—ante sus ojos «La Amada Inmóvil».

—¿«La Amada Inmóvil»?—se dijo al ver el título.—Ni sabía que este libro estuviera en la biblioteca... ¡Raro título! «La Amada Inmóvil»... ¿Será uno que se enamora de una estatua?...

Pasó una página y leyó:

#### OFERTORIO

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor.  
 ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!  
 Tú me diste un amor... un sólo amor,  
 ¡un gran amor!... Me lo robó la muerte  
 ...y no me queda más que mi dolor.  
 Acéptalo, Señor,  
 ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

—¡Diablo!—pensó impresionado a su pesar por la sublime y dolorosa sencillez del poeta.—No es de una estatua de quien está enamorado, sino de un cadáver...

No eran precisamente los versos el manjar literario preferido de

Rafael, pero hallaba un «algo» inexplicable en los de Nervo que le impelieron a continuar leyendo.

— No está mal, no está mal...—decíase mientras iba hojeando la trágica historia poética del vate americano.—¡Hombre! Este parece que va dirigido a mí...

¿Comprendes—tú que buscas los visibles  
transportes, las reales, las tangibles  
caricias de la hembra que se plasma  
a todos los deseos invencibles—  
ese imposible de los imposibles  
de adorar a un fantasma...

Ya hemos dicho que el joven no había perdido del todo su sensibilidad. Gracias a ello se fué interesando, sin darse cuenta, en el libro.

—¡Pobre hombre!—murmuró—¡Bien sabe expresar sus sufrimientos... y ¡quién pudiera amar así..!—añadió con cierta compasión de sí mismo, incapaz de elevarse hasta aquellas sublimes alturas.

Era llena de gracia como el Avemaría;  
quien la vió no la supo ya jamás olvidar...

De súbito, el recuerdo de su novia vino volando a su imaginación. «Llena de gracia»... A la pobre Juanita le convenía este epíteto más que a ninguna otra de las mujeres que conocía.

...y a la Fuente de Gracia de donde procedía  
se volvió como gota que se vuelve a la mar...

Otro pensamiento repentino: Si Juanita muriese... también le convendrían estos versos. ¡Bah! ¡Que tontería..! ¿Por qué había de morir?..

Rafael siguió leyendo sin poder evitar que el misterioso efluvio de aquella triste elegía se le adueñara del alma. Decidamente se hallaba en un momento débil.

—Si Juanita muriera.., no pasaría nada. (Rafael comenzó a reirse de sí mismo, aunque la risa le sonaba a algo hueco)...el mundo estaba lleno de mujeres con qué sustituirla... Claro es que Juanita algún día tendría que morir: no era inmortal; pero no tenía por qué ser precisamente ahora.

Aún siguió leyendo con interés unas cuantas poesías llenas de ese misterioso hechizo que pocos poetas en el mundo como Nervo han sabido cristalizar. Después cerró el libro y sin haber conciliado las ganas de dormir se dirigió a su lecho.

—Este imbécil de Vicente no me ha cambiado aun el pijama, a pesar de habérselo dicho cinco veces... ¡Valiente mostrenco!.. Vaya,

mañana, o mejor dicho, esta tarde será otro día... Si Juanita muriese... ¡Demonio! ¡Qué pensamiento más estúpido y más terco!.. Decididamente, no vuelvo a leer más versos. Me ha sugestionado ese libro con sus tumbas y cirios y con sus recortes de trenzas y flores marchitas...

\* \* \*

—¡Señorito...!

—¡Aaaaaaah! Pronto me llamas... ¿Qué hora es?

—Las once y media, señorito.

Rafael se quedó mirando con los ojos muy abiertos a su viejo criado.

—Pero... ¿aún no sabes que hasta las dos no quiero que entre aquí nadie, aunque se hunda el mundo?

—Le he llamado por orden de su mamá.

—¡Por vida de...! ¿Es que todos conspiráis para no dejarme dormir?... ¿Y qué es lo que ocurre, vamos a ver?

—Pues... que hace poco han telefoneado de casa de la señorita Juana diciendo que... —Vicente se detuvo al ver la extraña actitud que había adoptado el joven.

—¿Diciendo qué?—murmuró éste.

—...que la señorita estaba muy grave y que... pero ¿qué le ocurre, señorito? ¿Desea alguna cosa?

—No deseo nada, vete.

—¿No quiere que le ayude a vestir?

—¡¡Vete!!

Rafael se había quedado del color de las finas sábanas que le cubrían y por un rato permaneció inmóvil y suspenso. ¿Serían, pues, ciertos, los presentimientos? ¡Dios, qué casualidad! ¡Qué desconcertante casualidad!... Algo verdaderamente inexplicable...

En el saloncito donde se hallaba sentada, Rafael interpeló a su madre.

—Buenos días, mamá. A ver, explícame eso de Juanita. ¿Qué le pasa?—había recobrado ya su habitual aplomo.

—Está enferma... bastante grave. Ha cogido una pleuresía fulminante y los médicos son algo reservados. Su familia está muy alarmada y me han avisado esta mañana para que te lo diga.

—Bien. Pues no hacía falta llamarme con tanta prisa. Lo mismo da que la vaya a ver a las doce que a las cuatro... —Volvía a ser el Rafael «de las noches». —¡Bueno! Que me traigan el desayuno, ahora iré allá.

La anciana le envolvió en una mirada de infinita compasión porque en su alma maternal no cabía el desprecio. Hubo una pausa dolorosa. Una doncella entró con el servicio del almuerzo y salió en silencio.

—Es que...—prosiguió la madre vacilante—...Bien. Te lo diré todo. Tu novia está agonizando. El médico no cree que pase de este mediodía... Por eso me he decidido a turbar tu sueño...

La infeliz señora tuvo que ahogar un sollozo. Era desgarrador el grado de dureza y egoísmo a que su hijo había llegado.

Rafael, cada vez más malhumorado comenzó a apurar su desayuno a grandes sorbos. De pronto se detuvo. En su interior una voz repetía los versos de la víspera:

Era llena de gracia como el Avemaría  
y a la Fuente de Gracia de donde procedía  
se volvió como gota que se vuelve a la mar...

Se estremeció. ¡Pues, claro! ¿No lo había comprendido aún?... Juanita había muerto ya... Las reticencias de su madre lo confirmaban. Sí; ya no tenía novia. Aquel «pedacillo de novia» en cuyo corazón no halló él más que perdón y ternura, no existía ya. Juanita había muerto. Acaso precisamente mientras él estaba leyendo aquel libro fatal o tal vez mientras se estaba divirtiendo. Juanita, la novia de antaño, había cerrado los ojos por última vez sin verle a él, a quien tanto amaba, a pesar de todo.

Dos lágrimas, gruesas como gotas de lluvia, habían ido resbalando por sus mejillas hasta caer, mustias, sobre la servilleta.

El joven calavera se estremeció por segunda vez. ¡Llorar él! ¡Y por Juanita! ¿Pues tanto la quería...? ¡Sí! Tal vez ahora que no la tenía se diera cuenta de que la amaba, de que aquel rincón que ella ocupaba en su corazón iba a quedar dolorosamente vacío para siempre...

La anciana viuda de Ibarra, vió asombrada, y al mismo tiempo tristemente complacida como su hijo, desencajado, se levantaba sin terminar el desayuno y salía de la estancia con el apresuramiento de un loco.

\* \* \*

Apenas abrieron la puerta, Rafael con el corazón fuera de todo ritmo trabó del brazo a la sorprendida sirvienta.

—¡Dígame!... Dígame como está...

No se atrevió a mentar el terrible nombre de la muerte.

—Muy mal, señorito, muy mal—contestó ella llorosa— ¿Quiere pasar a verla...?

Al saber que ella aún vivía, Rafael había respirado hondo, pero sus escasas esperanzas se disiparon al entrar en la habitación de la enferma. El joven se detuvo en la puerta y se refugió junto a ella, en la penumbra. Nadie le vió ni notó su presencia, pues todos los ánimos se hallaban fijos en la escena solemne que se desarrollaba en aquellos momentos. El sacerdote acababa de dar el santo Viático a la moribunda y comenzaba a administrarle el Extremo Sacramento. Sus palabras resonaban graves y claras en el pesado silencio que guardaban los circunstantes. De pronto se oyó un sollozo y una mujer envejecida salió de la estancia con las manos en la cara. Era la madre...

Cuando Rafael, ya despejada la habitación, osó acercarse al lecho de la enferma, ésta tenía los ojos entreabiertos y estaba como

amodorrada. Sólo su respiración fatigosa y áspera daba en ella señales de vida.

—¡Juanita!

Levantáronse los párpados y Rafael vió aún—quizás por última vez— aquellos ojos, claros como el agua de un lago, fijos en él. Esta mirada tuvo la virtud de sumir todas las potencias de su espíritu en terrible confusión. Y de lo más hondo de su alma, como concreción de las terribles luchas que en aquel momento se desarrollaban en su interior, subió a sus labios una sola palabra.

—¡Perdón!

La boca de la enferma intentó esbozar una sonrisa. ¡Era bastante! Aquella alma angelical había perdonado una vez más... ¡la última, la definitiva!

El joven se retiró a un rincón de la vasta estancia y oculta la cara entre las manos, lloró como jamás había llorado; lloró silenciosa y terriblemente, como lloran los hombres; como debía llorar el triste poeta que leyera la víspera..

Hubo de retirarse para dejar paso a los doctores. El pronóstico fué que si bien era posible que llegase a la noche, no era probable que viese el día siguiente.

Rafael pasó aviso a su casa y se negó a abandonar el cuarto de la enferma. Su corazón dormido durante años de devaneo, había despertado violentamente.

Fue una noche espantosa la que pasó, velando de continuo los estertores de agonía de su desgraciada novia. Al otro lado del lecho, el padre y la madre de la niña, acompañados de un pariente, vigilaban ansiosos. Sentado en un rincón, desviado de todos y sin hablar con nadie, Rafael vigilaba también, creyendo a cada momento sentir el aleteo de la Implacable.

Vigilaba y pensaba. Jamás tuvo su entendimiento la fluidez y claridad de aquella noche. Veía distintamente y analizaba con minuciosidad las diferentes partes del drama que vivía. Su maldad, su castigo, su perdón, pero, ¡a qué precio!...

¡Pobre Juanita! La amaba, sí... ¡cómo la amaba! Sin saberlo él se habían conservado incólumes en aquel resquicio de su corazón los ardores purísimos de su primer amor.

Como una visión cinematográfica desfilaron ante su mente aquellas inolvidables escenas en que gustaron por primera vez las delicias de la ilusión amorosa...!

Pero todo fué breve. Después... Sólo de recordarlo se estremecía de pies a cabeza. ¿Cómo había podido él ser tan malo, tan felón, tan canalla? Canalla, sí, esta era la palabra. Ahora comprendía todo el dolor de la triste novia abandonada, siempre jovial en medio de sus lágrimas... Tal vez aquel dolor era el que había minado su delicado organismo encaminándola a la tumba... ¡Canalla, sí...! ¡Pero bien lo estaba espionando! Bien lo espigaría en el futuro, un futuro negro y angustioso como una pesadilla sin fin.

¡Si acertara a rezar! ¡Oh, puras plegarias de la niñez, largo tiempo olvidadas, si pudieran volver a su boca! Entrecortadamente bal-



bució algunas oraciones dudando siempre de que salidas de su impuro corazón, tuvieran impulso suficiente para llegar al cielo...

La ruidosa respiración de la enferma cesó de pronto y su cabeza cambió levemente de postura. Rafael la miró angustiado. La velada luz alumbraba tristemente los perfiles de su rostro céreo, exangüe, inmóvil.

¡Inmóvil! Rafael, siempre con la obsesión de la extraña coincidencia que le llevó aquella madrugada a leer los versos de Nervo, comprendió por qué su mente le había dictado esta palabra. Su amada era ya «La Amada Inmóvil», y ya lo sería para siempre. Y sin osar ir a cerciorarse de su mal, se escondió de nuevo en la sombra con el alma hecha pedazos, cada uno de los cuales sollozaba:

«Era llena de gracia, como el Avemaría.»

\* \* \*

Juanita no murió. Vió la luz de aquel día y la de los que le siguieron y ante el asombro de los médicos pasó pronto a un estado de franca convalecencia.

El que murió fué Rafael Ibarra, el Rafael Ibarra de los garitos, de los «Cabarets» y de los camerinos, para nacer un Rafael Ibarra juicioso, trabajador, austero y enamorado, que acabó en poco tiempo su carrera de médico, depositando el título a los pies de su novia como un trofeo victorioso, prenda del mayor triunfo que el hombre puede obtener en este mundo: La victoria sobre sí mismo.

La terrible lección había sido aprovechada por su corazón aun no del todo corrompido, pero a veces Rafael pensaba que quizá no le hubiera impresionado de tan profunda manera la enfermedad de Juanita, si los sublimes acentos del gran poeta no le hubieran talarado el alma aquella madrugada en que por inexplicable azar fué a tomar de su biblioteca «LA AMADA INMOVIL».

CARLOS CALLEJO



## NUESTRA SEÑORA DEL IMPOSIBLE<sup>(1)</sup>

AVE MARIA, reina del Silencio, señora de la ignota lejanía,  
Santa sibila de la Soledad, Ave María.

Llor a tí, Madonna vestida de promesas intangibles,  
coronada de Nuncas y rezando la letanía de los Imposibles.

Tú eres la puerta del Edén perdido que se cerró con estertor de trueno  
y la eterna nostalgia del hombre que fué dios y ahora es ciego.

Tú la torre del ansia primitiva, que nunca llegó al cielo;  
la confusa canción de las mil lenguas clamando sin consuelo.

Tú el esquivo dintel del Más Allá, jamás descrito  
y el poema de Patmos, siete sellos cerrando el Infinito.

Tú la piedra que trueca barro en oro, sangre en azahar  
que cien sabidurías no encontraron en la tierra, en el fuego ni en el mar.

Tú el sortilegio del amor y el vaso de la Inmortalidad;  
tú la sombra y el eco y la virgen onda etérea sobre la Inmensidad.

Condenación de Fausto y divino tesoro de Rubén, ido para no volver;  
agua en el suelo de la rota fama que los labios quisieran recoger.

Vellocino de oro y mago anillo de Giges, flor del bien y del mal;  
oculta espada Excalibur. dorada copa del santo Grial.

Llor a Ti, deidad del Imposible, relámpago en altura de un horrible Himalaya.  
Mi cansado bordón de peregrino llegó a la cumbre y aún se vió en la playa.

Yo soy el sacerdote cuyas preces se esfuman en el cielo;  
mi carne es holocausto cada día sobre un ara de hielo.

Mi oración se rompió de los Jamases en la sombría senda abandonada  
que conduce sin flores al vacío imperio de la Nada.

Arenas del Desierto sepultaron las doradas columnas que alzó mi devoción;  
los buitres devoraron mis ofrendas en el altar de la desolación.

¡No importa! Ante el granito de la Idea, el filo de la muerte, la dura geometría de la vida,  
yo conservo la tenue, triste, tierna llama de la ilusión dolorida.

Cuando todo se hundió, sólo escapó al abismo mi bajel;  
del turbión y la nieve y el rayo mansamente emergió mi roca fiel.

Con risa de guadaña pasó un día la Realidad y nada dejó en pie,  
mas la muerta lisura de los campos se quebró en la amapola de una Fe.

Algún día el Señor de las órbitas supremas  
construirá otro universo sin aristas, sin tumbas, sin teoremas.

En el próximo mundo gobernará el Azur, la Gacela y el Coral;  
en él mi corazón será como una galaxia de cristal.

Y en su centro hecho Vida. Ilena de Gracia, vuelta Eucaristía,  
coronada de Siempre, te volveré a encontrar, AVE MARIA...

CARLOS CALLEJO

(1) Poema galardonado en los Juegos Florales de San Andrés, Barcelona 1949.



## EN TORNO A LA IMPORTACION INTELECTUAL

**T**ENEMOS a la vista uno de los más importantes tratados de Historia Universal que se han publicado en nuestra Patria en los últimos años. Consta de diez gruesos tomos de unas 800 a 1.000 páginas cada uno y está editado a gran lujo con excelentes ilustraciones y gran número de reproducciones a todo color transcribiendo códices y documentos interesantes. Su autor es el profesor Walter Goetz, de la Universidad de Leipzig y está ayudado en su tarea por un cuadro de eminentes sabios alemanes. La empresa editora es una de las más prestigiosas del mundo hispánico, con doble sede en Madrid y Buenos Aires.

Necesitábamos, para evacuar una consulta, el tomo III, relativo a la Alta Edad Media y antes de tocar aquélla fué inevitable lanzar una amplia ojeada a través de las páginas del volumen. El Editor inserta un prefacio en el que dice que «difícilmente se hallará en el mundo actual una obra más amplia, más sólida y más imparcial y concebida con más hondo deseo de general justicia». A pesar de estas afirmaciones, en un prólogo global redactado por el director de la obra se encuentran afirmaciones de particularísimo criterio acerca de la actuación de la Iglesia y el Papado en la Edad Media. El editor se apresura a añadir (página 13) una a modo de aclaración en que pone algunos puntos sobre las ies tal y conforme estamos acostumbrados a verlos en nuestra ortografía crítica meridional. Como el autor y sus colaboradores no enmiendan por ello sus opiniones, en el transcurso del tomo podemos encontrar parecidos estrambotes del editor en las páginas 351, 438 574 y otras.

Un examen más minucioso nos revela que de las 760 páginas que viene a contener dicho tomo III, 482 o sea un 64 por 100 del mismo, están dedicadas a la Historia interior y exterior de Alemania y el 36 por 100 que queda, a los restantes pueblos del planeta. No existe un capítulo, ni siquiera una página dedicada a los reinos de la Península ibérica. Solo es posible hallar en todo el volumen, unas cuantas alusiones de refilón a la Historia de España que, salpicadas aquí y allá no llenarían un par de hojas.

Nuestra consulta se refería a la época árabe. Comprobamos, ya sin asombro, que en las repetidas 760 páginas sólo hay un capítulo dedicado al Islam que comprende ni más ni menos 43 páginas. Carecemos de autoridad para glosar algunos de los juicios que formula el ponente de Historia islámica, profesor Schaefer, acerca de la civilización árabe, aunque se nos pasan buenas ganas de hacerlo. Por ello nos limitamos a un simple comentario aritmético. ¡Toda la Historia musulmana en 43 páginas, de un total de más de 7.000 de que consta la obra! La Arabia anteislámica, la predica-

ción de Mahoma y la difusión de su doctrina, las campañas del califa Omar, de Amrú y de Jálid, la conquista de Persia y de Africa; la invasión de la península ibérica, los califas de Damasco y de Bagdad, el imperio de los Omeyas en Córdoba, los taifas ibéricas, los sultanatos selyukíes en Persia y en la India; y amén de todo esto, la difusión de la cultura árabe, las Mezquitas de Egipto y de España, la filosofía de Averroes, los libros de Iben Jaldún, los versos de Almotanabi, la alquimia y la medicina y la astronomía y el cálculo matemático... ¡todo en 43 páginas de una que pretende ser Historia Universal, la más amplia y sólida de nuestros días! El dato que andábamos buscando, referente a la época de Harum Arraxid no ha podido ser hallado porque el brillante reinado del Salomón de Bagdad está explicado en la obra de Goetz en justamente diez líneas... En el menos feliz de nuestros textos de Bachillerato se puede encontrar una idea bastante más completa de lo que fué en la Edad Media el auge y expansión del Islam. Malhumorados, reintegramos el hermoso tomo a su estantería pensando que, si hasta cierto punto es explicable que un eminente profesor alemán confunda la Historia del Mundo con la de su propia patria, un poderoso editor español debería tener una idea más clara del significado de las palabras *ecuanimidad e imparcialidad*.

\* \* \*

La no resuelta pesquisición del dato que demandábamos ha traído a nuestra mesa «La Civilización de los Arabes» del Dr. Gustavo Lebón, traducción de Luis Carreras. El libro está editado igualmente con lujo dentro de las posibilidades de la época—1886—, contiene infinidad de grabados y curiosidades y pretende plasmar una completa visión cultural e histórica del Hecho islámico.

Contrariamente a su colega germano, el Dr. Le Bon es un entusiasta de Mahoma; un entusiasta frenético a quien sus tesis no parecen perfectas si no ha cubierto de oprobios, además, a todos los pueblos y civilizaciones cristianos. Y como buen historiador galo, la diana de sus más duras invectivas está ubicada, naturalmente, Pirineos acá.

Entre otros pintorescos juicios, en la página 136 del volumen que nos ocupa, Le Bon afirma que, después de expulsados los moriscos, España no produjo ya en ciencias y letras nada que no pasase de la más *ramplona medianía* (se supone que en este rebaño de ramplores están incluidos Cervantes, Calderón y Velázquez). Esto excita la indignación del traductor que en nota marginal dice «El autor está verdaderamente desgraciado (sólo desgraciado?) en este trozo, en el cual no sabemos si hay más errores que letras o más letras que errores.

Naturalmente, *Monsieur* Le Bon, empeñado en demostrar que el nombre no hace a la cosa, no por eso se contiene, sino que continúa a lo largo de todo el libro regurgitando injurias contra España. «Los únicos sabios, industriales y negociantes del país (en el siglo XVI)

eran moriscos» (pág. 300). «En España no había en el siglo XVIII nadie capaz de construir un barco, ni una vela siquiera (?) (pág. 301). «España no tiene hoy agricultura ni industria y para todo lo que excede de la medianía intelectual ha de dirigirse al extranjero...» «La ignorancia en España es hoy igual que en la Edad Media», etc. etc... A estos insultos responde el traductor con otras tantas notas arremetiendo contra *Monsieur Le Bon* y contra el país donde nació. El libro continúa así, en una grotesca y porfiada disputa entre el autor y el traductor. Muchas de las páginas están divididas por mitad entre uno y otro y desde sus campos atrincherados, ambos historiadores se cubren de hortalizas retóricas como auténticas Amazonas de mercado. En fin, lo que pretende ser un brillante libro instructivo se convierte en una perfecta y lamentable payasada editorial.

\* \* \*

Pasemos ahora a un campo plenamente científico. El libro examinado es «Ingeniería de Radio», de F. E. Terman; está editado en Buenos Aires en 1947; como traducción de la célebre obra «*Radio Engineering*» del citado autor. Es un grueso volumen de 790 páginas de excelente papel y positivamente bien editado. Terman es uno de los más notables investigadores y profesores de los Estados Unidos en materia de electrónica y su libro, aunque podrían oponérsele algunos reparos de orden didáctico, es un verdadero arsenal de conocimientos en esta compleja y novísima rama de la Física. Mas, por desgracia la utilidad de la obra está considerablemente menguada para los lectores de habla hispánica debido a lo deficientísimo de la traducción. En la página 276 leemos. «*Desde que* el punto de funcionamiento y por consiguiente, la potencia de alimentación, pueden ser *las mismas* con la *grilla* positiva o no, el mayor rendimiento acarrea un concomitante aumento de salida»... En total, cuatro solecismos y un barbarismo en tres líneas. En casi todas las páginas del volumen pueden hallarse párrafos parecidos. No transcribimos otros para no cansar al lector con el excesivo tecnicismo terminológico de la materia.

Sería error grave suponer que en un trabajo de carácter científico el estilo fuese una cuestión secundaria. Por el contrario es en ellos cualidad esencial un absoluto dominio del lenguaje, ya que de otro modo, si a la natural oscuridad del tema y a las dificultades de su aprehensión, añadimos una redacción confusa, forzada y exótica, el resultado es catastrófico para el que tiene que desentrañarlo. Esto es lo que acontece con la flamante obra de Terman. El traductor no sólo no se molesta en enderezar la sintaxis inglesa, sino que tergiversa las acepciones a su gusto, que es generalmente poco bueno. Así, traduce la conjunción inglesa *since* por «desde», como si fuera el *since* adverbio; cae en la consabida «pega» de primer curso de inglés de interpretar el *actual* británico y que significa *real*, por el homónimo adjetivo castellano «actual», y salpica el texto de otras mil pequeñas o grandes barbaridades que le acreditan, cualquiera

que sea su competencia técnica, como un supino desconocedor de lo que es el lenguaje español. Amén de ello, la terminología es diferente a la que se usa en los tratados europeos. Las letras o módulos algebráicos son también distintos a los que estamos acostumbrados a ver... En fin, el malaventurado estudiante debe consumir una respetable parte de su tiempo y energías en brincar por encima de estos inconvenientes y en retraducir el texto al castellano claro, a expensas de los que necesita para asimilar una materia de por sí abstrusa y difícil.

\* \* \*

Para despejar nuestra mente con un libro ameno, hemos tomado ahora el «Curso de Zoología» de C. Schmeill. Es un tomo de extensión media, traducido directamente del alemán y pulcramente presentado por una importante editorial barcelonesa. Lo abrimos al azar en la página 141, donde al lado de un bonito grabado dice así: «La Perdiz (*Perdix Perdix*) tiene el tamaño de una paloma y lo mismo que otras aves del campo presenta un colorido térreo y poco aparente en que solo destaca, hacia el vientre, una mancha en forma de Omega»... Arqueamos las cejas y miramos el grabado que representa un pajaraco para nosotros no fácilmente identificable. Quienquiera que haya tenido la suerte de abatir en pleno monte una perdiz y hasta cualquier ama de casa que en la pollería haya adquirido una pareja de estas aves para componer una sustanciosa pepitoria, sabe perfectamente que una perdiz abulta más que una paloma y que dista mucho de poseer un plumaje térreo o poco aparente, sino que, por el contrario, es uno de los volátiles más brillantemente ataviados que pueden hallarse en nuestros campos, pudiendo en su abigarrado indumento leerse con algo de imaginación todas las letras griegas excepto la Omega. Claro que estamos refiriéndonos a la perdiz española, a la hermosa y brava *Alectoris rufa*. El perdigacho que describe el Dr. Schmeill es la Perdiz centro-europea, ave bastante diferente a quien naturalistas nórdicos han reservado la denominación típica, a sabiendas de que no se trata de la *Perdix* de Lúculo.

Tras esto, ya no puede sorprendernos que la liebre descrita en el libro sea el *Lepus Europoeus* y no el *Lepus Granatensis*, que es la que verdaderamente se encama en nuestros barbechos y que en los respectivos capítulos dedicados a Carnívoros, Reptiles o Insectos, se designen con frecuencia como especies típicas animales desconocidos en nuestra patria. Hemos, pues, de terminar felicitando a la importante editorial barcelonesa por haber puesto a nuestro alcance esta excelente «Zoología alemana para uso de españoles».

\* \* \*

Con poco trabajo hubiéramos reunido cuatrocientos o cuatro mil de estos ejemplos. Hemos puesto en la picota sólo estos cuatro por parecernos que en ellos se encuentra una selección de los males

que aquejan a muchas de las versiones de obras extranjeras que ocupan nuestras anaqueleras: Traducción deficiente o simplemente mala, gramaticalmente hablando. Traducción inútil, por versar sobre una obra de insuficiente mérito. Traducción inadecuada, de un libro que no se adapta a nuestro espíritu o desconoce nuestra vida y nuestra geografía.

Dejamos adrede a un lado las obras de Literatura. Este tema, por su importancia, merece un estudio especial que nos gustaría no tardar en hacer. Concretándonos, pues, al orden meramente didáctico, hay que calificar de lamentable el frenesí traductorio que aqueja a nuestras editoriales. Se traduce algunas veces lo bueno, pero más frecuentemente lo mediocre y hasta lo pésimo. No vacilaríamos en señalar como primera causa de la crisis del libro español esta plaga, este cáncer o tuberculosis que lo devora, secando sus jugos y matando sus energías. Existen en el mundo obras de un inhallable mérito original o de una profundidad técnica o científica impar. Tales obras ¿quién lo duda?, pueden y deben ponerse pronto al alcance de todos, mediante una versión cuidada. Mas por desgracia, el criterio con que los editores discriminan estos méritos raras veces deja de ser deplorable. Una inmensa mayoría de los libros traducidos podrían haber sido escritos originariamente por profesionales españoles con tanta o mayor perfección que el autor extranjero elegido, con la ventaja para todos de producir algo adaptado a la psicología y a las costumbres del lector. De lo que ya no estamos tan seguros es de si este sistema resultaría tan cómodo ni tan barato para la empresa editorial, como pagar unos simples derechos de traducción y sobornar a un pobre jornalero de la pluma para que pergeñe una versión pedestre del texto extranjero.

Las consecuencias de ello son tan tristes como hemos podido comprobar por los ejemplos puestos. Y pasan de lo triste a lo intolerable cuando, como ocurre alguna vez en obras de Historia o de Filosofía, se ve obligado a leer en su propia lengua juicios arbitrarios, descripciones grotescas o injurias soeces sobre el país donde uno ha nacido. Al lado de algunos investigadores serios y ecuanímenes que saben, cuando estudian la vida de un país extraño, substraerse a los resabios del rencor histórico, lo corriente en los autores extranjeros, singularmente los oriundos de ciertas naciones que todos conocemos, es, al tratar de los temas de España, mostrar una ignorancia supina y definitiva, la misma que profesaría sobre los mismos un *tupy* del Amazonas. No nos interesa conocer cuando esta ignorancia es invencible y cuando es voluntaria y por lo tanto, culpable. Pero sí es lamentable e irrisorio que el lector hispánico tenga a veces que enterarse de las peculiaridades de su Economía o de su Historia, a través de la visión de un *tupy* del Amazonas...

Otro de los resultados funestos del traduccionismo a ultranza es la servidumbre ortográfica que en algunas palabras y más concretamente en los nombres propios, se viene imponiendo a nuestro idioma.

¿Puede explicarme alguien por qué escribimos *Tchaikowsky*? La T no existe en el apelativo original ruso: es un mero artilugio pro-

sódico que necesitan el francés y el alemán para convertir sus CH y SCH suaves y paladales en la rotunda linguo-dental CH rusa. Los españoles, que poseemos una CH tan rotunda y sonora como la moscovita, seguimos sin embargo, usando una T de lujo por la poderosa razón de que así lo vemos escrito en los libros y periódicos extranjeros. Igual suerte ha corrido la bella princesa Xehrezad, heroína de las «Mil y Una Noches», a la cual hemos de conformarnos con llamar mil y una vez *Schehrezade* por no haber quien advierta que para pasar del árabe al español no hace maldita la falta intercalar una etapa de fonética alemana. Los ejemplos son legión. Ahí está el desaparecido rey jordano Abdalah, cuya transcripción inglesa *Abdullah* se ha paseado por nuestros periódicos originando en el público y hasta en algunas cabinas de radio una pronunciación ABDULLA, con un tremendo acento sobre el *álif* y una ELLE que hace erizar el pelo a cuantos simpatizan con la lengua de Avicena. Finalmente han sido también los traductores serviles de las obras alemanas y francesas de Historia Natural los que han transformado el yaguar en *jaguar* barbarizando la voz guaraní que usaron Azara y los primeros naturalistas hispanos del Nuevo Mundo.

Nada es más respetable que un buen libro, sea cual sea la nacionalidad de su autor y nada más noble que el procurar que ese buen libro llegue a las mentes de todos los hombres de la Tierra. Mas por esta misma razón, nada es más vituperable que la difusión de un libro mediano o malo, cuando esta difusión origina que no llegue a escribirse uno bueno, porque su autor no puede competir comercialmente con el *dumping* literario que se le hace desde fuera. Hemos de constatar que en este aspecto, nuestros editores parecen casi unánimemente empeñados en dar la razón al viejo y bilioso profesor Le Bon cuando afirma que en todo lo que no sobrepasa lo mediocre (y ¡ay! a veces en lo que no lo sobrepasa) hemos de pedir ayuda al extranjero. Hay varias excepciones, como cierta editorial de Barcelona que publica sólo hermosas obras encomendadas de un modo exclusivo a sabios españoles. Pero la regla general es que nuestras empresas, aun las que más realce y gloria han dado al libro hispánico no desdeñen la ocasión de negociar de vez en cuando alguna traducción, aunque para ello hayan de empañar un tanto sus laureles.

El luchar contra esta nefasta enfermedad es tarea de que nunca deberían cansarse los autores, directamente perjudicados por ella; y en último término, los lectores, a la larga y sin duda más perjudicados todavía.

CARLOS CALLEJO







## De Rivera a Picasso, pasando por Dos Bienales

**M**undo Hispánico, la magnífica revista de habla castellana, deplora en uno de sus últimos números que el pintor comunista mejicano Diego Rivera—mano mágica gobernada por un cerebro lamentable—haya representado en uno de sus frescos a Hernán Cortés bajo el aspecto aproximado de un gorila. El encono del pincel no se detuvo ahí, pues los soldados españoles que rodean a su capitán en la composición mural llevan todos en sus fisonomías el estigma de lo patibulario. Se ve bien que la descomunal proeza, no vista hasta entonces sino en los libros de Caballería, de Cortés y su gente y de la cual procede, por línea recta de varón, esa gran nación que es el Méjico actual, no es para ese desventurado artista sino la fechoría de un grupo de bandoleros al mando de un cretino.

Hasta el presente, hasta los más conspicuos masticadores de la Leyenda Negra, describían físicamente al conquistador extremeño como en realidad fué. Aún anegándole en el cieno folletinesco de sus diatribas, no se atrevían a desvirtuar su arrogancia de joven dios de la guerra. Ha tenido que ser un artista de nombre español quien quebrantara esta costumbre con una innovación tan ridícula como estéril. El pintor azteca sabe muy bien—o en su mano está el saberlo—que Extremadura y España, a quienes ha pretendido insultar con su engendro, están tan por encima de su mezquino intento como el cielo lo está sobre el insensato que pretende escupir en él. Costumbre era de los pintores del Renacimiento representarse en sus cuadros, bajo la figura de alguno de sus personajes. Rivera no ha hecho sino imitar a aquellos dibujando bajo el rostro de Cortés su propio autorretrato moral.

Este no es el primer caso, ni será el último de que un pintor convierta su arte en baratija de feria política. Sin embargo, a nosotros que compartimos como se ve la justa indignación de aquella gran revista, se nos ocurre esta pregunta. ¿Es el artista mejicano enteramente responsable de su estrafalaria figuración? En el mismo número de *Mundo Hispánico* y en otros números y en otras revistas y en muchísimos salones ¿no estamos cansados de ver representaciones de objetos no menos absurdas y que, bajo artículo de fe, estamos obligados a admitir?

Si, según los cánones estéticos hoy en boga, una artesa llena al parecer de bacalao a la vizcaína puede significar pictóricamente un paisaje, un taller de modistas antes de ser barrido ha de interpretarse como «Nocturno» y una corbata manchada de café es una «Abstracción», ¿por qué, pues, un gorila no puede representar a Hernán Cortés? Nos hallamos en el período ultrasubjetivo del arte. Palencia, Zabaleta o Miró nos explicarán que ellos *ven* así sus paisajes, sus nocturnos y abstracciones. Rivera jurará que él tiene aquella vi-

sión simiesca del héroe de Tabasco. Tan legítima, técnicamente es una como otra representación.

No está lejos la Bienal de Madrid de 1951 y recordamos perfectamente lo que fué, lo que representó y las reacciones a que dió lugar. Menos lejos está la Bienal veneciana de 1952 donde, en un intento afortunado de batir sus propias marcas de paranoia, el jurado otorgó el máximo premio de Escultura a un artista de estos que *esculpen* sobre alambre de varillas de paraguas. El palenque artístico-nacional continúa dividido en dos bandos. Para el primero se ha llegado a la consagración triunfal de las modalidades que se suelen llamar *Arte Moderno*, las cuales obtuvieron ¡al fin! en nuestra Bienal la beligerancia que en el Extranjero se viene otorgándoles.

Mas hay otros que opinan de muy distinta manera. La magna exposición de Madrid fué, por lo que se refiere a este pseudoarte, la picota donde se puso de manifiesto su inanidad, el crisol donde ante los reactivos de una crítica popular sana (no hablamos de la crítica profesional, atenazada por el miedo a no estar suficientemente *al corriente*), se ha visto que no quedaba de aquél sino ceniza y escoria; la crisis, en fin, de un largo proceso en que nuestra opinión artística, ardiendo en fiebres de controversia, ha expulsado de sí cuanto de absurdo y fraudulento existe en estas directrices, incorporando en cambio a su corriente sanguínea lo que de noble y legítimo hubiera en ellas.

No hay, pues, tal fecha victoriosa para los *ismos* estafalarios. Si han entrado algunos por el portalón de un triunfo oficial, por el mismo portalón han salido, despojados ya del maquillaje de la novedad y de la falsa aureola de la incompreensión. Al peinar su desmenamiento rebelde, el Esperpentismo artístico resulta más inerte y más vacío. Quisiéramos acertar a describir cuánto pierde uno de esos productores de cuadros o esculturas al pasar de la categoría de «artista injustamente relegado» a la de «artista injustamente premiado».

Conviene notar, empero, que en la explosión polémica originada a fines del pasado año en los terrenos de la crítica, no se tuvo cuidado, por lo general en emplear correctamente las palabras. La frase *Arte Moderno* aplicada sin discernimiento dió lugar a no pocas confusiones y violencias inútiles.

Dejemos a un lado, por claramente obvio que la palabra «moderno» carece de significado concreto, pues en la Historia, todos los estilos artísticos, científicos o filosóficos han llevado en algún momento la calificación de modernos. Cuando a cualquier disciplina se la bautiza así, se sabe positivamente que hay que cambiarle la etiqueta en cuanto pasan algunos años.

Pero además, al denominar simplemente *Modernas* a todas las órbitas que el Arte recorre en la actualidad, corremos el enorme peligro de mezclar lo admisible con lo inadmisibile, lo loable con lo execrable, la savia buena con la excrecencia impura.

Existe una diferencia insondable entre lo moderno legítimo y lo moderno bastardo. Nadie que sanamente sienta el Arte, puede propugnar la perpetuación de un solo estilo, ni la repetición infinita de

maneras salidas de moldes fosilizados. El único y desgastado argumento de la acera contraria es achacar, a los que no admitimos ciertas bromas, una cerrada predilección por el realismo fotográfico o por el academicismo helado. Esto es un sofisma barato y sólo a quienes interesa la confusión para ejercer en ella fáciles pescas, puede ser provechoso tal trastrueque de conceptos. La búsqueda de nuevos caminos para salir al encuentro a la belleza será siempre laudable y beneficiosa. Mas una cosa es haber hallado un nuevo modo de concebir la belleza y otra muy distinta elegir uno entre los cien millones de medios de representar la Fealdad y el Disparate. Lo primero es ardua empresa reservada sólo a los genios. Lo segundo tarea plebeya y doméstica al alcance de cualquiera.

Cítemos, como breve ejemplo, algunas obras de Gregorio Prieto, de J. A. Morales o de José Caballero que respetables opiniones colocan en el primero de ambos modernismos, quizá más por lo que dejan entrever que por lo que todavía muestran. No es posible decir lo mismo en cambio de otros autores que no queremos mencionar, ante cuyas obras el público — el público inteligente, no el populacho, que jamás asiste a estas exposiciones — pasa de largo o se detiene unos segundos para reirse o indignarse. La diferencia está muy clara. Hasta un cierto límite — que cualquiera con un poco de discreción estética puede localizar — hay un afán, más o menos recompensado con el acierto, pero siempre loable, de buscar en los espacios de lo desconocido. Más allá de esa linde, solo existe el *snobismo*, la imitación servil a lo extranjero, la burla al público, el fraude más o menos consentido. Acaso en dicha divisoria, a caballo sobre ambas vertientes con peligrosa gimnasia, sea donde hay que colocar la figura discutida de Salvador Dalí.

No queríamos incurrir en el error de cuantos han pretendido vincular sus tesis a determinadas tendencias políticas vigentes. Pero si ascendemos a un terreno general, es imposible ignorar el paralelismo que guardan los modos estéticos imperantes con la descomposición ideológica y moral que ha seguido a las dos postguerras. Existe, por ejemplo una relación curiosa y estrecha entre el Comunismo como sistema y el que veníamos llamando Arte Estrafalario, por otra parte, estrictamente contemporáneos. Moscú se empeña en hacernos creer que Ocaña es una poderosa fábrica de material atómico. Matisse, se empeña en hacernos creer que un cachalote con viruelas es una mujer desnuda. El primero utiliza el Cinismo político; el segundo el Cinismo artístico. Lo malo del caso es que hay personas que creen a pie juntillas a Moscú, como las hay que creen a pie juntillas a Matisse.

Hasta aquí el aspecto actual de la cuestión. Crecientemente sin embargo — constatémoslo para alegría de aquellas personas de garganta angosta que no pudieron almorzar con piedras de molino — aparecen indicios de un derrumbamiento vertical de la Estética del Absurdo, para una fecha muy anterior a lo primeramente supuesto.

No ha mucho era el gran pintor greco-italiano Giorgio de Chirico quien señalaba la degeneración de los estilos pictóricos de nues-

tra edad, a partir de Cézanne, en una pendiente cuyos otros escalones podrían ser los binomios Gaughin—Van Gogh, Picasso-Gris, Matisse-Derain. Chirico—una de las primeras firmas de la pintura mundial—es un converso. Su vigoroso pincel está de vuelta de los garabatos abstractos y de los brochazos *fauvistas*.

Más recientemente ha sido la condenación sin paliativos por la Congregación romana del Santo Oficio, de las piruetas del Estrafularismo en los templos católicos, iniciadas en Francia y en Italia. La Iglesia Católica es uno de los pocos organismos que quedan ya en el mundo que no se prestan a bromas. No más cristos-arañas, ni vírgenes en forma de clave de sol.

Pero la verdadera explosión nuclear—permitásenos el popular pleonasma—la han constituido las últimas declaraciones del campeón y patriarca de todos los Antirrealismos, el inefable Picasso, según las cuales, la mayoría de la producción de sus distintos estilos y el cogollo de su famosa y grandiosa *renovación artística* obedecen al exclusivo intento de explotar la tontería de sus partidarios.

El epíteto no es nuestro, desde luego. *He sacado lo que he podido de la imbecilidad, la vanidad y la concupiscencia de mis contemporáneos*. Estas son sus palabras, vertidas en los oídos de ese otro gran converso que se llama Giovanni Papini. ¡Donosa catalogación, de la que, gracias al Cielo, hay todavía muchos estetas que permanecen libres!

Apresurémonos, con todo, a precaver que esta estupenda declaración no será bastante para demoler el edificio del Picassianismo. Nadie se prestará voluntariamente a formar en las filas aludidas por el viejo corifeo y su retractación se atribuirá a un simple rasgo de genialidad del maestro, del que no hay que hacer demasiado caso. Semejante fenómeno ha ocurrido otras muchas veces en la Historia. Recuérdese, por ejemplo, que las hermanas Fox, fundadoras del Espiritismo, reconocieron al fin de su vida que todas sus experiencias habían sido fraudulentas y que durante largos años no habían hecho otra cosa que burlarse de sus partidarios. Estos sin embargo, impertérritos, hicieron caso omiso de tan concluyente declaración y el Espiritismo continuó y continúa. Al hombre le agrada a veces verse engañado y cuando su engañador le desengaña, se rebela contra él y defiende la mentira como incommovible verdad, prescindiendo del hecho de que la niegue su propio creador.

En virtud de estas tristes, pero ciertas particularidades de la psicología humana, hay que resignarse durante algún tiempo todavía a ver vendido como oro fino aquello que su mismo forjador asegura que no es más que latón; a contemplar como expresión de belleza y excelencia el pustuloso licor de las llagas que las guerras totales han abierto en la Humanidad. A aceptar que un cachalote es una mujer, veinte brochazos un paisaje, un balbuceo de pesadilla un poema. Y a tolerar en fin que seres como Diego Rivera, so pretexto de fidelidad a su disolvente ideario, prostituyan su maestría en la tarea odiosa y necia de estrafularizar los más puros mitos de la Historia.

CARLOS CALLEJO



## Primavera

De tanto que te quiero se han puesto de encarnado  
las Hadas que vinieron mi cuna a amadrinar;  
se han vuelto corazones las rosas del pasado  
y el porvenir es oro que me viene a buscar.

De tanto que te quiero tu nardo ha florecido  
se disputan tu risa la viola y el laud,  
volando las palomas dibujan tu vestido  
y todas las estrellas se llaman como tú.

El viento abrió las hojas de las Astronomías  
y el azar leyó en ellas un cómputo gentil.  
Las noches todo luna, todo aurora los días  
siempre alegres domingos de un año siempre abril.

El mundo ya no marcha. La esfera tachonada  
se ha parado esperando nuestro beso primero.  
Vuelve a haber Paraíso. La flamígera espada  
del arcángel se ha roto de tanto que te quiero...

Sentada a la ventana del ancho firmamento  
Naturaleza borda su perfumado ajuar  
y cantan las alondras su canción azul-viento  
y ríen las medusas su risa verde-mar.

Nació de nuestras bocas la palabra soñada  
hecha de miel, de lágrima y nota musical.  
Ya espera a nuestra puerta la góndola dorada  
vestida de horizontes de luna y de ideal.

Meteoros de plata serán tus iniciales  
serpeando en manteles de polícromas flores.  
En los corros las niñas gorjean madrigales  
y ruedan en las nubes películas de amores.

He visto querubines volteando campanas  
y vírgenes de incienso volando en el crucero.  
En tu frente hay un velo recamado de Hosannas...  
¡La Primavera ha vuelto de tanto que te quiero!...



## COMENTARIOS DE UN ESCULTOR

**L**A noticia de que Enrique Pérez Comendador había dado una conferencia en Bilbao y que ésta versaba sobre el problema de la invasión de ciertas modalidades artísticas en los templos católicos, despertó mi interés no hace mucho y lamenté de veras no haberme hallado presente o que el laureado artista no la repitiera en sitio donde pudiéramos oírla. A una y otra circunstancia ha venido a suplir la publicación del texto de dicha conferencia bajo el título de *Comentarios de un escultor a la Instrucción de la Sagrada Congregación del Santo Oficio sobre Arte Sacro*. Por el contenido, que enfoca una cuestión palpitante en el ambiente artístico actual y por el nombre de su autor, a quien Extremadura debe glorias muy legítimas, el epítome más arriba aludido merece una glosa algo más detenida de lo que pueda representar una simple nota bibliográfica.

No hace mucho tiempo el hoy Cardenal Celso Constantini, en nombre de la Congregación de Propaganda del Vaticano hizo a la prensa unas importantes declaraciones, condenando el hecho de que algunos eclesiásticos mal orientados hubieran dado entrada en los templos católicos a los excesos de un estilo artístico (?) que rima poco o nada con la seriedad y unción que deben presidir tales lugares. Como esta declaración al parecer resultase o quisiera por algunos reputarse insuficiente, la Congregación esta vez del Santo Oficio, expidió una Instrucción clara y concreta acerca del arte sagrado, especificando de una vez para siempre cual es *el arte moderno que con debida reverencia y honor sirve a los sagrados sitios* y cuales son las *depravaciones y deformaciones* a que hay que impedir absolutamente la entrada en los templos. La Iglesia Católica ha opuesto así su NON POSSUMUS salvador a una contaminación más grave de lo que a primera vista pudiera creerse.

Los extremistas del arte pasaron primero de los *Salones-Club* y las *Academias-Breves* a los grandes recintos de las exposiciones y obtenido el triunfo en algunos de éstos, a favor del ambiente filosófico del momento habían ya extendido su intrusión hasta el interior de las Iglesias. Este hecho ha tenido lugar, naturalmente, en esos países donde flota una mentalidad que alguien ha llamado con chusca epéntesis *demonio-cristiana* (y sálvese lo que de irreverente pueda haber en esta nada desacertada palabra). En el nuestro, donde quien quiere sigue a Cristo y quien quiere al diablo, aun no se ha producido felizmente semejante invasión — ¡Esta España siempre

tan retardada! — y por tanto sólo hemos podido ver esos devotos primores en la fotografía o en la pantalla. Pérez Comendador en cambio, los ha admirado *de visu* y los comentarios que el espectáculo le ha sugerido llenan las jugosas páginas de su editada conferencia.

En cuantas ocasiones puede, nuestro gran escultor se complace en proclamar modestamente que él no es orador ni literato. Pero lo cierto es que la exposición que estoy comentando está vigorosamente pensada y lozanamente escrita y en ella desfila con recia plástica un cortejo de anécdotas del mayor interés, con el correspondiente rosario de verdades que de ella se deducen. Verdades de esas que el lector no podrá encontrar en las columnas de la crítica actual, pero que no por ello dejan de ser y de existir y que es inconcuso que terminarán por emerger del mar de convencionalismos inanes que en el momento presente es paisaje casi único.

La conferencia de Comendador corrobora la impresión que el cine y la fotografía nos habían producido, si es que puede llamarse simplemente impresión al indignado movimiento que la blasfemia y el sacrilegio suscitan en un buen creyente. Las reproducciones religiosas que ese *nuevo arte* ofrece a los fieles son «deshumanizadas, monstruosas, caricaturescas por deliberado propósito». Es decir, que no sólo están artísticamente lejos de representar, ni siquiera sugerir objetos e ideas, sino que producen en los que las ven, en vez del sentimiento de la piedad — finalidad única de la iconografía religiosa — los muy diferentes del asco, del horror o de la risa.

No de otra manera podría ocurrir. Los artistas a quienes esos abates *democristianos* encargan sus imágenes o decoraciones son esencialmente ateos, judíos o descreídos que alternan esas supuestas obras sagradas con engendros de la más hedionda y morbosa obscenidad. Esas gubias y esos pinceles, manchados con la podre de los monstruos son los que pretenden luego tratar las figuras sacras y purísimas de Cristo o de la Virgen... !Qué lejos estamos de Angélico, de Murillo y de nuestros imagineros que además de artistas eran santos!

A lo largo de las páginas del librito nos topamos con casos peregrinos. Por ejemplo, aprendemos, no sin acre sorpresa, que en las decantadas Bienales de Venecia — la Venecia de Bellini, de Ticiano y Veronés, pero también la Venecia de los Carnavales locos — *algunas veces* forma parte del Jurado un artista. Pérez Comendador nos lo cuenta y hay que creerlo porque ese artista fué una vez él mismo, en la de 1950 por más señas. Son del más vivo interés sus memorias de tal ocasión y las descripciones de aquel *bazar de horrores* según Chirico, al cual me he referido algunas veces en las páginas de ALCANTARA, empleando frases que alguien tildó en su hora de irreverentes, pero que ahora veo eran eufémicas y tímidas.

La charla del escultor alcanza un máximo de oportunidad y certeza cuando habla de la coyunda de algunos artistas indignos de este nombre con el agio y la política demoledora. Copio:

«Se fabrica el seudo arte moderno de todo género y cantidad gracias a: 1.º—La asociación internacional de marchantes de cuadros.

2.º—La crítica que *dicha asociación* ha adiestrado internacionalmente para asegurar la crónica artística.»

Nos fijamos especialmente en estos dos de los tres puntos que cita el texto e invitamos particularmente al lector a fijarse en ellos. Hace ya mucho tiempo que París es el faro de todos los *snobismos* del mundo. Al lado de muchos artistas que han edificado allá su legítima gloria, hay una infinidad de semidotados cuya menguada iniciativa no bastaba para alcanzar las cimas del éxito, pero sí era suficiente para piruetear en las cucañas de la extravagancia y por aquí llamar la atención *como fuera*. Es en la apellidada Ciudad Luz donde los *trusts* de marchantes internacionales, la banca judía del arte, al ver que no podían comerciar bajamente con la producción legítima, han aupado e impuesto como expresión estética máxima los partos imbéciles de esos artistas inicialmente fracasados. Escuchad cómo se expresa un hábil periodista, corresponsal de uno de los grandes periódicos europeos: (1).

«Esta enorme masa de pintura (se refiere a los innumerables cuadros de Corot, Renoir, Van Gogh, Modigliani, etc.) que entonces (1914) se podía adquirir por casi nada, vale ahora miles de millones gracias a la hábil revalorización de los *marchands*, la mayor parte de los cuales han amasado con ella fortunas fabulosas.

«Estimulados por el ejemplo, mixtificadores y falsarios han hecho de la «joven pintura» y de la «pintura nueva», su mejor campo de especulación pues a la tentación económica se une la *facilidad técnica* (subrayo yo). El especialista en la reproducción de obras de grandes maestros Luigi Serni sostiene que una buena imitación de las primeras firmas de la pintura italiana, flamenca o española exige por lo menos de dos a tres meses. Por el contrario, la imitación de una obra de Cézanne, Renoir, Corot, Bonnard o Picasso puede obtenerse holgadamente en pocos días». (El cronista que suscribe ha tenido que sufrir los iracundos ataques de algunos «artistas» y «críticos», por sostener este axioma, tan obvio como el principio de Arquímedes; obra maestra que cualquiera puede imitar, no es obra maestra sino engendro pedestre).

Todo esto se escribió a propósito del ambiente que los «Trusts» de marchantes imponen en las bolsas artísticas europeas y que tiende a desvalorizar el arte clásico y consagrado por la Historia,—con el que ellos no pueden mercachiflear—al objeto de elevar escandalosamente las cotizaciones de las obras modernistas. Así, en la Galería Charpentier se vendió recientemente un Goya en seis millones de francos, y un Rembrandt en nueve millones, al paso que otros cuadros de Cézanne o de Renoir alcanzaron el precio exorbitante de treinta y tres millones de francos. Si entramos en los terrenos del claro antirrealismo (Picasso, Derain, Matisse) las valoraciones son igualmente astronómicas.

Sin duda esto es sólo posible con la complicidad ovina del papanatismo mundial que es quien paga esas absurdas cifras. Estos *paga-*

(1) Antonio Martínez Tomás.



nos son millonarios o industriales o dueños de hoteles que, incapaces de distinguir la *Gioconda* de Rita Hayworth, firman cheques sin chistar por la mercancía que una crítica baratera y servil (esa crítica aludida en el punto 2.º) les dictamina de buenísima.

Se oyen, al tratarse de juzgar el contenido artístico de los templos, opiniones para todos los gustos, pocas de ellas, sin embargo, edificadas sobre un basamento firme. No hemos de perder de vista que el adjetivo *religioso* aplicado al arte, modifica fundamentalmente el concepto puro de éste, toda vez que le da un fin distinto de la mera emoción estética. Una obra torpe o estereotipada rara vez será capaz de cumplir aquel fin especial. Pero también pueden existir grandiosas concepciones artísticas que, versando sobre temas religiosos, se apartan de la misión que la ascética les tiene asignada.

Tomemos como ejemplo el celeberrimo *tondo* de la Sagrada Familia, de Miguel Angel. He elegido esta obra por ser una de las maestras de tema religioso y porque efectivamente no puede dejar de ser recordada visualmente por cualquier aficionado a la Pintura. Ante este cuadro circular, como ante muy pocos otros, nos sobrecoge la impresión de lo perfecto, de lo insuperable. La recia arquitectura de la composición, el vigor de las líneas, la armonía espontánea del colorido, todo en fin nos habla de plétora, de maestría y de logro. Sin embargo, esta obra sin precio ni evaluación posible, esta cima inaccesible del arte universal, no es precisamente un modelo de arte sagrado. La figura de la Virgen, protagonista del cuadro, ni por su ademán ni por su atuendo responde a la idea que los católicos tenemos y exigimos de la Madre de Dios. Pero además de esto, en ella no hay un solo átomo de transcendencia religiosa. Es una hermosa mujer festejando con libre naturalidad a un hijo hermoso. Una madre tipo de todas las madres de la humanidad, con excepción de la Madre Virgen precisamente. Detrás de ella, un viejo gladiador nos hace recordar a Saturno o a Peleo mucho antes que al grave y justo José. Para terminar, el friso de figuras desnudas en último término que complementa la gracia y la lógica de la composición, completa igualmente la plácida sensación de paganía de toda la obra. Arte en el más puro sentido de la palabra, arte maravilloso, inigualable, pero no arte sacro. El *tondo* de Florencia habla con portentosa voz a nuestra sensibilidad artística, pero no dice una sola palabra a nuestro anhelo religioso.

Si esto ocurre con Miguel Angel probablemente el más grande artista que ha producido la Humanidad, descendiendo en picado al arte abstracto y semiabstracto de nuestros días, la lección es aún más elocuente. Con un criterio amplio, podemos admitir en la palestra pública, obras de cualquier tendencia y de cualquier valor, pero de ellas sólo podrán entrar en los templos las que, como dice la Instrucción ya citada «contribuyen de la mejor manera al decoro de la Casa de Dios y promueven la fe y la piedad de los fieles».

No hay inconveniente en que los Museos o Salones exhiban, por ejemplo, esos cristos desgarrados y trágicos hoy de moda y de los que el pintor español Prieto Cousent ha dado estimables versiones.

Pero una Iglesia no es un museo ni en ella se entra para experimentar audacias o novedades. Esos cristos de Prieto, como los de Matisse o de Zadkines, tienen el inconveniente de que *no son Cristo*. Ningún artista puede olvidar que la figura que está modelando o pintando pendiente de un madero es algo más que un hombre. El modelo, no antes ni después igualado, del verdadero Cristo en arte sacro es el de Velázquez, donde el ser humano colgado en el patíbulo, tiene no obstante toda la majestad del Dios sentado en su trono. He aquí una lección que deberían aprender muy bien esos traficantes demonio-cristianos que, como he dicho en otro lugar (1) se han propuesto convertir nuestros altares en *totems* polinésicos.

En medio de la desorientación en que se mueve el público de arte, la conferencia de Comendador es — y perdónese el tópico — un faro de luz blanca. Luz auténtica y pura porque procede del más legítimo de los manantiales: la mente de un verdadero artista. Nada mejor para dar fin a esta glosa, que reproducir las palabras con que el conferenciante concluye, a su vez, su trabajo. Palabras clásicas y tajantes, libres de confusionismos, definidoras y definitivas y que para honra del que esto firma, coinciden en un todo con otras suyas, en ocasiones y por motivos análogos escritas.

«Nosotros, los que albergamos el espíritu de la cintura para arriba, podemos contribuir a ganar las almas con un Arte sano, pero impregnado de espiritualidad; un arte con herencia, pero vivo; ordenado, pero sin recetas; a imagen y semejanza de Dios, del Hombre; sin deformaciones, pero no fotográficos; osado, pero con leyes; con principio y con normas, pero sin rutina y, en su construcción, bello como bellas queremos las almas».

CARLOS CALLEJO

---

(1) «El Correo Literario», 1951.



**A**PPELLIDAR a José María Gabriel y Galán el *Virgilio español* pudiera parecer excesivo, no habiendo llegado el vate salmantino—tal vez debido a lo corto de su existencia terrena—a la dimensión histórica y transcendencia del Coloso de Mantua. El epíteto, sin embargo, se le puede aplicar con toda propiedad si le consideramos, y no hay ninguna inexactitud en ello, como el único gran poeta naturalista con que cuenta el Parnaso hispánico. Ampliamente trataron esta modalidad autores de la periferia peninsular, de lengua no castellana y, sobre todo, existen de ella obras insignes en la producción castellana no española, es decir, en América. Pero en el sentido estricto de lo que se suele entender por Literatura Española, Gabriel y Galán es único, como ya decía Cejador en su tiempo. Es un hecho que ni los clásicos ni los románticos, ni mucho menos la pléyade contemporánea, se han sentido atraídos por el grandioso escenario natural en que, sin embargo, todos ellos vivieron y viven. El poeta

español, genéricamente hablando, ha escrito siempre sus composiciones en su gabinete de trabajo de espaldas al balcón.

Las pocas veces que nuestros autores poéticos, aun los de más

## Un poeta naturalista

por CARLOS CALLEJO

variada y plástica inspiración, han traído elementos naturales a sus obras, lo han hecho siempre como recurso, para amenizar con unas cuantas pinceladas verdes el tema tratado. A lo sumo como el paisaje convencional de fondo que de cualquier manera completa el cuadro cuyo primer término ocupa un asunto de muy distinta índole. Nunca la naturaleza ha sido la protagonista única de una obra poética, ni siquiera plenamente de una sola composición.

A estas aseveraciones, instintivamente la memoria nos objeta el nombre de Fray Luis de León. Pero si con algún detenimiento estudiamos los versos de éste, veremos que en ningún momento se le puede denominar naturalista. Como su modelo Horacio, Fray Luis es un poeta de corte, cuando más de cátedra, y no un cantor de la Naturaleza. Si en alguna ocasión celebra la *noche serena* o el *huerto recatado*, es a manera de evasión momentánea de su pensamiento habitual, como ideal de reposo que su vida no logra alcanzar. Esa fontana pura y ese campo de esparcidas flores, Fray Luis los ve sólo desde la ventana de su celda. Incluso en su oda a Felipe Ruíz, la ansiedad por conocer los misterios naturales es nada más que un pretexto para su especular filosófico, un medio y no un fin.

En los demás autores del siglo de oro, que escenificaron al aire libre sus cantatas y églogas, tales como Garcilaso, Gil Polo, Jáuregui, etc., la visión de la Naturaleza es sólo un *pastiche*, un diorama convencional y artificioso, sacado de las ficciones pastoriles griegas

y romanas y repetido mil veces. Los versos con frecuencia magníficos, resuenan en un árabito teatral, en vez de expandirse en alas del viento. Sólo se ha conseguido plasmar un escenario, unas cuantas decoraciones de cartón y un telón de fondo con colores desvaídos, en nada semejantes a la realidad.

A pesar de tener al alcance de su mano la colosal biblioteca del mundo natural, los poetas españoles todos se nutren, en cuanto a esta modalidad se refiere, de lugares comunes, tomados en préstamo una y otra vez. Si se cita una flor, es siempre e inevitablemente la rosa. Constituye una inelegancia nombrar cualquiera otra entre los millares de ellas que cada día crecen ante los ojos del escritor. La fauna está reducida a la media docena de especies que repiten los modelos latinos o que mencionan los textos más corrientes de la Biblia: el manso corderillo, el lobo cruel, el ciervo sediento... Del multiforme reino de las aves sólo conocemos un súbdito: el ruiseñor. Este pájaro canoro campea como paladín único en el lenguaje de los vates, la mayor parte de los cuales de fijo no le han visto jamás y muchos de ellos ni siquiera escuchado.

Las pocas excepciones a esto entre nuestros clásicos (Mira de Mescua, Villegas) no alcanzan transcendencia para ser tomadas en cuenta. ¿Y el Romanticismo? En otras literaturas ha producido ejemplos grandiosos de poesía naturalista. En la nuestra no. Hojeando las profusas antologías del 800, se encuentran los mismos tópicos artificiosos de los siglos anteriores, la misma escenografía pintada. Seguimos con la rosa y el ruiseñor, a lo sumo, con las palomas de Venus o el cielo estrellado de Abraham. Algunas frases de *El Faro de Malta* del Duque de Rivas, de Selgas o Jovellanos, algunos versos de la Avellaneda o Gil Carrasco, ponderan esporádicamente aspectos de la Naturaleza, pero siempre como contraste o decoración al drama subjetivo del poeta, protagonista absoluto y exclusivo de sus obras.

Finalmente, de las escuelas modernas hay poco que decir a este respecto, ya que *a priori* y por postulado básico su poesía está enemistada irrevocablemente con la madre Natura y busca, según sus apóstoles, fabricar un mundo distinto del que Dios creó. El poeta superrealista, más subjetivo que ningún otro, no sólo escribe de espaldas al balcón, sino que lo hace con el balcón cerrado.

.....

Jose María Gabriel y Galán es poeta naturalista antes que todo. Su obra ofrece, como es sabido, dos facetas esenciales: una, el documento humano regional, y otra el naturalismo estrictamente entendido. Con ser valiosos e inimitables sus logros en la primera, a nuestro juicio la segunda es más específica por más exclusiva. Apenas puede leerse un poema suyo en que la Naturaleza no desempeñe un papel importante, si no el principal. Colocado en medio del paraíso natural, este único Adán de nuestras letras se identifica con él, penetra en su unidad y variedad; abre los ojos a lo que le rodea y lo contempla con asombro primero, luego con amor y finalmente con

agradecimiento porque sabe que estas joyas resplandecientes, gozo inefable de nuestros sentidos, son las primicias de Dios a su criatura predilecta y primordial, la única formada a su imagen y semejanza. Su extática latría por la Naturaleza sigue la filosofía franciscana y no cae jamás en el trágico panteísmo de algunos de sus colegas de estilo. Así lo confiesa muchas veces y más explícitamente al decir:

Yo admiro la hermosura,  
la soberana esplendidez grandiosa  
que augusta ostenta sobre sí Natura,  
pero ella es criatura,  
no puede ser mi diosa;  
y aunque canto postrado de rodillas  
delante de sus grandes maravillas  
que son del mundo hechizo,  
yo sólo adoro en ella  
la mano soberana que la hizo.

Por otro lado Gabriel y Galán, en el terreno poético, tanto como su homónimo José María de Pereda, nuestro primer naturalista en prosa, ha devuelto a esta escuela su limpio contenido etimológico, en contraposición a otros naturalismos literarios, casi siempre extranjeros. en donde el cálamo descriptivo, se ha complacido en diseñar no lo natural, sino lo aberrante y degenerado, haciendo sucia caricatura de lo que merecía un brillante retrato.

Todavía más que cantor de nuestra raza, el autor de *El Ama*, es cantor incomparable de nuestra tierra, entendiéndose por esta frase, no sólo la circunscripción geográfica en que nos hallamos, sino más bien el trozo de planeta que está bajo nuestros pies. Gabriel y Galán no se limita a sentir la Naturaleza, sino que la conoce y la estudia, poniendo todas sus facultades de espíritu en el objeto de sus amores. Su pluma ha incorporado definitivamente a nuestra poesía todos los personajes del polimorfo concierto natural, antes residenciados como plebeyos. Nos enteramos de que, además de la rosa y el lirio, hay otras flores y plantas: violetas y gavanzos, toronjiles y albahacas, madre selvas y retamas, montaraces jaras y vigorosos brezos, quitameriendas, acederas, hinojos y achicorias que crecen *entre los pinares resinosos y cabe las robledas solitarias, junto al tronco perfumado del abeto o bajo el palio del follaje del quejigo.*

Igualmente, no sólo surca el aire el manido ruiseñor, sino que le hacen compañía las alegres alondras, la oropéndola y el cernícalo, el águila real y la cigüeña hierática, el abejaruco *clavado en la verruga de una encina* o el cárabo que grazna entre las ruinas.

No menos rico y vario es su lenguaje cuando fonetiza los fenómenos geológicos; cuando con pasmosa sugerencia visual describe los crepúsculos, las crestas de los riscos negros, el solano bochor-

noso y el duro cierzo, la *húmeda tierra gredosa*, y el himno ronco y fresco de las aguas en el torrente o en el *regatuelo que rezando baja*.

El recuerdo de las geórgicas virgilianas invade la mente del que lee *El poema del gañán*, *Las repúblicas* o *La canción del terruño*, admirables himnos a la agricultura, vital y milenario trabajo del hombre. Muchas de sus composiciones merecen el nombre de églogas tanto como las del más grande de los latinos. *Fecundidad*, *La flor del espino*, *Tradicional*, son otras tantas visiones idílicas de una Arcadia inefable, por verídica y real. En vez de las farsas pastoriles, hallamos la inimitable página de *El Vaquerillo*, pieza única en nuestra literatura, o esa exquisita versión ibérica del libro de Ruth que se titula *La Espigadora*.

Los tratadistas que a veces han tachado a la musa de Gabriel y Galán de excesivamente rústica y vulgar, no deben de haber leído fragmentos de tan grandiosa elevación como el que empieza

¡Salve, luz creadora!  
Si de la mano del Señor salida  
prístina creación es toda vida,  
segunda creación es toda aurora.

del poema *El arrullo del Atlántico*. Y aún existen composiciones como *Adoración* y *Desde el campo* que habrían llegado a más altura, si su autor hubiera repasado ciertos descuidos que desvirtúan algo la intensa sugestión lírica del verso. Pero estos esporádicos descensos de inspiración—de los que ningún maestro está libre—acaso son fruto de la obsesión que el poeta tenía de ser claro y sincero como corresponde a un verdadero cantor de la belleza plástica. Es fácil ver a lo largo de sus páginas cómo el autor de las *Extremeñas* se recrea, se transfigura ante un fenómeno natural que suscita en él una emoción estética intensa, capaz de transmitirse íntegramente al lector. Estamos muy lejos de las estrofas rimbombantes de Lista y de Quintana. Aquí las expresiones son palpables y tangibles a fuer de vivas y fidedignas. Nuestros ojos parpadean a la naciente luz del sol cuando leemos, o mejor dicho, contemplamos esos amaneceres, temblorosos como preludios sinfónicos que el poeta retrata en *El arrullo del Atlántico* y en otros lugares de sus rapsodias. Nuestro olfato se esponja cuando José María nos habla de los montes carrascosos y de los sanos perfumes de las eras. Y parece que queramos contar las estrellas en *las noches románticas de Julio* o en esas otras noches rumorosas y serenas, *de brisas mansas y de luna llena*. No existe nada en nuestra literatura que pueda compararse en vigor pictórico a esta descripción:

Era un día de febrero  
revuelto, lluvioso y frío,  
cada camino era un río  
y cada charco un sendero.

Bajaban por las quebradas  
turbios regatos zumbando,  
que iban el hoyo inundando  
de hoscas aguas coloradas.  
Y era el barbecho un fangal  
y el prado un estanque era,  
y una charca la ribera,  
los valles un chapatal...

¿Qué más? Hasta en un fenómeno de tan poca sugestión hedónica como es el abrasante calor estival a la hora del sesteo, encuentra elementos artísticos suficientes para confeccionar poemas como *El cantar de las chicharras*, para el cual se ha elegido una métrica reiterativa (acaso inspirada en la de Federico Mistral en *Mireya*) precisamente para dar mayor sensación onomatopéyica del monorrítmico zumbido de aquel insecto veraniego.

Nada de decoración ni bambalina: todo es de bulto, crujiente y viviente; todo palpita y bulle y respira en sus ásperos dramas a la intemperie. El pintado jardín de clásicos y románticos se ha hecho selvática y espléndida naturaleza, lo mismo que Salicio, Tirsis, Flérida y demás muñecos con pellica, son ahora carne sarmentosa y hueso robusto bajo los nombres de Quico, Pedro y Juana. Hasta el profundo sentimiento religioso del poeta gusta de manifestarse a cielo abierto y canta con acento fervoroso a la Virgen María cuando la encuentra sentada en un trono natural, la *mística loma* de la Montaña, desde la cual

Como sábanas inmensas de luengüisimos desiertos  
se extendían, dominados por los brazos de la Cruz,  
horizontes infinitos, infinitamente abiertos.  
al abrazo de los cielos y a los besos de la luz.

En las aulas y en los ateneos de hoy es frecuente hablar de Gabriel y Galán con cierta conmiseración, mientras se exaltan exageradamente otros valores de las generaciones siguientes. Este fenómeno ocurrió ya con Bécquer y ocurre con todos los poetas que hablan el lenguaje sencillo de la eternidad, no entendido por los espíritus artificiosos y laberínticos. A Gustavo Adolfo en su época y durante mucho tiempo después, se le tildó de afeminado y vulgar por colegas suyos que hoy son solamente polilla y ya no serán nada más que eso en el futuro. Todavía hace treinta años, Bécquer era el poeta de las niñas cursis y sólo ahora parece que se ha llegado a *descubrir* la colosal envergadura de su numen. Tal vez haya ayudado a este descubrimiento el observar que, en cualquier momento que se quieran pedir, existen hoy en las librerías veinte ediciones distintas de sus obras.

Con Gabriel y Galán pasa y pasará algo parecido. Para muchos no es bastante significativo el hecho de que antes de cumplirse el cincuentenario de su muerte se hayan hecho más de cincuenta ediciones de sus poemas, a más de una por año, mientras las producciones de otros considerados paladines del género, algunos casi coetáneos suyos, no han agotado todavía la primera o acaban de sacar a luz la segunda. Confiamos en que tampoco se tarde mucho en el *descubrimiento* del poeta de Frades, al caer en la cuenta de que lo que teníamos por común y doméstico, era cabalmente la calidad perdurable, mientras la complicación y el fleco y el varillaje y el arrequive y el rompecabezas, son distintivos ciertos de lo deleznable y efímero.

Por eso, amigos, cuando os halléis ante un erudito que se sonríe al oír hablar del vate salmantino, vosotros sonreíos del que sonríe; porque dentro de mil años nuestro poeta seguirá en la boca de las gentes y en el escaparate de las librerías, en tanto que muchos de los idolillos en los que seguramente adora ese *erudito*, no serán más que chirimbolos arrumbados en el desván del olvido, vianda de ratones y viguería de arañas. Y no hacen falta altos dones proféticos para afirmar esto. La Naturaleza es impasible y perenne y dentro de diez siglos seguirá tan hermosa, tan pujante y tan vital como ahora. No sabemos si en ese futuro remoto subsistirán nuestras costumbres, nuestras máquinas, nuestras capillitas filosóficas o estéticas. Pero estamos ciertos de que seguirá habiendo atardeceres plácidos, nubes y nieves, playas y bosques, feraces vegas, altos montes, madroñeras y jaras, águilas y palomas, mariposas y chicharras. Podrán surgir o no en lo sucesivo otros poetas naturalistas, pero José María Gabriel y Galán siempre será el primero en nuestra literatura que se adelantó al centro de este paraíso insondable y acordó su lira diciendo:

EN EL NOMBRE DE DIOS, CANTO LA VIDA...





## S E R E N A T A

DIVINA, sal al marco de tu amada ventana,  
tu mejilla a la luz, tu cabello a la brisa,  
mientras yo voy contando las perlas de tu risa  
y orlando de rubíes tu trono de sultana.

Día y noche te adoro,  
contigo río y lloro  
y te acuno en mis brazos desde aquí  
y sé que tu eres mía  
desde tu lejanía  
y que bordas un ramo de amores para mí.

Qué hermoso es yacer  
al atardecer  
en un prado de ensueños de cara al infinito  
y aspirando el recuerdo de tu aliento  
saborear contento  
la miel de tu alegría y el vértigo bendito.

Qué placentero oír  
a la muerte venir  
dormido en la corola que finge tu regazo  
y llegar al no ser  
y volver a nacer  
como un orto de luz al alzar de tu brazo.

Y en tu oído cantar, caracol

y cuerda de violín, por tu mano vibrar  
y con rayos de sol  
escribir la canción de tu nombre en el mar.

¡Qué bien arder por ti! De maravillas  
tejer una escalera rosa y nieve  
que por ella descienda tu planta leve  
y al pasar, yo adorarte de rodillas.

Con las nubes doradas  
tejer para tu pelo una guirnalda.  
y besar todas las puntadas,  
del borde blanco de tu falda.

Y un espejo con el nombre de la joven primavera  
y un requiebro que te llame como un ave mensajera  
cada tarde en tu balcón  
y para tu frente con la luna un dosel  
y para tus pies un pequeño escabel  
con mi corazón...

DIVINA, ya tu imagen del marco se separa,  
ya la noche se llena de besos balbucientes,  
se han posado en tus hombros dos alas transparentes  
y una estrella ha bajado desde el cielo a tu cara...

CARLOS CALLEJO





SONETOS (1)

## FATALISMO

A La-la Fátima

No sé qué conjunción de las estrellas  
preside este momento de mi vida,  
ni si en mi Laberinto una salida  
me prestará Ariadna con sus huellas.

No sé si ha sido la oración de un santo  
o el peso de una culpa el que a este empeño  
me ha conducido. Ni si de este sueño  
despertaré en la risa o en el llanto.

No sé si en mi vagar despreocupado  
más allá del florido y verde prado  
me acecha un precipicio traicionero

No sé si mi Destino es inclemente  
o feliz. No sé nada... Solamente  
sé que eres muy hermosa y que te quiero...

## ABRIL

Ya a servir de dosel a tu hermosura  
volvió la engalanada primavera  
y se alejó el invierno que viniera  
para servir de marco a mi amargura.

(1) Del libro recientemente aparecido, *Rapsodia Virginal*, de que es autor el ins-  
pirado poeta D. Carlos Callejo.

Un año más bogando sin ventura  
por el ingrato mar de la quimera;  
cincelando una imagen hechicera  
que nunca alumbrará mi noche oscura.

Así, sin fruto, estériles, helados,  
como avanzan, grisáceos, los nublados,  
pasan los tiempos, soberana mía.

Sólo tras ellos brilla una certeza;  
si crece cada año tu belleza,  
mi adoración aumenta cada día...

### **PARADOJA**

No te debo querer..., ¡pero te quiero!  
Toda medida y lógica he perdido  
para quedar a tu candor rendido  
con la ternura del amor primero.

No me detiene el golpe traicionero  
de los pesares que por ti he sufrido.  
Acaricio mi ensueño más querido,  
aunque imagino lo que ya no espero.

Cada día la mano del Destino  
te aparta más y más de mi camino,  
y mi pasión aumenta cada día.

Tu nombre está enlazado con mi suerte  
y sé que te he de amar hasta la muerte  
por lo mismo que nunca has de ser mía...



## Las sepulturas eneolíticas de «EL TRASQUILON»

Por CARLOS CALLEJO SERRANO

**P**OCO a poco, el espeso velo de niebla que cubre la Prehistoria de Extremadura va levantándose o por lo menos aligerándose. Lentamente, porque lento es el ritmo de los hallazgos y descubrimientos en los cuales interviene como causa principal y aparte de un indudable factor humano de actividad, la diosa Casualidad. En el año 1951 se descubrió la caverna de Maltravieso a las mismas puertas de Cáceres, cuya importancia se ha subvalorado en nuestra opinión con injusticia y sobre la que estamos preparando un trabajo bastante extenso. Más tarde han aparecido dos importantes piedras sepulcrales de la Edad del Bronce, una en Torrejón el Rubio y otra en Ibahernando, que vienen a dar más luz, cada una por su estilo, a uno de los más oscuros periodos de la Prehistoria española. Finalmente, en la primavera del presente año aparecieron siete sepulturas a pocos kilómetros de Cáceres, que han sido exploradas por el que suscribe, exploración somera acaso y que apenas merece tal nombre porque no otra cosa daban de sí los hallazgos, o mejor dicho los restos del hallazgo que tuvimos ante la vista, pero que debe constar en algún sitio, porque, de confirmarse la hipótesis que en este breve trabajo vamos a pergeñar, tendríamos una interesante avanzada de las culturas puramente ibéricas en las submesetas centrales (1).

La atribución que hemos hecho de estas sepulturas al Eneolítico español, debe acogerse por el momento con reserva, pues los vestigios a estudiar son escasísimos y hay que moverse principalmente sobre conjeturas. Pero esto ya se sabe que es el pan nuestro de cada día en la prehistoria, ese hermoso e inquietante rompecabezas que, por difícil e incierto, precisamente resulta una de las más sugestivas investigaciones a que la mente humana puede dedicar sus desvelos. Antes de dar algunas razones de orden técnico que nos mueven a formular la aludida hipótesis, haremos la somera historia del hallazgo.

Fué en el mes de Marzo del corriente 1956, época lluviosa y fría

(1) En el semanario *Cáceres* dió una noticia del hallazgo, Fernando García Morales.

como pocas se recuerdan a esas alturas del año, cuando nos personamos, a pocos días de conocer su existencia, en el lugar donde aparecieron las ya mencionadas tumbas. Los descubridores fueron los obreros que trabajan en unas minas de estaño situadas en la finca llamada «El Trasquilón». Las sepulturas estaban enclavadas en el extremo occidental del terreno que explota la empresa concesionaria de las mismas, todo el cual está lleno de pozos y excavaciones. El suelo es blando y arenoso y está surcado en todas direcciones por filones de cuarzo, conteniendo ambligonita y casiterita que son los minerales que benefician la mina. Los enterramientos estaban justamente tocando en la cerca que sirve de límite a esta propiedad con la contigua. Todas las facilidades que nos dió la gerencia de la empresa minera para nuestra exploración se trocaron en dificultades apenas traspusimos en unos pasos esta linde.

A nuestra llegada sólo existían tres sepulturas vacías y descubiertas y se veían vestigios de las demás, ya soterradas. Como es regla general en estos casos, las primeras personas que descubrieron las tumbas, desbarataron o destruyeron en la mayor parte su contenido. Las lluvias, continuadas y fuertes terminaron la tarea. Los restos humanos, cuyo estado de conservación era ya sumamente deleznable desaparecieron casi por completo salvo unos poquísimos fragmentos que luego relacionaremos y que obran en el Museo de Cáceres.

Las tres sepulturas, halladas en relativo buen estado, eran del mismo tipo: fosas formadas por cinco o seis lascas de pizarra implantadas verticalmente y con cierto esmero, de modo que pudieran contener un cuerpo humano. Todo ello estaba cubierto por otras losas de pizarra haciendo el papel de lápida. De estas losas horizontales sólo quedaban a la sazón las que cubrieran la parte capital de las tumbas. La profundidad era escasa, de 50 a 70 centímetros bajo el nivel actual del terreno. La amplitud media de las fosas era de 60 centímetros y su longitud para nosotros desconocida, pues ninguna de ellas conservaba intacta la parte de los pies.

Numerando de Sur a Norte las tres sepulturas, sólo una de ellas, la segunda, contenía todavía restos humanos en forma de dos calvarias, o mejor, bóvedas craneanas, una de ellas muy incompleta y despedazada. De la diseminación o destrucción de los esqueletos únicamente se salvaron, aparte de éstos, unos pocos fragmentos de huesos largos y algunas piezas dentarias sueltas.

Interrogados los obreros y encargados manifestaron que al abrir las sepulturas, se hallaron dos esqueletos en las tumbas números 2 y 3 de la numeración que he citado y uno en las demás. En la tercera uno de los dos esqueletos era infantil, lo que hace suponer que se tratase de los restos de una madre con su hijo. La número 2 parece haber contenido un matrimonio, pero no existe seguridad por no poderse discernir el sexo de los escasos fragmentos de cráneos encontrados.

También en las tumbas 2 y 3 se encontraron, como únicos restos de piezas mobiliarias sendos vasos pequeños de cerámica; por lo

menos eso fué lo que pudo recoger el propietario y gerente de la mina, señor Asensio, tan pronto llegó a su conocimiento el hallazgo. Según los testigos presenciales, ni en esas tumbas ni en las demás, se encontró ningún otro material.

Ya se comprende que la única manera de saber a qué atenernos con respecto a estos enterramientos era encontrar uno intacto y explorarlo directamente. Por desgracia la suerte no favoreció nuestros sondeos en terrenos próximos donde parecía natural que se prolongara la pequeña necrópolis y a su vista hubimos de suspender la exploración.

Los objetos que, en cuentas resumidas, han arrojado estos descubrimientos son una bóveda craneana incompleta, tres fragmentos de femures, cuatro medios maxilares inferiores muy deteriorados conteniendo algunos molares y catorce piezas dentarias infantiles, por lo que respecta a restos humanos. Ya se ve que no es posible ni iniciar un estudio antropológico con tan escasos materiales.

Más importantes y explícitas son las dos muestras de cerámica recogidas, una de las cuales ha sido donada al Museo de Cáceres, donde se conserva. Las dos ofrecen las mismas características: son vasijas sin decoración alguna, formadas de barro negro muy fino y según todas las apariencias, trabajado a mano. El tamaño de las dos es pequeño. La más completa que es la del Museo mide 117 milímetros de altura y 115 de diámetro externo en máxima convexidad. La otra, a la que falta el borde superior, conserva 116 milímetros de altura y su máxima dimensión en plano horizontal son 135 milímetros. El espesor es en ambas de unos 9 milímetros.

.....

Más arriba hemos dicho que de confirmarse la atribución que hacemos a estas sepulturas, nos encontraríamos con una estación exclusivamente ibérica en la meseta extremeña. Conviene recordar que la palabra *ibero*—dejando a un lado acepciones metafóricas—tiene actualmente dos sentidos. El uno es protohistórico y puramente cultural. El otro es prehistórico y esencialmente etnológico. Actualmente apasiona a los técnicos el problema de la historia del primer milenio anticristiano de la península ibérica. La teoría *celtista*, puesta recientemente de moda y defendida con calor por algunos de nuestros más ilustres arqueólogos, opina que nuestra patria estaba poblada al llegar los mensajeros de las culturas de Oriente casi exclusivamente por pueblos celtas, siendo las denominaciones celtíberos e iberos entelequias puestas en circulación por los romanos. La teoría tradicional, que por cierto parece más en consonancia con la crítica histórica y sobre todo, con la etnogenia de nuestro pueblo, continúa defendiendo que la colonización celta se limitó a algunas zonas de la península. Por las demás, los celtas pasaron como relámpagos, como más tarde hicieron sus parientes los germanos, dejando no obstante vestigios de su paso y en todos sitios terminaron fundiéndose, a mayor o menor riqueza de mezcla, con la población aborígen, dando lugar a nuestras razas actuales.

Tanto los que se adscriben a una como a la otra teoría, admiten que al llegar a nuestra península los romanos encontraron en ella una cultura bastante avanzada, de origen indígena, con fuertes influencias griegas y púnicas. Esta cultura se llama por todos *ibérica*, aunque algunos opinen que era solamente celta y se remonta únicamente al siglo III antes de Cristo.

Lo corriente sin embargo es llamar y seguir llamando iberos a los primeros pobladores de nuestra península (dejando aparte el paleolítico) de origen africano y de raza camita, quienes, mezclados con aportaciones prearias, venidas de Europa (ligures o pirenaicos) ocupaban totalmente España antes de que vinieran los celtas.

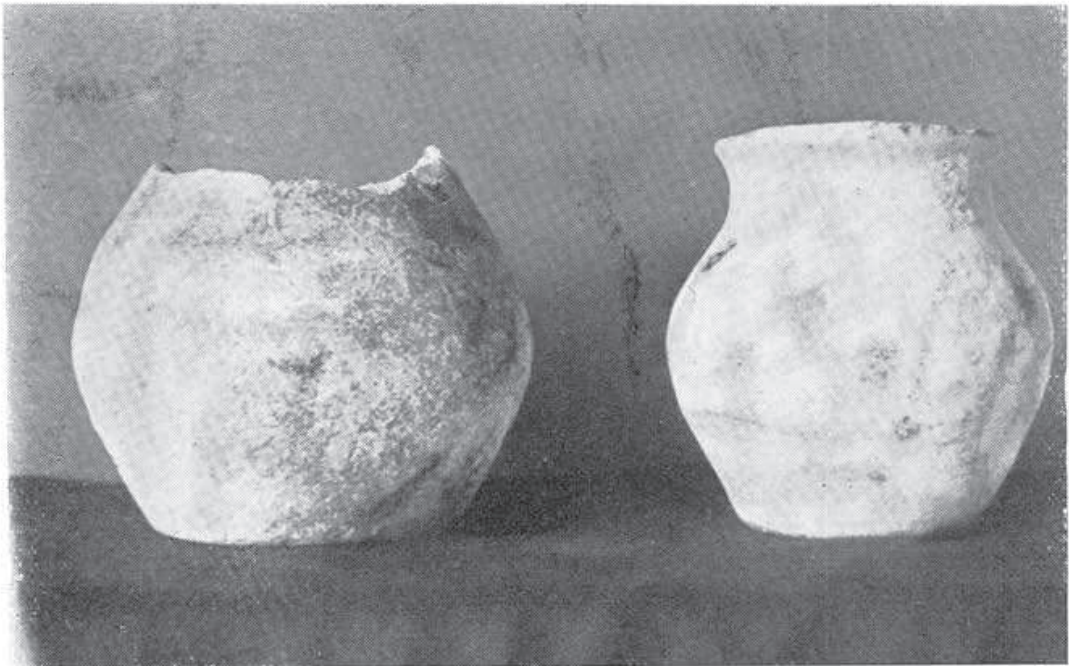
En tal sentido, los autores distinguen dos y a veces tres oleadas o invasiones ibéricas. A nuestro juicio debería darse ya este carácter a la primera de ellas, todavía en el Mesolítico, que dió lugar al periodo que se llama del Arte Levantino. Estos pueblos, que Camón Aznar en un afortunado aprovechamiento toponímico llama *Mastienos*, son evidentemente camitas o mediterráneos, de la misma raza que sus contemporáneos los egeos y los egipcios predinásticos, con cuyas floraciones artísticas tiene una evidente concomitancia todo el Arte Levantino.

La segunda y tercera invasión ibérica son las que arqueológicamente se llaman almeriense y argárica (esta última podría ser un simple recrudescimiento de la primera y sin nueva aportación humana, según Almagro). A estos pueblos debería atribuirse la cultura del Vaso Campaniforme, así como el Arte megalítico se formaría de la fusión de aquéllos con los de procedencia europea que indudablemente entraron en la mezcla de nuestras razas antes que los celtas. Precisamente a una de estas culturas ibéricas querríamos atribuir nosotros las sepulturas de «El Trasquilón». Parece deducirse así especialmente de la cerámica que es fina, de pequeño tamaño, de barro negro y carente de decoración, es decir, de características almerienses y argáricas muy acusadas. El hecho de tener los dos vasos el fondo plano quiere apuntar más hacia la primera de ellas, pues el fondo convexo parece más bien un refinamiento en los vasos argáricos de bellos perfiles. Otro dato de menos vigor por más general, es el tipo de sepultura en fosa superficial. No obstante, se han hallado principalmente en Cataluña muchas sepulturas semejantes a éstas y con cerámica análoga, de la época almeriense. También es muy significativo el enterramiento doble (matrimonio, madre e hijo) tan propio de estos pueblos mediterráneos. En cuanto a la forma de presentarse los cadáveres, como no hemos podido ver ninguna sepultura intacta, no sabemos si estaban extendidos o en cuclillas, como es corriente en las sepulturas de esta clase, sin que podamos inferir este dato de la forma de las fosas, pues todas estaban destruidas por la parte de los pies. Por todo ello estas tumbas de «El Trasquilón» podrían fijarse—dentro de lo convencional de este verbo en asuntos de Prehistoria—en una época de fines del Eneolítico y principios de la Edad del Bronce, o sea en las cercanías del año 2.000 antes de Cristo, con la particularidad en el último de los dos casos dichos de ser una es-





Vista parcial de las sepulturas de El Trasquilón tal como se hallaban al iniciarse su estudio



Vasos cerámicos hallados en los enterramientos número 2 y 3

tación de Bronce Mediterráneo en plena zona Atlántica. La absoluta penuria de vestigios, priva desde luego de toda seguridad a estas hipótesis.

El día que se hagan nuevos descubrimientos en esta comarca y si por un azar nosotros o alguien amante de estos bellos estudios tenemos la fortuna de explorar una tumba *intacta*, podrían encontrarse las respuestas a estos interrogantes o las confirmaciones a estos supuestos. Entretanto, habríamos de formular un llamamiento a todos los cacereños amantes de la cultura y de la historia de su patria chica, que es un trozo de la Historia de la grande, naturalmente, para que contribuyan al hallazgo de estos venerables vestigios que tanta falta nos hacen y sobre todo que impidan cuando se encuentren, su destrucción por gentes horras de bagaje cultural o peor aún, llenas de prejuicios sobre tesoros escondidos o temerosas de complicaciones judiciales tan pronto hallan un hueso humano. Sólo así podría seguirse ahondando en los problemas de la Prehistoria extremeña que, como la de cualquier otro país o comarca, es empresa mucho más colectiva que individual.





## LA HIGIENE DEL IDIOMA

Por CARLOS CALLEJO

(«OMAR EL ZEGRI»)

Dedico este trabajo a *Un Aprendiz de Hablista* con admiración y aplauso para su campaña profiláctica en estas mismas columnas.

**N**o se puede recetar sin haberse licenciado en Medicina ni construir puentes, tender líneas eléctricas o excavar minas sin haber acreditado y ganado un título suficiente. Para el ejercicio de las artes hace falta preparación adecuada, pues es imposible pintar o esculpir sin haber aprendido, aunque sea elementalmente, los secretos de la técnica, ni componer música sin saber cuando menos tañer un instrumento y lo más elemental del solfeo. Unicamente la Literatura, entre todas las actividades y trabajos humanos, está de par en par abierta a todo el que disponga de un lápiz y un papel. Por este motivo la Literatura es la que tiene que cargar con el más voluminoso fardo de gente sin preparación. Forman mayoría entre nuestros conocimientos las personas que retrocederían ante la idea de actuar en el teatro, cultivar tulipanes o condimentar una paella. En cambio no sé de nadie que no se crea plenamente capacitado para escribir.

Tan curioso fenómeno no tendría consecuencias graves si no fuera por que este tipo de carácter universal consigue frecuentemente contagiar su creencia a otra persona que está en condiciones de dar a la luz los engendros del primero. Mediante este proceso se hace posible que no abramos un periódico o revista y que pocas veces hojeemos un libro sin hallar nutridos lotes de disparates, de injurias al idioma, de torpezas gramaticales o retorcimientos de redacción, de errores históricos o científicos.

Todo el que escribe para que lean muchos tiene el oficio de maestro y es imprescindible que posea una extensa cultura para no inducir a error a los que, leyéndole, confían en él. Por lo menos debe dominar el tema sobre que diserta y la forma de que no se descubra su ignorancia sobre los demás, amén de expresarse con propiedad, claridad y corrección ya que no siempre con elegancia y galanura. Pero estos axiomas parecen letra muerta y así es como entre las líneas impresas saltan a nuestro paso los gazapos y las liebres con una abundancia que para sí desearan los discípulos de Diana. Este confunde Marruecos con Argelia, aquél transcribe los nombres árabes con ortografía francesa, estotro pone a Felipe IV en el siglo XVI, el de más allá emplea una palabra para expresar exactamente la idea

contraria a su sentido real, el de acullá se dedica a fabricar vocablos en los recónditos talleres de su sesera que hacen tanta falta como los canes en misa y hay quien con osadía asombrosa llena columnas y más columnas de nuestra prensa creyendo que es lo mismo plasmar un artículo literario que escribir a un pariente pidiéndole provisión de legumbres.

Hay que tener sin duda indulgencia con el reportero o columnista que está obligado a llenar cuartillas a tenazón, sin tiempo de repasar ni de hacer consulta alguna, pero no con el articulista a quien nadie hostiga ni priva de dejar bien terminado su trabajo; y no hablemos del que ofrece al público un libro que por serlo, constituye una cátedra de más o menos extensa enseñanza. Tampoco se trata aquí del error circunstancial o *lapsus* al que está expuesto por su condición humana, el más culto y pulido de los escritores. Felipe Sassone, el brillante estilista, llama en un artículo *adjetivo* a la palabra *casticismo*. Tomárselo en cuenta sería una pedante chinchorrería. No. No me quiero referir a cosas así, sino al error consecuente y contumaz que no procede de una simple distracción, sino de ignorancia invecible o, lo que es mucho peor, de orgullo y megalomanía o de desprecio a la verdad y a la belleza.

Pongamos por único ejemplo, escogido entre mil, el de la palabra *sátrapa*. Un comentarista, creyendo alumbrar una metáfora genial, dió en llamar al difunto José Stalin el *Sátrapa del Kremlin*. La novedad fué inmediatamente recogida por otro y otro y durante una larga temporada el zar rojo fué convertido en sátrapa por todos los periodistas, desde el más humilde gacetillero hasta algunos articulistas de campanillas. Todos ellos ignoraban o demostraban ignorar lo que significa el término *sátrapa* y ninguno se molestó en averiguarlo. Esta palabra, aplicada al bigotudo dictador les sonaba bien, tenía un regusto de déspota oriental que parecía pintiparado. Lo malo es que a pesar de esta buena sonancia el sustantivo aplicado al mandamás de todas las Rusias era un disparate de órdago. Sátrapa es un gobernador de una región, todo lo tiránico y despótico que se quiera, pero al fin y al cabo, un mandón secundario. Darío Histaspes, el Salomón de Persia, dividió su vasto imperio, como se sabe ya mediado el bachillerato, en veinte satrapías. Al frente de cada una de ellas había un sátrapa. Darío el Rey de Reyes, era el emperador, no el sátrapa. Y Stalin, sentado en la cúspide de su colosal hacinamiento político, podía, con un elemental respeto a la lógica, ser comparado a Darío, a Atila, a Nabucodonosor, a Gengis Kan, pero nunca a Poncio Pilatos.

\* \* \*

Tan lamentable como esos fenomenales *resbalones* colectivos es el desprecio—muy moderno y ¿por qué negarlo? muy cómodo—hacia la corrección estilística. Todos sin excepción, hemos sentido de niños un invencible horror a la Gramática, tal vez porque era la única asignatura que nos obligaba a pensar. Ahora está de moda entre

la juventud literaria y entre algunas cabecitas locas de edad madura el abominar de las reglas gramaticales. El lenguaje, dicen, no debe someterse a la tiranía de unos preceptos anacrónicos, momificados. La inspiración es cosa viva que no puede aprisionarse en reglamentos.

Esta hermosa fraseología está fundada en una gigantesca confusión de ideas. Dan por cierto las personas frívolas y juveniles que estas reglas gramaticales han sido elaboradas una a una por un legislador, como el Código Civil. No ven que las pretendidas reglas no son sino leyes empíricas recogidas, por así decirlo, del natural y ordenadas según un sistema para su fácil estudio y recordación. Cuando el gramático dice: «El verbo *dedicar* rige la preposición *a* y no *para*, como creen los locutores de radio», no nos recuerda el artículo tantos de unas Leyes de Lenguaje que él ha confeccionado o cuya transgresión tiene por oficio castigar. Se limita a decirnos: «Los maestros del idioma y todo el que lo usa correctamente han dicho siempre *dedicar a* y no *dedicar para*. El filólogo o el académico, entendámoslo bien, al recordarnos una ley gramatical actúa del mismo modo que el botánico cuando explica que la flor del alhelí tiene seis estambres. No hace sino describir un fenómeno. El lenguaje es el que ha creado las reglas y no éstas las que engendraron aquél. Si este principio fuera asimilado por todo el que comienza la profesión literaria, desaparecería ese pintoresco horror a las reglas que tantas veces es causa de la descomposición del estilo.

\* \* \*

En nuestra época se advierte en los lectores y en los críticos una tendencia a minorar la importancia de la forma. El origen de esta tendencia — con la que ningún literato cuerdo puede solidarizarse — hay que buscarlo casi exclusivamente en la plaga del *traduccionismo* que padece hoy el libro español. El lector, acostumbrado a la novelística extranjera, no coloca su interés sino sobre el fondo, la acción o cuando más la forma interna de una obra y apenas para mientes en el estilo, dando por descontado que el traductor, como de ordinario ocurre, tampoco se ha preocupado de tales niñerías. Con este aprendizaje, el público no aprecia la pureza y la elegancia elocutiva en el libro escrito originariamente en castellano. Esta defectuosa concepción va trascendiendo, como hemos dicho, a la crítica. Así se escriben y se popularizan obras que, cualquiera que sea su valor argumental, psicológico o narrativo, están mal escritas, con torpe sintaxis, con fraseología burda, con desmañada redacción o llenas de barbarismos y neologismos de mal gusto y de ninguna necesidad. ¿Que éstos son defectos nimios? No lo creo yo así. Cuando una obra resulta de mérito a pesar de su incorrecto estilo, hay que pensar que bien escrita sería un logro inmortal. Por caro y delicioso que sea un licor, no es lo mismo servirlo en un bote de tomate que llenando una copa de cristal de Bohemia.

Los atentados al lenguaje son menos perdonables entre los que tenemos la fortuna de manejar la más hermosa y difundida lengua

del mundo. Estos adjetivos no son por cierto hijos únicamente del orgullo patrio. Si el inglés y el chino son hablados por mayor número de personas, el español es el lenguaje que emplea el mayor número de pueblos. En cuanto a la riqueza, armonía y perfección formal, nuestra habla está, con el italiano y el griego, en la cúspide de la lingüística humana. Otros idiomas podrán poseer insignes literaturas, pero en su estructura filológica no pueden compararse con el nuestro. Ni el inglés por ejemplo, lengua casi monosilábica con solo rudimentos de flexión, ni los idiomas centroeuropeos por su pronunciación gutural y bronca que es un indudable signo de primitivismo.

Así pues, todos los que sentimos el justo orgullo de hablar en español hemos de revolvernos con violencia contra quien por ignorancia o por petulancia impurifica tan limpio tesoro. Para estímulo o vergüenza nuestra, nos dan con frecuencia ejemplo los grandes escritores hispanoamericanos que, sometidos a fuertes influencias idiomáticas extrañas, cuidan no obstante la tersura y pureza de nuestra lengua con insobornable cuidado. Esta exquisitez y señorío artístico está sin embargo en baja en nuestras letras. De ahí la gran necesidad que tienen de críticos inflexibles que de continuo recuerden que estamos utilizando la mejor lengua del mundo y con ella todo cuidado y respeto es poco; que censuren nuestros descuidos imperdonables; que vapuleen nuestra ignorancia, que salgan al paso al alocado granizo de voces bastardas, al cómodo recurso de galí o angliparlar a cada instante, al escribir deprisa y mal y no molestarse en releer lo escrito. Y todo esto, no por mezquino y pedantesco afán de roer en lo ajeno, sino por saludable y digno deseo de mejoramiento, como el higienista nos recuerda el decálogo de la salud. Si estos críticos a veces exageran su meticulosidad no debemos quejarnos, pues han de hacer como los predicadores: fustigar como cuatro, para que les atendamos como dos y nos enmendemos como uno.

\* \* \*

Sólo al alud de los suevos, vándalos y alanos, puede compararse la invasión y desbordamiento de voces extranjeras, casi todas inglesas o francesas—en nuestra terminología de hoy. Comenzando por el repertorio deportivo, hay que felicitarse que de algunas palabras como *baloncesto*, *plusmarca*, *pelota base* vayan sustituyendo a *basketball*, *record*, *base ball*. Claros aunque raros ejemplos de cómo es perfectamente factible imponer una versión castellana desde arriba. Pero quedan aún legiones de voces inglesas esperando que algún alma caritativa o audaz encuentre y divulgue la homóloga española. *Snipe*, *crawl*, *camping*, *stick*, *jockeyr*, *ring*, *outrigger*, *cross*, *clipper*, *outboard*, *manager*, *match*, *outside*; *ferryboat*, *partenaire*, *plongeon*, *sprint*, *raid*, *swing*, *poule*, *set*, *handicap*, *cutter*, *challenger* e infinitas más. La equivalencia de muchas de ellas es tan obvia que es incurrir en supina tontería—colectiva desde

luego—el usarlas. No entiendo por qué se llama *stick* a lo que no es más que un bastón ni tiene otro significado en su lengua de origen, como tampoco *challenger* al aspirante a un título, ni *game* al juego, ni hacer *campng* a acampar.

Millones de personas articulan y escriben palabras como *début*, *film*, *cocktail*, *argot*, *atrezzo*, *carroussel*, *bibelot*, *amateur*, *houquet*, *bloc*, *dancing*, *flirt*, *cartoné*, *trailer*, *plateau*, *cabaret*, *music-hall*, *cup*, *nurse*, *croupier*, *cachet*, *smocking*, *gangsterr leader*, *office*, *girl*, *sandwich*, *slogon*, *hall*, *vedette*, *hobby*, *pullmann*. Algunas de ellas han tomado carta de naturaleza y será difícil desterrarlas; pero la mayoría inmensa son perfectamente sustituibles por otras españolas. Claro que el hacerlo así no sería *chic*, ni *snob*, ni *standard*...

¿Quién sería capaz de obligar a nuestras mujeres a residenciar sus *trousseau*, *piqué*, *moiré*, *toile*, *vichy*, *georgette*, *shantung*, *sou-tache*, *toilette*, *popelin*, *short*, *tricot*, *rouge*, *chiffon*, *crochet*, *des-habillé*, *écharpe*, *perlé*, *sweater*, *crêpé*, *maillot*, *renard*, *marron*, *beige* y cien etcéteras?

¿Cómo forzar a los *hoteleros* (que ahora parece que pueden ser llamados *hosteleros* sin daño alguno) a borrar de sus rótulos los *entrecôte*, *roastbeef*, *gratin*, *escalope*, *comptoir*, *foie gras*, *grill-room*, *fumoir*, *confort*, *menu*, *lunch*, *express*?

¿Cómo extirpar de nuestras fórmulas comerciales el *stock* y el *dossier*, el *cleaking*, el *stand* y el *trust*?

¿Hay más? El extranjerismo bárbaro se ha metido hasta en la habitación más íntima de nuestra casa, que no es elegante designar, entre los cien nombres que tiene, sino con sus iniciales inglesas.

Es menester confesar que padecemos un fenomenal *complejo*—déjeseme emplear este resobado término que, por lo menos, no es extranjero—de inferioridad lingüística. Muchos de nuestros técnicos e industriales están firmemente convencidos de que, puesto que los países anglosajones nos aventajan en alguno o en muchos aspectos de la técnica, su idioma ha de imponer una dura servidumbre al nuestro. En mi ramo profesional propio, he satirizado ya de todas las formas posibles la costumbre de escribir *shunt* por derivación, *grilla* por rejilla, *self* por inductancia, *pick up* por fonocaptor, *relais* por relevador, *volt* y *amp'ère* por voltio y amperio y doce mil terminachos más por otros tantos castellanos perfectamente equivalentes y significativos.

En el terreno de la Historia Natural, donde nuestro idioma es tan rico como el que más, el traduccionismo y la ignorancia aliados hacen de las suyas cuando vemos escritas palabras como *guepardo* y *cuguar* calcadas del irancés, para designar a animales que se llamaban onza y puma mucho antes de que ningún francés los viera vivos o muertos. Los libros naturalísticos y cinegéticos extranjeros, a que tan aficionados son nuestros editores, están muchas veces traducidos por sujetos que saben poca Biología y menos castellano. He leído a un señor traductor que me habla del *edicnomo* (??) como de un ave rara (porque sin duda lo es en el país de quien compuso la

obra original), aludiendo a la que zoológicamente se llama *Barrhinus Oedicnomus* y ello porque ignora el nombre español, vulgarísimo, de Alcaraván. Pero el caso más lamentable aquí es el del jaguar, férido americano que ningún europeo vió ni describió antes que los españoles. Su majestad el Traductor, copiando servilmente la ortografía *jaguar* de las obras francesas, ha acabado por imponerla, incluso a escritores americanos como Hugo Wast, a quien sobran motivos para conocer la verdadera fonía de esta palabra. Y así el jaguar se ha convertido en jaguar por los siglos de los siglos.

\* \* \*

Otra de las enfermedades que aquejan actualmente a nuestro idioma es el abuso inmoderado del neologismo. Autores hay que por que han dado a la estampa un par de libritos o escrito una cincuenta de artículos, ya se creen Mesías de un nuevo lenguaje, con carta blanca para poner en circulación cuantos vocablos les plazca inventar. Nadie de ellos se para a considerar qué consecuencias puede traer tal capricho. En España hay un millón de personas que por vocación o necesidad han de manejar asiduamente la pluma; pero es que hay además otras veinte Españas en la misma tesitura. ¿Qué pasará si cada uno de esos veinte millones de escritores fabrica cien o doscientas palabras nuevas? Babel ya no sirve como tópico comparativo al caos endemoniado que de esto resultaría.

Pero es que el idioma no es una cosa muerta -oímos-. Es algo fluído y viviente, que debe estar en perpetua evolución... A estas orondas sentencias hay que poner un muro sólido. ¡No! Definitiva y rotundamente no. Cuando una lengua ha llegado a la cúspide de su esplendor y brillantez, en términos generales no debe evolucionar, porque en ella toda evolución es lo mismo que retroceso y corrupción. Sin duda, sentenciosos de esta índole hubo en la Roma del siglo I. El latín de Cicerón era también un idioma fluído, que debía evolucionar. Y evolucionó, efectivamente, barbarizándose hasta desaparecer como lengua viva, fragmentado en mil dialectos. ¿Es esta la suerte que desean para el castellano los darwinistas del lenguaje?

Los tomos de poesías que salen profusamente a la luz, las novelas que ganan o no ganan los premios, las columnas de los escritores impetuosos que quieren asaltar *velis nolis*, como sea, las cumbres del Parnaso, están llenas de palabrillas, palabrejas o palabrotas recién nacidas, rara vez bien conformadas y casi siempre más con aspecto de feto prematuro que de producto a término.

No vamos a reproducir una larga serie de estos neologismos particularísimos por no cansar al lector. Y también porque realmente, no vale la pena. Seguramente por esta parte el daño no es mucho, pues de esta muchedumbre y cascada de neologismos emitidos por autores, todavía no se ha dado el caso de que ni uno solo se haya popularizado. Cada escritor se preocupa cuidadosamente de no usar palabra que haya inventado otro y las únicas víctimas efímeras son los lectores, sobre todo los estudiantes que quisieron aprender cas-



tellano en determinada obra, aprendiendo en su lugar una lengua desconocida.

Ciertamente hay que admitir - y ello en nada perjudica a lo dicho - que el idioma, como toda cosa humana, experimenta algunas variaciones a lo largo de los siglos y debe enriquecerse con los términos y modismos propios de cada época. Pero el nervio motor de estas variaciones está en el pueblo y no precisamente en los eruditos o escritores. A éstos corresponde la labor de tasar y aquilatar las innovaciones, sancionándolas con parsimonia cuando tienen un origen limpio o son absolutamente imprescindibles y combatiéndolas sin descanso en caso contrario.

\* \* \*

He diseñado un cuadro clínico, sin duda poco optimista porque así lo dicta la realidad, de las enfermedades que padece nuestra habla en el momento presente. Ante él se comprende que necesitamos no uno ni unos pocos, sino docenas y centenares de *hablistas* que sean como los baluartes o barbacas de defensa contra tanta escoria hablada y escrita como hoy estraña el castellano. La única prevención que yo aconsejaría es no gastar pólvora en perseguir jilgueros y calandrias cuando en la selva impresa en que nos debatimos basta extender la mano para tocar jirafas y rinocerontes. Un gran número de personas ignoran que *álgido* significó primitivamente *frío*. Pero tampoco saben que *prieto* fué para nuestros antepasados *negro*. Esta que por vía de ejemplo menciono es una de las mudanzas que con el tiempo sufre el lenguaje y ningún pecado grave hay en admitirlas cuando son ya de uso corriente y no hay ninguna bastardía en su origen. Otra es la caza mayor que hay que perseguir sin tregua: el extranjerismo bárbaro y arrollador que todo lo inficiona, la manía del neologismo tonto e innecesario, la cacofonía consciente o inconsciente, el traduccionismo sistemático de obras técnicas o de divulgación, la construcción atravesada y torpe de todo el que se mete a escribir sin facultades ni *cu tura*, y en suma la ignorancia invencible en todas sus manifestaciones. Luchar contra todo esto es tarea de hidalgos y quijotes, paladines de una dama sin par que es la lengua hispánica, sonora, castiza, eufónica y musical como ninguna, tesoro que recibimos bruñido y terso de nuestros mayores y no podemos legar mohoso y sucio a nuestros descendientes.





# ALCÁNTARA



Número correspondiente al año 1958

## El Proceso de Hispanización de Carlos I

por CARLOS CALLEJO SERRANO



EN este año del centenario carolino es difícil hablar con palabras no ya nuevas, pero ni siquiera poco gastadas de cualquier tema que se relacione con la figura del gran emperador y rey. Sin llegar a esta fecha conmemorativa, Carlos V ha sido uno de los personajes de la Historia que más ha dado que decir, estudiar y comentar a los cronistas y a los historiógrafos. Por estos motivos, sea el que sea el asunto que se elija para asociarse al homenaje nacional que España dedica al segundo de los Austrias y nuestra revista hace suyo en el presente número, ha de estar forzosamente cuajado de repeticiones y de lugares comunes. Solamente tratando de explayar visiones absolutamente personales puede lograrse una gran probabilidad de ofrecer al lector alguna faceta nueva en tan difundida y difusa materia.

En la vida intensa, combativa y brillante del emperador Carlos se da un fenómeno que tiene particular interés para los comentaristas españoles: la lenta metamorfosis o cambio de nacionalidad que se verifica en el nieto de los Reyes Católicos a lo largo de su existencia. Metamorfosis exclusivamente psíquica, claro está, cambio espiritual y mental que demuestra el poder de captación de la sangre hispánica y la energía de arrastre del alma española en aquella época. Cuando Carlos viene a la península es un perfecto extranjero que ignora todo lo relativo al país sobre que va a reinar, incluso su lengua. En cambio, al fin de su reinado, cuando habiéndose despojado de la púrpura y el oro que fueron agobiante carga de su vida, piensa ya sólo en disponerse al gran negocio de la eterna salvación, ya no es más que un viejo hidalgo español que busca en su terruño patrio la paz sosegada, el puro cielo y el aire serrano propicio a la meditación.

Este proceso no hubiera tenido mucho de particular si el rey nacido y criado en otro país hubiese venido a ceñir únicamente la corona de España y a no moverse de su reino ni comprometerse en aventuras o negocios extranjeros. Tal fué el caso de Felipe V, el cual sin embargo y pese a su buena voluntad, no dejó en su vida de ser un francés. Carlos en cambio, no es únicamente rey de España, es también el

monarca alemán y el emperador de Europa; manda sobre un conglomerado heterogéneo y vasto de pueblos y estados; recorre y pisa infinitas tierras, pero de ellas sólo una termina cautivando su corazón hasta el punto de reservarla para definitiva morada de su cuerpo. El grande hombre no pudo elegir el lugar de su nacimiento. Los designios providenciales se lo dieron, como a todo mortal, ya elegido. En cambio, pudo escoger su sepultura, el punto del orbe en que su carne había de regresar al barro de que fuera hecha y ese lugar de paz eterna por él preferido entre otros muchos fué un rincón del bravo paisaje de Extremadura en España. No en Flandes, no en Italia, no en Austria ni Suiza ni el Tirol. Precisamente en España, la tierra madre que enamoró su alma y captó su vuelo espiritual.

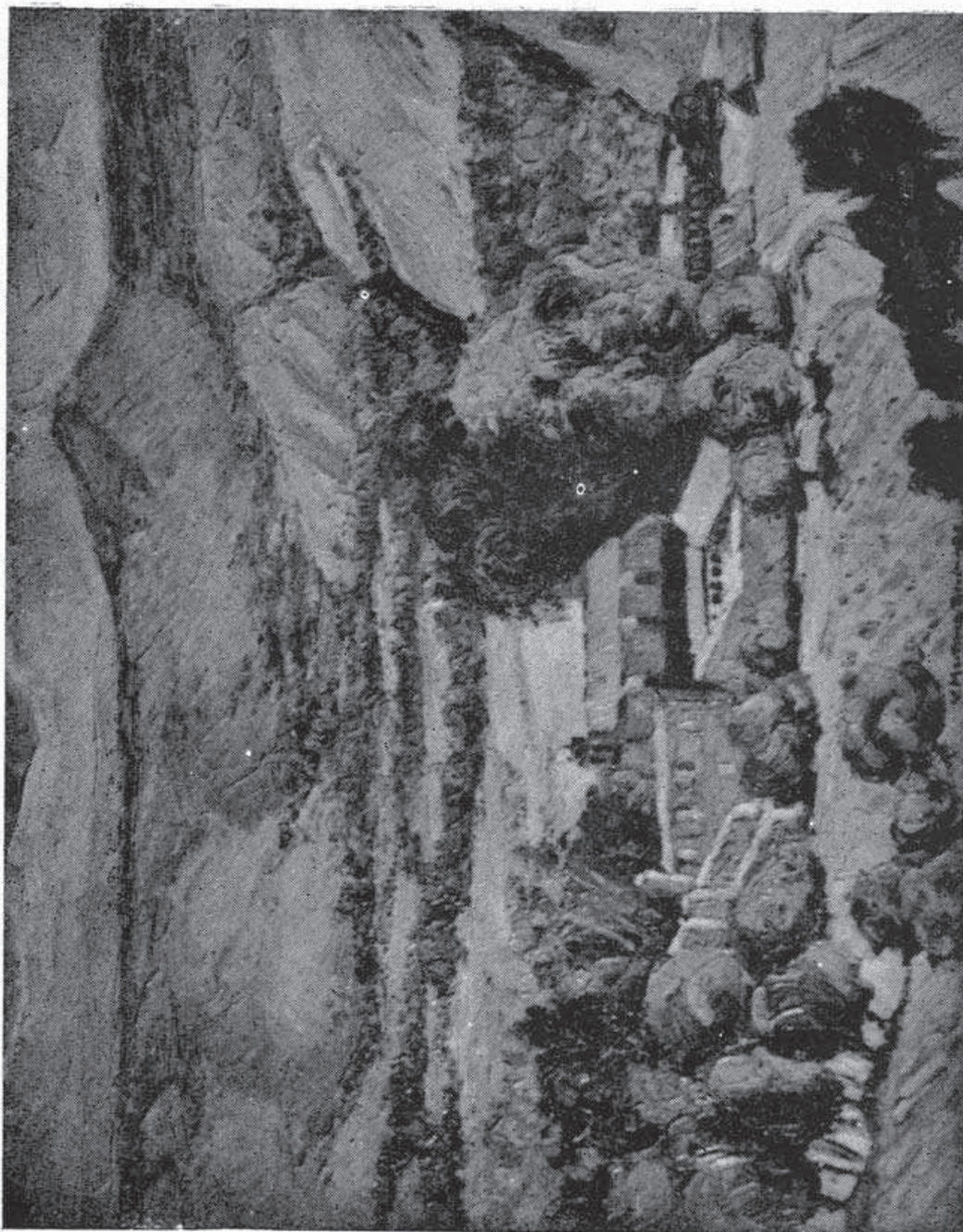
Genéticamente, Carlos de Habsburgo es exactamente español en un cincuenta por ciento. Circunscribiéndonos a las cuatro o cinco generaciones anteriores, pues más allá es un caos la genealogía completa de cualquier hombre, la estirpe materna es enteramente española, íntegramente peninsular, compuesta por elementos originarios de los tres reinos hispánicos: Castilla, Aragón y Portugal. La estirpe paterna por el contrario, es del todo extranjera. Cada uno de sus antepasados le ha legado una cualidad que curiosamente revive en este verdadero héroe predestinado, como en las antiguas epopeyas. Su linaje paterno de línea exclusivamente masculina es imperial y trae vinculado el tesón y la grandeza de los primeros Habsburgo, más parecidos a Carlos que sus inmediatos antecesores Maximiliano y Federico III.

Su segundo bisabuelo le trae en herencia el arrojo y la gallardía de los duques de Borgoña. Carlos el Temerario le ha dado además su nombre. Su biznieto no será ya el Temerario porque aunque su valor no ceda al de su famoso predecesor, estará templado, racionalizado por otras cualidades de más alto nivel.

Los bisabuelos de rama materna son dos reyes Juanes de Castilla y Aragón, ambos segundos en el ordinal y con contradictorios servicios a sus coronas respectivas. Es difícil reconocer del flojo rey castellano cualidad alguna en Carlos de Gante que en todo su reinado jamás sufrió la sombra de un valido; pero acaso, con la parte alícuota de sangre que le corresponda, le haya traspasado su espíritu amplio y el amor a la cultura ya que no la actividad en este ramo que no tendrá tiempo de practicar. Juan II de Aragón, en cambio, el «viejo terrible» del siglo XV hispánico ha puesto en esta reunión de dotes su indomable firmeza, su crecimiento ante el adversario y la visión clara y profunda de la alta política europea, prenda clarificada y acentuada aún más por el crisol de Fernando el Católico.

Por sus antepasados femeninos le llegan a Carlos I también altas cualidades, sobre todo el genio, prudencia y generosidad de su abuela Isabel. Por contra, los padres del César no son en este complejo psíquico sino el camino por el que han fluido hasta él las claras condiciones de los abuelos. Poco o nada heredará de su madre infeliz y perturbada y de su padre, frívolo e inepto.

El muchacho que en 1517 desembarca en Villaviciosa y se dispone a tomar posesión de la pesada corona hispánica, es pues un auténtico extranjero, nacido, criado y educado entre flamencos y borgoñones, todavía metido en las andaderas de sus preceptores y consejeros que le han dado una educación esmerada pero inadecuada. El futuro rey de España y emperador de Alemania no sabe español ni alemán. En cuestión de idiomas conoce únicamente los que se hablan en su tierra: el



NUESTROS ARTISTAS: «Yuste y la Vera», por V. Martínez Terrón

francés y el flamenco. Nadie se ha molestado en enseñarle la historia, el espíritu y el carácter del país que va a gobernar. Sus padres se han preocupado poco o nada de él. Y no puede decirse que Carlos heredara las coronas españolas *per accidens*. Es verdad que nadie podía prever que Juana, la tercera hija de los Reyes Católicos, tuviera algún día que sentarse en el trono peninsular; a saberlo, sus padres, la prudente Isabel y el inteligente Fernando, quizás le buscaran marido menos exótico que el archiduque Felipe. En 1500 cuando nació Carlos, el príncipe heredero Juan había ya muerto, lo mismo que Isabel su hermana mayor que, casada con el rey portugués, había dejado un vástago, Miguel, que heredaba las tres coronas; pero el pequeño Miguel salía de este mundo al tiempo que el hijo de Juana entraba en él. Los designios divinos providenciaban así el futuro cesáreo del niño de Gante.

Los primeros años del reinado del primer Carlos en España no puede decirse que fueran afortunados, gobernado como estaba el rey adolescente por sus consejeros belgas. Asusta pensar lo que hubiera sido este período si el talento y la energía del joven monarca no hubieran despertado pronto y arrojado por la borda la tutela de los Chievres, los Utrecht y los Sauvage.

## II

La guerra de las Comunidades ha sido uno de los episodios de nuestra historia más estudiados y diseccionados por los críticos y ensayistas, y por lo general de todos estos estudios se han sacado conclusiones erróneas por la falta de objetividad de quienes se enfrascaban en ellos con un propósito preconcebido: el de hallar en este conato de guerra civil un precedente y una justificación para ideas, sistemas y partidos modernos. Desde los que han querido ver en Padilla, Bravo y Maldonado los antecesores de Dantón, Marx o Lenin, hasta los meticulosos anatómicos de la Historia, que han imaginado complicadas redes de concausas para el movimiento de los Comuneros, todos estos analistas posiblemente han perdido el tiempo. El citado movimiento tiene una definición muy sencilla: fué únicamente la vanguardia del desencanto español, principalmente castellano, ante los primeros actos del rey Carlos. Fué la primicia de un estado de opinión o si se quiere la inicial y más impaciente manifestación activa de un sentir que latía ya en toda España, el cual de haber continuado las causas, habría pasado en todas partes del estado de latencia al de vigencia. Los nobles y las milicias reales que combatían a los comuneros, pensaban exactamente lo mismo que ellos, pero diferían en la forma y en el tiempo de dar cristalización a la protesta. Nada más inexacto y absurdo que buscar en los Comuneros antecedentes de agitación política o social. Como hace notar el Dr. Marañón, el movimiento de las Comunidades, si alguna significación política tuviera, habría que llamarla tradicionalista y ultramontana.

De 1517 a 1520, el reinado de Carlos I parece reducirse a tres cosas: insaciable petición de dinero en las cortes castellanas, aragonesas y catalanas; desconsiderado reparto de cargos y prebendas a los compañeros flamencos del rey y finalmente escandaloso drenaje de la rica moneda española; los magníficos ducados de oro casi puro que deslumbraban a los extranjeros, alegres por haber caído en una pingüe jauja. Las Cortes concedieron el dinero a regañadientes; en cuanto a la almoneda

de nombramientos no hay que decir sino que el arzobispado de Toledo, nada menos que la silla primada de Castilla, se adjudicó a un sobrino del mariscal de Chièvres, que no había cumplido los 20 años, como si se tratase de un curato de aldea. El ducado hispánico tenía una ley de veintidós y tres cuartos de quilate y su peso era de 3'5 gramos, es decir, contenía 3'47 gramos de oro puro; las piezas de igual valor que corrían por Europa pesaban 3'35 gramos con ley de 22 quilates, por lo que no tenían más que 3'08 gramos del noble metal. Estos casi cuatro decigramos de oro de diferencia arrastraban a nuestros ducados a Flandes con la fuerza de un ciclón.

La indignación de los castellanos, nobles, clero y estado llano, corría parejas con su desencanto. El reinado de Carlos, el segundo Austria, comenzaba bajo los mismos auspicios que el de su padre doce años antes. Y lo peor es que ahora no existía ya el viejo rey Fernando de quien echar mano como panacea contra la invasión extranjera y extranjerista. Todo lo que Castilla podía invocar como asidero legitimista era la mente débil y desconcertada de la reina loca. El panorama no era muy alegre, pero para las personas sensatas no parecía aún todo perdido. Las circunstancias no eran completamente iguales a las de 1506. Don Felipe era un hombre hecho y derecho y se sabía ya todo lo que podía dar de sí, que era bien poco. Pero Carlos, el Carlos de 1517, todavía lampiño y con la melena medieval (la moda del pelo corto y barba sobrevino precisamente por estas fechas de 1520), no era más que un adolescente, un muchacho desorientado y receloso ante un pueblo extraño para él, para dirigirse al cual necesitaba a su derecha un intérprete y a su izquierda un consejero que le susurrase lo que iba a decir, como explica gráficamente Mexía. Había que esperar a que el muchacho fuese hombre y ver cuales iban a ser sus reacciones propias. El tiempo, que no fué largo, dió entera razón a los prudentes. A poco de cumplir la veintena, Carlos comenzó a ver por su cuenta las cosas, comenzó a reinar y comenzó a españolizarse. El castigo de los Comuneros fué duro, pero el que ya era emperador comprendió pronto la razón que llevaban los descontentos y se la dió íntegramente. Pasado a Roma el virtuoso, pero poco apto cardenal de Utrecht, ya papa Adriano VI, muerto Sauvage y apartado Chièvres, los consejeros del rey son ahora Mercurino de Gatinara, el inteligente piemontés y el obispo de Badajoz Pedro Ruiz de la Mota.

En cuanto al curita Guillermo de Croy, sobrino de Chièvres – que por cierto cosechó también nuestra diócesis de Coria – con la oportunidad de dejar este mundo evitó no pocas complicaciones a la sede primada, de la que no tomó posesión y su sucesor fué el español Alonso de Fonseca.

Las providencias rectificadoras las tomó Carlos I todavía durante su permanencia en Flandes y Alemania, adonde fué para posesionarse de la corona imperial. Cuando en 1522 regresa a nuestro país es ya un verdadero hombre y un auténtico rey de España; su energía y su talento están en plena actividad y su indudable grandeza de alma ha comenzado a sentir la vibración gloriosa de lo español.

### III

Notable desacierto juvenil de Carlos V, aquí de orden puramente artístico, es la profanación del recinto de la Alhambra granadina. Pasadas en Sevilla las primeras

semanas de su luna de miel con Isabel en el año 1526, pareció indicado continuar el feliz período en Granada, clima delicioso para la estación veraniega y donde los reyes nazaríes habían construido un palacio de ensueño: la exquisita Alhambra.

Como sabe todo el que ha visitado Granada, la Alhambra es un palacio en miniatura; exceptuando el salón de Comares o de Embajadores, de estudiada grandiosidad inherente al uso a que se destinaba, los únicos huecos de alguna amplitud son los patios de Arrayanes y de los Leones; toda lo demás son piezas pequeñísimas o estancias abiertas que dan a los patios, forma de habitación realmente exótica y desusada entre los cristianos. El pequeño y delicioso alcázar bastaba para la mínima corte del minúsculo estado granadino, pero no podía albergar el imponente séquito del emperador de Europa. Así pues, se ordenó la construcción de un gran palacio al lado del de los reyes nazaríes. Tampoco aquí es posible saber hasta qué punto es achacable a Carlos V la desgraciada idea. Acaso el lugar, deleitoso y melancólico, agradó tanto a los egregios esposos que, en un momento de ilusión, muy propio de la época en que se hallaban, resolvieron hacer de la Alhambra una residencia habitual o por lo menos muy frecuente. Era una bella idea para ser acariciada un una romántica noche, desde los ajimeces de Ain dar Aixa, pero que a la mañana siguiente una mente clara debía haber desechado por quimérica. Granada no podía ser la residencia habitual ni siquiera de un rey de España, cuanto más de un monarca europeo al que reclamaban de continuo graves y espinosos problemas en los lejanos países del norte.

A pesar de esto la idea siguió adelante y cuajó en el conocido *Palacio de Carlos V*, que yergue su orgullosa mole junto a la Alhambra. Posiblemente hay que atribuir a Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar y a la sazón capitán general de Granada el que la construcción del palacio fuese una rápida realidad; habiendo encomendado los planos al pintor Pedro Machuca.

Para construir el palacio hubo que derribar las caballerizas del Alcázar y una parte de éste. Aun sin haberlos tocado, la simple yuxtaposición de un edificio renacentista a los salones nazaríes era un puro crimen artístico que sólo podía germinar en una mente falta de toda idea de armonía plástica. Pero los tiempos no estaban para aquilatar matices de belleza y por otra parte, todo lo árabe, incluso las maravillas artísticas eran miradas entonces por la mayoría con el menosprecio que inspira el pueblo vencido y todas sus cosas. Un monarca plenamente español acaso no hubiera osado humillar al bello alcázar arábigo levantando junto a él, casi mejor diríamos sobre él, un palacio romano, los reyes de Castilla, habían mirado casi todos con cariño la arquitectura islámica y salvo las mezquitas destruidas o adaptadas al culto cristiano por motivos religiosos, se conservaron los edificios musulmanes que el furor inmediato a la Reconquista había respetado. Pero Carlos, aún en proceso de españolización, no pensó así y dispuso o autorizó la construcción de la pétreo mole: símbolo de la soberbia de un vencedor. Fueron, para mayor escarnio, los bienes confiscados a los moriscos los que financiaron la obra y moriscos precisamente la mayor parte de los obreros que en ella trabajaron.

Por una de las paradojas tan frecuentes en España o por mejor decir exclusivas de España, el palacio levantado con desprecio a las más elementales normas artísti-

cas, resultó en sí mismo un milagro artístico. Pedro Machuca, que ni siquiera era arquitecto y debió el encargo al hecho esporádico de ser intendente del marqués de Mondéjar, resultó un genio de la arquitectura y dió vida a un edificio sin parigual en el mundo, superior a los del Renacimiento italiano y cuya inspiración ha de ser buscada en las más puras fuente del arte de la roma imperial. Sobre todo, el patio circular, de una concepción verdaderamente cesárea, deja asombrado y perplejo al docto visitante. La «fábrica admirable» de Machuca sólo halla comparación con algunas construcciones italianas – el palacio Farnesio, la villa romana de Julio II – , que, además le son posteriores y desde luego inferiores,

Pero todas estas excelencias no enmiendan el acto de barbarie cometido. El Palacio de Carlos V pudo haberse levantado en cualquier lugar de la anchurosa superficie de España – no podrá discutirse que sobraba sitio – y hubiera dado gloria imperecedera al César y a su reinado. Pegado al viejo alcázar de los nazaries, es un símbolo de arbitrariedad y orgullo. La posteridad además ha demostrado lo equivocado de la idea; jamás ha servido para nada útil y precisamente por su emplazamiento es mucho menos admirado de lo que realmente merece. Como era de esperar, ni el emperador, ni su egregia esposa volvieron por allí, ni siquiera lo supieron en trance de acabarse, como tampoco muchas generaciones posteriores; ha habido que concluir su fábrica en nuestros días, por temor a que acabara entrando en ruinas.

Rey, cortesano o arquitecto, a quienquiera que alcance la responsabilidad por el acto a que venimos refiriéndonos, merece una dura repulsa, que por cierto pocas veces tiene, sugestionados autores y críticos por la grandeza del monarca y la prestancia del palacio: la repulsa que granjearía quien hoy, por ejemplo, derribase una parte del barrio gótico de Cáceres para levantar en medio de él un moderno rascacielos.

#### IV

Una de las primeras y más importantes etapas de la hispanización del emperador, está en su matrimonio con la dulce y grave Isabel de Portugal. Esta bellísima princesa cuyo rostro conoce todo visitante del Museo del Prado por el célebre cuadro que se encuentra a la entrada de la Sala del Tiziano, se adentró en el corazón de Carlos de tal modo que, cuando la Parca dejó a éste prematuramente viudo, no quiso volver a casarse y guardó a su memoria castidad casi absoluta, contra lo que era usual en todos los reyes y grandes de su época. No menos merecía la emperatriz cuyas cualidades esclarecidas la asemejaban a su abuela, la Reina Católica, ya que gobernó como regente la nación española durante varios años con la prudencia y tino de aquélla.

Como es sabido, durante toda la baja Edad Media, los matrimonios entre miembros de las familias reales de los distintos estados peninsulares, eran cosa, no sólo frecuente: sino continua y obligada. Puede decirse que las dinastías de Castilla, Aragón, Portugal y Navarra, sobre todo las de los tres primeramente citados reinos, eran una sola y vasta familia y quien conozca las genealogías de la época, puede comprobarlo de una sola ojeada sinóptica. Por ejemplo, entre los dieciséis tatarabue-





Retrato de D. Carlos, Infante

los de Isabel la Católica, están los tres reyes Pedros y Crueles del siglo XIV hispánico: Pedro I de Castilla, su homónimo y homólogo de Portugal y Pedro IV el Ceremonioso de Aragón y Cataluña. El árbol de Fernando el Católico es parecido en un todo al de Isabel, pues no en balde eran primos hermanos, como la mayor parte de los cónyuges reales de la época.

Las princesas que a Castilla llegaban del oeste eran mujeres esclarecidas, de leyenda. A las Constanzas, Marías y Leonores que exportaba Castilla, Portugal corresponde con esta delicada floración de exquisitas Isabeles: Nuestra reina Católica, estrella y luminar de todas las reinas de la tierra, era, como se sabe, parcialmente portuguesa, por su madre, otra Isabel, nieta de Juan de Avís. La emperatriz Isabel era hija de María de Aragón y del rey portugués don Manuel.

Carlos I, como vemos, no hace sino seguir la tradición de los reyes castellanos, que buscan mujer principalmente entre las familias de los otros reinos peninsulares, con la mira sin duda de abocar por enlaces dinásticos a una unión general de todos los estados medievales en una gran España, como así terminó por ocurrir, aunque la idea, andando los tiempos, parcialmente se malograra. Es pues de notar la doble españolización de Carlos en lo que se refiere a este matrimonio, una previa y otra póstuma. La primera porque el joven monarca, al escuchar los consejos de los nobles castellanos que defendían la candidatura de Isabel frente a otros matrimonios que le proponían sus cortesanos extranjeros y que significaban enlaces con las familias reales de Francia, Inglaterra, etc., y elegir una alianza peninsular, actúa plenamente como un rey de Castilla y Aragón, es decir, como un soberano español y ya no como un duque flamenco o un emperador alemán.

El segundo factor de hispanización lo constituye el amor a la propia Emperatriz, al que Carlos permanece fiel toda la vida, como una perpetuación legendaria de los felices días de su luna de miel con la bellísima Isabel en los palacios maravillosos de Sevilla y de Granada. Su esposa es, además, colaboradora y suplente en los quehaceres del gobierno. Muerta se convierte en un ideal para el emperador, que lleva siempre consigo un cuadro con su efigie. En Yuste, Carlos ordenará las exequias de Isabel al mismo tiempo que las suyas, anticipándose al mortuario tálamo de El Escorial.

## V

La camaradería de las armas es una de las cosas que más profundamente llegan al corazón del varón. Carlos, el joven nacido y criado en una ciudad flamenca está llamado por su destino a mandar soldados españoles, arrogantes e invencibles íberos, pasmo de tres edades. No es extraño que a lo largo de sus campañas se sienta asombrado primero, enamorado más tarde y al final locamente orgulloso de esa mitad de sangre hispánica que circula por sus venas y que desconocía en su juventud.

Carlos V era, como todo el mundo sabe, un guerrero temperamental. Uno de los últimos reyes guerreros. No sólo actuaba como general, dirigiendo la campaña al mando directo de sus tropas, que esto ya lo hiciera su abuelo Fernando V y muchos<sup>S</sup> monarcas de entonces y aun después, sino que combatía arma al brazo como un capitán más. En este aspecto salió a su bisabuelo el *Temerario* y a sus más lejanos

ancestros los Alfonsos y Fernandos de Castilla, Le imaginamos enarbolando su lanza en la gloriosa jornada de Túnez lo mismo que en la desgraciada batalla de Argel. Y todos le podemos ver cubierto de hierro y arrogante sobre su hermoso caballo en Mühlberg, armadura y caballo que no son una oficiosa invención del Tiziano,

Como guerrero, pues, valeroso y audaz, no podía dejar de admirar la fidelidad, la increíble valentía, el duro esfuerzo y las famosas proezas de los soldados españoles, no sólo sus subordinados, sino también sus compañeros de fatiga y victoria. En el siempre mixto ejército del emperador, las tropas son principalmente españolas, italianas y alemanas, aparte de otros muchos heterogéneos y menos concretos orígenes. La palma del empuje, del vigor y de la valentía de estas tropas, no hace falta decir que se la llevan los hispanos, siempre los primeros en el ataque, los últimos en la retirada y los muertos antes de rendirse; la tropa escogida que se reserva para las más difíciles empresas; el único, desesperado y siempre eficaz recurso de los momentos más ingratos.

Como una constelación de rutilantes astros de la guerra, acompañan al emperador en sus campañas o las llevan a cabo en nombre suyo los más esclarecidos capitanes de la época. No todos ellos son españoles, es cierto, pues la muchedumbre de estados vasallos permitía elegir caudillos de todas las nacionalidades. Muchos de ellos son italianos de los mejores linajes: Ascanio y Próspero Colonna, Fernando Gonzaga y el insigne navegante Andrea Doria; también italianos, pero de origen y apellido español son los napolitanos Marqués de Pescara, el vencedor de Pavía y el Marqués del Vasto, Alfonso de Avalos. Algunos son franceses o valones como el duque de Borbón y el príncipe de Orange, Filiberto de Chalons. Pero la mayor parte de los jefes de estos ejércitos han visto la luz en España, el núcleo del Imperio; entre ellos están los inclitos restos de la invencible cohorte del Gran Capitán; otros, más jóvenes pero salidos igualmente del inagotable vivero de la Iberia heroica: Hugo de Moncada, Fadrique de Toledo, Diego García de Paredes, el férreo Antonio de Leyva, Fernando de Alarcón, custodio de reyes y papas, el conde de Benavente, el duque de Alba. De todas maneras, los ojos y el corazón del guerrero Carlos se irían aun más que a la prudencia y fidelidad de estos grandes generales, al fabuloso esfuerzo y temeridad de los capitanes que luchaban espada en mano: Juan de Urbina, Juan de Benavides, Francisco Sarmiento, el fabuloso defensor de Castelnuovo, Bernardino de Mendoza y el propio Diego García de Paredes, el veterano sansón extremeño a quien el emperador invitó expresa y particularmente a asistir a la ceremonia de su coronación. En este último hecho hemos de ver precisamente un símbolo de la admiración del César por la legendaria valentía hispánica, y de su grande y justo orgullo por mandar aquella pléyade de paladines de la Historia. Carlos I, a las alturas de 1547, veterano de las guerras de Africa, de Italia, de Alemania, se había dado ya perfecta cuenta de lo que representaba y a lo que obligaba ese cincuenta por ciento de sangre española que corría por sus venas.

Carlos el Emperador no es solamente el soberano de Alemania, el jefe del Santo Romano Imperio. Su corona es mucho más pesada que la de Otón y el águila de su escudo tiene por esta vez real y verdaderamente dos cabezas, porque vuela sobre dos mundos.

El pensamiento imperial de Carlos V, como ha explicado Menéndez Pidal, no es la monarquía universal que querían sus consejeros italianos y flamencos, sino la resurrección del gran imperio cristiano de Teodosio, como le aconsejaban sus colaboradores españoles. De Teodosio a Carlos V, esta idea de *Univérsitas Christiana* sólo la ha intentado y realizado parcialmente Carlomagno. El imperio universal tiene únicamente tres soberanos: Teodosio, Carlos el Magno y Carlos el Católico. El hispanorromano fracasó en su intento porque este no estaba en fase con el momento histórico, repleto ya con la vigorosa realidad del mundo germano. El franco fracasa también por motivo inverso: la luz de la civilización no ha podido del todo abrirse paso a través de la oscura mentalidad del rey bárbaro. Hemos de llegar a Carlos V, Carlos II del imperio universal, a la vez hispano y germano, para alcanzar la máxima meta asequible en esta carrera ideal. Carlos crea y forja un imperio. Pero su núcleo no es la brumosa Germania del hijo de Pipiño, sino la clara Hispania de Teodosio y su espíritu tampoco está en la Roma imperial, sino en la Roma eterna, la Roma ecuménica, cristiana.

Cuando Carlos V abdica, deja a su hermano Fernando únicamente el nombre y la vestidura imperial. El verdadero imperio lo hereda su hijo Felipe. Felipe II es, pues, igualmente el segundo emperador de Europa y su influencia rectora llena toda la segunda mitad del siglo XVI. Aparte de su áureo trono español, es el dueño de Italia, ha sido rey de Inglaterra y está a punto de serlo de Francia. Si el Imperio sigue yendo a menos y está cada vez más lejos de la meta ideal es porque Felipe es un fiel continuador de la política de su padre, política española y quijotesca y por tanto de seguro fracaso. Carlos y Felipe sacrifican su propio imperio, la sangre y la riqueza de España en aras del Imperio Universal y Católico que Europa no acepta. Mientras Carlos planea una república mundial, príncipes, cardenales y reyes europeos, incapaces de ensanchar sus mentalidades al mismo ritmo, creen que sólo busca engrandecimiento de su estirpe, el imperialismo material tal como se entiende hoy. No le entienden ni le conciben distinto a ellos mismos. Francia, por ejemplo, cada vez que en un platillo de la balanza se ha puesto su propio interés y grandeza y en el otro el triunfo de la Religión, no ha vacilado en elegir el primer camino. Francisco I y Enrique II son los constantes aliados del Turco. Barbarroja y Dragut, los piratas infieles se permiten el lujo de repostar en Provenza como en territorio amigo. Más tarde, en la Guerra de los Treinta años, el triunfo protestante se afirma porque Richelieu, cardenal de la Iglesia Romana, pero muy por encima de esto gran ministro francés, lo apoya con todas sus fuerzas, en tanto que los débiles Felipes hispánicos del siglo XVII sacrifican hasta el último de nuestros exangües tercios en la quijotesca empresa de defender el catolicismo alemán. Estos Felipes y Carlos sin iniciativa no hacen más que pensar con la cabeza de sus abuelos Carlos y Felipe, seguir la dirección que les marca el dedo de piedra de sus ilustres antecesores. España se acaba, harta de gloria pero vacía de bolsa y de estómago. Ha cambiado su sangre y su patrimonio por una grandeza moral que no le sirve para nada porque la resentida Europa no se la reconoce y más aún, se la disputa y se la niega. Esta es la cosecha de los errores de los Austrias, sublimes por un lado, lamentables por otro.

Conviene huir de la tendencia tópica a convertir, por el hecho de hallarnos en

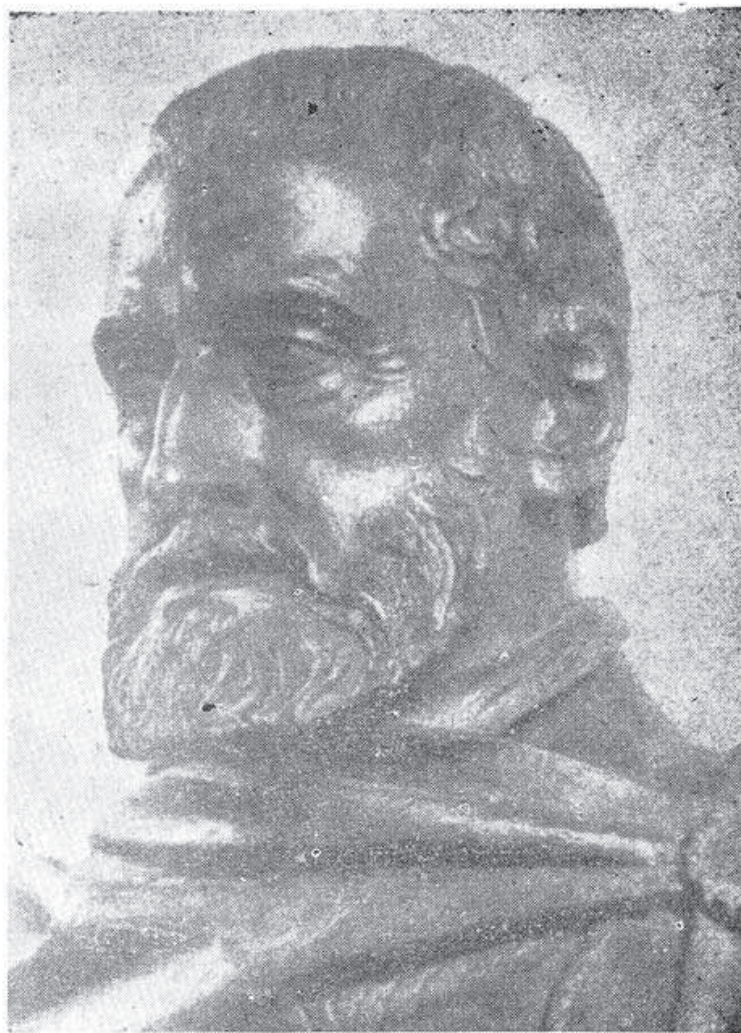
la conmemoración del centenario de la muerte de un personaje, toda evocación de sus hechos en una interminable letanía de ditirambos. Ciertamente puede decirse que no es ésta la hora de hacer resaltar los defectos y equivocaciones de Carlos I, pero si no hemos de destacarlos especialmente, tampoco podemos callarlos porque el hacerlo sería retratar a un personaje que no existió en realidad. En el caso particular del presente trabajo no se pueden eludir los errores, al menos los de naturaleza política, del emperador, porque muchos de ellos son errores típicos de la mentalidad española, yerros de los que nuestra historia está completamente llena.

La mayor parte de estos yerros tienen un reverso moral elogiabile, son incluso yerros gloriosos, pero que en lo práctico y en lo político conducen a la larga al desastre. Podemos citar entre estos defectos virtuosos o si se quiere virtudes defectuosas, la excesiva generosidad, la ingenua hidalguía para con los enemigos que a veces raya en la candidez. Carlos I es un rayo de la guerra, un continuo vencedor de batallas que gana gracias a su propio talento militar, a las aptitudes excepcionales de sus generales o al empuje arrollador de los tercios hispánicos. Sin embargo saca poco o ningún provecho de tantas victorias. El Papa, los príncipes italianos o alemanes, los franceses saben que pueden hacer impunemente la guerra al Emperador, porque éste, después de derrotarlos, les devuelve con exquisita caballerosidad lo que merecían haber perdido. Hermosa, regia conducta, si los rebeldes la agradecieran. Magnanimidad bella para ejercerla una vez, pero no dos y tres y ciento; comprobada en la mayor parte de los casos la mala fe de sus antagonistas.

Carlos vence a Francia en cuatro guerras consecutivas y a la hora de hacer las paces apenas saca provecho de ello dejándose escapar de entre las manos el fruto de tantos afanes. El rey Francisco es puesto en libertad a cambio de una palabra de honor que violará en cuanto cruce la frontera; Francia sale de las derrotas incólume y en disposición de seguir obstaculizando los planes del cesar hispánico,

Esta conducta que a veces nos deslumbra por su hermosura y otras nos deslumbra por su inconsecuencia, no puede achacarse a falta de talento del caudillo que la sigue. Carlos I es generoso una y otra vez con las intrigas y las traiciones porque ante todo y sobre todo es un rey cristiano y le repugna castigar, humillar o hundir a otro príncipe cristiano. Su ideal incomprendido por sus enemigos es la gran monarquía universal católica y el triunfo definitivo sobre los infieles, sobre el orgulloso turco que, al sojuzgar Constantinopla, la vieja torre del saber y de la gracia de Occidente, ha inferido mortal afrenta a la cristiandad, a quien además está amenazando de continuo con una destrucción total. El hombre de hoy está muy capacitado para comprender la situación del mundo en el siglo XVI. Ahora como entonces, el Oriente amorfo, gregario, impersonal y temible tiene en sus garras la mitad de Europa y amenaza con devorar la otra mitad. Ahora como entonces, hay pueblos que se aprestan a la defensa y otros que la obstruyen solapadamente, faltos de grandeza y de comprensión del momento histórico que vivimos.

Digamos ya de una vez que Carlos I en su idealismo y en sus sublimes equivocaciones es ya un gran español, un auténtico español. La sangre ibérica despierta en él con todo ímpetu y no sólo barre el barniz de su educación primaria sino que se sobrepone al otro cincuenta por ciento de estirpe germánica.



Busto del Emperador Carlos, en Laredo, por  
E. Pérez Comendador

## VII

Los comentaristas más hostiles a la persona y a la obra de Carlos V, se ven obligados a confesar la grandeza y la emotividad del acto de Bruselas. Nunca perdió el emperador su prestancia y dignidad, pero la ceremonia de su abdicación fué verdaderamente cesárea, con un cesarismo sin embargo cristiano, aleccionador, lleno de resonancias de la mejor filosofía, dramático y místico como un auto sacramental.

La vida en el siglo XVI, sobre todo la vida de un monarca, requería y obligaba a excesos de toda índole que arruinaban pronto la naturaleza más robusta y templada. Excesos, no todos vituperables, sin duda. Un rey había de trabajar exageradamente, a menos de abandonar su oficio en manos de validos, perdiendo ante la Historia la categoría real. Un emperador, dueño de vastos estados situados a inmensas distancias entre sí, sobrellevaba una carga desahogada.

Había que viajar continuamente y Carlos V, por cierto, no se perdonó jamás esta molestia; fué un monarca viajero que practicó la máxima de Adriano de que el rey debe, como el sol, recorrer incesantemente sus dominios. La relación de sus viajes, descrita por él mismo en su documento de abdicación, la encontrará el lector en alguno de los muchos libros y artículos que sobre el tema se han estampado este año. Los viajes, en las mejores condiciones posibles a la sazón, eran con todo extraordinariamente penosos. Un príncipe viajaba en el siglo XVI en peores condiciones que hoy un aldeano.

Las enfermedades eran muchas y las prácticas higiénicas apenas se conocían. La medicina se hallaba en estado de lamentable atraso y cualquiera puede comprobarlo al observar la mortandad desmesurada que aquejaba a las familias reales — que hay que suponer estaban mejor atendidas médicamente que ningunas otras —; las tres cuartas partes de los infantes morían antes de alcanzar la adolescencia. La mitad de las reinas acababan su existencia en uno u otro parto. Finalmente a los reyes y grandes señores todo les empujaba por la pendiente de los excesos corporales: Su educación, las costumbres de la época, la demasiada indulgencia de los círculos cortesanos, etc., etc.

Nada es, pues, de extrañar, que todos estos factores sumados hubieran acabado a los 56 años de edad con las fuerzas físicas y aún las psíquicas del Emperador Carlos. Las primeras nunca le fueran abundantes y puede afirmarse que sólo las segundas y particularmente su férrea voluntad le sostuvieron en los numerosos achaques y enfermedades a lo largo de su vida,

Pero, aparte de este agotamiento innegable, producido por una de las existencias más intensas que la Historia conoce, Carlos V está ya en la época a que aludimos ciertamente cansado de una lucha continua, fiera y poco eficaz a los efectos de conseguir la realización del ideal que siempre persiguió. El nieto de los Reyes Católicos entreveía ya en 1556 las penumbras del fracaso. No había sido vencido, ni mucho menos; continuaba siendo el César de Europa y el adalid del catolicismo, pero los resultados de su duro e incesante batallar no eran ni con mucho los ambicionados en sus grandiosas concepciones. Francia, estorbo máximo en su camino, continuaba siéndolo en el mismo grado de siempre; no estaba pujante, pero sí in-

tacta en su enorme potencial, lista para entorpecer y destruir cualquier iniciativa que llevase nombre español o alemán.

Inglaterra, la gran aliada del emperador había sufrido todas las turbulencias del cambio de religión y el trono de María no presentaba la estabilidad deseable. Alemania, desarticulada por las diferencias de religión era un mosaico confuso y deslavado. El Protestantismo estaba, como un monstruo anhelante, frente a Carlos en todas sus actividades; no sólo había fallado el intento de aplastarlo en Alemania sino que Francia e Inglaterra estaban por él inficionadas e Italia bajo su amenaza.

Los turcos, el máximo azote y amenaza de la Cristiandad distaban de estar no ya vencidos, pero ni siquiera contenidos. No se había logrado una victoria terminante sobre ellos y el Mediterráneo continuaba siendo, en su mayor parte, un feudo musulmán. En cuanto a Italia, tampoco constituía para el emperador un apoyo estable ni fiel, antes al contrario, el papado y los estados italianos no perdían oportunidad de buscar querrela al Imperio en cuanto esto era posible. La ingratitud de la mayoría de los papas y príncipes italianos – aparte de Génova bajo la férrea mano de los Doria – hacia el ideal de Carlos V, es difícilmente comprensible y francamente inaudita. Le hubiera bastado al emperador retirarse a España con sus fuerzas e Italia entera hubiera sido fácil pasto de los turcos, cumpliéndose la promesa de Mahomet II de abreviar sus caballos en las iglesias de Roma.

De todos, pues, los problemas de Carlos V sólo uno estaba francamente resuelto, sólo uno le tenía despreocupado: España. El imperio español estaba intacto, en creciente poderío y en toda su espléndida majeza, engrandecido no sólo por las posesiones obtenidas en Europa por el estado aragonés, de cuya política internacional es heredera la España de los Reyes Católicos, sino por las fantásticas conquistas de las Indias. El *Mundo Nuevo* se iba abriendo en gigantesco abanico ante los caballos de los conquistadores y al mismo paso se iban extendiendo los límites de la Cristiandad. No todo, pues, en la mente del viejo emperador era amargura. Podía dar, en el momento de su abdicación una satisfacción tardía, pero nada despreciable a su hermano Fernando (de trayectoria curiosamente opuesta a la suya: nacido y criado en España y llamado a mandar en Alemania) cediéndole la púrpura imperial. Pero sobre todo tenía la tranquilidad de dejar el auténtico Imperio, la corona de España, en las excelentes manos de su hijo Felipe cuyas dotes conocía y estimaba el padre sobremanera; un postremo descanso que no tuvo al morir el propio Felipe, a quien Dios negara el gozo de un hijo capaz.

Nada, pues, ha de extrañarnos que Carlos I volviera los ojos a España, o con mejor metáfora, no apartara ya sus ojos de España, el más poderoso y el más fiel de sus estados, cuando pensó en esa jubilación voluntaria de sus inconmensurables trabajos. España es ya de una vez para siempre la patria definitiva del Emperador. Su propia casa, su familia, sus hijos son españoles absolutamente, como lo demuestran por ejemplo doña María y doña Juana que, viudas de sus respectivos maridos Maximiliano II y el príncipe Juan de Portugal, vienen como su padre a pasar en la patria los últimos días.

Su lengua es la de Castilla y de ella se hace adalid ante la corte papal de Paulo III, pronunciando las conocidas palabras dirigidas al obispo de Macón y que son la



contrapartida de las que en su juventud hubo de recibir de las Cortes de Valladolid, recomendándole que aprendiera el español. Sus servidores, consejeros y amigos en fin, son ya en su inmensa mayoría peninsulares.

En Bruselas la Majestad imperial y cesárea se despoja de todos sus símbolos y grandezas. Pesada corona de Carlomagno, águila bicéfala del Santo Imperio, cetro y espada, yugo y flechas de la gran España, armiño y púrpura de mil territorios desperdigados por Europa, de todo se desprende. Carlos de Habsburgo y Aragón ya no es más que un viejo hidalgo español ganoso de aprovechar sus últimos días en prepararse para el último y más importante negocio de la vida: la marcha hacia el Cielo eternal.

Con su cortejo de familiares fieles, el cansado hidalgo se dirige al rincón de Extremadura que ha elegido como tranquilo refugio a su atormentado espíritu. Un viaje triste, que se parece al de don Quijote hacia su aldea natal en que le espera la muerte. Al antiguo César le falta tiempo y tierra para dirigirse a su destino. Camina a campo través desde Tornavacas hasta el cenobio jerónimo que le aguarda y al divisarlo desde las alturas veratas, sin duda suspira como el salmista:

*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem*

Hemos llegado a Yuste... A partir de aquí al lector le sobran páginas donde contemplar los últimos días de Carlos I. Acabemos, pues, aquí, las nuestras.



## ¿QUIÉN ES CRISTÓFORO COLOMBO?

**L**A compañía naval italiana construyó después de la II Gran Guerra tres magníficos y grandes trasatlánticos, herederos de aquellos gigantes del océano que transportaron a América la voluminosa emigración itálica. A estos tres modernos buques se quiso imponer nombres de insignes navegantes del país. Se eligieron estos tres:

- «Andrea Doria»
- «Américo Vespucci»
- «Cristóforo Colombo»

Andrea Doria es la mayor y más legítima gloria naval de Italia. El nombre impuesto a este primer trasatlántico —que por cierto se hundió frente a las costas de América hace pocos años— era un acierto. ¿Para qué recordar los méritos de este eximio marino, desempeño de reyes y emperadores en cualquier empresa náutica que, por él dirigida, llevaba invariablemente asegurado el éxito?

En cambio, sólo a una explicable, pero sin duda excesiva ostentación patriótica se puede atribuir el que una de estas ciudades flotantes lleve escrito en la borda el nombre de Américo Vespucci, personaje cuya fama se debe exclusivamente, como es vulgarmente conocido, al irrisorio *quid pro quo* mediante el cual el grancontinente occidental se llama América. ¿Quién fué América Vespucci? La compañía naval italiana debió echar mano de su nombre sólo cuando se tratase de bautizar barcos con firmas de la Literatura. Llegado a España en busca de aventuras o quizás mejor de intrigas, estuvo al servicio de Colón y de Fernando el Católico, como varios otros italianos. Acaso —no es un hecho probado— viajó en la expedición de Ojeda, pero sin cargo alguno de importancia. Más tarde, en posesión de los papeles de Colón y enterado, por los empleos de carácter político que tenía, de muchos asuntos relacionados con los viajes y exploraciones de las nuevas tierras, fué nombrado por el rey Católico Piloto Mayor, un cargo, pese a su nombre, puramente terrestre, algo así como subsecretario de Marina. Este personaje, pues, escribió, zurciendo relatos de viajes hechos auténticamente a América, una referencia titulada *Quatuor navigationes* en la que narra sus aventuras en cuatro supuestos viajes oceánicos realizados por él. Todo lo que en esta obra se cuenta es inventado desde el principio al final; no hay la menor constancia histórica de los cuatro viajes de Vespucci ni su nombre figura entre los

componentes de las numerosas expediciones hechas por las naves hispánicas en aquella época. Naturalmente, esta novela de aventuras no pudo Vespucci publicarla en España donde su notoria falsedad hubiera levantado escándalo. La mandó a Italia donde se publicó en 1506. Ya es sabido que el editor alemán Waldseemüller fué quien, en su *Cosmografía*, impresa en 1507 propuso el nombre de *América* para las nuevas tierras que habían sido descubiertas (¿?) por Vespucci en su citada obra novelesca. El sigilo y secreto que la corte española mantenía sobre los detalles de los grandes descubrimientos de sus marinos, originó que Europa apenas tuviera noticia de ellos sino por las cartas de Vespucci y así comenzó a llamar América a lo que nosotros llamábamos las Indias occidentales. Así fué como este avisado personaje bautizó a todo un mundo nuevo y como también ha sido padrino del gran trasatlántico que ahora surca los mares. Ya se comprende que al lado del inenarrable fraude primeramente citado, la oficiosidad segunda tiene escasa importancia (1).

Vayamos ahora al tercero de los trasatlánticos: *Cristóforo Colombo*. ¿Quién es Cristóforo Colombo? Muchos lectores se asombrarán ante esta pregunta y más aún ante esta afirmación que no tengo inconveniente en estampar: *No ha habido en la Historia personaje alguno de relieve que llevase el nombre de Cristóforo Colombo*.

Si dejamos a un lado las masas inmensas de historiografía, de biografía, de simple divulgación y de leyenda que hay acumuladas sobre el descubrimiento de América y nos vamos en puridad química a los documentos escuetos, fehacientes y originales, nos encontramos con que en aquella grandiosa gesta no aparece nadie que se llamase en ningún momento Cristóforo Colombo. Este nombre y apellido no son más que la traducción italiana del nombre del Almirante cuya firma auténtica es *Xristoferens Colonus* o *Colomus*. Ni siquiera la latinización *Columbus* aparece sino en los últimos años de la vida del descubridor. Colombo es pues, una mera traducción al italiano de un apellido que pertenece a otra lengua.

Ya comprenderá el que lee que el autor de estas modestas líneas no está nada convencido por la tesis tradicional y oficial del genovesimo de Colón. Hace tiempo, en los números 56 y 93 de «Alcántara» se insertaron dos interesantes y simpáticos trabajos del Marqués de More-

(1) Es increíble que haya tan pocos autores españoles que aseveren el valor técnicamente nulo de las Cartas de Vespucci como documento histórico. De los cuatro viajes, el primero se supone en 1497, habiendo tocado el continente americano antes que Colón (1). Otro es acompañando a Ojeda y dos más al Senegal y Brasil por cuenta del rey de Portugal. Ni en España ni en Portugal existe la menor noticia, documento ni referencia a tales viajes, salvo una vaga mención de Ojeda que alude a un tal *Vespuche* como embarcado en sus naos. En el texto de los relatos de América no se nombra ni por casualidad a ningún personaje ni compañero de viaje del autor que parece haber navegado completamente solo. Las *Quatuor navigationes* reúnen, pues, todas las condiciones que se enseñan críticamente como elementales para juzgar un relato como falso.

lla defendiendo el tema del Colón español. Ellos pueden ser el precedente de éste que yo quisiera mejor compuesto comentario.

Naturalmente, no soy investigador directo de la materia. He de guiarme por la opinión y los trabajos de los eruditos que han consagrado sus horas a tratar de desvelar la misteriosa existencia del gran navegante. Pero si no es posible profundizar directamente en todos los temas de la Historia, sí lo es formar sobre ellos un razonable juicio crítico y exteriorizar este juicio sin que en ello exista ninguna osadía. Donde no, nadie podría opinar sobre nada salvo los especialistas. Nuestro juicio, como el de cualquier otra persona, está fundado en la cualificación que nos merecen las distintas tesis a la luz del sentido común, un sentido común, ciertamente, algo avezado a bucear en los problemas históricos.

Según la tesis tradicional y universal del Colón genovés, los hechos ocurrieron del siguiente modo: (Sigase cualquier biografía del Almirante).

Nace Colón en Génova en 1451. Es hijo del honrado tejedor Domenico Colombo y de Susana Fontanarosa. Su nombre es Cristóforo, en latín Christophorus, en español Cristóbal. Sin embargo, él se firma extrañamente *Christoferens*. Hasta los 20 años consume su vida ante el telar paterno. La contemplación de las pesas y lanzaderas acaso hace germinar en su mente ideas cosmográficas. Se embarca como mercader y en cuatro años de navegación entre fardos y libretas de venta aprende Geografía y Náutica hasta el punto de dominar estas ciencias como nadie en el mundo. En 1477 aparece en Portugal poseedor de un importantísimo secreto que ofrece a su monarca con poco éxito. Este secreto es la existencia de tierras al otro lado del Atlántico, sean o no de la India. ¿Cómo ha adquirido este secreto? Una leyenda quiere que se lo revele un viejo naufrago en una isla solitaria. Otra, que se lo explique una correspondencia curiosa con un tal Toscanelli, desde Florencia.

En tal momento aparecen en escena como por arte de magia sus dos hermanos Diego y Bartolomé que colaboran en sus planes. Otros dos tejedores malogrados que han hecho la ruta de Génova a Portugal. Colón ha modificado su apellido suprimiendo la sílaba *bo* al llegar a Portugal y en esta época ya sabe hablar en español. Al fin, desengañado por su fracaso en este país, penetra en España en 1485.

Esta es, por lo que nos interesa, la historia del tejedor Cristóforo Colombo. Para aceptarla hay que admitir una verdadera cascada de hechos inverosímiles, hay que tener, empleando una gráfica expresión, unas amplias tragaderas críticas. A veces, en la vida humana se da alguna paradoja y lo que parece increíble ficción, resulta ser realidad. Pero ello es esporádicamente, por excepción. Las inverosimilitudes y los absurdos encadenados, sólo ocurren en las novelas.

Ante esta explicación, pues, que sin embargo han deglutido historiadores de todas las épocas, a un espectador ingenuo le asaltan montañas de preguntas. Examinemos algunas.

¿Por qué Colón, al parecer en la península ibérica suprime la últi-

ma sílaba de su apellido y se hace llamar Colón, Colóm o Colomus, sin vestigio alguno de la B italiana? No lo sabemos.

¿Por qué ese constante prurito de ocultar entre las brumas del misterio y borrar todo rastro de su pasado? No existe explicación plausible. No era deshonroso ser italiano ni genovés y había por entonces en los reinos hispánicos muchos nacidos en Italia ocupando puestos de importancia. Tampoco era censurable haber sido tejedor ni mercader, ni tenían en España por qué saberlo.

¿Por qué aparecen en Portugal y España sus dos hermanos, venidos también de Génova antes de que Colón lograra el triunfo, circunstancia ésta que hubiera justificado la inmigración? ¿Por qué uno de los hermanos se llama Diego, nombre que no existe en ninguna parte del mundo sino en España? Tampoco lo sabemos.

¿Por qué Colón tiene una fe tan portentosamente firme en su secreto? ¿Por qué sabe tan de buena tinta la existencia del camino del Atlántico y la defiende contra la opinión de todos los sabios y geógrafos de la tierra? ¿Es razonable que esta convicción se funde en una simple carta o en el relato de un viejo náufrago? En absoluto. No es creíble que de las cartas de Toscanelli, siquiera fuera éste el primer sabio del mundo y padre suyo por añadidura, fuera Colón a comprometerse seriamente con los reyes ibéricos, a contratar capitulaciones con privilegios exigidos a los más poderosos monarcas de la tierra. La fe de Colón es algo más fuerte que todo eso. Es la fe del que ha visto *con sus propios ojos*.

¿Por qué Colón *no sabe hablar en italiano* pues no lo usa para corresponder con sus supuestos compatriotas de Italia y de España, a quienes escribe siempre en castellano? ¿Cabe creer que tras haber pasado los primeros 24 años de su vida en Génova o entre italianos haya olvidado su lengua materna? ¿Conoce alguién un caso de amnesia semejante *ni siquiera en un hombre rudo?... Nadie contesta.* (1)

¿Cómo se explica que a la edad de 9 años, según la cronología usual Colón tome parte en una guerra al servicio del Conde de Provenza Renato de Anjou, *mandando una nave*, según él mismo refiere con todo lujo de detalles? Tampoco hay quien nos lo diga.

¿Por qué Colón, a la hora de bautizar docenas y docenas de islas, cabos, mares, golfos y accidentes de toda índole, no pone nombre alguno que recuerde a Italia y sí en cambio muchos de la toponimia hispánica?... Sin explicación.

A todos estos interrogantes, de importancia esencial, los autores no contestan o responden con versiones pueriles, con lógica de *parti pris*, de partido tomado, que pasa por las objeciones como sobre ascuas y encaja a martillazo limpio las piezas que no cuadran en el rompecabezas.

Colón no escribe el italiano —dicen varios y resume Aguado Ble-

(1) Por otra parte el gran Cristóforo hablaría el italiano no sólo en sus primeros 24 años, sino hasta el fin de su vida. No se concibe que al hablar con sus hermanos emplee otra lengua que la que mamó en leche. Sin embargo Colón, escribe también a su hermano en español (i).

ye— porque sólo sabía el dialecto genovés, que entonces no se escribía y ahora tampoco... Supongamos que hubiese que averiguar por qué enigmática razón todos los autógrafos de Martín Alonso Pinzón estuvieran en alemán. Diríamos: «es que Pinzón sólo conocía del español el dialecto andaluz, que entonces no se escribía ni ahora tampoco»... ¿No resultaría ridículo el razonamiento? ¿Iba a ser *Colombo* tan analfabeto que ignorase la brillante lengua toscana de la Italia del siglo XV, a más de siglo y medio de su renacimiento literario, la lengua del Dante, de Petrarca, de Boccaccio?

Menéndez Pidal, en su libro *«El lenguaje de Cristóbal Colón»* insinúa que acaso aprendiese castellano en Génova, de un español aporuguesado, pero rechaza pronto esto por improbable (¡y tanto!), para aseverar como seguro que lo aprendió en Portugal (1). Este libro, como muy bien afirmaba el Marqués de Morella es actualmente el alegato más formidable en pro de la españolidad de Colón y ello pese a las continuas negativas de su autor. La obra, como todas las del gran maestro, es un portento de erudición y sus afirmaciones de orden técnico se han de estimar incontestables como el Evangelio. Empero, en las conclusiones que de ella saca, no resplandece, precisamente, la lógica, y las contradicciones son continuas. El raro hecho de que Colombo aprendiese el español en Portugal (¡y no aprendiese el portugués!) está razonado así: «Pudo obedecer —y esto basta como explicación— (hay muchos, paréntesis mío, a quienes no basta) a la corriente de los muchos portugueses que tomaban el español como lengua adoptiva cultural». Y pone ejemplos, todos de destacados literatos portugueses. ¿Y es lo mismo, preguntaría cualquiera, que un portugués, por interés cultural o por afán de erudición aprenda la lengua española, a que la aprenda un extranjero que acaba de llegar a Portugal y se ha casado en el país, antes de poderse expresar en el idioma de su esposa y de su residencia? ¿Es lícito preguntar de qué le hubiera servido a Colón saber español, si hubiera sido el monarca portugués Juan II quien patrocinase sus planes en vez de los Reyes Católicos?

Otro ejemplo de la lógica de este libro: «Los 21 años de residencia entre andaluces y castellanos no fueron poderosos para desarraigar el lusismo inicial—se refiere a los portuguesismos de su lenguaje—. Prueba *indiscutible* de que Colón aprendió en Portugal el español». Pero luego al hablar del infinitivo flexionado, portuguesismo típico que Cristóbal no usa nunca, dice: «Colón no lo comprendía porque no tenía el portugués como lengua materna». Es decir, que por no usar un cierto portuguesismo, se prueba que el portugués no era la lengua materna de Colón. Pero en cambio EL NO USAR JAMAS NINGUN ITALIANISMO (2) no prueba que el italiano no fuese la lengua materna de Colón (¿?).

(1) Colón escribía ya en español en 1480 seis años antes de entrar en España y cuando no podía soñar en que aquí estaría su gloria y su destino.

(2) O si se quiere ningún *genovesismo*, ya que el argumento aquí que explica (?) el que Colón no supiera el italiano, se funda en considerar el italiano y el genovés como dos lenguas distintas.

Otra razón *fuerte* de otros autores: «Colón hablaba como un extranjero, según dicen sus contemporáneos. Luego no era español»... Lo mismo se podría decir que muchos españoles actuales, comerciantes, misioneros, incluso locutores de radio—como cualquiera puede comprobar—que hablan el español con acento extranjero después de haber estado ausentes de su patria varios años. En cambio lo que nadie olvida nunca es *escribir* su propia lengua (1).

Para Ballesteros Beretta, que inserta en sus historias una apasionada defensa del italianismo de Colón (trayendo como argumentos gráficos las reproducciones de las únicas palabras en semiitaliano que escribió Colón al margen de una obra italiana (2) y no reproduciendo las infinitas que están en castellano en las márgenes de la misma obra y en cien otros documentos) y para otros muchos, el misterio de la vida juvenil de Colón, el velo impenetrable con que él mismo quiso encubrir-la y esfumarla, se debe a la humildad de su origen y a la pobreza de su padre. Razón endeble como un alambre, si las hay. Tanto más, cuanto que—hecho en que reparan pocos—el enigmático nauta no se limita a ocultar su nacimiento y origen sino *toda su existencia anterior a 1476*.

Diego Colón es, según nos cuentan, un Giacomo Colombo que en España se hacía llamar Diego. Caso extravagante y creo que sin parigual. Todos los Giacomas, Jacopos y Jacopones que conozco conservan su nombre si vienen a España en esta época y a ninguno le llaman Diego.

Tampoco conozco italiano alguno, de los innumerables que en el siglo vivían en España que amputara su apellido al entrar en ella: Berardi, Oderigo, Spínola, Geraldini, Fieschi. A lo sumo, leves modificaciones de adaptación fonética cuando ésta era difícil a nuestras gargantas y ello en labios españoles. La palabra Colombo no repugna prosódicamente al castellano, sino que encaja perfectamente en él. Aun dándose el apócope, lo que repito, es insólito, *no hubiera trascendido al latín*, que habría seguido siendo *Colombus* o *Columbus*, nunca *Colomus* ni *Colonus*, que es precisamente como se escribió siempre, por los demás o por él mismo, el apellido del Descubridor.

\* \* \*

Las hipótesis que defienden como patria del Almirante algún punto de la península Ibérica (Colón extremeño, Colón gallego, Colón catalán, Colón portugués) quizás no estén suficientemente probadas, pero todas tienen de común una biografía colombina (habría que decir *colomina*) bastante más armónica y racional, en la que no hay que ir dando feroces saltos sobre el absurdo como en la tradicional.

Colón, según todas ellas nace mucho antes de 1451, con lo que se

(1) El conocido y popular misionero P. Llorente, distinguido literato, que ha pasado 20 años ausente de España, «había como un extranjero» según dice él mismo. Sin embargo, escribe como un español.

(2) Precisamente estos párrafos que Colón intenta escribir en italiano sin lograrlo, son la prueba inconcusa de que ignoran la lengua de Alighieri.

hace más lógica toda la cronología de su vida (1). Empieza a navegar desde su misma infancia. Es marino por vocación y profesión y recorre todos los grados desde grumete a piloto, llegando, mucho antes del descubrimiento a dominar todos los secretos del arte náutico y de la cosmografía de la época.

Encubre meticulosamente su pasado porque tiene para ello motivos muy graves y no por la nimiedad de ser hijo de un artesano. Bien por su ascendencia judía, que a saberse le hubiera proporcionado en España enormes contratiempos, bien por haber hecho armas contra los reinos hispánicos en distintas ocasiones de su azarosa vida o por haber ejercido el corso.

Tiene una convicción verdaderamente titánica «como si la tuviera en un arca bajo llave» según dicen las crónicas, en su decantado secreto por la sencilla razón de que lo ha vivido. A lo largo de sus viajes por Islandia y el Atlántico Norte ha dado con la costa americana mucho antes de 1492. El es por consiguiente el viejo naufrago y el Toscanelli de sus descubrimientos que ofrece a las cortes hispánicas a cambio de prebendas que tiene buen cuidado de puntualizar en sus capitulaciones.

Sus hermanos le acompañan también desde pequeños en muchos de sus viajes y aventuras marítimas. Tienen de tejedores lo que de obispos.

No se hace llamar Colombo porque éste no es ni remotamente su apellido, desde su nacimiento Colom o Colón. La forma Colombo no aparece en ningún documento de la época; sólo en traducciones italianas posteriores.

En fin, escribe a Italia y a los italianos en castellano porque no conoce otra lengua, aparte del latín, ya muy poco usado corrientemente. Su castellano es bastante puro, con algunos modismos portugueses que ha adquirido durante los 9 años de estancia en Portugal, pero exento de italianismos, cosa imposible si Colón hablase el italiano como lengua propia.

\*  
\*  
\*

Como vengo diciendo y puede comprobar cualquiera, el Almirante de los documentos se llama *Colón* y algunas veces *Colom* o *Colomo*. Da la casualidad de que Colón es un apellido gallego y Colom, catalán. La forma Colombo es la equivalencia italiana de la segunda de aquéllas, que en catalán significa *Palomo*. En cuanto a la hipótesis que da al Descubridor como natural de Plasencia, por lo menos explica el significado de las famosas siglas S. = S. A. S. = X. M. Y. con que el marino firmaba sus cartas. Con todo esto, sin embargo, no puede hablarse todavía con firmeza de un Colón español porque faltan pruebas directas e irrefutables. Ahora bien: *tampoco hay pruebas directas ni irrefutables* de la tesis tradicional. Sólo hay centenares de obras tomadas sin excepción

(1) Se le ha obligado a nacer en esa fecha por la necesidad de encajarle como hijo del lanero Domenico Colombo que se casó poco antes; con desprecio de la cronología y de las noticias según las cuales tenía el cabello casi blanco cuando entró en España en 1485, es decir, a los 34 años, según los genovistas.



unas de otras sin otro fundamento que dos o tres frases de documentos probablemente apócrifos, una vaga creencia contemporánea en el italianismo de Colón, no corroborada por documento alguno y una genealogía amañada *a posteriori*. muchos años después de muerto el Almirante.

También hay la famosa biografía del descubridor, escrita por su hijo bastardo Hernando Colón, relato abundante en patrañas, de las que cada autor admite las que le convienen y rechaza las que están en desacuerdo con su modo de pensar. Parece, pues, que lo honrado sería dejar en discreta duda la auténtica patria del grande hombre.

Este es el estado actual del Colón genovés y del Colón español. Si esta última hipótesis no ha sido más estudiada, ni siquiera en España, ello es debido a la idiosincrasia de nuestra raza, tan propensa al hecho como negada al análisis, tan vinculada a la proeza como reacia a la propaganda. A la abulia —cuando no a la hipercrítica o al escepticismo— de nuestros cronistas y relatores se debe en gran parte la persistencia del complejo antiespañol que llamamos *Leyenda negra*. Nuestra abulia es la causa principal de que en tantos libros extranjeros se diga que el Descubrimiento de América es una gesta exclusivamente itálica, pues itálicos fueron sus tres personajes clave: Colombo, Vespucci y Toscanelli (!?). Y que tales libros hayan cuajado ambiente en los países respectivos, originando fiestas y conmemoraciones como el conocido y sarcástico *Columbus Day*, el doce de octubre norteamericano, que ignora absolutamente la españolidad de la epopeya entre nubes de gallardetes italianos, cuando lo más probable es que ni un miligramo de italianismo participara en ella (1).

No hay que esperar que sea uno de nuestros grandes historiadores temerosos de comprometer su prestigio, quien enarbole la bandera revisionista. Hace falta un investigador vocacional que sea capaz de dedicar toda su existencia al problema hasta no dejar una brizna de indicio suelta, tal como por ejemplo ha hecho Astrana Marín con la figura de Cervantes. Hoy día con menos de esto no se puede acometer el tema del origen de Colón porque es preciso serpentear en todas las direcciones, taladrar y roer literalmente montañas de papel escritas sobre el asunto. Una tarea hermosa y tentadora para un investigador que empiece. Esperemos que este joven paladín de la Verdad aparezca alguna vez.

\* \* \*

Andrea Doria, el héroe de Túnez, el hombre que se hizo nonagenario sobre las tablas de los buques, sacó en 1954 su mano del Océano e hizo zozobrar su buque. No era agradable para el marino impar que su nombre surcara los mares entre el de un oficinista y el de un lanero.....

CARLOS CALLEJO

(1) Ocioso es consignar que entre los historiadores del mundo, acaso los más tenaces, encarnizados e irreductibles adversarios del hispanismo de Colón (Altolaquírrre, Torre, Ballesteros) son españoles. El hecho es sintomático.



## U N A

### ENCRUCIJADA LINGÜÍSTICA

por CARLOS CALLEJO

**C**UANDO alguien en una reunión pregunta cómo se escriben exactamente las palabras *Tschaikowsky* o *Scheherezade*, no falta entre los circunstantes alguna persona culta que puntualiza la correcta ortografía. Pero no siempre surge luego, como sería deseable, otra persona un poco más culta para explicar que esa ortografía «correcta» lo es mucho menos de lo que pudiera creerse. En efecto, aunque es así como hemos dado en escribir dichos nombres, tales formas son barbarizantes e inadecuadas a nuestro idioma. Las usamos por la poderosa razón de que así las hemos visto escritas en las publicaciones extranjeras y nadie hasta el presente se ha molestado en escudriñar cual sería la verdaderamente correcta versión española. De lo contrario, hubiérase visto que en los lenguajes originales—ruso y árabe—no existe semejante sopa de letras, únicamente puestas para lograr una adaptación a la prosodia alemana. Tampoco es raro encontrar en nuestros Atlas palabras como *Kharkow* o *Djibouti* y en nuestros libros de Historia abundan las transcripciones tales como *Harum al Raschid*, *Seldjúcidas* etc. Todos estos nombres han sido adaptados de su lengua originaria al francés, al alemán o al inglés y es de estos idiomas de donde nuestros autores los toman, intercalando una inútil etapa fonética extranjera para articular una voz que debería haber pasado de su idioma al nuestro en transcripción directa.

Es increíble el abandono en que este importante problema ha permanecido durante mucho tiempo. Los autores de los dos últimos siglos y principios del actual, fueran historiadores, geógrafos o literatos se han limitado a copiar la ortografía del original en que se inspiraban, con lo que un mismo nombre lo hallamos en nuestros libros escrito de tantas maneras como indagadores de distintas fuentes lo hayan tratado. Un puerto persa lo veremos escrito *Bender Bushir* si nuestro geógrafo ha consultado un texto inglés, *Buschir* si la fuente fué alemana, *Bouchir* si fué francesa, *Buscir* si italiana. El resultado es, como se vé caótico.

Cuando el nombre propio en cuestión pertenece a un idioma que usa nuestro alfabeto no existe problema: el sentido común demanda respetar la ortografía original que es al mismo tiempo universal. Pero

cuando el alfabeto es distinto, la imposibilidad de reproducir en nuestros tipos de imprenta el apelativo indígena, impone una adaptación, que ya debe ser fonética, al idioma en que se escribe. Esto es lo que han hecho los ingleses, los alemanes, los franceses, etc., y nosotros no nos hemos precisamente apresurado a formalizar. El problema sería fácil para los autores un poco escrupulosos, si no existieran tres fonemas o escollos en los que frecuentemente se tropieza y que casi siempre se transcriben mal. En primer lugar está la gutural J, para la que se emplea erróneamente el grafismo KH, copiado de los textos extranjeros en cuyas lenguas no existe signo para aquella. En segundo término la letra árabe YIM, de pronunciación algo más fuerte que la G francesa. Para ella se suele usar la combinación DJ ó DSH, innecesaria y absurda en nuestra prosodia. La tercera consonante es el XIN ó SCHIN, frequentísima en las lenguas orientales, que en las europeas se transcribe por SCH, SH, CH, SC o SZ y para la que en castellano no existe un signo especial.

Para la primera y segunda de estas consonantes se ha impuesto una norma que los autores siguen con carácter general, aunque algunos la olviden con frecuencia. *Jorasán Jarkov* y no Khorasan, Kharkow. Aquí la regla es inatacable. También se ha vulgarizado la transcripción *Yakarta* en vez de Djakarta. Cuando la sílaba es inversa, en cambio, no podemos emplear la Y para este sonido y entonces se echa mano de la CH: *El Hach* y no El Hadj. Algunos emplean también la CH para la sílaba directa escribiendo *Selchuquies* donde los historiadores despreocupados y galiparlantes copiaban Seldjúcidas.

Por el contrario, para la tercera de las consonantes indicadas, el problema sigue en pie y cada cual lo resuelve a su modo o no lo resuelve, limitándose a copiar la ortografía que trae el telegrama o la noticia que está glosando. Algunos especialistas recomiendan transcribir esa SCH—designémosla provisionalmente a lo alemán—por una simple S. Para ellos es lo más cómodo, pues aquel sonido tiene como símbolo internacional la S provista de un acento diacrítico. Pero el historiógrafo, que debe procurar una fidelidad máxima a las fuentes pristinas, no encuentra muy lógico solucionar el problema de las SCH ignorando su existencia e identificándolas con otra consonante bien distinta. El verdadero nombre de Circo era *Kurasch*; las primeras dinastías sumarias se establecieron en *Kisch* o en *Lagasch* y parece obligado al mencionar el nombre del rey Sapor, decir que esta palabra es una corrupción de *Schappur*. ¿Cómo explicar todo esto al estudiante transcribiendo *Kuras*, *Lagas* y *Sappur*?

La misma endeblez de esta solución ha hecho que poco a poco haya ido perdiendo adeptos. Así, por ejemplo, en un gran Atlas editado en Madrid, se emplea la combinación alemana SCH buscando sin duda una analogía con las buenas obras de cartografía publicadas en aquel país. Otros piden prestada al francés su CH y así hemos visto que la ciudad marroquí que se vino llamando siempre Xauen, aparece ahora escrita en muchos periódicos españoles, no sabemos bajo qué asesoramiento *Chauen*. ¡De ahí a poner Chaouen, ya no hay más que un paso! Otros autores, en fin, se asen a la combinación inglesa SH, que tan pro-

fusamente nos traen, en antropónimos y topónimos, las prensas periodísticas.

Todas estas soluciones son igualmente inoperantes, por múltiples y por serviles. ¿Por qué el castellano se ha de servir siempre de una grafía extranjera para interpretar este sonido fricativo? El hecho de cada autor, de un modo anárquico, lo reproduzca a su manera está explicando que ninguno de estos sistemas es legítimo. El confusionismo se podría evitar y se evita volviendo a utilizar la letra que en nuestra literatura sirvió siempre para representar este sonido: la X bable. Es enteramente inexplicable por qué esta letra ha caído en desuso o está cayendo, pasándose de moda, diríamos. Cuantas veces he preguntado a un lingüista por las causas de este fenómeno, se ha encogido de hombros y no ha sabido decírmelas. La única explicación plausible es la continua invasión de letra impresa extranjera en nuestra ciencia y en nuestra técnica, lo que origina insensiblemente el desuso de nuestros sistemas prosódicos tradicionales y la adopción de combinaciones exóticas que terminan por incrustarse en el castellano. España entró en contacto con la literatura y la ciencia arábigas mucho antes que cualquier otro país de Europa y desde los tiempos de Alfonso el Sabio la X se utilizó siempre para transcribir el XIN. La X es, ante todo un fonema más español que ninguna de las combinaciones más arriba descritas, pues lo usan las lenguas periféricas peninsulares y no es en forma alguna extraño al castellano. Tiene la ventaja de su larga utilización ancestral tanto en España como en América donde se usa para representar algunos sonidos de lenguas indígenas. Y sobre todo—y éste es su principal título—es la letra que instintivamente emplea el español siempre que se encuentra ante la consonante *xin* en sus contactos con las lenguas orientales: Aixa, Axdir, Xiquena, San Francisco Javier, el primer español que pisó el Japón, nunca escribió Hiroshima, Kagoshima, nombres que han impuesto hoy las agencias de noticias extranjeras, sino *Hiroxima, Kagoxima*.

Es cierto que la transcripción del *xin* por X resulta anfibológica porque el sonido propio de este signo en español es otro distinto. ¿Pero, es acaso la X la única consonante castellana que tiene dos sonidos? En sílabas directa, la desviación fonética es escasa. Como hemos dicho y cualquiera puede comprobar, el español, no sólo emplea la X cuando se le dicta un nombre exótico que comience por este sonido fricativo sino que pronuncia con este último palabras como *xenofobia, xilófono*, que por venir del griego debería pronunciar *Ksenofobia, ksilófono*. En cuanto a la sílaba inversa, la desviación es mayor, ciertamente, pero la prueba de que nuestro idioma no teme esta desviación es su persistencia en topónimos como Guadix, Torrox etc., en que el *xin* árabe se transcribió como X y la transcripción es ya imborrable. En todo caso podría servir la combinación SX que siempre sería preferible a las extranjeras SCH, SH, etc., para escribir *Kasxmir, Lagasx*, nombres de ciudades, en vez de Kaschmir, Lagasch.

Aquí podría terminar ésta quizás anodina disertación, si no quisiera aprovechar la ocasión para hablar de otra costumbre que parece imponerse en los medios científicos y literarios del país y que también

va en detrimento de nuestro limpio, brillante y noble idioma. Es la modalidad de transcribir los nombres propios de lenguas eruditas en su forma original, cuando el español posee ya de antiguo una versión adaptada a su prosodia. *Iulius Caesar* por Julio César. *Nero* por Nerón. *Athenai* por Atenas. *Abd-al-Rahman* por Abderrahman. O bien, en el caso del árabe o del ruso, transcribir el nombre como se escribe y no como se pronuncia: *Sala al Din* por *Salah ed Din* (Saladino) toda vez que en árabe, la L del artículo reduplica la consonante «*enferma*» que le sigue, únicamente en la pronunciación, pero no en la escritura. Todo este expediente, que a nuestro juicio lleva a términos exagerados la fidelidad a la fuente, está bien para obras de alta especialización científica, pero no debe usarse en las de divulgación (esta bien hacerlo entre paréntesis, después de haber escrito la versión castellana usual). De otro modo el escritor se ve obligado a variar la ortografía de todos los nombres que maneja (*Abu bakr*, por Abubéquer, *Muhammad* por Mohamed o Mahoma, *Hisam* o *Hischam* por Hixem etc. Y con ello además, se obliga al lector a pronunciar mal en el caso, que será el más frecuente al uno por diez mil, de que ignore el idioma original.

En ningún país extranjero se siguen estas reglas y resulta por tanto extemporáneo que las adoptemos nosotros exclusivamente, en perjuicio de nuestro propio idioma. Cuando un francés escribe *Djibouti* emplea el artilugio literal necesario para que los franceses que leen, pronuncien *Yibuti* que es el nombre árabe original. Por la misma razón los italianos no vacilan en escribir *Cile* y *Cina* por Chile y China, distanciándose de la ortografía de las demás lenguas aun en palabras del mismo alfabeto. Si un ruso vierte a su idioma y alfabeto las obras de Shakespeare, se guarda de estamparlo así, lo cual daría lugar a una pronunciación equivocada y en su sustitución escribe *Xekspir*.

Nosotros no tenemos motivo alguno para obrar de otra manera, pero alguien debe dar la norma orientadora al público, que, no siendo así, se limita a copiar las ortografías que lee en los periódicos o en los libros extranjeros. Hay aquí ancho campo para que las plumas doctas desbrocen el buen camino. Los que no las poseemos sólo podemos estar concordes en proclamar un principio: El castellano es una lengua mayor de edad y no necesita andaderas ni servidumbres ortográficas.





## Cáceres y las falsas etimologías

Por CARLOS CALLEJO SERRANO

*A*micus Plato, sed magis amica Veritas... Esta frase debería estar escrita en lo alto de todas las páginas a rellenar por cuantos se dedican a escribir sobre temas de Historia. La Verdad es en el historiador lo mismo que el *Juramento Hipocrático* en los médicos o la bandera en el militar, es decir, precisamente, el punto de honor profesional. Por desgracia no se ha comprendido este principio en todas las épocas y el resultado es la enorme cantidad de fabulosa hojarasca de que están llenos los libros de Historia, en los cuales, el investigador escrupuloso debe andar pinzas en mano como un cirujano en las entrañas de un cuerpo, y a veces, no bastando esto, hay que dejar a un lado los tratados e irse a las puras fuentes prístinas.

Las etimologías de los nombres de poblaciones y de personas han sido unos de los más vastos campos para la imaginación fértil de los escritores de ancha conciencia. En el siglo XVII se inventaron montañas de ellas, la mayoría desprovistas del más pequeño fundamento serio; y contra la opinión y los continuos avisos de los especialistas todavía se mantienen muchas a ciencia y conciencia de su falsedad, porque todo el que escribe es reacio a silenciar algún título que crea favorezca o ennoblezca al pueblo o ciudad donde nació, aunque le conste que algunos de estos títulos son falsos.

La mayor parte de estos infundios etimológicos fueron forjados en nuestra patria, como he dicho, en el siglo XVII o fines del XVI. Por un lado la empachosa clasicofilia de la época del Renacimiento, para lo cual carecía de valor histórico todo lo que no fuera Roma y Grecia e ignoraba por completo lo ibérico, lo visigodo y lo árabe. Por otro lado el afán de algunos escritores eclesiásticos —realmente en la época pocos investigadores no lo eran— de buscar santos antiguos para sus diócesis y parroquias llenó nuestros libros de un verdadero mundo de fábulas y errores. Muchos de estos escritores procedían de buena fe y tenían una estimable categoría científica, habida cuenta de que en aquel tiempo la investigación estaba en mantillas y apenas existía la crítica. Una natural autosugestión, muy corriente en el que practica la excitante actividad investigatoria (y de la que no están a veces libres los escritores modernos) convierte los meros indicios en hechos sólidos y las puras hipótesis en verdades demostradas si con ello se favorece el fin que el historiador va buscando. Sin embargo, en no pocas ocasiones, algunos de aquellos autores die-

ron pruebas de poca honradez profesional, falseando a su antojo textos romanos, cuando no inventando de pies a cabeza otros nuevos, como hizo el tristemente famoso Fray Román de la Higuera.

La tarea de desprenderse de estos mitos no es fácil, pero hay que acometerla con sinceridad y sin muchas consideraciones. Existen, sí, una serie de bellas y piadosas leyendas, no confirmadas del todo por la Historia —lo que no quiere decir que sean enteramente falsas— que deben conservarse por piadosas y por bellas, bien que haciendo constar siempre su condición legendaria. Pero las falsas etimologías no son ni bellas ni piadosas. No son más que ficciones amañadas con el único objeto de halagar a una población pretendiendo darle prestigio y logrando precisamente el efecto contrario. Nada da a un maestro o especialista de categoría nacional o internacional un concepto más pobre de un país, región o pueblo como el escuchar a los eruditos locales que el tal pueblo lo fundó Alejandro Magno, César o el Preste Juan, no habiendo rastro alguno serio de tal especie.

Apenas hay población de España que no tenga su correspondiente mito etimológico, mediante el cual resulten sus fundadores los griegos, los romanos, los fenicios y hasta los patriarcas bíblicos. Tenemos, por ejemplo Badajoz, cuyo mito se llama *Pax*. Todavía en 1934 se decía en la primera revista científica extremeña que la indiscutible atribución de la *Colonia Pax Julia Augusta* a Beja, era una «patraña de los portugueses» y ello apoyándose en un autor tan supinamente desacreditado como Solano de Figueroa. Es verdad que a los pocos meses la misma revista trajo cumplida rectificación por boca del ilustre sabio Leopoldo Torres Balbás. De todas maneras, por más que historiógrafos e investigadores lo prohiban, parece ya imposible que dejemos de llamar *pacense* a todo lo relativo a la gran capital del Guadiana. La costumbre puede más y aquí se repite el caso de América, erróneamente bautizada, sin posible restitución (1).

En Plasencia, el mito es *Ambracia*, palabra inventada igualmente el siglo XVII para demostrar que los helenos de la ciudad griega así llamada fueron los verdaderos fundadores de la aldea de Ambroz sobre la que Alfonso VIII levantó la bella ciudad del Jerte. Fray Alonso Fernández advocó la especie en 1627, con más entusiasmo del que podría esperarse de un docto historiador y el resultado es que habrá *Ambracia* todavía para muchos años, a pesar de que se sabe perfectamente que el topónimo *Ambroz* es una palabra árabe.

El mito de Trujillo es casi gracioso. Un copista varió el texto de Plinio en el conocido pasaje que nos habla de la *Colonia Norbensis Caesarina* y de sus *contributae Castra Caecilia* y *Castra Servilia*, poniendo en lugar de esta última, *Castra Julia*. En seguida *Julia* se reputó como antecedente del *-jillo* de Trujillo. El *Tru-* se extrajo de una hermosa torre más tarde derruida que se supuso romana com-

(1) Badajoz no empieza a sonar hasta la época árabe, en el siglo IX, pero el nombre no es árabe como siempre se creyó. Menéndez Pidal le da una contextura ibero-ligur y en tal caso tendríamos un topónimo antiquísimo, acaso anterior en un milenio a la venida de los romanos. Como en el caso de Trujillo, los fabricantes de ejecutorias romanas, lo que han hecho es rebajar la antigüedad del solar.

poniendo así la frase *Turrís Julia* y dando esta etimología a la patria de Pizarro. *Castra Julia* no existió nunca y la torre era románica y no romana, del siglo XIII cuando más. Y lo mejor es que Trujillo es una de las contadas poblaciones que tienen la suerte de conservar su nombre celtibérico (*Turgalium*) con poca modificación, hecho para ella mucho más honroso que su falsa fundación por Julio César (2).

He tomado estos ejemplos de Extremadura, por más próximos al que escribe y al que lee, pero inútil es decir que lo mismo pasa en toda España. No hace mucho leí en un gran diario de Madrid a un señor que afirmaba muy seriamente que la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena, era la más antigua de España, porque se remontaba a los tiempos apostólicos (!! ) ¿qué diría de ésto el padre García Villada y sin subir tanto cualquier joven bachiller que sabe perfectamente que la primera mención de Madrid es del siglo X y que antes no existe rastro de semejante población?

Sería lamentable que alguien creyera que estas líneas están animadas de furor iconoclasta. Y además de lamentable sería gracioso, pues a su autor precisamente se le suele tildar de excesivamente tradicionalista. Esto último es bueno cuando se trata de defender conceptos que son o que deben ser inmutables: la Fe, la Justicia, la Belleza. Pero la Historia no está entre estas cosas inmutables y por tanto debe ser objeto de evolución y de modernización. El secreto del historiador consiste especialmente en manejar hechos antiguos con criterio investigativo e inductivo moderno. La modernización histórica es el resultado del continuo hallazgo de monumentos y escritos antiguos y de la aplicación de una crítica racional y sana a su compulsión. La consecuencia de esta modernización es una sola: acercarse más y más a la verdad. Todo lo que se interponga en este camino debe ser abatido aunque resulte halagador para nuestro país o pueblo, pues positivamente vale más una modesta ejecutoria auténtica que una fabulosa hazaña falsa. Y en todo caso, aunque Platón sea nuestro amigo, mucho más amiga debe ser la Verdad.

Aunque parezca raro, Cáceres no ha tenido mito etimológico hasta fines del siglo XIX. Bien es verdad que en la época de los falsos eruditos no faltó quien hiciera derivar su nombre de *Casa de Ceres*, relacionándolo con la conocida estatua de supuesta atribución a esta diosa. Pero la especie era tan grosera que en el mismo siglo XVII estaba en descrédito, apoyándose la mayoría de los autores en el topónimo *Castra Cecilia*, de indudable conexión con nuestra ciudad, si bien no explicaban la forma en que aquellas dos palabras habían producido la de *Caceres*. La opinión fué general hasta que a fines del siglo XIX, el famoso epigrafista alemán Emilio Hübner, confirmando la opinión de otros escritores nacionales y regionales —entre ellos Pedro de Ulloa y Golfín, del siglo XVII— demostró que la ciudad

(2) Considero indestructible la escalera etimológica *Turgalion* = *Turgalium* (formas clásicas), *Toryela*, *Turyelo*, *Turyiloh* (formas árabes), *Truxiello*, *Truxillo*, *Trujillo* (formas romances).



fuerte de Cáceres fué la *Colonia Norbensis Caesarina*. Esta hipótesis adquirió certeza difícilmente borrrable en 1930, al encontrarse en la muralla la lápida dedicada por la Colonia dicha a su *patrono* Lucio Cornelio Balbo. La natural alegría de esta atribución hizo que la dependencia histórica de Castra Cecilia pasase a segundo término y entonces fué cuando se echó a rodar la famosa etimología de *Los Alcázares*, que por un inexplicable colapso de los que a veces sufren las mentes más claras fué admitida por el mismo Hübner en su célebre artículo publicado en el número 1 de la *Revista de Extremadura*, en 1899.

Desde entonces, todo el que ha escrito sobre Cáceres ha ido a buscar la etimología de su nombre en «la conocida palabra arábica Alcázares». Ahí han coincidido los eruditos y el vulgo en una interminable cadena que comienza en los libros más serios y concluye en los artículos de divulgación, los folletos de Turismo y las guías de Feria. La hipótesis ha pasado de autor a autor sin que nadie la examinase con detención. Sólo existió una tímida objeción por parte del docto Publio Hurtado, quien expresó su opinión de que a él más bien le parecía que el moderno nombre de la ciudad provenía del topónimo *Cazires*, con que José Antonio Conde, en sus traducciones de libros árabes, denominaba a la ciudad.

Pero el fetichismo intelectual a lo extranjero, tan arraigado en nuestra patria, impidió que nadie osase contradecir lo que propuso Hübner, menos aún cuando Mérida en su *Catálogo Monumental*, lo recogió íntegramente. Lo más que se logró es que algunos autores mencionaran la palabra *Cazires* al lado de la de *Alcázares*, sin intentar explicar siquiera la genealogía etimológica en que entrasen ambas. «Los árabes la llamaron *Cazires* y de la voz *Alcázares* derivó al español el nombre de Cáceres», hemos leído cien veces.

El enfrascarse en un estudio a fondo del topónimo Cáceres y su origen era ya una necesidad urgente y, convencido de ello, me he puesto a este trabajo con la mejor voluntad que ojalá haya estado vinculada al acierto. El resultado de este estudio, que no tardará, espero, en ver la luz en un tomo independiente puede condensarse en esta proposición: «NI ALCAZARES NI CAZIRES». Estos dos vocablos deben verse en lo sucesivo proscritos en todo trabajo que verse sobre el origen de Cáceres. El primero de ellos es un disparate enorme; el segundo, una forma errónea aunque ciertamente acercada a la verdad.

Solemos leer en los libros que los musulmanes, al conquistar nuestra población y ver que contenía muchos palacios, la llamaron «Alcázares». En esta aseveración no hay una sola letra verídica. Los árabes no encontraron aquí sino una pequeña aldea junto a los restos de unas murallas. No pudieron ponerle por nombre «la conocida palabra arábica *alcázares*», por la sencilla razón de que esta palabra no es arábica, sino castellana, plural de otra palabra castellana también, aunque provenga del árabe. El error está en creer que en la lengua de Avicena el plural de la voz *Al Qazr*, que dió origen a nuestro *alcázar*, es *Al Qazres*. Error garrafal porque en árabe *Al Qazres* no

es nada. El plural de *Al Qazr* es *Al Quzur*. En este idioma los plurales no terminan en S como en las lenguas romances y en algunas declinaciones del latín.

Aparte de este argumento positivo de aplastante valor, hay otro negativo que no pesa menos. Jamás en documento alguno, ni en ninguna inscripción, ni en ningún libro, en árabe, en latín, en castellano ni en ninguna lengua, se ha encontrado a Cáceres designado bajo la forma Alcázares. Los más antiguos documentos cristianos la denominan ya *Cáceres* o *Cázeres*. Y la más antigua cita árabe de la ciudad hallada por mí y hasta ahora inédita, que corresponde a la época califal, siglo X, la llama *Qazrix*, *Qaxrex* o *Qazrax* (la pronunciación de las vocales es en árabe muy variable) sin rastro alguno de artículo *al* y terminando claramente en la consonante *xin*. Como todos sabemos, en el siglo X no existía aun el castellano como idioma ni por tanto la voz *alcázar* ni su plural *alcázares*.

Respecto a la forma *Cazires* o *Kazires*, su error consiste principalmente en el acento, que se debe cargar (si se admite como nombre árabe de Cáceres) resueltamente sobre la A y nunca sobre la I. Esta versión se debe a J. A. Conde, arabista del siglo XVIII y el primero que escribió una historia de la España musulmana sacada de las propias fuentes árabes. Conde escogió, como vocalización del topónimo que leía en Al Idrisi y otros autores islámicos, escrito QAZRX, esta forma: *Kázires*, vocalizando con una I la segunda sílaba y con una É la tercera, y convirtiendo el *xin* en una simple S. Pero el docto arabista no pudo escribir jamás *Kazires*, pues sabía que la única vocal fuerte era la A y las otras dos breves, caso de que existieran. Fueron los tipógrafos, en una época en que las acentuaciones gráficas eran bastante arbitrarias los que gastaron la broma de poner *Kazires*. El resto es fácil de suponer. Sacada de la obra de Conde, tal cual viene la palabra impresa, ha corrido por todos lados como la que llevaba la ciudad en la época árabe. Nadie ha explicado por qué los leoneses, oyendo a los árabes decir *Kazires*, ellos pronunciaban Cáceres. Y nadie lo ha explicado porque, como todo hecho falso, no admite explicación.

En resumen: Cuando se hable del origen de la noble ciudad y de su nombre no es posible mencionar la palabra *Alcázares* ni emplear la forma *Cazires*. El topónimo árabe, es variable como lo fueron casi todos en los largos siglos del dominio agareno, pero se reduce a estas formas: QAZRIX o más adaptado a nuestra fonética CAZRIS. Y si se quiere seguir a Conde, *Cázires*. Espero haber convencido de esto a quien haya tenido la paciencia de leer este trabajo; pero si así no fuese, le invito a que consulte mi obra «*De Norba a Qazrix y a Cáceres*», donde estos problemas se hallan desmenuzados y estudiados casi exhaustivamente, infiriéndose conclusiones autorizadas con más de ochenta obras consultadas.

El Cáceres árabe, hasta ahora en el más absoluto de los anónimos, por lo menos nos ha revelado una cosa: su nombre, y esto, aunque parezca poco es algo, comparado con la nada. Me daré por muy satisfecho si llego a conseguir destruir el erróneo mito etimoló-

gico de la ciudad a la que he dedicado mis más caros estudios, cosa que considero, como ya he dicho varias veces, un homenaje y un servicio; sólo quisiera tener más éxito que el que ha acompañado a preclaros historiadores que destruyeron otros mitos acaso más disparatados y a quienes todavía, en 1960, inexplicablemente, se discute o por lo menos se procura por muchos escritores ignorarlos.



NOTA.—En la línea 3 de la segunda página de este trabajo (Página 48) corrija el lector *Fray Román de la Higuera*, que debe decir *Padre Román de la Higuera*.



## La ARQUEOLOGIA de ALCONETAR

por CARLOS CALLEJO SERRANO

### I

**E**L 7 de Octubre del año del Señor 1906 se reunían en la estación de Río Tajo don Juan Sanguino Michel, conservador y más tarde director del incipiente Museo Arqueológico de Cáceres; don Vicente Paredes Guillén, arquitecto de Plasencia y eximio coleccionista de objetos arqueológicos y arqueólogo él mismo; don Juan Climaco Vegas, médico de Cañaveral, acompañado de sus convecinos don Juan Martínez Lorenzo y don Esteban García Fernández. Un arriscado grupo de humanistas, con el entusiasmo y los pocos medios propios de las épocas románticas, con la afición y el amor a la cultura que caracterizan a esas minorías que entonces y ¡ay! ahora arrostran los calificativos despectivos de las gentes vulgares y siguen impávidos su camino en busca de los restos de la Antigüedad que permiten reconstruir la historia y el patrimonio artístico del país donde nacieron.

Este grupo de aficionados a la arqueología, de los cuales únicamente los dos primeros han merecido ante la posteridad el concepto de profesionales, perdurando todavía su contribución a estos estudios, se habían reunido en tan inhóspito lugar para buscar cerca del viejo puente romano derruido que allí cruza dicho río, las huellas de TURMULUS, la mansión del Itinerario de Antonino en el siglo II de nuestra era y población de alguna importancia, según atestigua Ptolomeo. Quien quiera saborear las peripecias de este viaje (y de otro anterior que con el mismo motivo realizaron tres meses antes parecidos personajes) puede consultar la venerable *Revista de Extremadura* en el volumen 7.º de su colección.

No existía entonces el puente que hoy franquea el Tajo, sirviendo a la carretera de Cáceres a Salamanca, y quien quería salvar el no pequeño obstáculo del río, tenía que desafiar su procelosa corriente tomando sitio en las barcas que iban desde su orilla izquierda, junto a la confluencia con el Almonte, hasta la derecha, en el teso o cerro de la Magdalena. Si este expediente no le gustaba, tenía que dar un largo rodeo y olvidar el vértigo caminando por las mal clavadas planchas férreas del inacabable puente sobre el ferrocarril, tan largo como esquelético.

De un lado a otro del río, los expedicionarios anduvieron recogien-

do indicios, tomando notas y dibujos de las lápidas y objetos romanos hallados y a la hora de comer, refrigerar su estómago saciando su sed con un agua sosa que encrespaba el de Sanguino Michel, que era el Jenofonte o cronista de la expedición. Esta terminó en la misma estación de río Tajo donde tomaron el tren ascendente los que regresaban hacia el Norte y descendente los que se encaminaban al Sur.



No hay nada nuevo bajo el sol. Al cabo de cincuenta y seis años y medio, en un día primaveral y grato, tras el duro invierno pasado, o sea, para ser más exactos, el 31 de Marzo del año del Señor de 1963, se reunían también en el mismo sitio otros tres arqueólogos provenientes del Norte, del Sur y del Centro de la provincia cacereña.

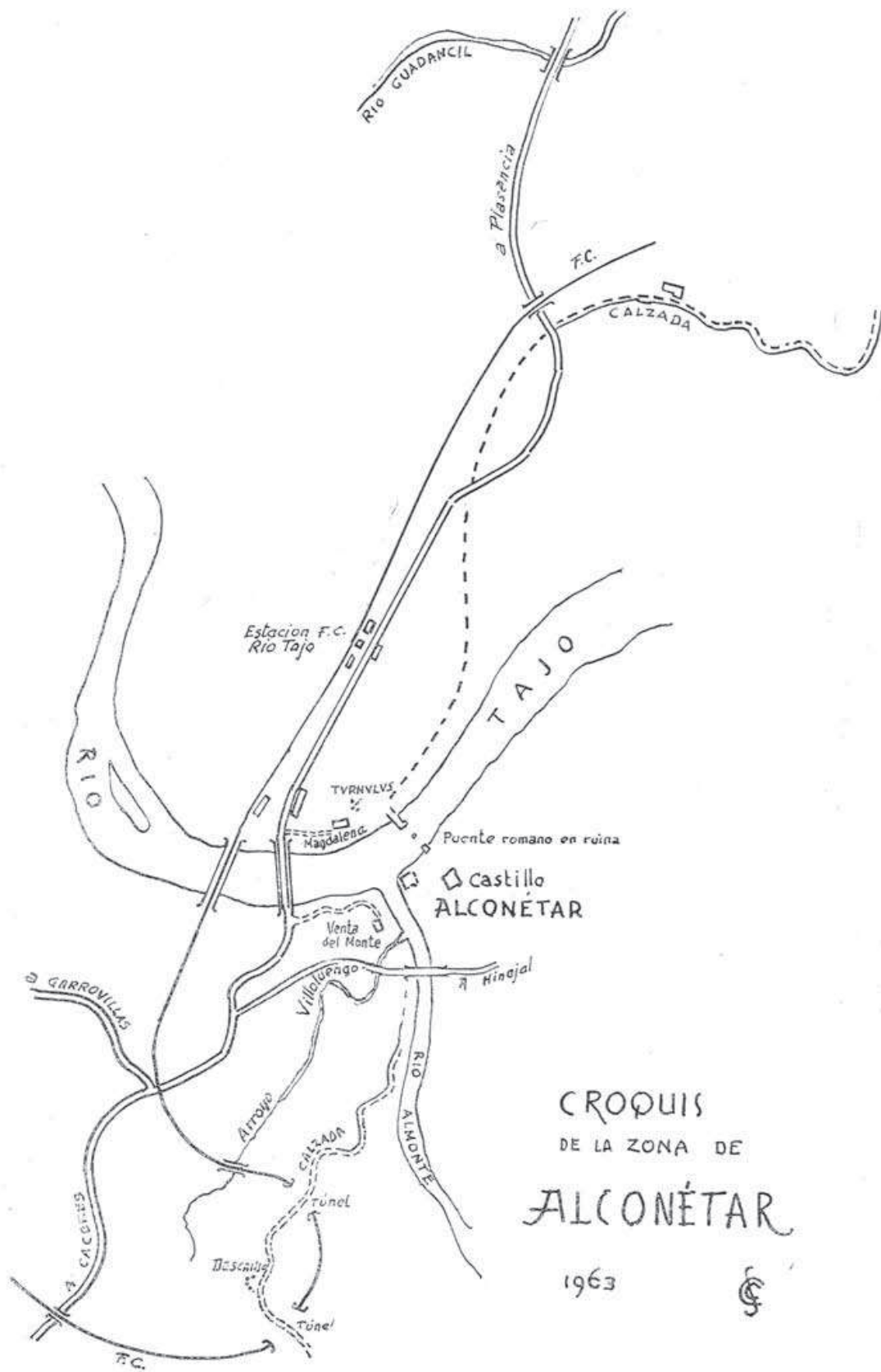
Las cosas han cambiado algo desde 1906. Todavía subsiste, majestuoso y bello en sus bellas ruinas y con pocos destrozos más, el fragmento del puente romano sobre el Tajo, que este año viene crecido de veras.

Pero ya no hay barcas ni barqueros, pues en un día cualquiera de los tiempos del general Primo de Rivera, se ha dado cima a un hermoso puente para servir a los viajeros que van por carretera de Sevilla a Asturias. También el largo y esquelético puente del ferrocarril ha dado plaza a otro mejor. Los expedicionarios no viajan ya en tren y a caballo como entonces si no a bordo de dos valientes «jabatillos», como se ha dado en llamar a los coches *Seat 600*, uno gris claro y el otro verde manzana, que acaban de entrar en conjunción, viniendo uno del Norte y otro del Sur.

En fin, las personas han cambiado, pero conservando una curiosa homología. En lugar del venerable Vicente Paredes Guillén, viene de Plasencia su heredero cultural y sobrino nieto carnal Antonio Sánchez Paredes, acompañado por un ayudante. Sustituyendo a los viajeros de Cañaveral han venido con él en el *jabatillo* del Norte un estudioso, campechano y andarín maestro de Portezuelo, Gregorio Gallego Cepeda. Y en el *jabatillo* del Sur, completa la expedición, escoltado por su pequeño primogénito, el actual conservador del Museo de Cáceres y firmante de estas líneas, pues, como Sanguino, de quien es heredero, actúa de cronista de la expedición.

## II

Varias tareas llevábamos en programa en esta excursión los viajeros del Norte y del Sur. La región de Alconétar, como ya se sabe popularmente, se va a convertir, cuando esté construido el grandioso Salto de Alcántara en un inmenso lago en cuyo fondo desaparecerán para siempre las huellas, pocas o muchas de los diversos establecimientos etnológicos que han radicado en este sitio, desde la Prehistoria (dólmenes), época romana con la conocida mansión *Turmulus*,



CROQUIS  
DE LA ZONA DE  
ALCONÉTAR

1963



época árabe con el nombre de Alconétar y periodo medieval bajo el signo de los Templarios. Será muy conveniente, antes de que este acontecimiento se produzca y haya que decir adiós a estas bellas comarcas, en visperas de embellecerse más todavía, practicar algunas excavaciones en grado póstumo, para que nos revelaran y aclararan los que los pocos vestigios hallados hasta la fecha nos han insinuado. Dólmenes de la dehesa del *Garrote*, lápidas y objetos de *Túrmulus*, población llamada *Turmogon* en otras fuentes, amén de restos árabes y medievales que pudieran hallarse.

Otras de las misiones de la jornada era reconocer lo que se pudiera del trazado de la *Vía Lata*, cuyo recorrido se conoce en aquellos lugares perfectamente y viene incluso en los mapas topográficos. Hoy, que el Turismo suele a veces acudir en socorro de la Arqueología, como pariente adinerado, podría darse realidad a la idea de convertir una parte de dicha Vía romana en muestra o *especimen* arqueológico que enseñar a los visitantes como recuerdo de nuestro pasado.

Por fin, la tercera misión que teníamos, por si el tiempo alcanzaba para tanto, era buscar y reconocer, el lote de lápidas romanas que nuestros predecesores, Sanguino y compañía, encontraron en estos lugares, publicando en distintas revistas sus descripciones y las interpretaciones de sus leyendas. Principalmente el firmante de estos párrafos, estaba ansioso de dar con la famosa lápida sepulcral de *Argantonio*, pues de ella han tomado pie algunos lingüistas para dar un origen lusitano, o al menos céltico al célebre rey de Tartessos del mismo nombre, el que reinó noventa años en la legendaria ciudad del Sur, dejando una civilización que asombraba a los viajeros griegos.

Hasta aquí los excelentes propósitos de nuestro viaje. A continuación veremos los resultados prácticos del mismo.



La mañana estaba fresca y soleada, y una vez practicada, en la misma boca del puente, la conjunción de ambas expediciones, resolvimos dedicar las primeras horas a explorar lo que pudiéramos de la *Vía Lata*. Retrocedimos un tanto hasta el paso a nivel junto al que se bifurca la carretera de Garrovillas y remontamos la vía férrea en dirección Este. Franqueado el Viaducto sobre el barranco Villoluengo, la vía entra en un túnel y, precisamente por el monte que horada ese túnel discurre nuestra antiquísima Calzada. Recorrimos ésta, primero en dirección Sur, comprobando la poca fisonomía que de vía romana conserva ya. Se advierte ser sin duda un camino muy antiguo, que ha penetrado profundamente en las masas pizarrosas de aquel seco terreno, pero no queda rastro de *opus* de ninguna especie. Sin embargo, no es posible equivocarse porque, a la revuelta de un recodo aparecieron inconfundibles ruinas, seguramente de un «Descanso», de la Vía. Son seis grandes cilindros de distintas alturas, cuya condición de columnas o pilares ilustra lo suficiente, con la compañía de varios fragmentos de piedras de granito labradas. El sitio es allí estratégico y seguramente

en la época tenía una amenidad de que ahora carece, por yermo y desértico. Un poco más al Norte, la calzada comenzaba el descenso al valle del Tajo y a Turmulus. Sánchez Paredes hizo notar su opinión, que convenció, de que en esta estancia o descanso de aquí arriba se desenganchaban los tiros que habían ayudado a subir la cuesta desde Turmulus y las mulas regresaban a ésta, para ayudar en la empinada subida a otro carruaje que lo necesitara en su viaje hacia Emérita Augusta. Me extraña que su tío Vicente, en su minuciosa descripción de la Via (1), no mencione este importante Descanso.

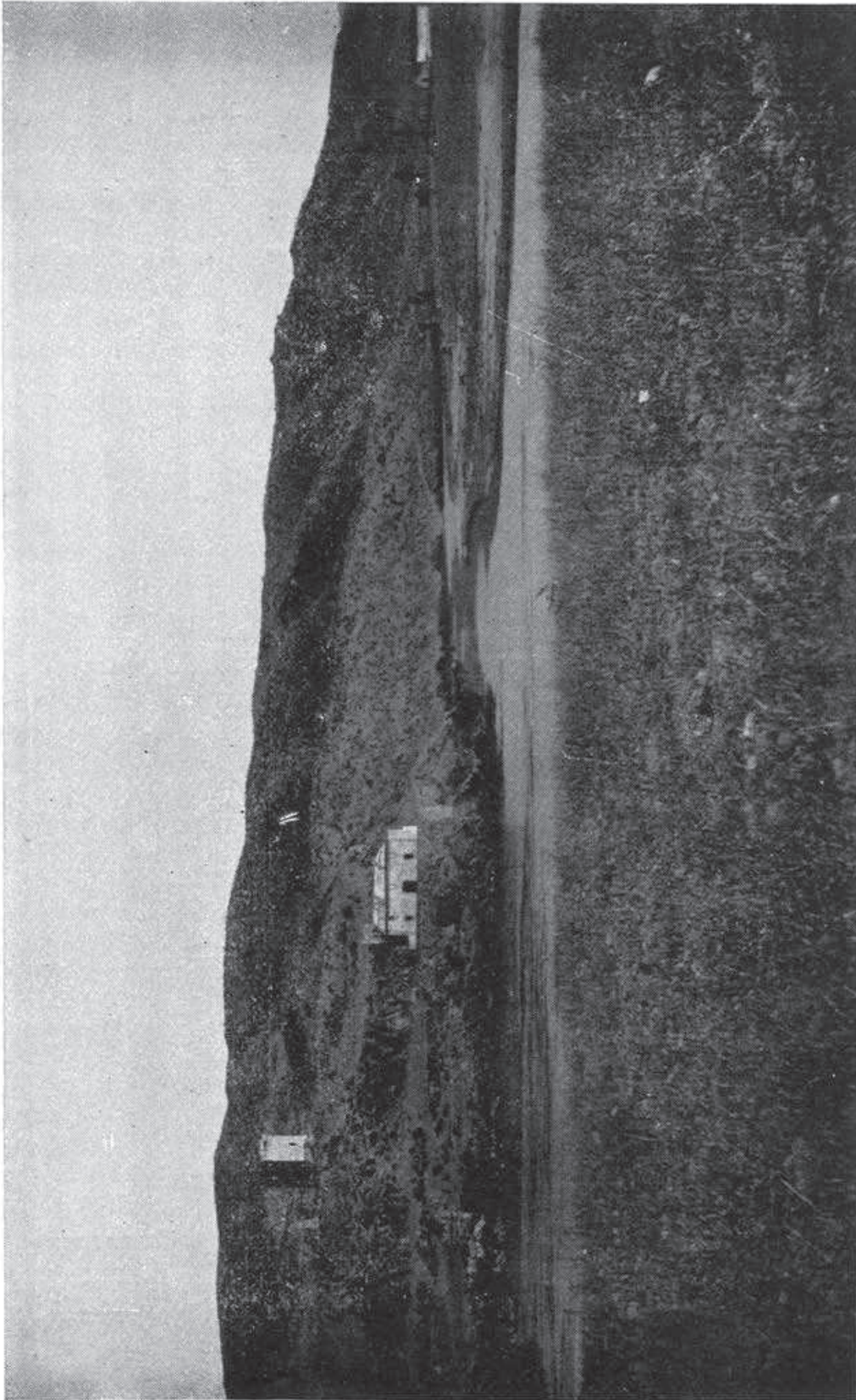
Sacamos unas fotos del lugar que por rara casualidad han salido mal en las dos máquinas que llevábamos, y volvimos a nuestras bases del paso a nivel, desde el cual, tomando otra vez la carretera hacia el Norte, llegamos al arranque del Puente. De aquí, junto a una columna, sale el antiguo camino que lleva a la desembocadura del río Almonte, al otro lado de la cual se alza el bonito castillo de Alconétar, llamado en las leyendas y cuentos literarios, del *Mantible*, pues este castillo pertenece al grupo de los que tienen conseja, fantasmas y ánimas en pena, lo mismo que el Alcázar de Cáceres, en cuyo emplazamiento está el edificio del Museo provincial, y por cuyas estancias y escaleras deambula el fantasma de la linda mora, que yo no he conseguido ver todavía. No me queda tiempo de hablar de las leyendas del Mantible, pues la literatura fabulística y la Arqueología casan mal. Aquella es una bella mentira y nosotros vamos buscando la verdad, guapa o fea.

En este punto del Almonte se encuentra una de las mejores playas de la provincia para quienes gustan de la natación. Cerca de ella se halla aún un hito de masa cementicia de unos tres metros de altura por tres o cuatro de longitud. Probablemente era el núcleo de alguna construcción romana. ¿El arranque del famoso segundo puente? Hay quien lo cree así y yo me inclino a que no, pues éste debió de estar más arriba, en la desembocadura del arroyo Villoluengo, donde Vicente Paredes dice se conservan piedras del susodicho arranque o bien más arriba aún, cerca del puente que hace poco se construyó para la carretera de los Cuatro lugares.

La opinión de que el puente romano sobre el Almonte se encontraba junto al del Tajo, es posible que obedezca a la confusión que muchos autores han mantenido sobre la palabra *Alconétar* suponiendo que en árabe significaba «Los puentes». Esto no es así. «Los puentes», en la enrevesada lengua de Averroes, se dice *Alcanatre* y Alconétar es un diminutivo con el significado de puente pequeño, puentecillo. No deja de asombrar que los árabes llamaran a puente tan soberbio como el del Tajo en este sitio, puentecillo, pero la objeción puede resolverse. No sabemos del todo bien el grado de disminución de concepto que tenían entre los árabes de aquella época tales diminutivos. Yo creo que los dos grandes puentes sobre el Tajo fueron denominados al principio por los musulimes como era lógico *Al Qantara*, o sea el Puente. Más tarde, al hacerse estos apelativos nombres propios, tendieron a

(1) «Origen del nombre de Extremadura», pág. 86.





ALBUM EXTREMEÑO. – La zona de Alconétar en la época de Sanguino Michel (Foto Perate)

denominar al del Tajo aquí, *el Puente pequeño*, para distinguirlo del otro, de Alcántara, mucho más alto y grandioso, aunque ciertamente el de Turmulus, considerado aisladamente no es un puente pequeño. Estas particularidades toponimicas se dan con frecuencia. En el tiempo de nuestra Reconquista, de dos *Jaraiz*; se denominó Jaraicejo al menos extenso. Entre dos Jarandas, Jarandilla a la más pequeña o a la más moderna, que hoy no sólo es la mayor, sino la única.

Enfrente de nosotros teníamos el empinado cerro que corona el castillo de los Templarios y a la mitad de su altura muestra las ruinas de las despobladas Ventas de Alconétar. Decidimos que no había tiempo aquel día de franquear el Almonte y subir al castillo, tanto más cuanto que mis dos compañeros ya habían realizado en otro tiempo esta exploración en busca infructuosa de las lápidas romanas. Volvimos, pues, las espaldas y penetramos en el edificio de la antigua Venta del Monte o del Almonte, (que de los dos modos es llamado este río), hoy casa de labor, en cuyos alrededores hay gran cantidad de sillares romanos, abundando también éstos en su construcción y en la del corral contiguo. Sirviendo de umbral a la puerta de este último hay una media lápida romana con inscripción que yo ya vi en este sitio años atrás y que reseñaré más adelante. Tomadas notas y fotografías, nuestro reloj y nuestro estómago al unisono tocaron la hora del yantar, operación que hicimos en la cantina de la estación de río Tajo, con una instalación muy cómoda que nos permitió, de sobremesa, consultar libros y mapas y decretar el plan a seguir por la tarde.

Antonio Sánchez Paredes, requerido al parecer por un amigo salió fuera de nuestro refugio y no volvió. Gregorio Gallego y yo buscamos a nuestro compañero y como no pareciera, nos encaminamos carretera adelante en busca de otro tramo de la Via de la Plata, nombre que también se da a la calzada romana y que creo simple corrupción de *Via Lata*, forjada por gentes, de las que existen en todas las épocas, que oyen campanas y no saben a qué tocan. Actualmente este trozo empieza junto al puente del ferrocarril o paso superior que se ha construido hace poco sobre la carretera, que antes se salvaba más adelante mediante un paso a nivel. Desde la salida del puente de Turmulus hasta este sitio quedan escasos vestigios de la Calzada, por no decir ninguno, pero desde aquí en adelante el camino está patente y útil, remontando los cerros del Garrote y llegando a un ligero puerto en la dehesa de Los Novillos, pasada la cual tuerce bruscamente hacia el Norte ganando altura hasta volver a cruzar la carretera actual en su cruce con la que sirve a la estación de Cañaveral. Gallego y yo recorrimos obra de un par de kilómetros por la calzada, que aquí está mucho mejor conservada, advirtiéndose en muchos sitios la obra de cimentación. Sin embargo, tampoco vimos un sitio suficientemente espectacular como para servir de hito turístico. Para cualquier profano nos hallamos sencillamente sobre un buen camino vecinal, pero nada más. Hace falta cierta práctica en el estudio de lo romano para advertir la antigüedad del trazado de este camino y su pavimento. Tiré algunas fotos, una de las cuales reproduzco en este trabajo para que las generaciones venideras conozcan el estado de la *Via Lata* en 1963.

Y a todo esto, el descendiente de Vicente Paredes sin comparecer. Cuando regresábamos con el temor que el mundo hubiera perdido en aquella fecha un arqueólogo excelente, nos lo encontramos justamente donde se perdiera: en la cantina de río Tajo. Nuestros reproches fueron prestamente ahogados por sus exclamaciones de triunfo. Había buscado y encontrado la mayoría de las antiguas lápidas descubiertas por Sanguino. ¡Incluso la de Argantonio! Desde entonces tengo cierto respeto al olfato arqueológico de Sánchez Paredes. Las lápidas estaban donde siempre estuvieron: en la llamada Venta de la Magdalena, a la derecha del Tajo y donde según todas las conjeturas estuvo la antigua *Turmulus*, a la salida del Puente. Allí cerca, a mayor abundamiento, en un vecino olivar se han hallado y se hallan constantes muestras romanas y de consuno los tres viajeros decretamos que de hacerse algunas excavaciones póstumas en el futuro fondo del lago de Alconétar, era aquél el sitio más apropiado para iniciarlas.

La expedición, pues, había tenido éxito en dos de los tres objetivos, pero tampoco falló en el tercero, al cual vamos a dedicar las siguientes y más importantes líneas de este modesto trabajo arqueológico.

### III

Diré ante todo, que en mi fichero de Inscripciones romanas de la Alta Extremadura, fichero que algún día, no sé cuándo, podría elevarse a la categoría de libro, tengo reseñadas las siguientes lápidas, con «Alconétar» como mención de origen:

Número 1.—La conocida teja de barro con la leyenda «PRAECARIO COERENSIVM ET CALONTENSIVM CALVRI ET PALATENSES VSI SVNT» que se encuentra en el Museo Provincial de Cáceres (1).

Número 2.—La inscripción TI. CAESARI / DIVI AVGVSTI que Viu dice estaba en su tiempo en la cabeza del puente de Alconétar, a la derecha del Tajo. Sanguino no la vio.

Número 3.—La estela con la siguiente inscripción: FLACCIS / ARGANTON / MAGILANC / MIRO / BRIGENSIS que reseña Sanguino (2)

(1) J. Sanguino. «Revista de Extremadura», 1906 pg. 378. En la revista *Hispania Antiqua Epigraphica*, Madrid, 1966 con el número 1.417 se reseña esta inscripción dándole como origen Cehegín. No puedo conjeturar a qué se debe esta dualidad, pues esta teja no está hecha a molde, de modo que puedan existir varios ejemplares. Cabe sin embargo, la existencia de dos diferentes con el mismo texto,

(2) Sanguino, *Rev. Extremadura*, 1906, pág. 470.



ALBUM EXTREMEÑO. — La «Vía Lata» en la actualidad, cerca de Alconétar. (Foto Callejo).

y reproduce Mérida (número 332) y que ha tenido, por los motivos ya dichos, varias publicaciones (1).

Número 4.—MARCUS A. I. / IONIO CVM / LOVGI F. CLV / AN XXX / H. S. E. S. T. T. L. (2).

Número 5.—COSSIERVS / TVAPIONIS / F. M. CE... / ... / F... / (3).

Número 5 bis.—Curiosamente parecida a la anterior LOSSILV / TVAPIONIS / M (4).

Número 6.—Miliario con la inscripción IMP. CRO / MARCO / P. INVIC / TO / DVCI / MA... (5).

Número 7.—Templo romano y debajo MELAM / ANIVS. C / AV CIII. FH (6).

Veamos ahora lo que hay que decir sobre todos estos antecedentes en relación con nuestra inspección del 31 Marzo 1963 para poner al día el capítulo epigráfico de las lápidas de Alconétar o mejor dicho, de *Turmulus*.

Número 1.—Ya hemos dicho que está de antiguo en el museo de Cáceres. No hay rectificación a hacer.

Número 2.—Sanguino no la vio ni nosotros tampoco. Puede considerarse perdida, a menos que alguna nariz arqueológica más aguda que la nuestra dé con ella en el futuro.

Número 3.—La deseada lápida de Argantonio sí que se conserva, pero en una posición epigráficamente nefasta. Se trata de una gigantesca estela de granito gris, completamente rectangular hoy, pues debe de haberle sido cercenada la «redonda cabeza» que menciona y reproduce Sanguino, aunque sin perder el emblema lunar que encabeza la inscripción.

La lápida ha sido colocada de modo que sirva de banco o escaño en la fachada del Parador, a la derecha de la puerta, con la inscripción para arriba. De este modo, el mucho sentarse sobre la parte más extrema de la inscripción ha borrado casi por completo las últimas letras de cada línea, las más importantes, las que nos iban a dar la clave y la confirmación de si allí decía o no *Argantonio*.

Transcribo pues lo que nosotros vimos y lo que se puede hoy honradamente leer, colocando enfrente y a la derecha la lectura de Sanguino en 1906.

(1) Menéndez Pidal. *Historia Universal* tomo I-III, pág. 84. M. Palomar. *La Onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*. Salamanca, 1957. pág. 40. Todos lo toman de la defectuosa publicación de Mérida (332).

(2) J. Sanguino, *Loc.*, cit. pág. 378.

(3) J. Sanguino, *Ibidem*, pág. X, 377.

(4) J. R. Mérida, *Cat. Monumental* provincia de Cáceres, núm. 331.

(5) J. Sanguino, *Loc. cit.* pág. 382.

(6) J. Sanguino, *Loc. cit.* pág. 470 y Mérida, *Cat. Mon.* núm. 330.

Callejo, 1963 (de calco)

Sanguino, 1906 (en tipogr.)

FLACCV

ARCAI

MACL

MIRC

ENC

AN·X

H·S·

CONI?

FLACCVS

ARCANTON

MACLANCAM

MIROBRIG

ENSIS

AN·XXXV

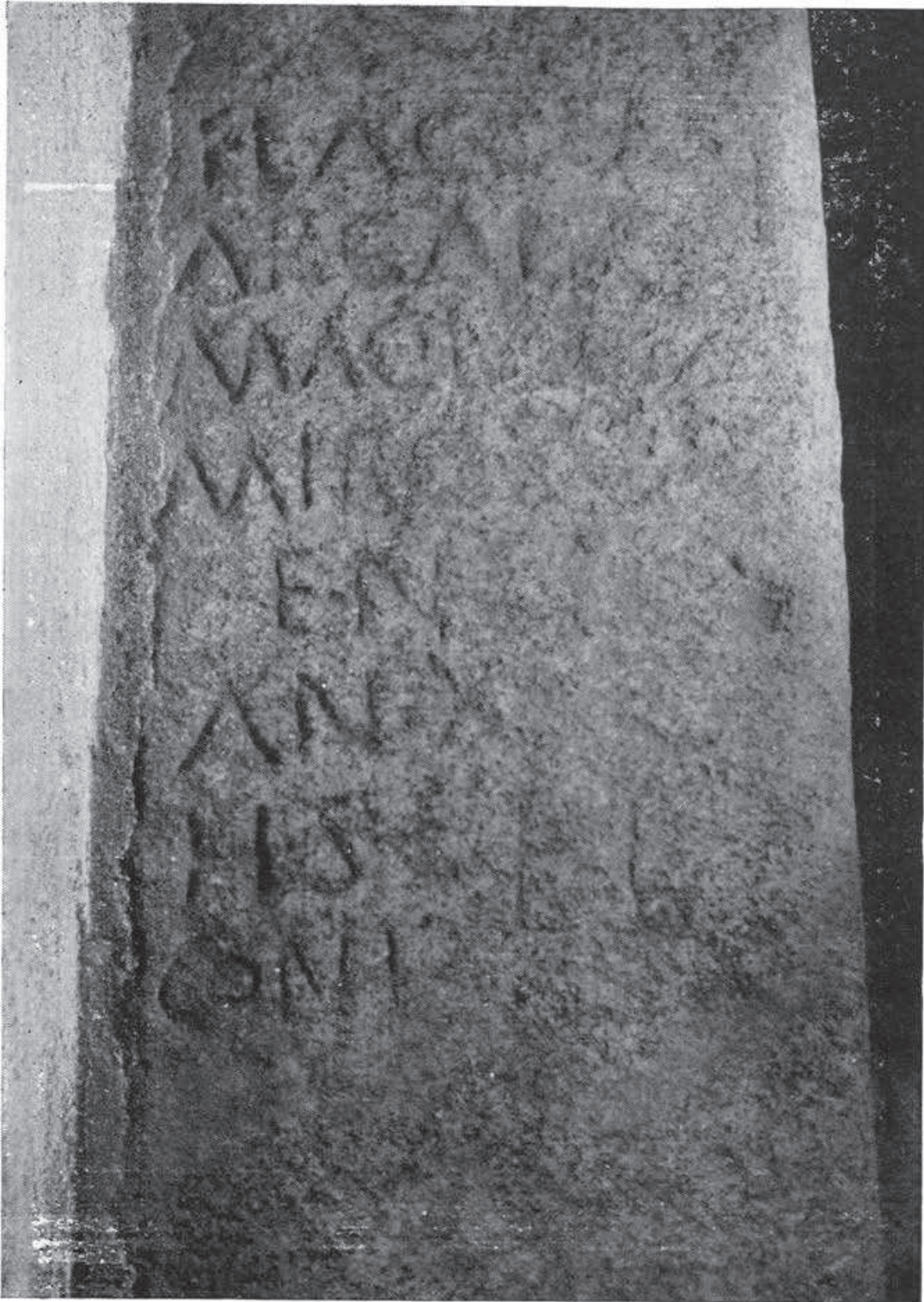
H·S·E·S·T·L·

CONLEGAE

F·C·

Sanguino no sacó ningún calco de esta lápida ni tampoco fotografía porque no llevaba máquina. Tenemos que guiarnos por la reproducción que trae la «Revista de Extremadura», que tampoco es a mano sino tipográfica. Dice el culto primer director del Museo de Cáceres, que la lectura de la inscripción es en general, clara y que para él sólo tiene duda la línea 3, donde no sabe si es una I o un punto lo que sigue a la C y que leída con otra luz parecía decir MAOLANCAM o MAOLANCAM. La última M de esta palabra, la pone en cursiva. Por su parte Mélida reproduce la inscripción con alguna variante y dando esta traducción «Flacco, hijo de Argano, de la tribu de los Magilanos y natural de Mirobriga...».

¿Qué hemos de decir a los lectores de nuestra época sobre esta lápida?. Juan Sanguino Michel era hombre serio y estudioso, incapaz de una supercheria y seguramente poco propicio a la autosugestión. Pero su experiencia epigráfica era escasa, como demuestra el que transcribiera con errores casi todas estas lápidas de Alconétar. No podemos, pues, dar a su testimonio un valor incontrovertible en las cosas dudosas, sino sólo considerarlo juiciosamente como probable. Así pues, to-



ALBUM EXTREMEÑO.—La estela supuesta de «Argantonius». Venta de Alconétar. (Foto Callejo).

(LÁMINA III)

do lo que sabemos con certeza de esta estela es que corresponde a un tal *Flaccus*, hijo de Argán..., mirobrigense, y de 35 años. El nombre exacto de la tribu no está claro. Después de la C de la línea tercera hay un corto trazo vertical que seguramente es una I intercalada después, como solían hacer los cuadratarios descuidados. Podemos decir que esta palabra empieza por *Macilan...* y nada más, sin que sea posible saber si se trata de un nombre tribal o del *cognomen* de Flaccus. Como palabra análoga podemos citar *Magilonus* (1).

Si Arganthonios, el poderoso rey de Tarxix, era un celta como quieren los celtistas, o un oriental como otros han dicho, es dilema que habrá de aclararse por razones lingüísticas, pero no por esta lápida que no sabemos con certeza que sea de un Argantonio. (Véase lámina III)

Número 4.— Esta Lápida de *Marcus* tampoco fue hallada y como la lectura de Sanguino y de Mérida deja que desear, probablemente no sabremos nunca la verdadera inscripción.

Números 5 y 5 bis,— Mérida inserta en el sitio anotado dos lápidas con una inscripción muy parecida. La primera (número 5) está tomada de Sanguino y la otra no he podido averiguar hasta la fecha de dónde la sacó, pues no lo dice. Vamos a comparar estas dos inscripciones con la única lápida parecida que nosotros encontramos, empotrada en la esquina oriental de la venta de la Magdalena. Es de un granito muy claro y con muy visibles partículas de mica negra, lo que, unido a la poca profundidad del grabado, hacen confusa la lectura e imposible la fotografía, a menos de sacarla de noche y con una poderosa luz rasante.

Lo que la lápida decía era lo siguiente:

C O S S I L L V  
T V A P I O N I  
F. M. C.

.....

La piedra es hoy cuadrangular y tiene 86 x 43 cm. de dimensiones visibles. La inscripción está en un neto rehundido de 44 x 36 cm. y consta de sólo tres líneas, pero por la dimensión del neto podría haber otras dos líneas hoy completamente borradas.

¿A cuál de las dos lápidas transcritas por Mérida corresponde la actual? ¿A la de de COSSIERVS o a la de LOSSILV?

Lo primero que podemos observar hoy es que en la muy borrosa inscripción y a primera vista se puede leer tanto *Lossilv* como *Cossierv*. La segunda línea es igual en ambas inscripciones, salvo que Sanguino la hace terminar en una S que yo no veo, como tampoco veo la S final de la primera. La tercera es en el número 5 F. M. C E y en el 5 bis, M. C. Debajo de esta tercera, Sanguino pone tres líneas borradas y de la última percibe una F inicial, mientras que en el número 5 bis nuestro y 331 de Mérida no hay nada más y este último autor anota: «Sola-

(1) Por ejemplo CIL. 809, de Cáparra.



mente de un modo inseguro puede darse esta copia, que —dice— no fue hecha por Sanguino».

Por otro lado, en el número 5, o sea la que trae Sanguino en la *Revista de Extremadura*, está rematada por un semicírculo con una cruz anagrámica, de que no se habla en el número 5 bis ni existe en la que yo veo.

A la vista de todas estas premisas, mi conclusión es la siguiente:

a) Las lápidas 5 y 5 bis son una misma cosa, la primera copiada por Sanguino con errores y la segunda copiada con más errores por no sé quien.

b) La lápida que existe hoy empotrada en la venta, es la que reproduce Sanguino, a la cual se le cercenó el coronamiento (como a la de *Flaccus*) eliminándole la cruz o rosa en círculo que llevaba.

c) La lectura COSSIERVS, de Sanguino, es equivocada, pues lo que allí dice es COSSILLV.

Número 6.—Fragmento de miliario con inscripción. Acaparada mi atención por la lápida del supuesto Argantonio, se me hizo de noche sin haber podido sacar una foto aceptable de este trozo cilíndrico que anda rodando por delante de la venta, ni haberlo podido repasar. En cambio Sánchez Paredes sacó varias fotos de él. Dejo pues, al amigo y colega placentino, que se ocupe de este miliario, ya que, además, está especializado en esta clase de lápidas; únicamente adelanto ahora, que la lectura de Sanguino es errónea, como casi todas las otras.

Número 7.—Esta lápida es la mejor conservada de todas las de Alconétar, hallándose empotrada en la esquina de la izquierda u occidental de la fachada de la venta de la Magdalena. Es de granito fino muy claro, y está rematada en semicírculo. Tiene 92 cm. de alto por 43 de ancho. Las dimensiones de la inscripción son: 36 x 38 y las letras, bastante nítidas, tienen de 7,5 a 8 cm. de altura. En la parte superior hay un grabado que reproduce someramente un templo pentástilo, coronado por un triángulo que figura el frontón. Debajo, dice textualmente:

M E L A M  
A N I V S . C  
A I C I L I . F . H I

Inmediatamente debajo de la tercera línea, la piedra está cortada y sin duda continuaba con las letras E o S. E., final de la fórmula de depósito.

La interpretación no tiene dificultad: MELAMANIVS CAICILI F (ilivs) HI (c).....» Melamano, hijo de Cecilio, aquí.....»

No hay, pues, el CANCELI de que habla Sanguino, ni mucho menos la avanzada edad de 103 años que alguien ha supuesto para este Mela-



manio. Creo que la lápida ha alcanzado su transcripción definitiva. (Lámina IV).

Número 8.—Doy este número a la única lápida que todavía está inédita, aunque yo hace años la tenía registrada en mis ficheros, la del umbral de la venta del Almonte. Inserto de la misma un dibujo, pues por la especial posición de la piedra empotrada en el suelo, las fotografías no son muy explicativas. En cuanto a su lectura, mientras no aparezca lo que falta, es muy aventurada y como soy poco dado a adivinanzas, la dejo para epigrafistas más perspicaces.



## IV

Voy a terminar este trabajo con unas cuantas conclusiones, en las cuales, con pocas diferencias, coincidimos los tres expedicionarios:

A) Probablemente, *Turmulus*, *Alconétar* y *Mantible* están situados en tres puntos distintos, aunque forman una unidad estratégica. Los romanos o los celtas prefirieron situar su poblado a la derecha del Tajo, por el teso de la Magdalena; los árabes su Alconétar a la izquierda, en el llano que hay también a la izquierda del Almonte. Pero en todas las épocas se conservó una fortificación en el sitio donde hoy está el castillo, porque era el lugar fuerte y de vigilancia de los caminos, así ascendentes como descendentes.

Más o menos, a las mismas conclusiones llegaron ya en 1906 Vicente Paredes y Juan Sanguino. El primero situaba a *Turmulus* en la Magdalena, pero fundándose en una de sus pintorescas premisas lingüísti-

cas, pues relacionaba la palabra *Turmulus* con los *Túmulos* que existen o existían en la dehesa del Garrote y de que tantas veces se ha hablado llamándoles «Dólmenes de Garrovillas». *Turmulus* es una voz de raíz celtibérica lo mismo que *Turgalium* y tantas otras que empiezan con -TUR— que es palabra indoeuropea con el significado de Torre o atalaya.

B) La calzada principal romana o Via Lata se conserva clara practicable en muchos sitios, pero no en su primitiva forma ni en ninguna otra que dé al profano impresión visible de construcción romana. Los célebres *Dólmenes* están a la izquierda de la calzada y los reconocimos Gallego y yo, sin ver ni una sola piedra de carácter dolménico.

Todo este lugar debería conservar su nombre árabe de *Alconétar*. Es una impropiedad decir «Dólmenes de Garrovillas», pues, aunque se encuentren en su término municipal, la villa de Garrovillas está en un sitio muy alejado y topográficamente, completamente distinto y además, tiene su arqueología particular, incluso romana (1). La comarca de Alconétar tiene más prosapia histórica que la cabeza del partido, que se llama precisamente Garrovillas de Alconétar. (La idea de que por Garrovillas hubo antiguamente una ciudad llamada Garro, es una de tantas patrañas de que está llena nuestra toponimia antigua).

Por la misma razón, la compañía de Madrid a Cáceres y Portugal que en tiempos construyó este ferrocarril, no debió llamar a la estación férrea que aquí hay con el vago nombre de «Rio Tajo», que puede corresponder a cualquier punto de la ribera del gran río, desde Guadalajara hasta Lisboa, sino con el de Alconétar, mucho más apropiado.

C) Antes de que se produzca el anegamiento de Alconétar por el lago de Alcántara, es necesario, practicar algunas excavaciones, singularmente en los alrededores del parador de la Magdalena, en busca de los últimos vestigios de *Turmulus*. Los dueños de este parador, merecen elogio por haber conservado las lápidas romanas, pero estas últimas, ante la próxima desaparición del parador, deben trasladarse al Museo Provincial de Cáceres.

---

(1) Recientemente se han descubierto por el Dr. Díez Mora y otros vecinos, restos de una villa romana cerca de Garrovillas.



## LAS MODAS CIENTÍFICAS



A palabra *moda* parece compatible con una cosa tan seria como es la Ciencia, cultivada siempre por graves señores que por su formación y por la índole misma de su trabajo, de elevada carga intelectual, sería lógico que se desenvolvesen en zonas donde cualquier frivolidad estuviese proscrita. Pero la condición humana es tal que hasta las cosas más abstractas y adustas están sujetas al vaivén del tiempo y a la variación de usos y costumbres.

Antes de seguir adelante con estos breves comentarios, he de hacer constar que al hablar de modas y cambios científicos no me refiero para nada a la incoercible y continua evolución que la Ciencia humana, por su misma naturaleza, está experimentando incesantemente. Puesto que lo que llamamos Ciencia no es más que el conjunto de conocimientos, investigaciones y conclusiones que el hombre ha logrado plasmar a lo largo de los siglos acumulando sus experiencias de generación en generación, es evidente que este conjunto está en continuo crecimiento y en nuestros días este crecimiento es uniformemente acelerado, de manera que en términos matemáticos se puede representar, diríamos, por la rama ascendente de una parábola. Día por día se ven todos los conceptos científicos con mayor claridad, a la luz de mejores medios, de investigación y de más completa bibliografía; se descubren nuevas verdades o se confirman antiguas hipótesis o por el contrario hipótesis vigentes hasta la fecha se advierte que estaban equivocadas y se desechan.

Todo este continuo cambio y superación está en perfecta armonía con la teoría del progreso humano y nada tiene que ver con el concepto a que yo me refiero de las modas, las cuales no son precisamente el resultado de una evolución científica, aunque se presenten con este disfraz, sino simple fruto del gusto por variar o del capricho del momento, capricho en el que influyen una serie de factores debidos a causas circunstanciales que se propagan como las ondas sonoras o radioeléctricas. El movimiento de la moda, volviendo a las representaciones algébricas, no viene representado por una cur-

va ascendente como el del progreso, sino por una línea ondulada de características asincrónicas.

Los actuales padres de hijos en edad escolar se encuentran en grandes dificultades para ayudar a aquéllos en sus deberes, porque en el lapso de tiempo transcurrido desde que ellos eran escolares, la Gramática o la Aritmética o las demás asignaturas que, por elementales no se habrían de ver influenciadas por progreso alguno en los últimos años, han cambiado de forma y a veces de contenido.

«¿Qué es *cuando*?» —pregunta el niño que está relleno su libreta de análisis gramatical. — «Adverbio de tiempo, hijo» —contesta el papá.—Y así lo pone el chico. Pero al día siguiente viene diciendo que el profesor le ha puesto un *Mal* porque la palabra *cuando* es una conjunción. El padre monta en cólera «Dile a tu profesor que todavía no chocheo y en cuestiones de gramática no tiene que enseñarme nada». Pero antes de esta declaración de guerra al maestro, se impone el sencillo expediente de consultar el texto y entonces el irascible papá ve atónito que «*cuando*» después de varios siglos de ser adverbio, se ha convertido ahora en una conjunción temporal.

Con la coma de los decimales pasa algo muy parecido, salvando las distancias, a lo de la falda de las señoras. En mis tiempos escolares la coma se ponía en la parte superior del renglón. Más tarde, esto se consideró una antigualla y los textos aritméticos se apresuraron a poner la coma abajo, como era lo lógico y lo moderno, según decían. Sin embargo, ahora la coma vuelve a aparecer en la parte superior y se ha encaramado otra vez en el sitio de antigualla. Estas variaciones deberían anunciarse en la prensa o en las columnas de modas y lo mismo que se dice «Vuelve el escote de «pico», anunciar «Vuelven las comas superiores».

Hay otras modas científicas que tienen más importancia porque rebasan el campo elemental para alcanzar al profesional donde producen considerables perjuicios. Unas tienen más base que otras y en ocasiones resulta difícil discernir si lo que se impone es una tendencia caprichosa o una hipótesis en plan experimental, cosa esta última que resultaría legítima. Por desgracia, las más de las veces, los cambios en la teoría o en la sistemática no responden a un fundamento verdaderamente serio, sino que reconocen orígenes muy poco respetables.

Uno de los más usuales y diarios es el prejuicio nacionalista que a tantas aberraciones da lugar. Actualmente, por ejemplo cuando un técnico estudia *Electrónica* en libros norteamericanos se ve obligado a emplear magnitudes, unidades de cálculo, símbolos y letras

muy distintas a cuando estudia en libros alemanes. Y no digamos nada si se ve en el caso de consultar obras de países recién incorporados a la alta técnica como Rusia o el Japón aunque sea en traducciones. Todo esto ocasiona enormes perjuicios al que estudia que a las dificultades propias de la ciencia que está aprendiendo debe añadir el trabajo y el tiempo perdido en aprenderse varias series de módulos de lenguaje o de cálculo para la misma disciplina.

Los investigadores o científicos nacidos en países que no figuran en primera línea en el concierto de la técnica, como ocurre con el nuestro, son las víctimas de este prurito nacionalista de que es tan difícil despojar incluso a los sabios. Es muy conocido y clásico el ejemplo de la Cueva de Altamira donde se hallaron en 1879 y por primera vez en el mundo pinturas rupestres prehistóricas. Las descripciones y teorías del profesor Marcelino de Santuola, fueron tomadas a chacota en los círculos científicos internacionales, donde no se concebía que un sabio nacido al Sur de los Pirineos encontrase en la Península Ibérica una modalidad etnológica absolutamente inédita en el mundo. Solamente cuando al cabo de varios años se descubrieron en Francia otras cuevas con pinturas, cambió la decoración y se reconoció la importancia del sensacional hallazgo español cuando ya el Cristóbal Colón del mismo no vivía para disfrutar de su legítima gloria.

Otro tanto pasó cuando el naturalista Mariano Graells descubrió en el Guadarrama la bella mariposa que denominó *Saturnia Isabelae*, dedicándosela a la entonces reina de España Isabel II. Este espléndido insecto, comparable a los más hermosos de los países tropicales no se había dado jamás en Europa y la ciencia entomológica del continente se negó a admitir que existiera, sin que pudieran convencerle los propios ejemplares disecados que presentó Graells, acusándole de haberlos importado de América. No se podía concebir que un naturalista español descubriera una especie nueva de tal categoría en la península, que ya había sido surcada multitud de veces por sabios alemanes, franceses e ingleses en busca de insectos. Sólo al cabo de muchos años se hizo justicia a Graells y se puso a la mariposa de nombre *Graellsia Isabelae*.

En el campo de la Prehistoria, los cambios de nomenclatura han complicado extraordinariamente el estudio en los últimos años. La clásica división de Breuil del Paleolítico inferior en *Chelense Acheulense* y *Musteriense* ha caído por tierra, introduciéndose el *Clactoniense*, el *Abbevillense*, el *Levalloisense* y otros de que hago gracia al lector. En esta disciplina sin embargo, el cambio de hipótesis

está justificado por ser poquísimo lo que se sabe en relación con ella y cualquier nuevo hallazgo puede dar al traste con teorías muy cimentadas.

Sin embargo tampoco esta ciencia está libre, como ninguna, del factor nacionalista y de ello es ejemplo el *Homo Neanderthalensis* que de acuerdo con las leyes internacionales de Nomenclatura debería llamarse *Homo Calpensis* por haberse descubierto el cráneo de Gibraltar correspondiente a esta raza de hombres primitivos en 1848 mientras que el cráneo de Neanderthal sólo se descubrió en 1857. Pero las alegaciones de los sabios españoles e ingleses a este respecto no han tenido éxito y este tipo brutal de hombres salvajes quedó asignado a la aldea alemana de Neanderthal, lo cual no sé si sería del completo agrado de Adolfo Hitler.

Son las Ciencias Naturales sin embargo las que sufren el más pernicioso ejemplo de las modas científicas. Como todos los especialistas saben los continuos cambios en las sistemática y en la nomenclatura son una verdadera plaga que obliga al profesional si tiene una vida algo larga a aprenderse doce o catorce sistemas taxonómicos si quiere estar en cada momento al día, cosa que en realidad no logra nunca. Con esto sin duda están de enhorabuena los libreros y editores, pues cada texto o tratado tiene una vigencia de cuatro a cinco años al cabo de los cuales ya no sirve. Aquí es donde destaca y brilla el desbarajuste científico que no sólo no responde a un verdadero progreso, sino que representa un serio obstáculo para el mismo y un verdadero descrédito para la investigación. Cualquiera que repase textos de botánica o de zoología, encuentra que no existen dos con la misma sistemática. Cada autor tiene el método suyo propio, al cual le lleva un afán de novedad a ultranza que sólo es hijo en definitiva de la vanidad humana a la que los sabios, como todos los mortales, están encadenados sin remedio.

Cuando un investigador inicia su trabajo, adentrándose en los dominios de cualquier ciencia, está firmemente convencido de dos proposiciones, para él axiomáticas. Primera: que todo lo que hay hecho hasta el presente, no es más que un cúmulo de tremendos errores. Y segunda: que él, personalmente, es el elegido de la Providencia para poner todas las cosas en su lugar. Quizá en alguna ocasión este curioso prurito haya sido beneficioso, pues al escudriñar los errores ajenos se ha dado con alguna auténtica verdad. Pero las más de las veces, y cuando se trata de disciplinas en que poco puede ya progresar la investigación por haberse llegado ya al techo de sus posibilidades de orden técnico, todo esto da lugar a inenarrables con-



fusiones ya que cuando una cosa no se puede variar legítimamente por razones de peso, se varía caprichosamente por argucias o disquisiciones de microscópico valor científico.

Tenemos un ejemplo clásico y supremamente elocuente: *El león*. Sabemos que el inmortal naturalista sueco Karl Von Linné o Linneo, para acabar con las dificultades de la nomenclatura de animales y plantas distintas en cada país e idioma y variable en cada época, instauró a partir de 1735 el sistema onomástico binario mediante el cual cada ser es denominado con dos palabras latinas, la primera de las cuales representa el género o agrupación más característica y la segunda la especie o agrupación unitaria. Linneo consideró que el león y todos los animales que llamamos felinos constituían un solo género que denominó *Felis* (Gato, en latín clásico). El león quedó así bautizado como *Felis Leo*, el tigre como *Felis Tigris*, el leopardo *Felis Pardus* y así sucesivamente hasta el gato, *Felis Catus*.

Muy pronto otros naturalistas del siglo XIX y del XX enmendaron la plana al autor de la Nomenclatura por considerar que el concepto de «género» que tenía Linneo era demasiado amplio y convenía restringirlo en este y en otros muchísimos casos. Por lo que se varió el sistema Linneano a capricho de cada autor. El león se juzgó un género distinto del gato y se le llamó *Leo*, con distintas palabras específicas: *Leo imperialis* o *regalis*, *Leo barbaricus*, *Leo africanus*, etc.

En el siglo pasado, los sabios naturalistas reunidos en Congresos internacionales, elaboraron unas *Leyes de Nomenclatura* que tendían a acabar con la confusión existente y así hubiera sido si se hubieran respetado racionalmente. Se estatuyó que en cuanto a la especie —único concepto que el hombre no puede variar porque lo marca la naturaleza— se mantendría el nombre dado por el primer naturalista que descubrió el animal o planta en cuestión; y el nombre genérico se otorgaría conforme a la más razonable concepción del escalón taxonómico género. El león, así, volvió a tener *Leo*, como segundo nombre. Y como se seguía creyendo que el rey de los animales constituía un género por sí mismo, se le quedó el nombre científico *Leo Leo*, que parecía inamovible.

Pero nada hay inamovible en el mundo. Actualmente los naturalistas, aburridos de tanto *Leo Leo* descubren que el león no constituye un género único. Unos defienden que hay que reunirlo con el puma americano dentro de un género *Profelis* y empiezan a denominar al monarca del desierto como *Profelis Leo*. Otros, puestos a discriminar, encontraron esto perfectamente tonto y que en realidad

el león no es más que una especie de pantera, adjudicándole esta bonita tarjeta: *Panthera Leo*. En fin, ante el panorama, la última moda es opinar que, en fin de cuentas, el padre Linneo tenía razón y en los más modernos libros se vuelve a denominar el asendereado animal *Felis Leo*.

De esta odisea nomenclatoria ha sido protagonista un animal como el león, único y archiconocido, de tamaño y naturaleza tales que hace decenios por no decir siglos que nada nuevo ha podido descubrirse sobre él que justifique un cambio de criterio ni de nombre. Y a mayor abundamiento, esta bestia única e inconfundible, en todos los idiomas tiene un solo nombre invariable y muy parecido: *León*, *lion*, *leo*, *leone*, *löwe*. Dándose el pintoresco caso de que mientras en lenguaje vulgar se sigue llamando al león lo mismo desde Plinio hasta la fecha, en lenguaje científico, que se creó para dar fijeza inamovible a la nomenclatura, ha tenido una docena de apelativos en doscientos años.

Elegí el león para este ejemplo por ser el más saliente y el animal símbolo de todo su reino. Pude elegir otro. Verbigracia, un chimpancé que se acuesta llamándose *Anthropithecus Satyrus* y se levanta con el nombre de *Pan Troglodytes*, o una perdiz que pasa de *Caccabis Rubra* a *Alectoris Rufa* de la noche a la mañana. ¿Y qué ocurrirá entonces en los animales inferiores o en las plantas minúsculas y raras? Todos convienen que en estas zonas la nomenclatura es un verdadero caos, pero nadie hará nada por remediarlo. Y lo peor es que en estos animáculos o plantitas no podemos recurrir para entendernos al nombre vulgar porque regularmente no lo tienen. ¿Cómo van a tenerlo cada una de las 250.000 especies de coleópteros que hay en el mundo? Las sabias *Leyes de la Nomenclatura* que se promulgaron para evitar cambios, al ser torcidamente interpretadas, los han tomentado aún más, ocasionando que el nombre específico que por definición era invariable, sea variado también y aumentemos el caos. Así, una mariposa corriente en nuestros campos, que se conoció siempre con el nombre de *Colias Edusa*, bautizada por Fabricius en 1793, alguien hurgando papeles descubrió que la había descrito un tal Fourcroy en 1785 con el nombre de *Croceus*, con lo que, por prioridad, hay que llamarla ahora *Colias Croceus*. La misma negra suerte ha cabido a la bella *Arginnis Aglaya* de Linneo, que llevaba el nombre de una de las tres Gracias y ahora se llama nada menos que *Mesoacidalia Charlotta*, si ustedes me perdonan. Y así cien más.

Pero dejando ahora la Entomología por la Botánica, leamos los bonitos libros que actualmente se publican sobre Setas y allí vere-

mos que la universalmente conocida y saboreada *Psalliota Campestris* o champiñón, mil veces representada en todos los libros y diccionarios, ahora resulta que no es ni *Psalliota* ni *Campestris*, sino *Agaricus Bisporus*, por cuyo título no la reconocería ciertamente ni su propio padre.

En fin, no quiero fatigarme ni fatigar al lector acumulando ejemplos de insectos, de moluscos, de hongos, de helechos y de otros animales o plantas o minerales que en una treintena de años han estrenado cinco o seis y a veces diez o doce nombres «científicos». Actualmente se está dando el fenómeno -y es muy comprensible- de que los aficionados y coleccionistas, sobre todo en Inglaterra y hasta en España, tiendan a establecer un nombre vernáculo fijo para los animales o plantas que tratan, dejando a los sabios que discutan por los siglos de los siglos el científico, que se creó para que fuera universal y eterno.

Como se ve, nada de lo que vengo diciendo tiene que ver con la verdadera marcha de la investigación científica legítima, cuyo progreso y evolución son enteramente necesarios e ineludibles. No existe análisis bioquímico, ni microscopio electrónico, ni computadora algébrica, ni pila atómica, ni rayo Laser que haya descubierto o demostrado que la palabra *cuando* sea una conjunción en vez de un adverbio como siempre fue. Se trata, pues, de una simple moda científica o por mejor decir *pseudocientífica* como casi todas las que he mencionado y que nosotros hallamos ahora en los libros de nuestros hijos; lo mismo que éstos a su vez, cuando repasen los de nuestros nietos, encontrarán tal vez que «*cuando*» se ha metamorfoseado en un verbo, porque así lo quiere la moda del año 2000. Deseo a mis lectores, no obstante, que alcancen a verla.

CARLOS CALLEJO SERRANO





# ALCANTARA



D. Legal CC - 26 - 1958

Año XXI

JULIO a DICIEMBRE, 1967

Núm. 149

## Razones históricas del Bimilenario de Cáceres

Por CARLOS CALLEJO SERRANO  
C. de la Real Academia de la Historia y  
del Instituto Portugués de Arqueología  
e Historia de Lisboa

### Preliminares

**S**E hace necesario que en ALCÁNTARA, la única revista cultural que se publica en la provincia de Cáceres, pueda en el porvenir leerse y consultarse algún trabajo de carácter técnico, que explique las razones y circunstancias que llevaron a conmemorar el Segundo Milenario de la existencia de la capital del mismo nombre, como entidad cívica y urbana, precisamente en los años 1966-1967. Me propongo, pues, desarrollar una información sobre el asunto, más concreta y razonada que las reseñas y artículos periodísticos que han venido con este motivo publicándose en la prensa actual (1), y más amplia que los informes insertos en las publicaciones oficiales acerca del particular (2). Explicaré la génesis de esta conmemoración, aludiré a los alegatos que en pro o en contra de la misma se han expuesto hasta la fecha y razonaré en la medida que mi entender me dicte, la postura que estimo más acertada en la cuestión, tanto en el orden práctico como en el histórico. Esta tarea la he esbozado tan sólo en algunos artículos periodísticos, los cuales por su mera condición de escritos circunstanciales y rápidos, no podían llevar las autorizaciones obligadas en un trabajo profesional, ni extenderse en argumentaciones necesarias, pero que requieren más espacio que el que las columnas de un periódico pueden brindar (3).

### Idea del Bimilenario

De la simple lectura de cualquier manual de Historia se deduce que la *Colonia Norbensis Caesarina*, así nombrada por Plinio (4) o por el geógrafo griego Ptolomeo (5) —y éstos son los dos únicos textos clásicos que la mencionan— se fundó, como la mayoría de las restantes colonias hispánicas, hasta el número de treinta y cuatro, durante el siglo I antes de Jesucristo, más nutridamente en la parte central de dicho siglo. Razón por la cual, durante el siglo XX y más nutridamente hacia su parte central se cumplen los dos mil años de existencia de aquéllas. Son muy pocas las colonias cuya fecha de fundación se conoce, ni siquiera con la aproximación de algunos años. Sin embargo, muchas ciudades españolas, actuales herederas de aquellas colonias (que, como se sabe, eran poblaciones privilegiadas y generalmente grandes urbes de la España romana) se han aprestado o se aprestan a celebrar estas fechas milenarias o centenarias. Tomemos como ejemplo Valencia del Cid, que en el año 1962 conmemoró con la debida solemnidad y colaboración académica, que prestaron casi todas las autoridades históricas de la ciudad y región, sin que hubiera una sola voz discrepante, el XXI centenario de su fundación, que para dichas autoridades tuvo lugar en el año 138 antes de Jesucristo, por el procónsul Decimo Junio Bruto, administrador de la Hispania Ulterior (6).

Conocida genéricamente la época de la fundación de la Norba lusitana, de la que Cáceres es heredera, nadie hasta ahora había dado una fecha precisa para tal efemérides. Únicamente, al encontrarse en 1930 en un lugar de la muralla árabe, que a la sazón se estaba derribando, una lápida de granito con esta inscripción

L CORNELIO  
BALBO IMP.  
C. NORB. CAESAR.  
PATRONO

(cuya traducción es «*La Colonia Norba o Norbense Cesarina, a su Patrono general Lucio Cornelio Balbo*»), se estableció la hipótesis de una fundación de esta ciudad por el general y político romano, de origen español, Lucio Cornelio Balbo el Menor, que la lápida da como patrono de la colonia. Empero, como este personaje no recibió el título de *Imperator* hasta el 19 antes de Cristo, era evidente que la lápida no podía ser anterior a esta fecha (7). De aquí se sacó la consecuencia, a mi juicio demasiado extensiva, de que la funda-

ción de Norba debería datar del año 19 como mínimo. Para esta precisión era necesario demostrar que la piedra era auténticamente *fundacional*, lo que no constaba con claridad y por esta razón, aun admitiendo esta fecha como virtualmente próxima a la del nacimiento como colonia de esta ciudad, no parecía igualmente fidedigna su coincidencia exacta con tal suceso.

A fines de 1965, el abogado y epígrafista placentino Antonio Sánchez Paredes, sobrino nieto del conocido arqueólogo de principios de siglo, Vicente Paredes Guillén, dio en Cáceres cuatro conferencias (8) acerca de las cuestiones suscitadas alrededor del tema de *Norba Caesarina*. En cada una de ellas expresó una hipótesis sobre la historia antigua de esta comarca. Fue en la tercera de ellas y sin duda la de mayor interés cuando propuso la fecha de la fundación de la *Colonia Norbense* en el año 34 antes de Cristo. En principio la hipótesis pareció bien a la no muy numerosa, pero bien especializada concurrencia que formábamos las personas de la ciudad que andamos interesados en estos temas. Tanto el firmante de estas líneas como el conde de Canilleros, conocido e ilustre historiador de Extremadura, acogimos la idea con interés, tanto mayor cuanto que comprendimos inmediatamente que de ser cierta esta circunstancia y fecha, nos hallábamos *precisamente en los Dos mil años* de vida de la ciudad. El conde de Canilleros, que pronunció al poco tiempo otra conferencia bajo el título de «Cómo se hizo Cáceres», recogió la nueva hipótesis e hizo verbalmente la sugerencia de que la población debería celebrar como se merecía tan importantísimo fasto, emplazando a las autoridades locales para que tomaran las medidas oportunas a tal efecto. El alcalde de la ciudad, que lo era y es don Alfonso Díaz de Bustamante, Académico correspondiente de la Real de Bellas Artes, hizo incondicionalmente suya la proposición y desde aquel momento comenzó a trabajar para la realización del asunto. Se formó una Junta pro Bimilenario, la cual inició inmediatamente sus tareas, y fruto de las mismas han sido las diversas solemnidades que durante todo el año 1967 han tomado realidad en Cáceres y que el lector hallará en otros sitios de este fascículo.

### Justificación de la efemérides

Las conferencias de Sánchez Paredes en los últimos días de 1965 fueron sugeridas, —lo dijo el mismo conferenciante—, por las polémicas surgidas en una curiosa revista de Arqueología publicada en Francia por Gonzalo Arias Bonet bajo el título de *El Miliario Extra-*

*vagante*. Esta revista, a pesar de las un tanto «extravagantes» circunstancias en que salía a la luz (título pintoresco, impresión en ciclóstilo y edición en país extranjero) ha tenido buena aceptación en los medios históricos españoles, tanto en el rango de aficionados (principal campo de su actividad) como en el de profesionales, como lo demuestran los trabajos generalmente interesantes y sobre buenas firmas que aparecen en ella. La revista está principalmente dedicada por su autor a temas geográficos de la España antigua y muy principalmente a rutas, caminos y ciudades romanas.

En 1962 yo había publicado una obra «*El origen y el nombre de Cáceres*», en la cual pasaba revista a los problemas a la sazón planteados en cuanto se relaciona con dicho título. En lo referente al *origen* mis conclusiones no diferían grandemente de lo admitido hasta la fecha y que, a la vez, venía ampliamente codificado en la extensa, documentada e importante obra de Antonio C. Floriano *Estudios de Historia de Cáceres* (10). Era menester no obstante entonces recoger los recientes descubrimientos de Maltravieso, cueva cacereña donde se habían encontrado pinturas rupestres del Auriñaciense que hacían remontar en muchos milenios la historia de Cáceres como lugar habitado. Al llegar a la época romana en mi libro se aceptaba razonablemente todo lo vigente sobre la Colonia Norba, aunque sin adherirse a la teoría de que la fecha fundacional fuera la que marca la lápida de la muralla, hoy en la alcaldía de Cáceres, «siendo necesario distinguir entre tres efemérides de Norba que no son necesariamente simultáneas» (11): el nacimiento de Cáceres como población, que podía corresponder a cualquier época anterior, incluso a la Protohistoria; su cualificación como colonia romana (de la que sensiblemente se daba una fecha comprendida entre el 50 y el 26 antes de Cristo), y finalmente la concesión del patronato de la colonia a Cornelio Balbo, que no podía ser anterior, al menos con el título que marca la lápida, al año 19.

La segunda parte de mi dicho libro –al que me es necesario referirme algo profusamente, por lo que suplico excusas al lector– estaba dedicada con más profundo análisis y extensión al tema del actual nombre de Cáceres, que a la sazón venía etimologizado en todas las obras en las palabras *Alcázares* o *Cazires*, ambas hipótesis lingüísticamente imposibles, defendiendo en cambio la teoría que pone el origen del nombre de nuestra ciudad en la voz *CASTRIS*, propuesta por Menéndez Pidal (12). Este tema lingüístico, que sólo cito para notar que fue la principal causa de escribir el libro, cae por completo fuera de la presente cuestión.

La primera parte, pues, de este libro mereció un detallado comentario por parte de Gonzalo Arias (13) quien, en sus razonadas líneas, si bien acepta la teoría lingüística del mismo, no acoge con igual entusiasmo la ubicación geográfica y el origen de la Colonia Norba. Fue, pues, la polémica suscitada en esta revista y en la que tomaron parte varios eruditos de la región, la que movió a Sánchez Paredes a explayar sus cuatro conferencias, en la tercera de las cuales planteó el tema de la fecha fundacional de aquella ciudad.

Sin embargo, ni en esta conferencia ni en la ya citada del conde de Canilleros se establecieron ni se podían establecer unas bases científicas suficientes para la hipótesis. El Ayuntamiento pidió información a las diversas personas que podían emitir opinión respetable en la materia y, sobre todo, pidió dictamen a la Real Academia de la Historia, máxima autoridad nacional en cuanto se refiere al ramo. La Academia designó como ponente para esta consulta a uno de sus miembros de número, el profesor don Antonio García y Bellido, catedrático de la Universidad Central, Director del Instituto Español de Arqueología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y autor de numerosísimas obras relativas a la Historia de España en la época clásica.

El dictamen de este investigador, hecho suyo por la docta Corporación y publicado en su secular y prestigioso Boletín (14) fue francamente favorable a la hipótesis de la fundación de la Colonia Norba por el procónsul Cayo Norbano durante su gobierno en España entre el año 36 y el 34 antes de Cristo; hecho que si no se demuestra de un modo indefectible, sí se señala que posee la más alta probabilidad histórica, razón con la que, en la mayor parte de los asuntos relacionados con estas fechas remotas de nuestra historia, con escasísimas fuentes auténticas, hay que contentarse mientras no existan serias objeciones en contra. Y sobre todo, razón más que suficiente para que una ciudad celebre con toda solemnidad sus dos mil años de existencia, habida cuenta de que en la fecha es imposible que haya errores de más de dos o tres décadas. Pesados motivos de orden práctico confirman la oportunidad de celebrar el Bimilenario en la más probable —aunque sea sólo esto— de las fechas propuestas. Puesto que una de dos: o el Bimilenario se ha cumplido hace unos cuantos años o se cumplirá unos cuantos años más tarde. En el primer caso, como hasta la fecha no se ha hecho nada para conmemorarlo, procede hacerlo cuanto antes, aunque sea con algún retraso. Y en el segundo, no es muy conveniente esperar a otras épocas en que a lo mejor no se tiene oportunidad ni paz para hacer esta



celebración con la brillantez que merece. Y tanto más es así, cuanto que ni la fecha adelantada ni la retrasada cuentan con razones ni la mitad de fuertes que las que apoyan la fijación del Bimilenario en 1966-67.

Este trabajo dedicado pues a la exposición de dichas razones, ha de contener dos capítulos. Uno geográfico para demostrar —una vez más— que la Colonia Norbense no puede buscarse en otro sitio que en el barrio antiguo de Cáceres, donde se delinea con toda precisión el contorno de sus murallas, específicamente romanas. Y otra cronológica, para subrayar la máxima probabilidad de la fundación de Norba por Norbano en el tantas veces citado año 34 antes de Cristo.

### La cuestión geográfica

La demostración de que Norba estuvo en el solar de Cáceres, tiene como todas las demostraciones, dos partes: una positiva y otra negativa. La primera establece con enormes probabilidades de certeza, que la dicha colonia se alzó en el mismo recinto que al ser fortificado por los árabes recibió el nombre de *Hizn Qazrix*. Por la segunda, una vez pasada revista a todas las candidaturas de otros pueblos y parajes que se han propuesto para esta ubicación, se advierte que ninguna cuenta con razones comparables ni de lejos con las que Cáceres pueda aducir.

La ciudad de Norba no posee sino dos citas históricas, las dos extremadamente concisas, una de Plinio, que dice lo siguiente: *Coloniae sunt quinque... coloniae... Norbensis, Caesarina cognómine* (15). La otra es de Ptolomeo, que en sus tablas cosmográficas escribe la siguiente escueta mención: *Norba Kaisareia* (16).

Estas dos únicas citas de Plinio y de Ptolomeo son todas las fuentes contemporáneas auténticas que tenemos sobre Norba Cesarina. A ellas hay que añadir las fuentes arqueológicas o aportaciones que se han ido logrando en forma de monumentos e inscripciones hasta nuestros días.

De estas aportaciones arqueológicas sólo existen, completamente fidedignas y comprobadas, las siguientes:

a) Dos lápidas votivas, halladas entrambas en las murallas de Cáceres, una en la puerta meridional y otra en una de las occidentales. La primera fue descubierta por el sacerdote e historiador cacerense Simón Benito Bojoyo en 1794 (17) e incluida por Emilio Hübner en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (18). La lápida sólo decía esto:

COL. NORB. CAESARIN.

La segunda lápida es la que se encuentra en la Alcaldía, hallada en 1930 y estudiada por Floriano, a que ya nos hemos referido. Retenga el lector este dato: los dos únicos monumentos arqueológicos donde se menciona a la *Colonia Norba* se han hallado en Cáceres, precisamente en dos puertas de su muralla y perfectamente *in situ*, sin muestras de acarreo.

c) Como vestigios menos directos tenemos otras dos lápidas, halladas igualmente en Cáceres. Una de ellas es un pedestal de mármol que soportó una estatua del emperador Septimio Severo (193-211), según reza su inscripción donde menciona a los *duoviri* Decimo Julio Celso y Lucio Petronio Niger, magistrados que difícilmente podían ser sino de una colonia (19). La otra lápida, empotrada hoy en la fachada de una casa de la calle de los Condes, menciona a Quinto Norbano Capiton (20), edil y duunviro de la colonia.

d) También como pruebas indirectas hay tres o cuatro inscripciones funerarias de personas que, a la mención de sus nombres añadieron el gentilicio geográfico de *Norbensis* o sea natural de Norba (21).

e) Finalmente más de cuarenta estelas funerarias con epitafios de personas que se apellidaban NORBANUS (22). Este hecho no se relaciona propiamente con la ciudad de Norba, sino con los *fundadores* de la misma o pobladores que se llamaban así. La confusión de *Norbanus* con *Norbensis* ha arrastrado a muchos a una interpretación defectuosa de estos monumentos arqueológicos. *Norbanus* es un personaje que lleva este *nomen*, perteneciente a una conocida familia romana, muy anterior a la existencia de la Norba hispana. *Norbensis* en cambio es quien nació en esta última, por lo menos, puesto el nombre en nuestra región.

Reunimos, pues, como fuentes auténticas, explícitas y directas de Norba Cesarina hasta cuatro menciones: dos históricas y dos arqueológicas. Las dos arqueológicas *apuntan indiscutiblemente a Cáceres*, pues que se encontraron en su recinto y empotradas en sus murallas, conservadas durante siglos. Estas dos muestras en el estado actual de nuestra investigación tienen grandísimo valor, pues con una sola igual se han identificado numerosas poblaciones romanas que nadie discute (23).

Si las dos fuentes arqueológicas que existen de Norba, pertenecen indiscutiblemente a Cáceres, las dos fuentes *históricas*, nos llevan, también, sin que exista otra opción, a la capital de la Extremadura Alta actual.

El texto de *Plinio* fija la situación de Norba en los alrededores de

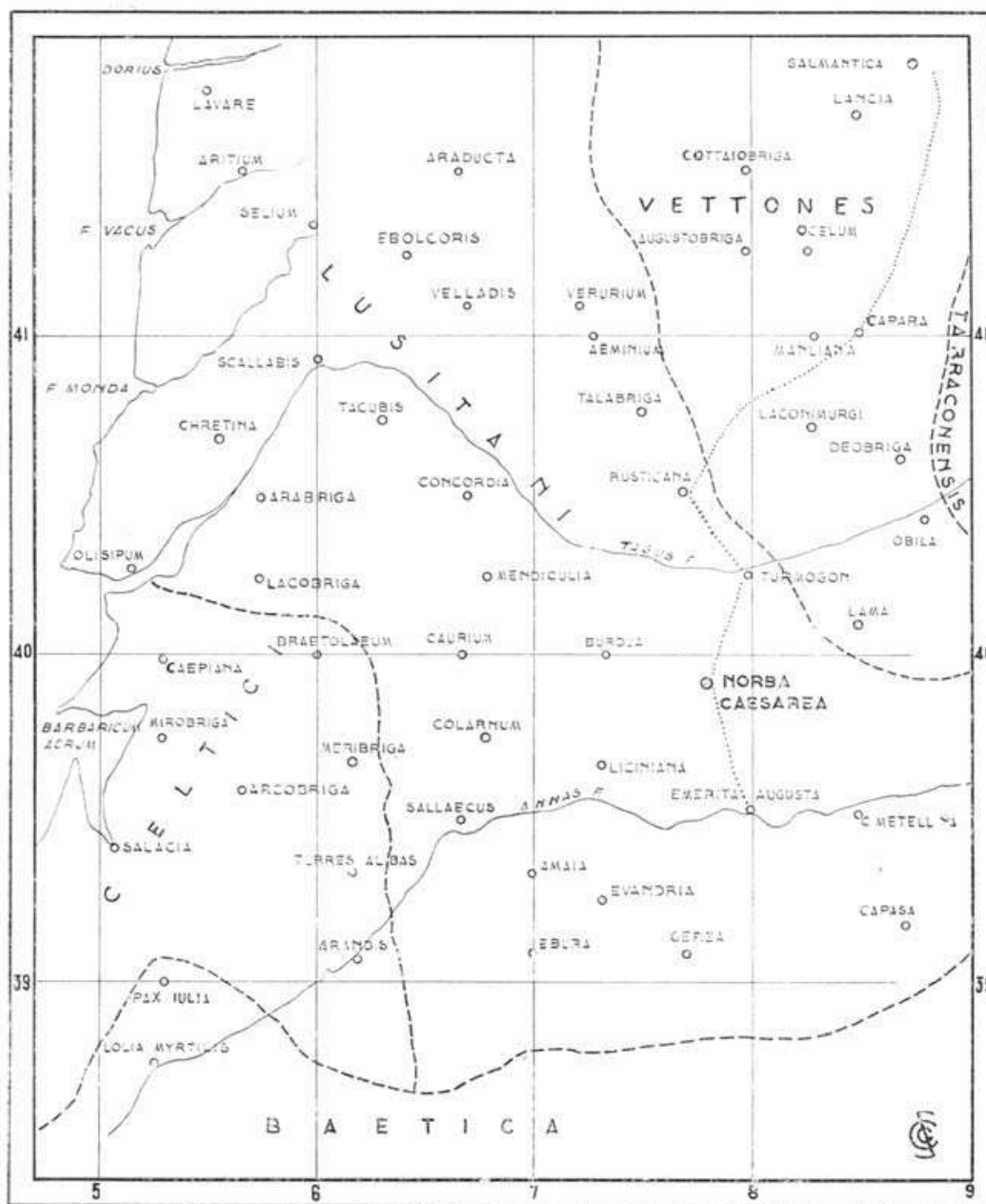
Cáceres como si estuviera clavado con clavos. En efecto, al mencionar la Colonia dice que eran *contributae* o dependencias cuyas *Castra Caecilia* y *Castra Servilia* (24). *Castra Caecilia* está sin la más mínima duda fijada en las cercanías de Cáceres por el Itinerario de Antonino, que en la vía de Mérida a Salamanca, fija su situación a 46 millas de Mérida (25). Aunque no sabemos exactamente ahora por qué sitio, pues los azares de la Historia han borrado las huellas de la calzada en estos lugares, esta calzada pasaba por los alrededores de Cáceres.

Si *Castra Caecilia* era una dependencia de *Norba*, ésta no podía hallarse muy lejos de aquélla. Es absurdo buscarla a 100 ó a 60 ni siquiera a 30 kilómetros. Pobladísima esta comarca en la época romana, como lo demuestra a cada paso la arqueología, en esas distancias se encontrarían varios pueblos intermedios y es ilógico buscar esos pueblos *contributae* a mayor distancia que a 5 ó 10 kilómetros de la ciudad principal. Por tanto si *Castra Caecilia* está junto a Cáceres, o no lejos de Cáceres, según el Itinerario y por evidentes razones toponímicas, *Norba Cesarea* estaba en Cáceres o junto a Cáceres.

Plinio nos dice que *Norba* estaba sensiblemente en Cáceres, y Ptolomeo, la otra de las dos únicas fuentes, nos da para la situación de aquella colonia unas coordenadas, que coinciden exactamente con Cáceres. Véase el mapa que inserté en mi libro *El origen y el nombre de Cáceres* y que reproduzco ahora nuevamente.

Las tablas de Ptolomeo contienen algunos errores en la versión que ha llegado hasta nosotros, y esta razón por sí sola no demostraría, pues, indiscutiblemente una situación geográfica tal como viene en el mapa. Pero esta fijación por coordenadas, unida a las tres razones precedentes, las confirma y corrobora de tal modo que es colocarse en una postura absurda el sólo discutir semejante monolito dialéctico.

Si la demostración positiva es aplastante, no lo es menos la negativa. En efecto, para negar una atribución, sobre todo cuando está avalada por tan fuertes argumentos, hay que presentar otras hipótesis con algún viso de probabilidad. Pues bien, las candidaturas que para *Norba Caesarina* se han propuesto hasta la fecha no son más que conjeturas vagas e indocumentadas, que no pueden, ni de muy lejos, compararse con la hipótesis de Cáceres. Aunque ya en mi libro, como he dicho, quedaron estas candidaturas descartadas, volveré sobre ellas rápidamente, añadiendo alguna más que se ha presentado en los últimos tiempos.



La Lusitania de Ptolomeo.

ALCANTARA.—Se encuentra a 60 kilómetros de Castra Cecilia, lo que la descarta por completo como cabecera de ésta, según acabo de demostrar. No tiene ninguna inscripción *auténtica* que la relacione con la colonia (26). Posee en sus cercanías unos vestigios arqueológicos *urbanos* de insignificante importancia (27). Cuenta en efecto con el soberbio puente de fama mundial, lo que no es un vestigio urbano. Y en la relación de municipios que costearon la fabulosa obra, que consta en una de las lápidas del puente *no figura Norba*, lo que sería inevitable y estaría puesta en primer lugar si allí se hubiera levantado la colonia.

BROZAS, SANSUEÑA.—Las ruinas, de escasa importancia, que aparecen en estos sitios o sus cercanías no corresponderían a una colonia romana, cuanto más a un municipio de los que costearon el puente de Alcántara y se mencionan en él: *Arabriga* o *Araves*, etcétera (28).

BERZOCANA.—A 110 kilómetros de Castra Caecilia y lejos de toda vía importante. Hipótesis absurda.

EL VALLE DEL SALOR.—Abunda en vestigios arqueológicos y está cerca relativamente de Castra Caecilia. Pero estos vestigios en ningún sitio son concreta y notablemente *urbanos* que constituyan un área definida. Desde Torrequemada hasta Ibahernando y Villamesías abundan las inscripciones con el nombre *Norbanus*, y las necrópolis, restos de casas y explanaciones, fuentes, etc., de la época romana. Pero, a menos que la Colonia se considerara una comarca y no una ciudad, caso que sería único, no se ve la manera de fijar la situación de Norba en uno cualquiera de los numerosos pueblos que integran aquélla. Y aquí, como en los otros puntos citados, faltan vestigios definidos, faltan recintos amurallados, faltan inscripciones votivas o de personajes importantes, ediles, duunviros, etc. (29).

EL CAMPAMENTO DE CACERES EL VIEJO.—Gonzalo Arias, competente y estudioso director de la revista *El Miliario Extravagante* a que hemos aludido y quizás causa primera de todo el tinglado de la celebración y discusión del Bimilenario de Norba, se ha tomado un especial interés en el problema de esta última Colonia que, para él, debe buscarse en el Campamento que excavó Schulten en los años Veinte y que conocemos con el nombre de Cáceres el Viejo. Ha consultado mapas y cartas aéreas; ha revisado con benedictina paciencia los escritos y los inventarios que el famoso arqueólogo confeccionó como consecuencia de sus campañas en Cáceres el Viejo, enfrentándose con el problema de su traducción, ya que Schulten tuvo la *galantería* de publicarlo todo en alemán. El resul-

tado de todos sus trabajos lo ha hecho público en dos números de su revista (30). Después de exponer toda su labor, elabora dos hipótesis o conclusiones. Una que fluye naturalmente de su trabajo y es indiscutible «La población que se asentó en Cáceres el Viejo vivió, pues, desde el siglo I antes de Cristo, hasta por lo menos los años 379-395 (reinado de Teodosio)». Lo atestiguan, en efecto, contra el parecer de Schulten, numerosos restos arqueológicos y numismáticos que Arias enumera uno por uno.

Esto parece indudable y por mi parte, no he cesado de admitirlo nunca. Pero veamos la otra conclusión de Arias. «Si Plinio, Ptolomeo y la Epigrafía nos hablan de la existencia en la zona de Cáceres de una Colonia llamada Norba, de la cual dependían dos campamentos (*Castra*); y si uno de los dos campamentos era el actual Cáceres (*Castris*) como lo dicen la etimología y el Itinerario de Antonino; y si en Cáceres el Viejo están las ruinas más importantes y extensas halladas en muchos kilómetros a la redonda (superficie cerca de tres veces mayor que la del viejo recinto amurallado de Cáceres), ¿cómo no considerar la posibilidad de que Cáceres el Viejo sea Norba?

Efectivamente, es legítimo considerar esta posibilidad, la cual se beneficia de las dos fuentes históricas como ya hemos explicado, pues Norba quedaría cerca de *Castra Caecilia* según Plinio y en el sitio en que la marca Ptolomeo. Y hasta si se quiere, es natural considerarla viendo las cosas desde París como las ve nuestro amigo Arias. Pero también es muy legítimo, una vez considerada esta posibilidad desecharla completamente. Veamos sólo algunas de las muchas razones que hay en contra.

1. Cáceres el Viejo es, originariamente y de manera indiscutible, un *campamento*. El tipo clásico de campamento romano que a veces se ha tomado hasta por modelo (31) El que, una vez abandonado se convirtiera en una aldea o *vicus* y dejara huellas abundantes de ello, no le quita aquel carácter. Y por tanto el nombre de *Castra* le corresponde más que a nadie.

2. El Cáceres árabe no fue jamás un campamento, sino una citania protohistórica. Lo está proclamando su situación eminente y los cimientos de sus murallas, de tipo celtibérico. No creo que los romanos establecieran nunca un campamento en tal sitio, demasiado irregular y pequeño —no cabría en él ni una legión con su impedimenta—. El hecho de que en su topografía urbana se rastreen dos calles en cruz nada significa, pues tal esquema es corriente en toda ciudad romana.

3. No es indudable y para mí no es cierto el que, aunque la

palabra Cáceres venga de *Castris*, como yo mismo he demostrado, el Cáceres medieval está donde estuvo *Castra Caecilia* (= *Castris Caecilii*, fijado el nombre en ablativo). He explicado muchas veces y en el capítulo que sigue lo haré nuevamente, mi hipótesis sobre el *deslizamiento toponímico*, corrientísimo en la historia de las ciudades del mundo antiguo.

4. Es totalmente incierto que en Cáceres el Viejo estén las ruinas romanas más importantes y extensas. Lo que ocurre es que ha dado el mayor contingente de *vestigios muebles* romanos por la sencilla razón de que es el único punto de la provincia donde se ha excavado a conciencia. Cáceres el Viejo no ofrece hoy la menor traza de construcciones romanas cuando éstas abundan en muchos otros sitios de la provincia donde basta agacharse para recogerlas del suelo. Los vestigios que ha suministrado Cáceres el Viejo, aparte de los campamentarios, no pueden llamarse urbanos sino, si se me permite la palabra, *pueblerinos*. Allí no hay, ni ha habido nunca un mármol, ni un capitel, imposta o cimacio, ni siquiera una columna de granito, ni un mosaico, ni un sillar, ni un vestigio epigráfico apreciable. No es concebible siquiera que nadie se haya entretenido en barrer todos estos restos de allí y llevarlos a Cáceres y mucho menos los Almohades que no hicieron sino levantar a toda prisa una fortificación toda ella de tapial, sobre ruinas que existían *in situ*.

5. Las murallas de Cáceres el Viejo son deleznales, de pizarra y tierra, propias únicamente de un campamento que se hace para poco tiempo. Las de Cáceres, de indiscutible traza y factura romanas y de grandes sillares de granito. ¿Se puede concebir que la Colonia *Norbensis*, ciudad de asentamiento de eméritos, de *jus civium*, tuviera unas murallas rudimentarias y en cambio una aldea, de aquélla dependiente, se fortificara con todas las reglas y medios de la castrametación ciudadana. Esto es el mundo al revés de las viejas aleluyas.

6. Basta dar un paseo por los alrededores de Cáceres para comprender el contrasentido de una ciudad principal asentada en el llano y su dependencia en una acrópolis. Esto se da hoy día, por la inversión de valores que impone la mastodóntica extensión de las ciudades (caso de Jerusalén, de Atenas, de la misma Roma). Pero la ciudad noble y el núcleo histórico siempre están arriba (mismos ejemplos).

Me he tomado el trabajo de desvirtuar esta nueva candidatura para Norba fuera de Cáceres, gracias a su reciente aparición. Creo y espero que no surgirán nuevas hipótesis. La verdad es que hasta ahora ninguna tiene categoría para ser tomada en consideración y así lo hacen todos los autores modernos (32).

### El desplazamiento toponímico

Creo que quedó en mi libro *El origen...*, suficientemente demostrado que la palabra *Cáceres* no viene de Alcázares ni Cazires (voces que jamás existieron como toponimos) sino indudablemente del árabe *Qazrix* o si se quiere *Cazris* (33) y éste del latín *Castris* por las más directas vías de la evolución lingüística. Y a ser este *Castris* indiscutiblemente el *Castris Caecilii* del Itinerario de Antonino (34) y el *Castris* a secas del Ravennate (35), fijados por estos repertorios en territorio próximo a Cáceres, parecía volver a cobrar vida la antigua hipótesis de identificar a esta última capital únicamente con *Castra Caecilia* y desligarla de Norba en contra de lo que taxativamente demostraron Hubner y Floriano (36). Previendo esto, me apresuré en el mismo libro a demostrar, con razones aun más fuertes que las aducidas por aquellos maestros la indiscutible relación de herencia de Cáceres con respecto a Norba. Explicándose perfectamente el que dicha capital en cambio tomara el nombre de *Castra Caecilia* por el hecho de que Norba, al ser destruida, perdió su nombre en la memoria de las gentes, como lo perdieron *Scalabis*, *Carteia*, *Pax*, *Tucci*, *Ossonoba* y mil más, mientras que sus arrabales o aldeaños conservaban la denominación *Castris*, que después se extendiera a todo.

A esta hipótesis muchos han opuesto una negación o por lo menos un escepticismo, alegando que esto representaría un *acarreo de nombres* mucho menos probable que un acarreo de monumentos.

Nada más lejos de lo cierto. Contrariamente, estos «acarreos de nombres» son frecuentísimos por no decir la regla general en las poblaciones con historia milenaria, con muchas vicisitudes históricas en su vida. Se destruye o despuebla una ciudad; tiempo más tarde se edifican unos caseríos en sus cercanías a los que se designa con el nombre de la ciudad extinta. Van cayendo los siglos y los caseríos se corren hacia el norte o hacia el sur, buscando nuevas orientaciones o comunicaciones, mediante el sencillo sistema de arruinarse unas edificaciones y levantarse otras nuevas. A veces se funda un poblado nuevo y se le da el nombre de otro antiguo despoblado, agregándole algunos adjetivos para distinguirlo: *el Viejo* o *el Nuevo*, *de Arriba* o *de Abajo*. Decenios más tarde *el Viejo* o *el de Arriba* se desmoronan y quedan sólo los otros, que, no habiendo razón para conservarlo, van perdiendo poco a poco el sobrenombre.

A poco que la vida de un hombre dure, en ella misma puede contemplar el mecanismo de estos desplazamientos en nuestro propio



siglo. Se construye una nueva carretera para salvar el difícil paso de un pueblecito de calles tortuosas. Al poco tiempo en la orilla de la nueva vía van apareciendo bares, talleres o tiendas, atraídos por el negocio de los viandantes que allí se detienen. Diez o veinte años más tarde la parte más moderna y vital de la población se ha desplazado hacia la carretera nueva y en el pueblo queda un núcleo viejo a un lado condenado a desaparecer al paso del tiempo.

Todo está muy claro, pero vamos a poner algunos de los muchos ejemplos que hay en nuestra historia. *Clunia*, importantísima ciudad de la Tarraconense, colonia romana, capital de Convento jurídico, presenta hoy unas ruinas, perfectamente excavadas (37) que se hallan en Peñalba de Castro, provincia de Burgos. Sin embargo, quien ha heredado el nombre es *Coruña* (evidentísima evolución lingüística) *del Conde* en la misma provincia, y a 4 kilómetros de Clunia. Las ruinas de la *Colonia Victrix Iulia Celsa*, perfectamente localizadas a orillas del Ebro no se encuentran en el actual pueblo *Gelsa*, sino 5 kilómetros río abajo, en Velilla de Ebro. Pollensa no está edificada sobre la antigua *Pollentia*, que yace bajo la moderna Alcudia a 7 kilómetros de distancia. Tampoco Elche está sobre la *Ilici* famosa que dio la escultura Ibérica, sino en otro sitio. Pero el ejemplo más tajante nos lo da Coimbra en Portugal, que ha heredado su nombre, no de la ciudad romana que está debajo de ella (*Aeminium*, atestado por el Itinerario) sino de *Conimbriga*, cuyas ruinas aparecen en Condeixa a Velha, nada menos que a 14 kilómetros hacia el sur.

Después de tantos ejemplos, ¿habrá quien se extrañe de que Cáceres se haya quedado con el nombre de *Castra Caecilia*, aunque esta última se encontrara en Cáceres el Viejo, a 3 kilómetros y pico al N. E. de la actual capital?

He aquí este mecanismo según yo lo veo. *Castra Caecilia* es una aldea, dependiente y próxima a Norba, según Plinio. Esta última es destruída totalmente como ciudad, bien por los vándalos, bien por las luchas del siglo VI entre suevos y visigodos (38) y pierde su nombre como lo han perdido infinitas ciudades de la Edad Antigua. Subsiste en cambio *Castra* o *Castris*, aldea que vegeta al pie de la colina sobre la que se asentó Norba. Un Itinerario árabe del siglo X (39) todavía habla de *Qazrax* o *Qazrex* a secas, como fin de etapa de un viaje que va desde Badajoz hasta Talavera. Esta *Qazrex* no está todavía en la acrópolis que había sido Norba, sino a sus pies.

Fijémonos en el hecho, muy significativo y por nadie notado hasta hoy que yo sepa, de que los *Fratres de Cáceres* al edificar su iglesia hacia 1069, que según todas las apariencias estaba bajo la actual pa-

roquia de Santiago, *no la construyeron arriba, sino abajo*. El Cáceres de los Fratres es aun *Castris*, sin importar mucho que este *Castris* o *Cazris* se haya alejado algo del Campamento que dio lugar primeramente a la aldea, bien porque pudo ser este último *Castra Servilia* y *Cazris Caecilia* o porque siendo los dos *Caecilia* hubo a lo largo del tiempo desplazamiento urbano (40).

Pero pocos años más tarde, entre 1072 y 1074 los generales almohades arrojan de *Cazris* a los fratres o caballeros de Cáceres (41) y encuentran que el cerro que domina la población es fortificable; no hay más que levantar unas murallas que ya existieron siglos atrás y de las que quedan vestigios. Entonces edifican, a partir de estos vestigios, unas veces sobre sillares de granito y otras sobre *opus cementicium* romano, un recinto amurallado que flanquean de torres albarranas completando toda la obra a tapial. Terminado el trabajo, ¿cómo llamarían a esta fortificación? Ellos ignoran completamente que la población murada cuyas ruinas han levantado, se llamó alguna vez *Norba*. La denominan pues *Hizn Qazrix*, es decir Fortaleza de *Cazris*, porque *Cazris* se llama el poblado a los pies del cerro donde se habían establecido los Caballeros de la Espada. La cosa está clara, y así es como *Norba*, a través de estas vicisitudes se ha metamorfoseado en Cáceres.

### La cuestión cronológica

Al llegar a estudiar todo lo referente a la *Colonia Norbensis Caesarina* o *Colonia Norba Caesarina* (42) se encuentra un problema al que pocos autores han dado la importancia debida, sin embargo de ser lógicamente elemental. ¿A qué obedece el nombre de *Norba*? Efectivamente se han dado varias respuestas a esta pregunta, pero a mi juicio faltas de un análisis previo suficiente y aludiendo a ellas de pasada. Sin embargo, las causas de la denominación de una ciudad tienen una importancia esencial en todas las cuestiones relativas a su origen.

*Norba* es un caso único en la toponimia hispanorromana importante, de trasplante indubitable de un topónimo itálico al suelo español. Pues, si bien existen muchas poblaciones en nuestra Hispania con nombres latinos, éstos son siempre títulos honoríficos o apelativos o adjetivos sustantivados, no nombres propios.

Entre treinta y cuatro colonias hispánicas encontramos las siguientes modalidades (43).

Nombre indígena cambiado, 2 casos (*Ilurci* por *Gracchurris*; *Sal-duba* por *Caesaraugusta*).

Nombre indígena conservado con modificaciones o aditamentos honoríficos, 21 casos (*Hispal, Corduba, Tarraco, Barcino*, etc.).

Nombre helénico o helenista modificado o traducido, 2 casos (*Emporiae* y *Carthago Nova*).

Nombres latinos relativos a circunstancias de la ciudad o de sus fundadores o protectores, 8 casos (*Palma, Pollentia, Valentia, Emérita, Pax, Flavióbriga, Itálica, Metellinum*).

Nombre itálico trasplantado a España, 1 caso (NORBA).

Las ciudades o colonias Valentia, Pollentia o Palma, aunque existan en otros puntos del imperio duplicados suyos, no está demostrado que sean trasplantes. Son palabras latinas que se pueden aplicar a varias ciudades, apelativos corrientes de ciudades con significado de poderosa, valerosa, etc.

¿Por qué, pues, en la lejana Lusitania, país siempre rebelde y romanizado con retraso, encontramos el nombre de *Norba*, ciudad de los Volscos en el Latio, a pocos kilómetros de Roma?

Ya se ha explicado varias veces la historia de esta ciudad romana. En 340 antes de Cristo recibió el título de Colonia y su nombre suena con frecuencia en la historia de la República. Al mismo tiempo y, caso también raro, el nombre de Norba da lugar a un gentilicio familiar (44), el de los *Norbani*, que, por excepción, no termina en *-ius* como todos los demás o casi todos (*Julius, Cornelius, Caecilius, Portius*, etc., etc.) (45). Hay pues, una de las clásicas familias romanas, con derecho a acuñación de monedas (46) y otros muchos cívicos, estrechamente ligada a una entidad geográfica, en la que es obvio suponer que tiene sus raíces ancestrales. Esta Norba en las vicisitudes de las guerras civiles tiene una suerte desgraciada. Habiéndose afiliado al partido de Mario, las huestes de Sila la sitian y toman, siendo terminada de destruir por sus propios moradores. Más tarde vuelve a ser reedificada hasta que en tiempos de Augusto su nombre deja de sonar en la Historia.

En dos de los trabajos últimamente publicados acerca del segundo Milenario de la Norba hispánica y a los que me referiré más abajo, se afirma –coincidiendo en estos dos autores que disienten en todo lo demás– que los habitantes de la Norba itálica bien después de su destrucción por Sila o en el de su despoblación hacia el 20 se trasladaron a España y fundaron una ciudad llamada como la suya originaria. Con respecto a estas opiniones creo que sólo hay que pararse un momento a considerarlas para darse cuenta de su improbabilidad y endeblez (aparte claro está, de que no están fundadas en testimonio alguno). No puede saberse a qué santo ni bajo qué cir-

cunstances los fugitivos de una ciudad junto a Roma, por sí propios, fueran a atravesar el Mediterráneo y luego toda la inmensa y agreste península ibérica de parte a parte para ir a fundar una ciudad en tan lejano país.

Semejante éxodo sólo sería concebible por algún motivo importante y al mando de un caudillo con poder o representación suficientes. No tenemos ni el más insignificante dato de tal suceso referido ni al 80 ni al 20 y en esta última época en que tal fundación hubiera sido obra de Cornelio Balbo tampoco hay visos de probabilidad ni relación conocida entre este general español y los habitantes de la Norba itálica.

En sana lógica, parece mucho más probable que este nombre de Norba se lo diera un *fundador* que pudiera ser el propio *Deductor* de la colonia y que este fundador fuera un individuo llamado Norbano, o sea perteneciente a la familia romana que llevaba este gentilicio, indudablemente derivado en sus orígenes de la Norba latina. Ya al escribir mi varias veces citado libro expresé mi opinión (47) de que su «fundador fue sin duda algún *Norbano*». ¿Y por qué esto y no los habitantes fugitivos de Norba en su despoblación? Pues muy sencillamente, porque del nombre Norbano hubo varios generales y hombres ilustres que cruzaron el imperio en sus campañas y es mucho más fácil que llegara al territorio de Cáceres algún Norbano militar o magistrado que no los habitantes en masa de la Norba itálica.

Pero sobre todo y ante todo, porque el apellido *Norbano* se repite y difunde en la zona de Cáceres con enorme difusión según muestran las lápidas funerarias. Es lógico que con el Norbano fundador vinieran deudos del mismo *nomen* y que éste fuera otorgado a sus clientes y libertos en la nueva ciudad, perpetuándose aquél de esta manera. Aunque nunca hubiera habido en Lusitania ciudad alguna llamada Norba, resultaría indiscutible que uno o unos individuos de la *Gens Norbana* se establecieran en tierras cacereñas.

El caso de que en la tierra de una colonia hispánica se encuentre en abundancia el apellido de su fundador no es infrecuente. Ocurre por ejemplo en la zona de *Gracchurris* (Alfaro), fundación de Tiberio Sempronio Gracco, lo que da lugar a cierta abundancia de *Sempronios* en la región (me refiero, naturalmente, a menciones de este *nomen* en la Epigrafía romana) (48).

Pero la Colonia Norba tiene un sobrenombre: *Caesarina*. Sobre esto, contrariamente, han especulado todos los autores, coincidiendo en relacionar la palabra con César, unos refiriéndose a la época en que el gran hombre vivía y dando por descontado que fue quien

fundó la ciudad; y otros suponiendo que esta última sólo se denominó así en memoria de Julio César, después de muerto éste en el año 44.

Parece lógico que al estudiar este *cognomen*, Cesarina, hagamos una comparación con otros sobrenombres y títulos honoríficos ostentados por otras colonias hispánicas.

En primer lugar hallamos un gran número de estas urbes que llevan el sobrenombre de *Julias*, por ejemplo *Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco* – *Colonia Urbs Iulia Carthago Nova* – *C. Victrix Iulia Celsa* – *C. Iulia Gemella Acci* – *C. Iulia Traducta* – *Pax Iulia* – *Scalabis Praesidium Iulium*, etc.

En dos coexisten los sobrenombres *Iulia* y *Augusta*: *C. Iulia Augusta Dertosa* (Tortosa) y *C. Iulia Ilici Augusta* (Elche).

Hay otras sólo con el sobrenombre de *Augusta*, una con el de *Lepida* (sólo temporalmente: *Celsa*) y finalmente tres llevan el nombre de César: Zaragoza, Medinasidonia y Cáceres, en nombres actuales.

Deducir conclusiones cronológicas de unos títulos honoríficos dados a determinadas ciudades es, evidentemente, muy aventurado, dada la escasez de nuestras fuentes. Los títulos pueden darse a estas ciudades en cualquier momento de su historia. Pero, aun dentro de esta indefinición, existen razones por las cuales, en término general, unos hechos son más probables que otros. Y a igualdad de condiciones, la hipótesis más probable es siempre la preferible para un historiador consecuente.

Las ciudades que llevan el nombre de *Julias*, son, con aceptable seguridad, fundaciones de César o del tiempo de César. Hay excepciones como la ya citada *Colonia Iulia Dertosa*, que data del tiempo de Augusto. Pero esta datación se refiere sólo al título de *Colonia*. Antes del 45 era un *Oppidum* que ya llevaba el nombre de *Iulia Dertosa* (49).

Que estas poblaciones fueran obra personal, directa o indirecta de Julio César es fácilmente comprensible. La palabra IULIA era el nombre familiar, el nombre de la estirpe de César y es lógico, en un hombre cuya elegancia espiritual tiene reconocida la Historia, que al fundar ciudades las vinculase a la grandeza de su familia, antes que a su propia persona; razón por la cual elegía para ellas el sobrenombre de *Julias* con preferencia al que se relacionaba con la voz César (El *cognomen* era más personal que el *nomen*, como es bien sabido). Por lo demás también es bien sabido que todo los objetos, abstractos y concretos relacionados con César, llevaron el calificativo de *Julios* y no el de *Cesáreos* ni *Cesarinos* (*Lex Iulia*, mes de *Julio*, etcétera).

No hace falta por otro lado hacer notar que ninguna población pudo recibir el título de Augusta antes de que esta palabra se convirtiera en la denominación personal de Octaviano, el primer emperador, cosa que ocurrió en el año 27, en que el Senado se lo otorgó. A partir de este momento cualquier cosa importante que ocurriera en el Imperio llevaba estampado el título del que era su dueño: *Augustus, Augusta*.

Quedan sólo dos colonias hispánicas (tres si contamos a *Caesar Augusta* = Zaragoza) que tienen en su sobrenombre la raíz del cognomen del dictador. Estas dos colonias son, una *Norba Caesarina* y la otra *Caesarina Augusta Asido* (Medinasidonia). ¿Por qué estas dos colonias fueron llamadas Cesarinas y no Julias? La razón más probable es que, en la fecha de su fundación, la palabra César ya se había mitificado; es decir, no eran fundaciones personales del Dictador Perpetuo, sino de personajes que actuaban en homenaje a su nombre. Esta modalidad encaja perfectamente en la época triunviral o sea desde el 43 hasta el 32. Esto se ha dicho ya varias veces. Yo querría ir aun más lejos. A mi juicio estos derivados cesáreos de estas colonias, tanto pueden corresponder a César como a Octavio. Mientras duraron las guerras civiles del Imperio (triumviros contra republicanos, octavianos contra antonianos), Hispania estuvo siempre incorporada al bando de Octavio o al de Lepido, que eran prácticamente la misma cosa, puesto que los antagonistas del joven heredero de César estuvieron siempre en Oriente. Una colonia fundada en Hispania en estos años debería estar honoríficamente dedicada a Octaviano o a Lepido. Ahora bien, desde la muerte de Julio César, su sobrino y heredero tomó el nombre de Cayo Julio César Octaviano, el cual se abreviaba pura y simplemente en *Caesar* en un gran número de ocasiones, sobre todo monumentalmente (50).

Por tal motivo, las colonias que traen la raíz César en su sobrenombre pudieron estar dedicadas a *Caius Caesar*, triunviro, general y político invicto y verdadero dueño del occidente del Imperio en tanto no recibió de un modo total el título imperial de Augusto. Octaviano usó muchas veces el nombre de César y no el de Julio, pues estaba personalmente vinculado a Julio César, pero no a la *gens Julia*, puesto que él pertenecía a la familia *Octavia*.

A mayor abundamiento, dos de las tres colonias cesáreas en su nombre llevan añadido a éste el sobrenombre de Augustas. Una desde su fundación, Cesaragusta y la otra a quien Plinio (51) llama simplemente *Colonia Asido Caesarina*, recibe al parecer más tarde el título de Augusta.

Es esta colonia tan parecida en su denominación a la nuestra, la que debemos tomar en parangón. *Colonia Norba Caesarina*, *Colonia Asido Caesarina*. Por alguna razón estas dos colonias, una con nombre itálico y otra con nombre indígena, recibieron el nombre de Caesarinas y no el de Julias. Esta razón para mí está clara: porque son fundaciones (como ciudades romanas: ambas preexistían a la conquista de Roma) de la época en que el personaje más poderoso y árbitro del Imperio, en estas provincias era Cayo César; es decir, pertenecían a los años 43-27.

Resumiendo cuanto acabamos de decir:

A) La Colonia Norba Caesarina fue fundada por algún personaje llamado *Norbanus*.

B) Las fechas que más probablemente encierran su fundación son 43 a 27 antes de Cristo.

Veamos ahora si entre estas dos cifras, algún personaje llamado Norbano pasó por nuestra tierra. No hay que buscar mucho. En el año 36 es nombrado procónsul de Hispania CAIUS NORBANUS FLACCUS, hombre de gran prestigio en la época triunviral, cónsul de la República en 38, aventajado militar, acreedor a una recompensa honorífica.

Al terminar su gobierno en España, Norbano Flacco obtiene la entrada triunfal en Roma, ceremonia reservada a los vencedores en guerras o grandes batallas (52). No existe la más mínima duda de que durante su gobierno en España, Norbano entabló guerras victoriosas. ¿Y en qué sitio? Pacificado el Este, el Sur y el Centro de la península sólo quedaban zonas a medio romanizar en el Oeste, Noroeste y Norte. Las campañas de Norbano tuvieron que realizarse en estos sitios y contra las tribus más bravas y hostiles. Excluyendo el Norte o Cantabria, que como es sabido no fue dominado con fruto hasta la época de Augusto, por los años 29 a 20, sólo quedan como posibles enemigos de Norbano, los Lusitanos, los Vettones, los Vacceos o los Calaicos, sólo en pequeña parte dominado por Bruto en 136 (53).

A esto hemos de añadir que los Lusitanos estaban en Roma convertidos en algo legendario y todo general que pisara España, si tenía el muy humano deseo de coronar su cabeza con los laureles del triunfo, buscaba a toda costa una victoria más o menos importante sobre la valerosa tribu. Recordemos que Julio César, con la exclusiva mira de lucrar honores en su *cursus* se sacó de la manga una guerra Lusitana durante su pretura en 60 (54) y algo parecido hizo otro pretor, C. Casio Longino en 48 (55). Por lo tanto, no otra cosa

debió de hacer Norbano. El que no tengamos noticia de estas campañas puede ser debido a la inmensa cantidad de libros que se han perdido de autores antiguos (56), lo que da lugar a tremendas lagunas en la Historia.

Cualquiera que fuera el objetivo de las campañas de Norbano, siendo indudablemente teatro de éstas el Oeste de España, el sitio donde está Cáceres era una buena base de operaciones y las feracísimas tierras del valle del Salor, al Sudeste de la capital extremeña actual, muy apropiadas para ser cultivadas por veteranos y eméritos.

Como vemos, las cosas con esta hipótesis fluyen con una sorprendente naturalidad y un valor lógico y voluminoso, aunque no sea absoluto y taxativo. Y uniendo a esto que no existe el más mínimo indicio en contra, la referida hipótesis consigue *la máxima probabilidad*.

### D i s e n s i o n e s

Desde que estas ideas fueron primero esbozadas por Sánchez Paredes, más tarde aceptadas y ampliadas por la mayoría de los investigadores de Cáceres y finalmente ensambladas y confirmadas oficialmente por el dictamen de la Academia ya citado, surgieron sin tardanza opiniones discrepantes. Para unos, la fundación de Norba era bastante más moderna que el año 34, y por tanto el Bimilenario no se debía conmemorar hasta dentro de algunos años. Para otros, el origen de la Colonia era bastante más antiguo y por ende, el Bimilenario se debió haber conmemorado hace algunos años.

El presente trabajo sería, naturalmente, incompleto, si no examinara lo que tienen de valor estas dos opiniones discrepantes y divergentes. Vamos, pues, a hacerlo.

Los partidarios de la hipótesis más moderna (57) se apoyan sin duda en una poderosa e incontrovertible prueba arqueológica: la lápida de 1930, citada al principio de nuestra exposición y hoy empujada en el despacho del alcalde de Cáceres. En esta lápida, que se halló en las propias murallas de Cáceres, formando al parecer parte de una puerta romana, no respetada en la construcción de los Almohades, aparece la Colonia Norba dedicando un homenaje a su *Patrono* Lucio Cornelio Balbo y dando a éste el título de *Imperator*. Este último título nos explica que se trata de L. Cornelio Balbo, el Menor, de los dos conocidos que hubo, y que la dedicación es posterior al año 19, que fue cuando tal sobrenombre honorífico fue otorgado al famoso militar gaditano por sus victoriosas e interesan-



tes campañas en África. Si esta lápida es fundacional, no hay duda de que Norba Caesarina nació como Colonia, en una fecha comprendida entre los años 18 y 10 antes de Cristo, aproximadamente.

Esta hipótesis, pese a su vigorosa prueba arqueológica, no es a mi juicio completa. Sólo se prueba aplastantemente una cosa: Que Cornelio Balbo fue en algún tiempo patrono de Norba Caesarina. Pero no prueba que la fundara ni menos en las fechas dichas, únicas en que hubiera podido hacerlo. Examinemos algunos argumentos:

1.º No es seguro ni probable que la piedra sea fundacional. Pudo ser únicamente votiva. Se encontró formando parte de una puerta de las murallas. Pero estas murallas, como las de casi todas las ciudades romanas españolas, datan, según los entendidos, *del siglo III* cuando más (58), en que las provincias hispánicas comenzaron a ser surcadas por bandas de germanos y otros bárbaros (59). La piedra, de carácter votivo, pudo estar situada en algún monumento de la colonia, quizá en el pedestal de una estatua y al formarse las murallas, aprovechada y colocada en ellas como muestra de respeto hacia un personaje vinculado a la historia... o simplemente *per accidens*. Las murallas de nuestras ciudades romanas están llenas de lápidas, incluso funerarias aprovechadas como material y puestas en el lienzo, unas veces mostrando la inscripción y otras no (60).

2.º No es cierto que el patrono de una ciudad fuera siempre exclusivamente su fundador. La inversa sí se verifica. El *Deductor* de una colonia se convertía automáticamente en su primer patrono. Pero podía tener más tarde otros. Para poner un solo ejemplo, Servio Sulpicio Galba, gobernador de Hispania en el siglo I de nuestra era y más tarde emperador de Roma, fue patrono de *Clunia*, la poderosa ciudad celtibérica de la que evidentemente no fue fundador. Balbo, pues, pudo perfectamente ser nombrado patrono de la Colonia Norba al morir su fundador Norbano, con quien le unía amistad y parentesco y que era más viejo que él (61).

3.º A menos que mediaran bastantes años desde el 19 hasta la fundación de Norba, es un contrasentido que Balbo, como resultado de sus victorias en África, dedujera una colonia en España. Lo lógico era fundarla o haberla fundado en África, de cuya provincia era procónsul (62).

4.º La fundación de una colonia en Cáceres, después que en el año 25 Augusto hubiera establecido el gran *complejo*, como diríamos ahora capitalicio de AUGUSTA EMERITA es históricamente de la mayor improbabilidad. Emérita fue fundada con un término enorme, equivalente a un par de provincias actuales (63). Se cons-

truyó de nueva planta con la mira de edificar una gran capital en Lusitania que, no sólo eclipsara a las demás poblaciones de esta provincia, sino a casi todas las de Hispania, como así fue. Hubiera sido un absurdo y hasta un desafío a la voluntad organizadora imperial el segregarse tierras del término normal de Mérida para establecer una pequeña colonia a sólo 70 kilómetros de la metrópoli, cuando sobraba sitio para una *deductio* en cualquier lugar del Norte de España, ya pacificado. Norba preexistió sin género de dudas a Emérita. El fundarse ésta, subsistiría, naturalmente y su término como un enclave en el de Mérida. Precisamente el esplendor de ésta fue la causa de la decadencia de Norba, que no obstante su condición colonial languideció sin aumentar su extensión ni sus monumentos en toda la época romana.

En resumen, Norba Cesarina hubo de ser fundada antes del año 27 en que Augusto reorganizó toda la administración geográfica española.

Los partidarios de la fundación de esta ciudad en una fecha *más antigua* (64) se fundan únicamente en datos históricos indirectos; es decir en pareceres u opiniones de autores de la Edad Moderna. Según el *sentir* de tal o cual autor el sobrenombre de Cesarina prueba que la fundó César cuando fue Pretor en el año 60 o cuestor en el año 68, o aunque, fundada todavía antes (por el año 75), recibió de César más adelante su *cognomen*. Y se alegan supuestas menciones de Norba durante las guerras pompeyanas en que debió afiliarse al partido de César, granjeando la simpatía de éste, etc., etc.

Ya me ocupé largamente de esta hipótesis en mi artículo «*Norba aquí y ahora*» publicado en la prensa de la región (65). Estas menciones de Norba en la primera mitad del siglo I antes de Cristo *no existen* en ninguna parte. Sólo son fruto de la imaginación, más o menos lógica y casi siempre muy desbocada, de los autores del Renacimiento y del Barroco. Es muy sabido que estos historiadores, tanto españoles como extranjeros y aún los mejores y más honrados, sin perjuicio de ser autoridades respetables, en épocas próximas a la suya, entran en barrena por así decirlo, tan pronto se trata de hechos de la Edad antigua, que colman de deducciones y afirmaciones aventuradas unas y enteramente fantásticas y disparatadas otras.

Disponían de muchas menos fuentes que nosotros, porque no tenían la ayuda de los hallazgos arqueológicos posteriores; y los textos clásicos que estaban a su alcance los leían en ediciones no expurgadas ni criticadas y por tanto, con muchos errores.

Por otra parte, al lado de los historiadores que escribían de buena

fe había un sinfín de falsarios que inventaban pura y simplemente libros y cronicones romanos, hinchíendolos de los más descabellados datos, mintiendo con osadía fechas y componiendo etimologías macarrónicas que son la hilaridad de quien los lee hoy (66).

Durante el siglo XVI y XVII además se falsificaron infinidad de inscripciones. En Evora y otros sitios de Portugal se confeccionaron a destajo lápidas con textos alusivos a Viriato o a los que combatieron contra Viriato. Otro tanto ocurrió en España y en nuestra propia región todavía se conservan inscripciones falsificadas en Alcántara.

Algunos historiadores o por mejor decir todos, aún los mejores, como Florián de Ocampo o Ambrosio de Morales y en Extremadura fray Alonso Fernández o Alonso de Torres y Tapia o en Portugal Bernardo de Brito y Andrés Resende, recogían en sus páginas estas inscripciones falsas y aceptaban en todo o en parte afirmaciones de los falsarios. Copiándose unos a otros sin una severa discriminación que, por otra parte, no estaban en condiciones de efectuar, mezclaban verdades con mentiras y hechos históricos contrastados en los textos clásicos con fabulosas especies nacidas en la torpe minerva de los falsarios. Así se iniciaban las historias nacionales o regionales dando como fundadores de nuestras ciudades a Túbal o a Jafet, cuando no a Hércules o a Ulises, y sobre todo a César.

Así pues, el que quiera estudiar con seriedad nuestra historia antigua, no tiene otro remedio que partir de cero; es decir, limitarse a los textos griegos y latinos de reconocida solvencia y autenticidad (67) y los datos arqueológicos plenamente comprobados e insertos en repertorios de confianza. En nuestro país, puede decirse que hasta hace cien años con Delgado y sobre todo el gran hispanista y classicista alemán Emilio Hübner, cualquier texto que hable de Historia Antigua es sospechoso.

Puede el erudito, sin duda, citar la opinión de tal o cual autor que le merezca más confianza, pero sólo como curiosidad y sin que tales opiniones y sentires tengan el menor peso dialéctico que sólo puede fundarse en auténticos textos latinos de la época o en objetos arqueológicos plenamente reconocidos como fidedignos.

Ya hemos visto que la hipótesis objeto de este trabajo tiene en su apoyo los *dos únicos* textos clásicos que hablan de Norba y las *dos únicas* lápidas auténticas que la mencionan.

La hipótesis *tardía* sólo puede apoyarse en una inscripción auténtica, pero que no prueba el aserto. Y la hipótesis *temprana* no tiene base alguna legítima en que apoyarse.

## CONCLUSION

Hemos procurado en estas líneas llevar a sus justos términos, con un criterio lo más científico posible, el problema del Bimilenario de Cáceres. Se trata de una conmemoración que había que efectuar, como ya se ha dicho, por estos años. Para ello se ha elegido, siguiendo el dictamen de la más autorizada entidad histórica que posee el país, la fecha que a todas luces es considerada como la más probable, y creo que se han adherido a ella el mayor número de autoridades históricas de la región. Ha habido, sin embargo, opiniones discordantes, pero éstas se han limitado, como ya hemos visto, a *exigir pruebas irrefutables* y absolutamente indiscutibles de la hipótesis que llamaríamos central, mientras por su parte no aducían, en beneficio de sus propias teorías, ninguna prueba, no ya irrefutable, sino medianamente viable.

En la inmensa mayoría de las cuestiones de Historia Antigua, donde existen tan escasas fuentes y éstas han pasado por innumerables vicisitudes a través de los siglos, no se puede hablar de pruebas en el sentido categórico de esta palabra, sino de *probabilidades*. A exigir pruebas irrefutables de cada hecho histórico, la historia de la Hispania clásica podría escribirse en un papel de fumar, pues incluso las fuentes auténticas merecen un crédito relativo, por estar impurificadas, llenas de errores de copia o de compilación, cuando no viciadas por la tendencia del autor.

El historiólogo se tiene que contentar con una dosis razonable de probabilidades que compongan un sistema lógico en el fluir de los hechos. Cuando una hipótesis como la actual de la fundación de Norba por Norbano, ha podido reunir un acervo de probabilidades históricas muy grande y *no existe* circunstancia que la haga imposible, puede decirse que ha alcanzado la categoría de verdad histórica virtual. Así están establecidos numerosísimos esquemas de Historia que admite todo el mundo. Algunos de éstos, pueden estar equivocados, es cierto y no está fuera de lo posible que algún día surja el dato arqueológico, o muy improbablemente histórico, que los desmonte. Pero esto ocurre rarísimas veces. Cuando este dato destructor aparezca aludiendo a Norba Cesarina, tanto en cuanto a su ubicación, como en cuanto a su fundación, lo aceptaremos plenamente si es legítimo. Mientras tanto, nos decantamos por la opinión que, con mucho, ofrece los mayores visos lógicos y críticos de verosimilitud: *Norba es Cáceres y fue fundada por Cayo Norbano.*

## NOTAS:

- (1) Recordemos, entre otros varios los del *Conde de Canilleros* en «ABC» de Madrid, fechas 9 diciembre de 1966 y 3 de enero, 3 marzo, 31 marzo, 6 y 16 abril, 20 de mayo, 6 de junio, 6 de julio, 6 y 17 de agosto de 1967. — N. Puig Megías, «Hoy» de Badajoz, 8 de enero 1967. — Germán Sellers, «Extremadura» de Cáceres, 2 septiembre 1967 y ss. — Fernando Bravo, «Extremadura», 28 mayo 1966 y «Guía de Ferias», mayo 1967. — C. Callejo, «Hoy», 7 y 8 enero 1967, «Hoy», 27 mayo 1967, «Extremadura», 27 mayo 1967, «Hoy», 30 junio 1967, etc. etc.
- (2) Sobre todo en el lujoso folleto editado por la Dirección General de Turismo con magníficas fotografías de García Pelayo y trabajos de Antonio Sánchez Paredes, C. Callejo, Fernando Bravo, Conde de Canilleros, Valeriano Gutiérrez Macías, Marqués de Lozoya y Jesús Dionisio Acedo, precedidos de un Pregón de Alfonso Díaz de Bustamante, alcalde de la ciudad.
- (3) Principalmente en mis artículos *Ante el Bimilenario de Norba Caesarina*, diario «Extremadura», 31 mayo 1966, donde por primera vez se justificó esta hipótesis por escrito «*Dos mil años de edad*» diario «Hoy», 7-8 enero 1967. *Norba aquí y ahora*, «Hoy», 30 junio 1967. *El segundo milenario de Cáceres*, «Diario de Barcelona», 6 agosto 1967.
- (4) *Historia Natural*. IV, 35, 117.
- (5) *Ptolemaios* (Tolomeo). Tablas geográficas II, V, 6. Tolomeo la llama simplemente NORBA CESAREA, en griego, idioma en que está escrita su obra: *Norba kai-sareia*.
- (6) V. entre otros trabajos los que se recogen en el libro *Dos mil cien años de Valencia*, Valencia, 1962.
- (7) Sobre esta importante lápida consúltense FLORIANO «*Cáceres ante la Historia*», Cáceres, 1931 y *Estudios de Historia de Cáceres*, Oviedo, 1957, tomo I, pág. 46. GARCIA Y BELLIDO: *Parerga de arqueología y Epigrafía Hispano romanas*, «Archivo Español de Arqueología», 1960, pág. 186.
- (8) Véanse las reseñas de los artículos firmados por CURIO O'XILLO (Fernando Bravo) en el periódico «Extremadura», 4, 10, 17 diciembre 1965 y 15 enero 1966.
- (9) La especie fue ya apuntada por José de VIU, *Extremadura. Colección de sus inscripciones y monumentos*. Madrid, 1852, tomo I, pág. 136.
- (10) Citada ya (nota 7), págs. 37 a 49 del tomo I.
- (11) C. CALLEJO: *El origen y el nombre de Cáceres*, Cáceres, 1962, página 34, nota 26.
- (12) R. MENENDEZ PIDAL: *Orígenes del español*. Madrid, 1926, pág. 215.
- (13) G. ARIAS: *En torno a Norba Cesarina*. «El Miliario Extravagante», número 10, octubre 1965.
- (14) A. GARCIA Y BELLIDO: *Dictamen sobre la fecha fundacional de la colonia Norbensis Caesarina, actual Cáceres*. Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLIX. Cuaderno II, pág. 279, Madrid, 1966.
- (15) PLINIO: *Nat. Hist.* loc. cit. Las otras cuatro colonias de Lusitania e igualmente mencionadas por Plinio son *Augusta Emérta* (Mérida); *Caecilia Metellina*, a quien Plinio llama *Colonia Metellinensis* y los Itinerarios *Metellinum* los latinos y *Hizn Medelin* los árabes (Medellín). *Scallabis Praesidium Iulium* que por los Itinerarios se fija en Santarén y finalmente *Pax Iulia*, llamada por Ptolomeo *Pax Augusta* (posiblemente llevó los dos sobrenombres) que fue atribuida fantásticamente por los autores del Renacimiento a Badajoz y está demostrado que es Beja en Portugal.

(16) Ya citadas, libro II, cap. V, 8. Las Tablas Ptollemaicas son solamente una relación de ciudades y otros accidentes con sus coordenadas geográficas, según la Cosmografía de dicho autor griego y conocido astrónomo. Aunque algunas cifras están evidentemente equivocadas y otras son sólo aproximadas, estas tablas son la más completa fuente para el conocimiento de la Geografía antigua, puesto que aunque muchos autores mencionan poblaciones no dan su situación sobre la superficie del país. Ptolomeo escribió hacia el 150 después de Cristo.

(17) Simón Benito BOXOYO (este nombre debe escribirse hoy Bojoyo, lo mismo que Ximénez, Roxas, Muxica, se escriben hoy con J): *Noticia histórica de la muy noble y leal villa de Cáceres, provincia de Extremadura. Monumentos de la Antigüedad que conserva*, Manuscrito de 1794, editado en Cáceres en 1952, pág. 154. Bojoyo es un autor de toda confianza, con una escrupulosidad y un espíritu crítico muy superior a su época.

(18) El *Corpus Inscriptionum latinarum*, es la primera compilación universal de Inscripciones latinas que se ha acometido en la Historia y hasta la fecha no ha sido superado por obra análoga, que sepamos. Se comenzó a publicar en 1823 y sus suplementos alcanzan hasta 1924. Estaba dirigido por el profesor Th. Mommsen, de la Universidad de Berlín. La parte dedicada a Hispania se confió al gran hispanista y sabio Emilio Hübnér, comprendiendo el número II de los 15 volúmenes de que consta esta obra, que se abrevia con las letras CIL. La inscripción del texto lleva en dicho tomo II el número 694.

(19) CIL, II, 693.

(20) CIL, II, 695.

(21) Casi todas estas inscripciones se han hallado en las ruinas de Cáparra, trasladándose en remotos tiempos a los vecinos pueblos de La Oliva y Villar de Plasencia. (Ver CIL 813 y 828).

(22) Estas lápidas están compiladas en el trabajo citado de GARCIA Y BELLIDO: *Dictamen...* (ver Nota 14), pág. 287.

(23) Como ejemplos sacados de nuestra propia región podemos citar Augusto-briga= Talavera la Vieja (María MARCHETTI, *Hispania, en Dizionario epigráfico della Antiquità Romana*, de Ruggiero, tomo III, pág. 909). Identificado mediante una inscripción votiva (F. Fita. B. R. A. H. XI, 1878, pág. 358 y CIL, 5346). – IULIPA.= Zalamea de la Serena, V. A. GARCIA Y BELLIDO: *El distylo Romano de IULIPA (Zalamea)*. Madrid, 1963, según una inscripción votiva dedicada a Trajano, por el *Municipium Iulipense*, encontrada en Zalamea. (Ver J. R. MELIDA. *Catálogo Monumental de la provincia de Badajoz* núm. 1.936, Madrid, 1925). – También *Concordia Julia Nerto-briga*= Fregenal de la Sierra (inmediaciones), según una inscripción votiva igualmente dedicada al Genio de la ciudad. MELIDA C. M. *de la provincia de Badajoz* ya citado núm. 1.603, pág. 396. Cfrse. MARTIN, ALMAGRO: *Orígenes y formación del pueblo hispano*. Barcelona, 1958, pág. 120.

(24) Plinio loc. cit. 117.

(25) Itinerario *Ab Emérta Cesaraugustam* núm. 24. CASTRIS CAECILLI XX. m. p. O sea a 20 millas de la estación anterior (*Ad Sorores*) que a su vez se encuentra a 26 millas de Mérida. Esta distancia coincide sensiblemente con el Norte de Cáceres.

(26) Se intentó pasar por tal una que mencionaba a cierta *Respública Norbensis* y que no era sino una burda falsificación. (Ver mi libro *El origen...* ya citado, página 45 Nota.

(27) Que todo lo más podrían atribuirse a alguno de los municipios citados en la Inscripción auténtica del puente, Por ejemplo Lancia u otra cualquiera, excepto las pocas que están localizadas. La candidatura de Alcántara está fundada en especies indocumentadas de autores regionales del siglo XVII y en inscripciones falsifi-

casas en el siglo XVI, algunas de las cuales subsisten junto a las auténticas en el celeberrimo puente o en el templete anejo.

(28) A. FLORIANO: *Estudios...* ya citado, tomo I, pág. 64.

(29) Léase Marcial CALZADO: *Norba, la inaprehensible*. Rev. «El Miliario», número 12, pág. 316. París, 1966 y M. CALZADO: *El campo de los Norbanos*, «Extremadura», 13 noviembre 1963.

(30) G. ARIAS BONET: *En torno a Norba Caesarina*, «El Miliario Extravagante», núm. 10, pág. 247, París, octubre 1965 y del mismo: *Cáceres el Viejo guarda aún su secreto*, ibidem, núm. 12, pág. 319, junio 1966, continuado en la pág. 336, núm. 13.

(31) Véase MENENDEZ PIDAL: *Historia de España*, tomo II, *España romana* (de varios autores). Apéndice pág. 794. – También Martín ALMAGRO: *Introducción al estudio de la Prehistoria*, Madrid, 1960, mapa aéreo, pág. 80. Y por supuesto, las obras de SCHULTEN sobre sus excavaciones en este Campamento, no siempre asequibles.

(32) No existe tratado moderno de Historia romana que deje de poner Norba Caesarina en Cáceres, ni español, ni extranjero: A. GARCIA Y BELLIDO *La península ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid, 1953. P. BOSCH GIMPERA y P. AGUADO BLEYE: *La conquista de España por Roma* en el tomo II de H. E. P. M. ya citado. AGUADO BLEYE: *Historia de España*, Madrid, 1954, pág. 279. MELIDA: *Catálogo Monumental de la Prov. de Cáceres*, Madrid, 1924, tomo I, pág. 65. Adriano VASCO RODRIGUES: *Arqueología da Península Hispánica* – Porto, 1964, Mapa pág. 408, etcétera, etc.

(33) La forma *Qazrix* la elegí en mi libro *El origen y el nombre de Cáceres* como versión castellana castiza de la palabra árabe, que no se puede traducir a tipos de imprenta corrientes, ni aun en su modalidad de caracteres latinos por contener consonantes con signos diacríticos. Es un topónimo gemelo a Guadix, Almorox, Andraitx y muchos otros españoles. Es preferible a la grafía *Qazrish* más moderna, pero que emplea la combinación inglesa SH sin sentido en nuestra lengua. En obras de divulgación; puede emplearse la versión *Cazris* sin inconveniente grave, pues los árabes transformaron al fin y al cabo en *Xim* la *ese* latina.

(34) V. ANTONIO BLAZQUEZ: *Nuevo estudio del Itinerario de Antonino* B.R.A.H. XXI, 1892, pág. 73 y ss.

(35) Ed. *Ravennatis Anonymi Cosmographia*, Pinder Parphey.

(36) Hübner CIL II, Lusitania, pág. 81. FLORIANO, obra ya dicha *Estudios...* donde viene abundante bibliografía.

(37) MENENDEZ PIDAL: *H. de España*, tomo II. *España Romana*, pág. 623.

(38) La clásica destrucción por Leovigildo «en castigo a haberse puesto al lado de Hermenegildo» que traen todos los manuales, está por probar.

(39) IBN HAWQAL, año 997.

(40) También debe ser obra de estos *Fratres* o *Caballeros* la torre circular de la calle de la Amargura, única construcción que, a guisa de atalaya harían en la acrópolis, para atisbar posibles incursiones moras. Esta torre es románica-mudéjar y nada tiene que ver con las murallas almohades ni con las romanas.

(41) Pertenece también al reino de la fábula el que los últimos caballeros se refugiaron en la *Torre del Bujaco*, «que desde entonces se llamó así en memoria del califa almohade Abu-Jacob...», etc. La verdad es que no he encontrado la palabra Bujaco en ningún libro antiguo. En el siglo XVIII se llamaba la Torre del Reloj (Ver Bojoyo, obra citada) y antes, al parecer, la Torre Nueva, por haber sido reconstruida en mampostería, ya que primitivamente, como torre albarrana hermana de las demás árabes, debió ser de tapial, como todas las otras. El califa Abu Yaqub Yúsuf, de quien dependería el supuesto bautismo de la torre, probablemente no estuvo nunca en Cáceres, pues todas estas campañas las realizó el general Abu Hafs Omar.

La palabra *Bujaco*, interpretada fantásticamente por autores recientes, se deriva con toda probabilidad de *Burraca* o *Burraco*, nombre de una torre que consta existía en Cáceres. El investigador local Tomás Pulido, tiene prometido un trabajo sobre este interesante tema.

El deslizamiento fonético no es tan extraño como parece. Todo el que ha leído documentos antiguos sabe que la R minúscula se ha escrito hasta bien entrado el siglo XIX en los manuscritos en una forma muy parecida a la X. Y que la X en muchos casos y hasta las mismas fechas (siempre que no tenía su sonido doble latino), se pronunciaba como J (México-Méjico, Ximénez-Jiménez, Truxillo-Trujillo, etcétera). Así pues, la derivación BURRACO-BUXXACO-BUJACO es por demás aceptable, en obras escritas.

(42) Para mi gusto la forma correcta es *Colonia Norba*. Plinio tiene la costumbre de adjetivar algunos topónimos al referirlos al sustantivo *Colonia*. Así llama a Caecilia Metellina, *Colonia Metellinensis* (IV, 117), a Pax Julia, *Colonia Pacensis*, etcétera. Ptolomeo y los Itinerarios llaman a estas poblaciones *Metellina* o *Metellinum* y *Pax*. Contrariamente el cognomen correcto es *Caesarina*. Caesarea es una derivación con sufijo griego y por eso fue usada por Ptolomeo.

(43) A. GARCIA Y BELLIDO: *Las colonias romanas de Hispania*, Anuario Historia del Derecho. Madrid, 1959. Obra muy completa de imprescindible consulta en todo lo que se refiere a colonias hispánicas.

(44) La palabra *Gentilicio* tiene dos acepciones. Una familiar, referente al *gens* o familia originaria y se aplica al *Nomen* o segundo nombre de los personajes romanos que casi siempre terminaba en -ius. Y otra geográfica, que es la que se emplea en el lenguaje corriente, referente al punto de nacimiento: Emeritense, natural de Mérida o Emérita.

(45) Por lo que se refiere a *Norbanus*, cfrse. Ernest BABELON. *Monnais de la Republique Romaine*. Londres, 1886, tomo II, pág. 257.

(46) En el importante Monetario del Museo Arqueológico de Cáceres se encuentran dos denarios de esta familia. Véase Carlos CALLEJO *Dos monedas de Cayo Norbano* («Extremadura», 27 mayo 1967). Una de ellas viene reproducida magníficamente en el ya citado folleto del Bimilenario e ilustrará la emisión de sellos españoles que con este motivo se han puesto en circulación. El personaje a que se refieren es probablemente el padre del fundador de Norba.

(47) *El origen...* ya citado, pág. 34.

(48) A. GARCIA Y BELLIDO: *Las colonias...* ya citado, pág. 448.

(49) Antonio VIVES: *La moneda Hispanica*. Madrid, 1916, tomo IV, pág. 16. Las monedas antiguas de Dertosa ya llevan la mención Julia. No vale pues el argumento que se ha esgrimido para demostrar que este nombre fue impuesto por Tiberio.

(50) *Caesar. divi F. C. Caesar*. Cfrse. monedas de *Ilerda*. A. VIVES. ob. cit. página 43. C. SEAR: *Roman Coins*. Londres, 1964. Núm. 373 y ss.

(51) *Nat. Hist.* III, 11.

(52) Según la Inscripción del Capitolio C. NORBANUS. C. F. FLACCUS. PROCOS. AN DCCXIX. Ex. HISPANIA. III. ID. (oc) TOBR. o sea: «Cayo Norbano Flacco, hijo de Cayo, Procónsul año 719 (34 antes de C.) Triunfó en España el día 4 de los Idus de Octubre (o sea el 12 de Octubre)». *Acta triumph. Capit. CIL I* · 2 p. 50.

(53) Tito LIVIO: *Perioch.* 55.

(54) H.E.M.P. Tomo II *España Romana*, pág. 244.

(55) *Ibidem*, pág. 251.

(56) La mayor parte de las obras de Plinio, de Posidonio, de Polibio, de Tito Livio, etc., etc., están perdidas y sólo se conservan libros sueltos o fragmentarios o resúmenes debidos a otros autores. Por ejemplo los de Floro referentes a Tito Livio.

(57) Antonio C. FLORIANO: *Cáceres colonia romana* (En torno al bimilenario de la Ciudad). Oviedo, 1966.



(58) Para RICHMOND, según ALBERTO BALIL: *La defensa de Hispania en el Bajo Imperio*. Rev. «Zephyrus», tomo XI, 1960, pág. 67, las murallas de Norba, como las de Coria, parecen datar de la época de Aureliano.

(59) Principalmente en el reinado de Galieno (260-268), en que las bandas de Suevos y Francos recorrieron la península, adueñándose hasta de Tarragona.

(60) Hay varios ejemplos de ello en las de Coria, donde Sánchez Paredes ha descubierto algunas en estas condiciones. V. SANCHEZ PAREDES: *Dieciséis inscripciones latinas de la Vettonia*. Núm. 2. «(Extremadura)», 22 enero 1964).

(61) El problema de los Norbanos se dificulta, como todos los biográficos romanos por la homonimia de innumerables personajes; dado el sistema onomástico, ciertamente nada perfecto, que se usaba en Roma. El *Cayo Norbano Flacco* que tenemos por fundador de Cáceres, a veces se confunde con su padre o con su hijo, de los mismos nombres. G. y BELLIDO en su obra *Las colonias...* citada, pág. 479, al hablar de Norba Cesarina parece relacionarla con C. Norbano Flacco, cónsul en 24 cuando es C. Norbano Flacco cónsul en 38 el que fue procónsul en Hispania en 36. El mismo autor en su obra *Dictamen sobre la fecha fundacional de la Colonia Norbensis Caesarina*, Madrid, 1966, delinea una genealogía de los Norbanos, y rectifica lo anterior, con lo cual Cornelio Balbo no es suegro, sino consuegro del fundador de Norba. Este último debía ser bastante mayor por estas fechas si lo suponemos hijo de C. *Norbanus Flaccus*, monetario y cónsul en -83.

(62) Uno de los más fuertes argumentos en contra de la fundación de Norba por Cornelio Balbo, sobre el que especula al *Dictamen...* de A. GARCIA Y BELLIDO, pág. 289 Nota y el artículo de F. BRAVO: *El Bimilenario de la fundación romana de Norba Cesarina*, «Extremadura», 28 mayo 1966, es la escasez o por mejor decir la inexistencia práctica de antropónimos *Balbi* en la epigrafía Cacerense y aún del nombre *Cornelii* sólo hay tres. No vale objetar que la mayoría de nuestras lápidas son de los siglos II y III, pues los apellidos perduran mucho tiempo; y por otro lado, la misma objeción podría hacerse a los *Norbani*, de los que tengo fichados 40 sólo en la provincia de Cáceres (52 señala G. y Bellido en toda Lusitania), contra un solo *Balbus*.

(63) Nos lo explican los textos de Frontino y de Hygino y a la vez las inscripciones de sus *termini augustales* que los cifran en Valdecaballeros (CIL 656), por el Este y en Montemolin (P. Fita B. R. A. H. 72, pág. 152 y ss.) por el Sur. El mismo Turgalium (Trujillo) era una dependencia de Mérida.

(64) Vid. Pedro LUMBRERAS VALIENTE: *El Bimilenario de la Colonia Norba se cumplió hace unos cuarenta años*. Periódico «Hoy» de Badajoz, 27 mayo 1967.

(65) Ya citado. «Hoy», 30 junio 1967.

(66) La mayor parte de todos estos disparates proceden del *Chronicon* de Flavio Daextro, obra inventada por el tristemente célebre P. Román de la Higuera, que contiene las fundaciones fantásticas y los imaginarios episodios protocristianos de gran parte de los pueblos de España. De este cronicón apócrifo beben directa o indirectamente muchos autores de la historiografía regional: Solano de Figueroa, Fr. Alonso Fernández, Torres y Tapia, Arias Quintanadueñas, etc. etc. Otras veces las especies falsas proceden de lápidas fraudulentamente grabadas con el objeto de demostrar o aportar datos históricos. Abundan también las procedentes de errores de buena fe como es el caso de la famosa CASTRA JULIA, que no existe manera de desterrar de nuestra bibliografía y que procede de un error en la edición de Leyden de la *Naturalis Historia* de Plinio. Dice allí, al hablar de Norba que le son *contributae* Castra Caecilia y Castra Julia, debiendo decir «Castra Caecilia y Castra Servilia» como en todas las restantes ediciones.

(67) El investigador español dispone actualmente de un excelente repertorio en las conocidas *Fontes Hispaniae antiquae*, recopiladas por A. SCHULTEN, P. BOSCH GIMPERA y L. PERICOT, comenzadas a publicar en 1922 y actualmente con 9 tomos.



## EL ALQUICEL BLANCO (LEYENDA)

Por CARLOS CALLEJO



BERNARDO de Besalú, señor del condado y castillo del mismo nombre, fue un caballero adornado de las más relevantes prendas que podían hacer a un señor feudal de su tiempo. Querido de sus vasallos, respetado de sus vecinos y protegido de los monarcas de quienes era feudatario.

Un hombre cuyo carácter bondadoso y dulce contrastaba con la violencia de pasiones y rudeza de sentimientos que era la tónica de aquellos tiempos de hierro. Y no es que a Bernardo le faltara valor ni entereza, pues de ellos y de su ánimo esforzado había dado pruebas bastantes en diferentes y gloriosas empresas, bien al frente de sus guerreros o aliado a los Condes de Barcelona y Urgel en sus luchas contra los árabes.

Lo que en definitiva revestía de humanidad y dulzura la figura del conde de Besalú, al mismo tiempo que constituía la principal marca de su carácter, era su sincera piedad, la identificación de los principios del Cristianismo que él servía, en la paz como en la guerra, a diferencia de otros señores, que en el fragor de los combates enarbolaban el estandarte de la Cruz, mientras en la vida particular de sus castillos olvidaban, entre ambiciones y pasiones, la doctrina del Crucificado.

Jamás indigente alguno llamó en vano a las puertas de su castillo, fuera romero, peregrino o simplemente errante buhonero o juglar, de los muchos que en aquella época recorrían los caminos. Nunca se supo que ejercitara sus derechos feudales con menosprecio de la más íntegra justicia, y en cambio, se contaban por millares sus buenas obras y eran muchas las iglesias y monasterios que se habían fundado o se mantenían, a expensas suyas.

Pero entre todas sus virtudes, tenía el Conde una especial devoción a la Madre de Dios, a quien encomendaba todos los actos de su vida con la ternura y veneración de un niño.

Sin embargo, el Conde de Besalú no era feliz; el cielo le había concedido dones y poderío suficientes a colmar una ambición que él no sentía; en cambio, le había negado algo por lo que el noble caballero hubiera dado de buena gana todos sus títulos y blasones.

Dueño de uno de los más prósperos condados de Cataluña, señor de muchísimos lugares, valles y castillos, poseedor de una sólida reputación entre los príncipes cristianos, Bernardo, carecía en cambio de una cosa que el más vil de sus pecheros quizás tenía: una esposa cariñosa y fiel.

La Condesa Ermengarda, con quien, según el uso de aquel tiempo se casara sin conocerla siquiera y para signar con un sello de carne una alianza política, ni amaba a su marido, ni era digna de ser esposa de un caballero como él. Criada en otras tierras, extraña en aquellas costumbres, y falta de amor y de piedad, había caído en la horrible mezquindad de profanar la honra y el hogar del Conde durante las largas temporadas en que las guerras o las intrigas políticas le mantenían alejado del castillo. Y era Guerau de Torelló, el «veguer» o escudero mayor del Conde, el hombre que más favores debía a su señor, el que había seducido a su infiel esposa, pues la increíble vesania de las almas perversas se complace siempre en pagar las mayores bondades con la más negra traición.

Por algún tiempo mantuviéronse las relaciones entre los culpables dentro de una discreta oscuridad y secreto. Mas la pasión y locura de aquellos desgraciados creció de tal modo, que no bastándoles ya el esconderse, quisieron que su unión saliera a la faz del mundo desprovista de los infamantes estigmas que tenía y que podían convertirse en un inaudito escándalo. Para lograr sus fines llegaron hasta el límite de tramar la desaparición de la única persona que estorbaba a su pasión..... Si muriera el Conde, al traidor veguer no le sería difícil constituirse en protector de la viuda, para después casarse con ella y llegar hasta a usurpar el puesto que la nobleza de la sangre de Bernardo, y el mérito de estas obras, habían conquistado en el país. Horrorizados la primera vez ante este pensamiento, no tardaron en encontrarlo grato y deseable después, y..... por último fue tal la ofuscación de sus conciencias, que, en un momento de olvido de su condición de humanos, acordaron hacer desaparecer al hombre que les estorbaba, a su bienhechor, el buen Conde Bernardo.

## II

Una tarde, ya avanzado el crepúsculo, cuando los últimos rayos del sol se extendían por el ocaso, penetrando por los intersticios de gran-

des y densas nubes, que iban lentamente rellenas el cielo, cabalgaba el Conde de Besalú, al buen galope de su caballo tordo, en dirección a su castillo, bien ajeno a que poco antes de llegar a él le esperaba la negra muerte, arteramente escondida entre los matorrales.

Cabalgaba el Conde solo, que por eso el traidor escudero había escogido aquel día para ejecutar sus designios. Un airecillo violento, precursor de una tormenta que se cernía a lo lejos, azotaba su rostro, e inflaba como una vela su capa, blanca como la nieve, y recamada finamente de oro. Era esta prenda una especie de alquicel, de que le había hecho presente el walí árabe de Lérida, Aben-Gania, en una ocasión en que fuera a visitarle, como embajador del Conde Ramón Berenguer. Bien por este timbre de honor, bien por el aire exótico y majestuoso que le daba, Bernardo gustaba de envolverse en aquella suntuosa prenda.

A menos de una milla de distancia, tétrico y sombrío como un fantasma, llevaba el mismo camino el traidor Guerau, ávido de ver realizado el monstruoso crimen, e inquieto por las punzadas del remordimiento.

La noche iba avanzando; a lo lejos retumbaba el trueno amenazador, y algunos relámpagos iluminaban el horizonte con resplandores rojizos. Bernardo de Besalú espoleó a su caballo, deseoso de llegar cuanto antes al confortable salón de su castillo, cuando se oyó un trueno horrisono e interminable. como si recorrieran el horizonte de parte a parte, un escuadrón de carros infernales. El caballo tordo del Conde se detuvo en seco y en aquel momento hirió los oídos del jinete el tañido dulce y apagado de una campana. Bernardo prestó atención y por la inflexión del timbre conoció no ser la de su castillo. De una ojeada reconoció el panorama, levantó la cabeza y al punto averiguó de donde salía aquel lejano toque.

Antes de llegar al puente sobre el Fluvíá, existía, junto al camino, una colina de faldas ásperas y breñosas y en lo alto de ella un viejo ermitaño, bien conocido del Conde, mantenía una lamparilla de aceite ante el altar de una antigua imagen de María. Era Bernardo muy devoto de aquella imagen que de un modo milagroso, contaba la leyenda, había llegado a aquel paraje, mas la hora y las circunstancias no le permitían subir a rezar ante ella un Ave María como era su costumbre. Comenzaban ya a caer algunos goterones de agua y el conde picó espuelas a su caballo, pero con sorpresa suya el animal no movió ninguno de sus cascos; tornó a espolearlo vivamente y sólo logró que se encabritara su cabalgadura sin que fuerza humana consiguiera hacerle avanzar un solo paso. Al mismo tiempo, llegó otra vez a sus oídos el suave tañir de la campana de la ermita, Nunca le había parecido a Ber-

nardo tan agradable aquel sonido, ni tan suaves sus inflexiones; resonaba en sus oídos como una música extraña y angélica, y parecía como si desde las alturas le llamara con voz insinuante. Entonces se sintió movido por una devoción a la Virgen que jamás había sentido tan honda. Algo irresistible le impedía pasar de largo y seguir su camino sin saludar en aquella capillita a la Reina de los Cielos. La colina era breve pero peñascosa y árida, el Conde se apeó de su caballo, se despojó del blanco alquicel, que le habría estorbado en la ascensión, y subió con paso firme por la estrecha senda hacia la dulce campana que le llamaba con insistencia, dejando capa y cabalgadura en medio del camino.

Pocos minutos después llegaba a aquel paraje Guerau de Torelló. La noche había cerrado ya y sólo su densidad era vencida a veces por el surco de un relámpago. A la luz de uno de ellos columbró el miserable el caballo tordo del Conde en medio del camino. Un estremecimiento de pavor circuló por sus venas, y le erizó los cabellos. ¡Ya estaba consumado el crimen! Los asesinos comprados por él habían dado muerte a su señor, y como muestra viviente de aquel horror, erraba por las inmediaciones su fiel cabalgadura. Guerau hundió la cabeza en su pecho preso de un sentimiento de terror; mas pronto reaccionó su soberbia malignidad; lo hecho, hecho estaba; ahora ya no había por qué volverse atrás. Bernardo no existía. Su propio camino, el camino de la ambición y las pasiones, estaba libre. Lo demás ¿qué importaba? Alzó los ojos y vio a su lado al caballo tordo y colgando de su arzón, la capa blanca que solía llevar el Conde Bernardo. Una insana y réproba alegría se apoderó de Guerau. Todo era suyo ya. Era suya la condesa, era suyo el castillo, era suyo el noble caballo tordo y hasta era suyo el blanco alquicel del rey moro..... Y preso de una trágica vanidad, saltó sobre el caballo del conde, se envolvió en la capa recamada y dio una espantosa carcajada, cuyos ecos devolvieron los bosques.

—¡Adelante, Guerau de Torelló, Conde de Besalú!

El caballo tordo partió como un rayo con dirección al castillo. Apenas hubo atravesado el puente, cayó sobre él una cuadrilla de negros fantasmas, que derribaron al jinete, y lo cosieron a puñaladas.

\* \* \*

Inmóvil, con el rostro desencajado, y los ojos clavados en el sangriento despojo, la capa blanca de su marido que, manchada y hecha jirones, acababa de presentarle, como prueba de su criminal acción, uno de los pagados sicarios, la Condesa Ermengarda sentía sobre su conciencia todo el peso de su horrible crimen. Ciega, desatentada por

una pasión que le ardía en las entrañas, no vaciló en dar el consentimiento al asesinato que le había propuesto Guerau, pero ante la prueba palpitante del hecho, sintió vergüenza y horror de sí misma, desvaneciéndose el bastardo placer a que había aspirado, y sólo tuvo alma para lamentar y llorar sangre sobre la memoria de aquel crimen, arrepentida de él demasiado tarde. Ahora, al contemplar aquellos jirones desgarrados, por donde se había escapado su vida, conocía la miserable el valor de aquella noble sangre, veía a su marido valeroso, comedido y amante, incomparablemente superior a aquel enteco villano en quien ella pusiera los ojos. ¡Oh! lo que hubiera dado ella por desandar lo andado!

La noche avanzaba, continuaba la tempestad, y la infeliz condesa se revolvía por su aposento sin saber qué hacer. Ora caía de rodillas para rezar, ora se retorcia las manos y mordía sus labios entumecidos, esperando que uno de aquellos rayos cayera sobre su cabeza y la fulminara vengando tan monstruoso asesinato.

Sin atreverse a echarse en el lecho, derrumbada en un sillón como viviente imagen del remordimiento, devoraba Ermengarda sus cavilaciones cuando le pareció que entre el monótono golpear de la lluvia sobre los tejados, y el siniestro silbido del viento entre las almenas se oía un ruido claro y distinto cerca de su aposento. No cabía duda, alguien subía la escalera que conducía a su puerta. Se oían pisadas repesadas y recias, bien distintas del cauteloso caminar de su amante; sin embargo no podía ser otro que el veguer que venía a entrevistarse con ella y darle cuenta del crimen,

Ermengarda se estremeció de pies a cabeza. Aquellas pisadas le resonaban en las entrañas y le erizaban el cabello.

En aquel momento se abrió la puerta del aposento y apareció Bernardo de Besalú.

Fue un golpe espantoso; la culpable se abalanzó sobre él con los ojos desencajados y las manos en alto. Un momento estúvole mirando y terminó dando un grito desgarrador.

—¡Tú!...

Y cayó cuan larga era sobre el pavimento.

\* \* \*

De rodillas, pálida como un muerto, y con voz entrecortada, la Condesa Ermengarda hacia ante su marido la confesión de todos sus delitos hasta la conjura infernal que la justicia divina había vuelto sobre el asesino.

La infeliz terminó su relato y arrojada de bruces esperó que la espada de su señor la atravesara de parte a parte en justo castigo a su crimen. Pero Bernardo continuaba inmóvil.

—«No me mata, —pensó ella— me reserva otro castigo; sin duda, me arrojará de su castillo con el estigma infamante del repudio y la deshonra hacia mi familia». Se atrevió a levantar la cabeza y a través del velo de las lágrimas pudo ver la fisonomía del Conde. La estaba mirando con dulce serenidad, y nada revelaba el propósito de infligirle aquel castigo. Entonces adivinó el proyecto de su marido. Ni la muerte ni la deshonra. Era demasiado bueno para ella, pero en justa expiación la enviaría a un monasterio donde purgar sus maldades con una vida de austera penitencia.

La mujer acabó de levantar la cabeza y esperó la sentencia del esposo. Al fin, Bernardo, con voz tranquila y dulce, le dirigió unas pocas palabras:

—Ermengarda, agradece a la Madre de Dios, que haya impedido que sobre tu cabeza cayera un crimen tan repugnante. El que está en los cielos, castiga al réprobo y se apiada del débil. Dios se ha apiadado de ti y te ha perdonado. También te perdono yo...

La Condesa Ermengarda cayó a los pies de su marido y los bañó en lágrimas.

\* \* \*

Y éste es el origen que la leyenda da al monasterio de Santa María de Besalú, fundado por Bernardo en conmemoración del milagro que le salvó la vida, y que muchas generaciones y muchas tempestades han traído a la ruina en que hoy se encuentra.



## UN ERUDITO EXTREMEÑO

CARLOS CALLEJO SERRANO

**E**ON don Pedro Romero Mendoza ha desaparecido uno de los primeros eruditos que nuestra región poseía en el campo de las letras puras. Actualmente, esta palabra *erudito* parece que ha venido a caer poco a poco en descrédito, en tanto que se practica y hasta se entra a dictaminar en temas literarios con una formación basada en la simple lectura del periódico y unos cuantos libros contemporáneos.

Pedro Romero nos ha dejado víctima de un accidente trágico y estúpido como tantos otros de esta plaga de nuestros tiempos que va segando vidas al azar, algunas excepcionalmente fecundas y todas igualmente valiosas por ser humanas. Ha sido una sorpresa brutal para los que le conocíamos y apreciábamos en su verdadero ser como persona y como literato. Durante varios años, en mis periódicos viajes a Navalmoral de la Mata, un número obligado era la visita a don Pedro, a quien encontraba siempre sumergido en un mar de papeles, unos profesionales y otros literarios. Nuestra conversación era siempre corta, pero sustanciosa. Su obsesión era la revista *ALCÁNTARA*, que desde muchos años atrás dirigía con acierto, topando siempre con numerosos inconvenientes completamente ajenos a su gestión, que ocasionaban largos retrasos en la salida. Obstáculos debidos siempre a la escasa importancia que se da a los valores del arte y el espíritu, en contraposición a la «res utilitaria». *ALCÁNTARA*, la única revista cultural de la provincia de Cáceres, era con frecuencia pospuesta en la imprenta a un impreso administrativo, carne de chimenea, que ni lleno ni vacío valía el papel que lo soportaba. Todo ésto desesperaba a Romero Mendoza y mucho más las críticas y quejas que la devaluación de la revista debida a su poca puntualidad provocaba, y de todo lo cual él no era responsable.

Años más atrás, antes de su traslado a Navalmoral como funcionario de la Diputación, se le encontraba por las tardes sentado en



un banco del Paseo de Cánovas con el inevitable libro en la mano. Nuestra conversación en estos encuentros era asimismo corta y ática y solía versar sobre el libro que estaba leyendo. A veces se agrandaba con la presencia de su compañera en la vida y en las letras doña Eladia Montesino, cuyos finos versos aparecían frecuentemente en las páginas de la revista. Romero Mendoza, leía mucho, leía siempre y leía bien, con la dedicación y minuciosidad de un monje medieval, acotando marginalmente cuanto de interés especial contenía la obra, tanto en su fondo como en su forma. Nunca he podido yo leer así por falta de tiempo material. El lector moderno no puede saborear lo que lee; se ve obligado a tragar sin masticar el texto de un libro, elaborando un rápido proceso de digestión para separar lo esencial de lo accesorio. Así se lee hoy, porque no hay espacio para más. De donde lo sacaba Pedro Romero fue siempre un misterio para mí. Pero lo cierto es que no existía volumen ni autor literario antiguo o moderno que él no conociera, desde Plutarco y Séneca hasta Camus o Cela. Y en este aspecto a veces me daban ganas de gastarles la famosa chanza de Menéndez y Pelayo, a quien le dieron un disgusto al manifestarle que en Alcoy salía un *librillo* que él no conocía. Luego cuando le aclararon que era un librillo de papel de fumar hubo de tranquilizarse su estrecha conciencia de lector infatigable.

Pedro Romero Mendoza, sin embargo, era menos conocido de lo que merecía, seguramente por haber infravalorado el papel esencial que en el mundo moderno desempeña la Prensa. Nunca escribía en los periódicos y pocas veces – salvo los comentarios lingüísticos que firmaba como «Un aprendiz de hablista» – en la propia revista que dirigía. Este error en nuestra época se paga frecuentemente con el olvido prematuro.

Romero era un purista, tanto de la filosofía como del lenguaje. Esta devoción a la Verdad y la Belleza le atraía no pocas críticas, de las que no se sabía defender, tal vez porque su caballerosa bondad, a veces escondida tras un gesto adusto, le impedía luchar eficazmente contra los que sin razón le atacaban, poner en solfa los fallos o los sofismas que tantos acérrimos del «a la pata la llana» como arbitrio que tiene la enorme ventaja de no necesitar preparación ni trabajo. A Romero le ponía enfermo el solecismo y le mataba la chabacanería. Pero sus «críticas sin hiel» y su «suaviter in modo» no tenían efectividad porque lo que no tiene algo de hiel de cualquier color, no se lee siquiera y la suavidad pasa completamente desapercibida. Esto era en él lo único *anticuado*, adjetivo que hubo de encajar numerosas veces: los modales de exquisitez que el público de

ahora no entiende ni aprecia. No estaba anticuado, en cambio, en el fondo de las cuestiones que planteaba, por razón sencilla de que la verdad no está nunca anticuada y los caracteres de una calidad auténtica son por completo independientes de la cronología. Pero esto no lo entienden los que viven pegados a la hoja del almanaque del día o las hormigas que creen que no existe ni existió nunca más tierra que la que hay debajo de sus seis patitas microscópicas.

Pedro Romero no sólo era un crítico, sino un tratadista; no sólo había acumulado mares de erudición, sino que sabía devolvérsela al lector galanamente envuelta en un estilo elegante y agradable. Su magna obra «Siete ensayos sobre el Romanticismo español» mereció que la Real Academia le concediera el importantísimo premio «Conde de Cartagena» pocas veces mejor ganado. Este libro le fue publicado en dos etapas por la Diputación de Cáceres. El segundo tomo ha salido hace poco, un montón de años después de haber conseguido el brillante premio. Quizás en este retraso llevase él una parte de culpa, pues su delicadeza ni aguantaba la sospecha de que él, por su situación en la Empresa editora, hubiera intervenido para «acelerar» la publicación de una obra suya.

Cuando me ví en el trance de hacer la recensión de esta obra para la revista ALCÁNTARA me asaltó el temor de no poder hacerlo con la eficacia que a mis ojos merecía el autor y mi amistad con él. Se trataba de un libro voluminoso, a pesar de no contener sino la mitad de la obra y que me era forzoso apilar con otros cien trabajos que aguardaban turno en mi nutrido programa de obligaciones literarias. Confieso que la perspectiva de haberme de leer quinientas páginas, no era precisamente un acicate para mi obligada pereza, pecado que en mí no es precisamente vicio sino necesidad. Al cabo me fue forzoso pechar con ello. Pero si antes de tomar el volumen sólo era la amistad quien me acuciaba a la lectura; en cuanto comenzó ésta, fue el mismo texto el que me hizo exprimir mi tiempo, sacando minutos de cualquier sitio para dedicarlos al libro. Romero en esta obra no sólo se muestra como un conocedor del tema como acaso no ha habido otro desde los tiempos de Cejador, sino como estilista de la pluma y un maestro en el arte de saber convertir lo árido en ameno, y en ligero lo pesado. Nada más distinto a otros tratadistas que me he visto obligado a deglutir y que sólo sabían enfardar su técnica en párrafos de plomo o desparramarla en bosques de hojarasca, empleando bronca y torpemente la maravillosa herramienta que es el lenguaje castellano. Esta obra cumbre de Pedro Romero que, felizmente, pudo ver publicada íntegra antes de su muerte, tiene mil pá-

ginas y se lee, nada más con dos onzas de amor a las letras que atesore el lector, con el interés de una buena novela. Ya lo dije en las recensiones que hube de hacer y lo hago en esta recensión póstuma en que desde luego, no puedo encerrar toda la obra de Romero Mendoza, entre otras razones porque buena parte de ella me es desconocida, por haber salido a la luz cuando yo todavía no vivía en Extremadura. Y esta mención trae a mi memoria un tributo más de gratitud con el finado. Pues cuando, poco después de concluída la guerra, yo hube de reanudar mi vocación literaria y humanística en un ambiente muy distinto al mío natal, las primeras puertas de hospitalidad y afecto que se me abrieron en Cáceres fueron las del llorado Tomás Martín Gil y la de Pedro Romero Mendoza, ya hoy desaparecidos y también la de Dionisio Acedo Iglesias, que mil años viva.

Nuestro autor, contra lo que podría esperarse de sus reparos críticos y lingüísticos y de su carga de erudición, que suele ir acompañada de un estilo pesado y pomposo, era, como escritor, todo lo contrario, sencillo, fácil, asequible y ameno.

Sus trabajos de imaginación (hace poco se publicaron algunos de ellos en un tomo bajo el título de «*El Chupao* y otros cuentos»), eran aguafuertes llenos de vigor y de realismo, y sus versos, de tipo clasicista, completaban la silueta del literato perfecto.

En uno de sus poemas últimamente publicados en la revista ALCÁNTARA después de una serie de vivaces alegorías, el poeta terminaba, ante una última figura aparecida, con estas palabras:

«Dos golpes secos en mi puerta dieron  
.....  
—si eres la Muerte, pasa....»

Ahora, esos golpes presentidos llegaron a ser realidad. Y el escritor ha dejado pasar a la Intrusa con la misma serenidad que describió en su poema. A los que quedamos y fuimos sus amigos y compañeros de letras, nos resta cultivar su recuerdo, admirar su capacidad de trabajo e imitar su caballerosidad.





=====

=====

=====

Arte

=====

=====

## LA IV BIENAL DE PINTURA EXTREMEÑA, en Plasencia



N Plasencia y coincidiendo con la clausura del III Congreso de Estudios Extremeños, fue inaugurada el día 1.º de Mayo la IV Exposición Bienal de Pintura Extremeña, organizada por la Comisión de Educación, Deportes y Turismo de la Diputación de Cáceres, con la colaboración de la Escuela Elemental de Bellas Artes.

Los cuadros en número de noventa y cuatro, se han colgado en tres salas, aparte de unos pocos colocados en el vestíbulo, en el histórico Palacio del Deán, recientemente adquirido por el Ayuntamiento de Plasencia.

Si la cantidad de muestras artísticas expuestas da una idea de la magnitud de este certamen, el nivel de calidad, generalmente muy alto, de la pintura que se expone, confiere a esta IV Bienal una categoría desusada. Ha sido un gran acierto hacer coincidir la Exposición con el

Congreso, porque ello ha permitido a los concurrentes a este último, muchos de ellos directamente interesados por vocación o por afición en todo acontecer artístico, tomar el pulso al estado actual de nuestra producción pictórica.

En la sala primera comenzando por la izquierda del que entra, existen dos cuadros o mejor dicho dos dibujos abstractos —uno de ellos es un «collage», aunque se percibe poco— y que son las únicas muestras absolutas de esta modalidad en la Exposición. se deben a J. M. Bueno Vicente y uno de ellos tiene un grato valor decorativo. Destacan al fondo dos magníficos retratos, obra de María Teresa Romero, llenos de vida y de buen oficio. Hay un interior catedralicio de Mirón y otro exterior, también catedralicio, de fantasmagórica luminosidad, de Pilar Durán; dos imaginativos paisajes nocturnos de Juan Pablo Alba y una serie de finos bodegones de distintos autores.

En el vestíbulo y acompañado de otros bodegones, hay un gran cuadro de Quintas de vigorosa expresión humana. En la sala central frente a la entrada captan la vista unas graciosas réplicas hedonistas de cuadros clásicos, debidas a Antonio Cano y unos logrados retratos de Juan Narciso, con otros cuadros de no pequeño mérito.

Lo mejor de la exposición a nuestro juicio, se encuentra en la sala de la derecha, donde vemos dos finísimas pinturas de Ubaldo Cantos, con la delicadeza propia de su estilo; de ellas escogeríamos el número 50, con una figura infantil contemplando un relieve marmóreo, de admirable técnica. A su lado hallamos dos magníficos cuadros de fuerte colorido y abigarrada composición, debidos al laureado pintor Guillermo Silveira.

Frente por frente están un par de muestras de dos destacados y discutidos pintores cacereños, uno caracterizado por su fidelidad a un solo estilo, Victoriano Martínez Terrón, con sus cales luminosas que hacen parpadear; el otro es su compañero y de bien distinta trayectoria Juan José Narbón, cada vez más diverso en su irregular línea que ahora deja el abstracto y el «collage» para reentrar en una composición de tipo casi cubista y tintas planas. La pintura de Narbón, al menos en este certamen, no es agradable, pero es pintura. A la derecha vemos un patético cuadro de J. Mirón, representando una mujer del pueblo. Hay bodegones de depurado estilo, como uno de Juan Gordillo y otros de Ubaldo Cantos y María Belén Meliá. Paisajes rurales y urbanos, como las puertas placentinas de Manuel Calderón y las bellas casitas de Antonio Galindo. Destacan a continuación dos impresionantes cuadros de factura tenebrista, debidos a Manuel Santiago Morato y otros dos paisajes en esbozo impresionista de Martín Escaned; una naturaleza muer-

ta semiabstracta y unicolor, de Gumersindo Yuste, algunas timidas aportaciones de la llamada pintura social y otros cuadros logrados que no es posible enumerar uno por uno.

El visitante se lleva en general una placentera impresión de la pintura regional, hallando en ella relevantes valores de laboriosidad e inspiración, aunque acusando quizás cierta timidez en la búsqueda de temas y en el lenguaje de las formas, todo ello como sensación global, pues no faltan audacias y sorpresas en algunos artistas. Estas Exposiciones Bienales, como los Congresos Culturales, son muestras de un renacimiento evidente y de un florecer continuado en todos los campos del espíritu, constituyendo un signo de optimismo para quienes no han perdido la esperanza en los destinos de nuestra región.

C. C. S.

## **UBALDO CANTOS GIL, en Cáceres**

Ubaldo Cantos se ha presentado nuevamente ante el público cacereño. Esta vez lo ha hecho en la Galería de Exposiciones de la Caja de Ahorros, durante los días 13 al 15 de Abril, colgando una colección conjunta de veintiséis óleos y siete dibujos.

Ubaldo Cantos, santanderino de Castro-Urdiales, profesor de Dibujo del cacereño Instituto de Segunda Enseñanza «El Brocense», viviendo en Cáceres desde hace más de dos lustros, participó ya en Octubre del 1968 con sus obras en la Semana Cacereña en Madrid, y en la III Bienal de Arte Extremeño, donde obtuvo el premio del Ayuntamiento cacereño. Es por tanto un artista técnicamente formado, vinculado a Cáceres, que goza de buen predicamento en los círculos artísticos de la capital. Su exposición como es lógico, atrajo a ese público, amante del arte, que afortunadamente, en Cáceres, es cada vez más numeroso. Su exposición, insistimos, se ha visto muy concurrida y en general ha gustado.

Los siete dibujos, que incluye en la exposición, todos sobre motivos cacereños del barrio monumental, presentan buena técnica, —el autor es profesor de Dibujo— algunos como el titulado «El Adarve», de muy logrado realismo.

De sus óleos, destacan, preferentemente, los retratos infantiles en los que Ubaldo Cantos, consigue matices de efectos sorprendentes. Trabajando con colores tenues, a los que saca suavidades de pastel, el autor

Se exponen con ellas los utensilios de la elaboración del lino, torno, rueca, devanadera, etc.; diversos «rollos» de tejido de lino, medias, varias delanteras o antecamas de primorosos dehilados, y antiguos encajes de Acebo.

En el salón están montados los trajes de tres pueblos de la comarca: Malpartida de Plasencia, Montehermoso y Cabezabellosa, en su doble versión, masculino y femenino, y aunque el más espectacular y conocido preferentemente por la gorra o sombrero sea el de Montehermoso, no le van a la zaga, en nada, por su distinción y riqueza de los adornos y complementos el de la «chinata» de Malpartida y el de Cabezabellosa con claras influencias del de la charra rica de Salamanca.

Ambientan esta sala, capas, alforjas, pañuelos del talle, etc.

La tercera habitación es la cocina. Aquí lo más destacable son los almiércoles; la colección tiene más de 80, algunos con varios siglos; inscripciones, escudos nobiliarios de las órdenes de caballería; las jarras y los platos, de las que sólo se exponen una muestra de la rica y extensa colección.

El ambiente está logrado por la profusión de cobres, mesas escaños, cuencos, etc

La cuarta y última estancia es sin duda alguna la más lograda con sus dos camas de novia de Montehermoso, que son como la gorra una auténtica creación de belleza y colorido donde están decantados largos siglos de múltiples influencias.

El ambiente lo dan aquí el arca, el baúl, la muda preparada, los paños de puerta y de mano, y sobre la pared la bacía de afeitar y algo que es una auténtica joya dentro de la colección: Un traje de cristianar a los niños dentro de la misma época y ambiente que las camas y los trajes.

Además de las sillas indispensable para subir a la alta cama y otros elementos que callamos, tiene la habitación cuadra y crucifijo, no típicos pero sí de valor artístico.

GREGORIA COLLADO

## **MARIA A. RAVENTOS, en Plasencia**

Coincidiendo con el III Congreso de estudios históricos de Extremadura y en el mismo edificio —Aula de la Cultura—, en Plasencia, la artista catalana Maria A. Raventós de Oscariz, expuso una serie de cua-

dros predominando las aguadas. acompañada de varios bellos tapices de dibujo abstracto.

También pertenecen a esta modalidad los cuadros, que en mayoría son como hemos dicho dibujos hechos a una o varias tintas. La artista demuestra imaginación y depurada técnica, y en sus dibujos predominan las líneas en reiterado paralelismo, figurando unos fondos llenos para el motivo principal que suele ser circular. Algunos de los cuadros son muy sugerentes y bien logrados, con un acusado valor decorativo. Los tapices son de gran relieve y algunos con una suerte de «collage» formado por largos flecos que les dan más bien el aspecto de confortables alfombras. La exposición no es muy nutrida (11 cuadros y 6 tapices) pero muy selecta.

C. C. S.

## PREMIOS EN LA IV BIENAL DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS

El 16 de Mayo se hizo público el fallo del Jurado calificador de esta exposición para el otorgamiento de recompensas.

Componían este Jurado, reunido el mismo día en Plasencia, don Manuel Fernández Alvarez, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca y director de Extensión Universitaria del Distrito; doña María Cecilia Martín Iglesias, pintora y profesora de Pintura de la Escuela de Bellas Artes de San Eloy, de Salamanca; don Antonio Lucas Verdú, director de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy y delegado de Bellas Artes del Ayuntamiento de Salamanca; don Emilio Macías Sáenz, director de la Escuela de Bellas Artes de Cáceres, como Secretario, y don Narciso Puig Megias, diputado, presidente de la Comisión provincial de Educación, Deporte y Turismo, como presidente. Los dos últimos señores actuaron sin voto, por especial renuncia a su derecho.

Se acordó conceder el primer premio y medalla de oro del gobernador civil de Cáceres, con treinta mil pesetas de la Diputación provincial cacereña, a don Guillermo Silveira Garcia, por su cuadro «Palomas blancas sobre tejado gris»; el segundo premio, con medalla de oro del gobernador civil de Badajoz y veinticinco mil pesetas de la Diputación provincial pacense, a don Victoriano Martínez Terrón, por su obra «Carbonería».





## Letras de luto

# Don José Luis Cotallo



El día 20 de Septiembre entregó su alma a Dios el reverendo don José Luis Cotallo, sacerdote ejemplar, figura destacada de la intelectualidad cacereña y amigo de nuestra revista que le tenía encargada la recensión de libros de tema religioso. La fecha en que ocurrió la desgracia, cuando el presente número estaba casi confeccionado, nos obliga a dar estas notas necrológicas en las últimas páginas, lugar que ciertamente no es el que le correspondía.

José Luis Cotallo era persona consagrada de un modo absoluto y definitivo a su vocación profesional, en los dos cauces, espiritual y humano, sin desmayos, con inteligencia y con tesón. A estas altas cualidades de carácter moral, unía unas dotes naturales espléndidas: una mente clara, una preparación insuperable, una capacidad de trabajo sin límites y unas aptitudes literarias y sobre todo, oratorias, que le situaban en lugar muy destacado dentro y fuera de la región.

Modelo de autodidacta, supo forjarse a sí mismo desde la infancia, pasando desde su destino de funcionario civil al sacerdocio, y más tarde ocupando en este último estado una



serie de cargos crecientemente importantes que la jerarquía eclesiástica le hubo de encomendar para aprovechar sus brillantes condiciones. Tanto en España como en el extranjero, el Padre Cotallo cumplimentó cada uno de sus quehaceres tan a conciencia, que sus superiores no tardaban en echar mano de él sucesi-

vamente para otro trabajo aún más exigente y delicado. De ahí la multiplicidad de sus actividades en Acción Católica, en el Colegio Hispanoamericano de Salamanca, en el Instituto de Cáceres, en el Brasil como capellán de emigrantes. Los dos últimos cargos desempeñados fueron los de Rector del Seminario Mayor y Director de los Colegios diocesanos, y en ambas entidades supo inyectar la savia vigorosa que reflejaba su propia vida.

En esta antología de prendas humanas que atesoraba nuestro ilustre extremeño, brillaba con luz propia su desbordante personalidad sacerdotal. Esto es muy importante en nuestra época, en que tanto se oye hablar de la crisis del sacerdocio católico cu os miembros, a decir de algunos, no encuentran su lugar en el mundo actual. José Luis Cotallo, sacerdote modelo tal cual lo desea y necesita el Pueblo de Dios, sabía muy bien cuál era su lugar en el mundo y lo ocupaba y lo ocupó hasta el último momento con plena dignidad y eficacia.

Aparte de todos sus trabajos apostólicos y docentes, Cotallo fue un propagador de la cultura y de las Letras, siendo obra suya la *Biblioteca de Autores Extremeños* y la *Biblioteca extremeña de espiritualidad*, colecciones que fundó e impulsó hasta donde le permitieron sus medios.

Descanse en paz el virtuoso pastor, gran sociólogo y hombre de acción, distinguido cultivador de las Letras y excelente amigo que fue don José Luis Cotallo.

C. CALLEJO SERRANO





## JUAN NARCISO, en Cáceres.

En el local de exposiciones de la Diputación Provincial y al mismo tiempo que la Exposición de Pintura organizada por la Delegación Provincial de Información y Turismo, el pintor cacereño Juan Narciso, —participante también con dos obras, ambas laureadas, en la citada exposición— ha colgado 42 cuadros más, dando muestra poco común de fecundidad y madurez por el número y la calidad de aquéllos, respectivamente.

Juan Narciso es uno de nuestros artistas que más y mejor se han sazonado al paso de los años. Hoy, dentro de su género, constituye, con su pintura honrada y firme, una valiosa realidad artística. Sus mejores especialidades son el paisaje y la composición urbana. En ambas produce cuadros intensos, verdaderas ventanas luminosas que vibran en nuestros ojos con colores llenos de vida y de alegría. Esta vida y vibración la logra con su peculiar técnica de pincelada o paletada gruesa al modo impresionista —nuestros olvidados y magistrales impresionistas, Regoyos, Sorolla, Joaquín Mir— que presenta sobre el lienzo una superficie material caótica en inspección inmediata, para sintetiza la a tres metros de distancia en una sorprendente reconstrucción visual.

En la cuarentena larga de obras expuestas, hallamos resultados completos, sobre todo en sus recortes paisajísticos, donde aparecen *impromptus* plásticos de naturaleza extremeña, expuestos con una vitalidad que parece afectar además de la vista, a todos nuestros sentidos restantes: tacto, olfato, etc. No es una naturaleza esquematizada y simbólica como la de Ortega Muñoz, pero implica una imagen de la misma virilidad.

Las vistas urbanas, no menos llenas de colorismo y vida, recuerdan a veces por su asunto a las series catedralicias de Claudio Monet. Sin embargo arrastran sobre sí la objeción de su semejanza compositiva con las postales policromadas tan en boga en nuestros días.

Creemos que Juan Narciso ha alcanzado ya una adultez artística que debe permitirle más espaciosos vuelos, hallándonos como estamos en una encrucijada estética producida por el rápido agotamiento del abstracto y con las últimas inquietudes apuntando a una recreación de la naturaleza.

C. CALLEJO



## Relaciones demográficas

entre

## Cápera

y

## Norba Caesarina <sup>(1)</sup>

por Carlos CALLEJO SERRANO



A ciudad romana de *Cápera* (2), de la que es heredera, si no en el emplazamiento, en su preponderante papel en la Transierra la moderna de Plasencia, debió tener en los siglos II y III una gran importancia, rivalizando en el territorio de la actual provincia de Cáceres, comarca central de la Alta Lusitania, con la *Colonia Norbensis Caesarina*. Si bien ésta última, por su situación estratégica y su abolengo típico romano, cristalizado en su condición colonial, pudo tener, como

(1) Trabajo presentado en el III Congreso de Estudios Extremeños celebrado en Plasencia en 1970. Véase «ALCÁNTARA», número 159.

(2) He elegido la forma *Cápera* por ser la que emplea HÜBNER en C.I.L. II, página 100, tomándola de PLINIO (*Nat. Hist.* IV. 118) y de las más conspicuas inscripciones, entre ellas una que incluimos en este trabajo, mármol dedicado por Cocceya Severa. Las formas *Cápara*, del Itinerario de Antonino y *Cáppara*, del «Ravennate» también apoyadas por inscripciones en lápidas votivas de Baños de Montemayor, parecen lógicamente posteriores. El lugar, pues, ha sufrido a largo de los siglos una mutación toponímica, muy ligera por lo demás, de esta forma *Cápera* > *Cápara* > *Cáppara* > *Cáparra*, siendo la primera seguramente la primitiva o la que más se aproximaría al original topónimo céltico.

hoy Cáceres, una superior importancia oficial y militar, Cápera, edificada en sitio mucho más agradable y fértil y con mejor clima, se pobló sin duda muy pronto profusamente, disponiendo seguramente de bellos edificios, con templos y anfiteatros (1). Las lápidas inscriptas de Cápera revelan una ejecución esmerada con excelentes materiales. Estos restos epigráficos (2), así como las esculturas mármóreas y otros vestigios artísticos, han ido aflorando desde la Reconquista hasta nuestros días, habiéndose trasladado a localidades circunvecinas, tales como Plasencia, Oliva o Villar.

Las dos grandes ciudades de este sector de Lusitania, fueron sañudamente destruidas por los Bárbaros en el siglo V, lo mismo que las demás poblaciones situadas en la gran Calzada de Émérica a Astúrica, las dos ciudades augústeas, salvo la primera de ellas, Mérida, metrópoli tan inmensa que los germanos no pudieron materialmente destruir más que de una manera parcial. De la ciudad estipendiaria de Cápera y sin duda por el capricho de algún jefe germano, se respetó únicamente el arco cuadrifronte, monumento impar, único en la península que todavía se conserva sin más daños que los que el paso del tiempo le ha irrogado en la serie, nada escasa, de siglos transcurridos desde su erección. Norba Cesarina, por su parte, también fue destruida a conciencia, borrándose hasta la memoria de ella y no quedando sino algunos cortos restos de su formidable fortificación, juntamente con una puerta y una de las torres de esquina.

Volviendo a Cápera, el estudio de su epigrafía nos indica que fue ciudad residencial, favorita de forasteros, muchos de los cuales venían sin duda atraídos por la fama curativa de las aguas del cercano balneario, hoy Baños de Montemayor y entonces simplemente *Thermae capperenses*. Así pues, entre otros epitafios encontramos los de varias personas naturales de *Clunia*, la gran ciudad celtibérica hoy degenerada en Coruña del Conde en la provincia de Soria; por ejemplo CAIUS CAELIUS PATERNUS (CIL, número 821) ciudadano de la tribu Galeria; CAELIA AUNIA (CIL, 820), quizás hija del

(1) Las ruinas de Cápera fueron excavadas primeramente por Antonio Floriano en 1929. Véase A. FLORIANO *Excavaciones en la antigua Cápera (Cáparra) Cáceres*. «Archivo Español de Arqueología» núm. 56, Madrid, 1955. Y más modernamente por José María Blázquez en 1965 y 1966. Ver J. M. BLÁZQUEZ, «Excavaciones Arqueológicas de España» núm. 24, Madrid 1965.

(2) Consúltese «Corpus Inscriptiones Latinarum» (CIL) de HÜBNER. También J. R. MÉLIDA, *Catálogo Monumental de la Provincia de Cáceres*. A. FLORIANO «Archivo Español de Arqueología» núm. 56. J. M. BLÁZQUEZ, obra citada. ANTONIO SÁNCHEZ PAREDES, *Inscripciones latinas de la Vettonia*. Periódico «Extremadura» de Cáceres, Octubre 1966. Varias de las inscripciones de Cápera venían ya en J. VIU. *Extremadura*, Madrid, 1952.

anterior; SEDATUS AGENAIS (CIL, 822), o LUCIUS AEMILIUS CARIO (CIL, 819).

También de la capital de Lusitania venían a Cápera a recobrar la salud o a disfrutar de su clima muchos emeritenses como LUCIUS PUBLICIUS THYAMUS (CIL, 822) o la dama llamada VALERIA SALVIA (CIL, 824). Hasta de Sevilla, o sea *Hispalis*, venían huyendo del calor andaluz ciudadanos hispalenses, tales como CAIUS MARCIUS CLARUS (CIL, 825). Todos estos personajes o bien les sorprendió la muerte mientras veraneaban en Cápera o bien se habían avecindado definitivamente en esta ciudad y allí fueron sepultados al morir, haciendo constar en los epitafios su condición de forasteros.

Pero lo que nos interesa ahora son las relaciones entre las dos grandes ciudades del Tajo medio: Norba y Cápera. El éxodo o migración del vecindario debió surgir la dirección Sur-Norte, puesto que encontrándose ciudadanos norbenses en Cápera, no se encuentra ningún caperense en la epigrafía de Cáceres.

Queremos hacer especial mención en este trabajo de una gran dama cacereña o sea natural de Norba Cesarina, que se avecindó a lo que parece, sea periódica, sea indefinidamente, junto a las aguas del Ambroz, o mejor dicho, del río Cápera, en la ciudad que entonces debió estar rodeada de huertas y vegetación frondosa, más tarde talada. Esta dama de abolengo romano se llamaba *Cocceia Severa* y debió de tener mucho cariño a su ciudad natal, puesto que en todas las dedicaciones sepulcrales que hizo a sus expensas tuvo buen cuidado en hacer constar su condición de *Norbense*.

Una vez más hemos de prevenir contra la confusión entre las menciones epigráficas NORBANUS y NORBENSIS. La primera es un simple apellido, el nombre de una tribu de las tradicionales de Roma, gentilicio onomástico que deriva de la ciudad itálica de Norba, en el Lacio; este *nomen* lo llevaban en Roma y en las provincias gran número de personas y se generalizó en la Lusitania Central una vez que el procónsul Cayo Norbano Flacco, con sus familiares y clientes fundó a 30 kilómetros del Tajo la Colonia *Norba Cesarina*. El adjetivo *Norbensis* por el contrario es un gentilicio geográfico y puesto en España; no tiene más significado que el de natural o nativo de la mencionada Colonia Norba en el actual solar de Cáceres.

Cocceya Severa, fue pues, una dama de elevada posición social y piadosos sentimientos. Podemos juzgar sobre unos y otra gracias a tres lápidas sepulcrales que se han descubierto en las ruinas de Cápera. Una de ellas, la más conocida, primorosamente labrada y

caligráficamente inscripta, se encuentra hoy en Abadía, a uno de los lados de la puerta del antiguo jardín de la casa de Alba. La inscripción dice así:

TREBIAE  
VEGETAE  
MATERTERAE  
COCCEIA  
SEVERA  
NORBENSIS

Cocceia Severa, natural de Norba y vecina de Cápera, dedica, pues un bello monumento a su tía materna (*matertera*) llamada *Trebia Vegeta*. Notemos que en esta lápida, faltan las consabidas

menciones funerarias «Aquí yace» o «Séate la tierra leve», así como la edad y otras circunstancias. Esto nos explica que la piedra —que no tiene forma de estela—, era un monumento votivo que seguramente exornaría el pedestal de alguna estatua como dice Sánchez Paredes.

En otro lugar de Cápera, Cocceia elevó un monumento a su propia madre *Trebia Prócula*, hermana de la anterior. En esta inscripción la dedicante, no sólo pone su *nomen* y *cognomen* sino también su filiación: *Celsi filia* (CIL, 814), haciéndonos saber, pues, el nombre de su padre. Pero aún hay más. La misma dama erigió otro monumento a su abuela *Avita*, hija de *Moderato*. Esta abuela seguramente es la materna o sea la madre de las Trebias Prócula y Ve-



Lápida dedicada por Cocceya Severa a Trebia Vegeta. (Según Sánchez Paredes)

geta. Lo demuestra una lápida que es famosa por haberse falsificado su inscripción con el fin de señalar el sitio de la Colonia Norbensis en un lugar donde jamás estuvo. La lápida dice textualmente: AVITAE MODERATI FILIAE AVIAE OB HONOREM QUOT CIVIS RECEPTA EST CAPERAE, y a continuación: COCCEIA SEVERA NORBENSIS CURA ET IMPENSA. De la frase SEVERA NORBENSIS se quiso hacer RESPUBLICA NORBENSIS. Los pormenores de esta falsificación pueden verse en la citada obra de Emilio Hübner *Corpus Inscriptionum latinarum*, tomo II, inscripción número 813 y yo también aludí a la misma en mi libro *El origen y el nombre de Cáceres* (1).

Sabemos pues que esta gran dama (Rica hembra la llama Sánchez Paredes en uno de sus trabajos (2), dedica monumentos a todos sus parientes fallecidos en Cápera, es natural de Norba, pues lo hace constar en todas partes con la palabra *Norbensis*. ¿Se ha encontrado en Cáceres algún antecedente suyo? En mi opinión, sí. Hace muchos años, según refiere Hübner (3), se hallaban en poder del Marqués de Castrofuerte en Cáceres dos cabritas ibéricas de bronce que se habían encontrado según el Padre Fita (4), cerca de la vía antigua que unía Cáceres con Arroyo del Puerco. Estas dos cabritas actualmente se ignora donde están, pero su existencia es indudable, pues el Padre Fita publicó sendas fotografías de ellas. Se trata de dos exvotos dedicados a la divinidad indígena *Adegina*, muy conocida e identificada por los romanos con Proserpina, con abundantes menciones epigráficas en aras votivas en toda la zona de Mérida y Norba. Una inscripción dice (CIL 5298):

D. S. T. AD  
VICTORIN  
SER. C. SE  
VERAE  
A. L. V. S.

que quiere decir *Deae Sanctae Turibrigensi Adeginae Victorinus Servus C. Severae, animo libens votum solvit*, y en castellano «A la diosa santa Adegina turibrigense. Victorino, siervo de C. Severa».

Esta C. Severa, Hübner la interpreta a su sentir como Cornelia

- 
- (1) C. CALLEJO, *El origen y el nombre de Cáceres*. Cáceres, 1962, pág. 45, nota.  
 (2) Véase periódico *Éxtremadura*, Cáceres 18 Mayo 1966.  
 (3) Página 825 del CIL, ya citado.  
 (4) Boletín de la R. Academia de la Historia, tomo VII, Madrid 1886.



Severa, pero es *Cocceia Severa* sin la menor duda. ¿Por qué? Porque en la segunda cabrita, gemela de la anterior y hallada en el mismo sitio se dice lo siguiente (CIL 5299):

DE. S. A. T.  
COCCEIUS  
MODESTIA  
NVS V.S.

Este Cocceio Modestiano podría ser un esclavo manumitido de la familia Cocceia, lo mismo que Victorino era esclavo de la rica dama Cocceia Severa; natural de Norba, según sabemos repetidamente por las lápidas de Cápera. Ambos eran devotos, como siervos indígenas, de la diosa Adegina a la que dedicaron inscripciones sobre cabritas de bronce, según la tradición celtibérica.

¿Dónde murió Cocceya Severa? Lo ignoraremos hasta que se encuentre su epitafio. Tal vez esta noble mujer que tan piadosamente honró a su abuela, a su madre y a su tía, no encontró quien hiciera un monumento a su muerte para perpetuar su memoria de una manera digna.

\* \*  
\* \*

Pero aún existe otro nexo epigráfico que relaciona a Cápera con Norba y que identifica inevitablemente a esta última población con Cáceres, como enésima prueba en un problema que todavía hay quien discute. Aunque he dado la noticia de esta importante y curiosa circunstancia en la revista «*Archivo Español de Arqueología*» la traigo aquí también como anticipo y corroboración de estas relaciones entre las dos grandes ciudades a ambos lados del Tajo y del afincamiento de norbenses, cacereños en esta ciudad del Ambroz.

En 1969 apareció al realizar unas obras en en el Palacio Cáceres-Ovando, en la capital de la provincia, donde está instalado el Gobierno Militar, una pequeña ara votiva que por su tamaño y por la inscripción que trae, carente de fórmulas de depósito, se ve que no es sepulcral. Dice así:

Q. VERRV  
CIVS. GE  
MELVS  
Q. VERRV  
CIVS. VR  
BICVS

O sea «*Quintus Verrucius Gemelus. Quintus Verrucius Urbicus*».

Se me comunicó el hallazgo, gracias a la afición y diligencia del cultísimo general gobernador militar don Antonio Galindo Casellas. Una vez aclarada la inscripción pensé incluirla en uno de los repertorios que vengo publicando en las revistas. Y al buscar antecedentes del *nomen* Verrucius, me encontré con la sorpresa de que no existía más que uno en toda la epigrafía española. Y ese uno es precisamente de Cápera, donde consta su nombre, esta vez sobre una estela sepulcral, de la siguiente forma, una vez rectificada por Hübner la errónea transcripción de Ponz (CIL 828 de Villar de Plasencia).

Q. VERRVCIO  
Q. F. GEME  
L... NORB  
AN. LXII H.  
S.T.E.S.T.T.L.

«A Quintus Verrucio Gemelo Norbense, de 62 años. Aquí yace. Séate la tierra leve».

Este Quinto Verrucio Gemelo, natural de Norba se llamaba igual que el cacereño Quinto Verrucio Gemelo, a quien alude la lápida del palacio de Ovando, junto con su pariente próximo Quinto Verrucio Urbico. El hecho de no haber más Verrucios conocidos en toda la península está proclamando con un máximo de probabilidades que se trata del mismo individuo, o todo lo más de su padre o de su hijo primogénito. Lo verdaderamente importante es que Quinto Verrucio, que muere en Cápera, era natural de Norba, según se hace constar en su epitafio *Quinto Verrucio Gemelo Norbensis* y que en Cáceres, en la parte más conspicua de la ciudad, la plaza de San Mateo, aparece una pequeña lápida votiva dedicada a la memoria de los dos Verrucios norbenses, que murieron en sitios más o menos lejanos de lo que debió ser su casa solariega y hogar de sus parientes.

Estas dos lecciones epigráficas demuestran pues, la relación íntima que hubo entre las dos ciudades lusitanas, la una de abolengo colonial y militar, la otra como ciudad residencial y de recreo, con natural fenómeno de migración de la primera a la segunda.

Y de rechazo corroboran y complementan los ya numerosísimos argumentos en pro de la atribución de Norba Cesarina al recinto histórico del Cáceres amurallado, árabe y medieval.



## CRITICA

CON POCA

HIEL

Por Carlos CALLEJO SERRANO



ESTE verano se cumplen tres años de la desaparición de quien durante muchos fué director de nuestra Revista, don Pedro Romero Mendoza. El mejor recuerdo que él hubiera elegido para estas ocasiones, es el de tratar de continuar de algún modo su obra. Romero, aparte de ser un erudito de primera línea, y un tratadista de literatura premiado por la Real Academia Española era un enamorado de la pureza del lenguaje y un técnico en estilística castellana, y así lo daba modestamente a entender con su modesto seudónimo de *Un aprendiz de hablista*.

Yo no sé si soy aprendiz u oficial, pero también estoy enamorado del idioma castellano y, como a Romero Mendoza, se me lleva el diantre de ver a nuestra hermosa lengua mancillada a diario por la ignorancia y el descuido. Por eso voy en esta breve crónica a comentar algunas de las muchas corruptelas en que actualmente caen los que al oficio o al beneficio de la pluma dedican su tiempo. Estas corruptelas son de dos clases. La primera es el abuso, que sobrepasa ya el libertinaje, de barbarismos o palabras extranjeras, principalmente inglesas, que en los periódicos y en cualquier sitio encontramos con más profusión que las moscas en verano. Hoy día, como he dicho en otra parte, no se puede entender el castellano sin cono-

cer el inglés. Pero aparte de esto también se dan con tremenda profusión los solecismos o términos empleados caprichosamente en un sentido distinto del que tienen en nuestra lengua. Estos fallos se encuentran también por todos lados, y ello a despecho del ennoblecimiento que parece deberían dar a la profesión de las letras las Escuelas de Periodismo y la masiva integración de nuestra juventud en universidades y centros docentes.

Voy pues a hablar de algunas de estas barrabasadas lingüísticas, como hacía el maestro Romero Mendoza; pero eso sí, no poseyendo la pasmosa erudición suya y faltándome tiempo, me estará prohibido autorizar cada ejemplo con un saco de citas y menciones literarias como él hacía. El lector por otro lado, recordará algunas.

CONTEXTO. De un tiempo a esta parte se observa que escritores y articulistas, cada vez que quieren referirse al texto de una obra, emplean la palabra *contexto*. Parece ser que algunos creen que, como en nuestros tiempos todo cambia, el último grito de la moda es mencionar un contexto de Isaías o un contexto de Aristóteles.

Contexto es algo más que *texto*. Se refiere a la contextura o contenido lógico de un escrito. Generalmente se emplea para aludir a la totalidad de un párrafo del cual se ha seleccionado solo una frase. Cuando no entendemos un pasaje de un libro antiguo, a veces podemos sacar su sentido por el *contexto*, es decir, por la unidad lógica que forman las frases que preceden o siguen a la cita, o bien por los conceptos generales del capítulo o de la obra en cuestión. El contexto es muchas veces necesario para interpretar bien un texto, y evitar, por vulgar ejemplo, citas como «Poncio Pilatos fué crucificado». De ahí la diferencia entre los dos vocablos y la conveniencia de no confundirlos.

EPICENTRO.—Igualmente se ha puesto de moda, cuando se habla en sentido figurado, al aludir al centro, al cogollo o a la esencia de una cosa, emplear, en vez de la palabra centro, la palabra *epicentro*. El epicentro de una conspiración, de una tendencia política o filosófica, de un fenómeno humano colectivo, etc. También hay por lo visto quien cree que la palabra «centro» se ha anticuado y que ahora hay que escribir «epicentro». La metáfora está sacada de la geodinámica, en la cual se denomina epicentro a la proyección sobre la superficie de la tierra, del centro de irradiación de un fenómeno sísmico, que puede producirse a muchos metros por debajo de esa superficie. El epicentro de un terremoto, puede estar en Valparaíso,

cuando su centro sísmico está cien metros más abajo. Al emplear pues, la palabra epicentro para designar pura y simplemente el centro de una explosión figurada de hechos históricos, empleamos una imagen falsa.

ETNOLOGIA. – Muchos escritores y algún que otro tratadista, confunden con frecuencia los conceptos de etnología y etnografía. Las definiciones de ambas ciencias que dá el diccionario de la Academia, no son precisamente un prodigio de claridad, pero cualquiera percibe la diferencia entre ambas palabras, paralela a la que hay entre las dos raíces griegas *logos* y *graphos*. Lo primero es estudio, lo segundo descripción. También se cree que la marcha de los tiempos obliga hoy a llamar etnología a lo que antes se llamaba etnografía. La etnología es el estudio de los pueblos o razas que habitan la tierra, con sus características somáticas y psicológicas. Así al hablar de la etnología de España, hemos de referirnos a los íberos, a los celtas, a los romanos, visigodos, árabes y demás pueblos que han integrado el mosaico humano de nuestro país. Pero debemos llamar etnografía a la descripción de las costumbres, utensilios, canciones, indumentaria, etc., de nuestros pueblos y regiones.

BILLON. Más de cuatro veces hemos leído por ahí escrita la frase «tantos billones de dólares o de francos», aplicada a partidas en que tan descomunal cantidad parecía inapropiada. Esto obedece a que en algunos países, y por cierto con notoria impropiedad, se llama *billón* a la unidad de millar de millón, no al millón de millones como hacemos nosotros y reclama la sana matemática. Es un vicio de lenguaje de algunos países, que nuestros malos traductores importan en sus crónicas, pervirtiendo la idea original. Un billón es  $10^{12}$  es decir, la unidad seguida de doce ceros; mientras que el *billión* francés es solamente  $10^9$ , la unidad seguida de nueve ceros, y por tanto, no es un auténtico billón.

VEINTIUNA MIL. – Antes de salir de las matemáticas censuremos la costumbre, muy introducida en nuestro lenguaje bancario, de escribir o decir *veintiuna mil pesetas*, en vez de veintiún mil, que es lo correcto. El adjetivo numeral *uno* ó *una*, se refiere en este caso a los millares y no a las unidades. Son *veintiún millares* y no veintiuna millares, y esto es lo mismo si se trata de toros que de vacas. Añadamos que en estos casos la palabra mil es invariable y forma un conjunto semántico con el cardinal anterior, de modo que



## GREGORIA COLLADO



L 7 de Abril último dejaba este mundo, tras penosa enfermedad, doña Gregoria Collado de García Aguilera, Inspectora Técnica de Educación, poetisa, escritora polifacética, socióloga eminente y ante todo extremeña de corazón y de acción.

Esta fría noticia no puede bastar evidentemente a los lectores de ALCANTARA, revista que ha hecho y hace profesión de culturalismo regional sano y fecundo en la medida de sus fuerzas. Doña Gregoria fue mucho más de lo que la encuesta noticia anterior puede explicar. En su hogar, un modelo; en su trabajo, una institución, venerada por compañeros y amigos, y en todo, un torrente de actividad y energía, de verdadera entrega a la verdad y al bien. Su regionalismo, pocas veces imitado en el sexo masculino y ninguna igualado en el femenino, era un amor profundo a la patria chica, como parte integrante de la gran España; nunca un regionalismo enclaustrado y corto de miras, como con frecuencia se ve por desgracia en otras zonas. Ninguna cosa de Extremadura le fue ajena, ni las del pasado, ni las del presente, ni las del futuro. Enumerar sus iniciativas, sus ideas — muchas veces llevadas a la práctica — llenaría varias páginas de esta Revista. Por mi parte y, como excepción, pido venia al lector para, contra lo que tengo por costumbre, firmar con mi nombre estos recuerdos necrológicos, para hacer constar así varias de aquellas ideas u obras de las que fui testigo cercano.

Teniendo a Guadalupe como lo que es, el corazón espiritual histórico de Extremadura, el guadalupismo de Gregoria, que así era llamada por sus amigos, fue insobornable e inigualable. Nacida en Navezuelas, en la misma sierra guadalupense, cerca del trono de la Señora, a quien dedicó sus mejores afanes, enarboló este símbolo y

bandera de hispanidad extremeña en cuantas ocasiones tuvo. Por su iniciativa se entronizó en la que fue nuestra Guinea, una imagen de la Virgen morena. Tomó parte en la fundación de las asociaciones de «Amigos de Guadalupe», como recordó a su tiempo D. Ricardo Becerro de Bengoa. Y en una ocasión en que se quiso vitalizar con altos vuelos internacionales una sociedad guadalupense, ella figuró en primer lugar, como ilustra la adjunta fotografía.

Miembro destacado de las Damas de Yuste, tuvo participación en cualquier actividad cultural extremeña, asistiendo a los últimos Congresos históricos celebrados en los últimos años y presentando en todos ellos valiosas comunicaciones. Gracias a ella se salvó el Tesoro de Berzocana compuesto por dos ricos collares prehistóri-

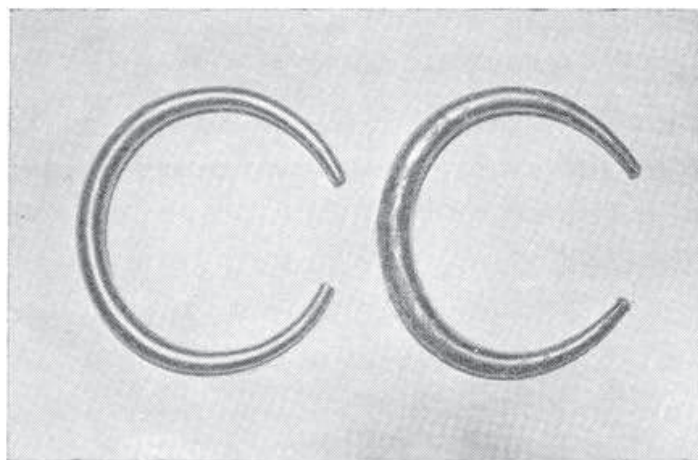
El guadalupismo de Gregoria Collado no reconoció límites ni desperdició ocasiones.

Esta fotografía, sacada el 2 de Enero de 1962, corresponde a una reunión preliminar tenida en la Casa de la Cultura de Cáceres, en la cual se trató de vitalizar una poderosa asociación guadalupense. Con doña Gregoria se encuentran varios de los amantes cacereños del famoso Monasterio: don José Martínez Valero, Fray Arturo Alvarez, Guadalupe Blázquez Mellado, el Dr. Pablos Abril, el catedrático Víctor García Camino, Fernando Bravo y los periodistas Dionisio Acedo, Narciso Puig y Valeriano Gutiérrez Macías, juntamente con nuestro actual director don Carlos Callejo.



cos de oro macizo, ya que por un aviso suyo llegué yo a tiempo de recogerlo y traerlo al Museo Provincial.

Fue también devota, en los sentidos religioso e histórico, de la Santa de origen extremeño Rosa de Lima, patrona de América. En nuestro jardín y esta es una de las notas personales de mi amistad con Gregoria—floreció, coincidiendo casi con su muerte, la bellísima rosa denominada *Santa Rosa de Lima*, creada a iniciativa suya por los técnicos de la conocida casa Kanda, de Barcelona. Otro re-



Los collares de oro macizo de Berzocana, Tesoro prehistórico de incalculable valor arqueológico, hoy en el Museo Nacional de Madrid, fueron rescatados gracias a un aviso de Gregoria Collado

cuerdo personal es su predilección por mi hijita Guadalupe, principalmente a causa de este nombre. Se constituyó en madrina de su Primera Comunión y dedicó a la niña un delicado poema que se publicó en la revista «Guadalupe».

Dicho queda que el autor de estas líneas lamenta esta pérdida como un extremeño más. Mala racha está sufriendo Extremadura en estos últimos años, porque se han producido huecos que, sin pecar de pesimista, creo que se tardarán mucho en llenar: Antonio Rodríguez Moñino, el Conde de Canilleros, y ahora la inolvidable Gregoria, ramo de inquietudes excelsas en todo lo regional, y a quien desde estas líneas deseamos, no el descanso eterno, sino una actividad eterna para velar por la tierra que tanto amó, en otros mundos más hiperbólicos y gloriosos. Los que quedamos, nos limitaremos a admirar, recordar y llorar.

**Carlos CALLEJO SERRANO**





# ALCÁNTARA



NÚMERO EXTRAORDINARIO 1974

## PROVINCIA DE CACERES

Alta Extremadura, Extremadura la Vieja, cuenca media del Tajo, provincia de Cáceres... Por cualquiera de estos nombres puede designarse con inmediata inteligencia por parte del oyente, este trozo de solar patrio de enorme extensión y polimorfo paisaje donde la Geografía, la Historia y el Arte se reúnen para ofrecer un escogido muestrario de las más diversas fisonomías que pueda ofrecer la nación española. Únicamente el mar, que con la amputación portuguesa queda lejos, falta en los límites del territorio provincial. En cambio no escasean los mares interiores que últimamente han proliferado, proporcionando un kilometraje de zona costera quizá no superado por ninguna otra provincia, bien que sin la brisa y el olor salobre de las zonas marítimas. Estos kilómetros de costas los dan los numerosos embalses construidos en el interior, ya que el río Tajo está convertido en un brazo de mar dulce desde su entrada en la provincia con el gran pantano de Valdecañas, hasta su salida a Portugal por la presa de Cedillo, actualmente en trance de terminación. Otros lagos de más o menos extensión son el de Gabriel y Galán, el de Borbollón, el de Rosarito y el de Valdesalor. No es, pues, agua lo que falta en esta Extremadura Alta, antaño escasa del preciado elemento.

Una vista rápida sobre el suelo geológico de la provincia, nos muestra la extremada variedad de su terreno. En el centro la ancha zona del Tajo deja a ambos lados una considerable franja de tierra estéril, compuesta de pizarras cámbricas, por cuyos barrancos circulaba el mayor de los ríos españoles formando profundos riberos y a veces cañones con pintorescos estrechamientos, como en el formidable corte de Monfragüe.

Al norte, las estribaciones de las sierras de Gredos, Béjar y Gata proporcionan una paradisíaca vertiente alfombrada de castañares y robledos y regada por innumerables gargantas o arroyos torrenciales. Esta parte, que goza de un clima excepcional, encierra comarcas tan bellas como ricas en cuantos frutos produce la tierra, que se denominan la Vera, el Valle del Jerte con los de Hervás y Montemayor y las anfractuosidades de la Sierra de Gata, cubiertas de extensos pinares de repoblación. Altas cumbres marcan el límite entre la meseta castellana y la

submeseta cacereña. Las nevadas crestas de Gredos, el imponente vigía del Calvitero, un triángulo geodésico que apoya cada uno de sus pies en una provincia distinta: Avila, Salamanca y Cáceres. Por último la Peña de Francia que, aunque ubicada ya en zona salmantina, domina gran parte de la Alta Extremadura.

Finalmente la tercera franja de esta geografía tricolor está constituida por la cuenca inquieta del Tajo, donde las sierras de Guadalupe, Montánchez, Santa Cruz y San Pedro, destilan cortos cursos de agua, suficientes sin embargo para fertilizar las extensas y ricas dehesas de encinas y alcornoques, secular apoyo económico de las tierras extremeñas.

### EL CAMINO DE LA PLATA

Perpendicularmente a las tres zonas naturales que acabamos de describir, desciende un camino que han forjado cientos de generaciones emigrantes de norte al sur y del sur al norte de esta parte occidental de España. Este camino, que une los puertos de las sierras con los vados de los ríos, hoy se llama impersonalmente carre-



El arco romano de Cáparra

tera 630, y antes se llamó Vía de la Plata, palabra esta última que nada tiene que ver con el argentino metal, pues deriva de la voz *Al Balat*, con que los árabes lo conocieron, en su significación de "la calzada" por antonomasia. Ellos habían encontrado esta calzada perfectamente delimitada y pavimentada, ya que lo había sido por los Césares romanos, según rezan los miliarios que aún se conservan. Sin embargo tampoco fueron los romanos los primeros jaladores de este secular camino. Mucho antes lo habían hollado las caravanas de los mercaderes tartesios que se desplazaban hasta Galicia en busca del estaño. Y remontándonos más, podemos decir que la vía tuvo su primer replanteo en las brumas del Paleolítico, cuando los hombres de las cuevas cantábricas se desplazaban hacia el sur en busca de los refugios penibéticos y precisamente una estación intermedia de este lejísimo nomadeo, la hemos ido a hallar hace una veintena de años en el corazón de Cáceres: la Cueva de Maltravieso, donde aquellos hombres de hace una veintena de milenios, dejaron con sus pinturas y grabados la tarjeta de visita de su etapa viajera.

#### SOMERA HISTORIA DE LA ALTA EXTREMADURA

Como acabamos de decir, el comienzo de las vicisitudes humanas de este pedazo del territorio español, se hunde en las más profundas raíces de la Edad de Piedra. En el Mesolítico y Neolítico tampoco estuvo esta tierra deshabitada, como lo demuestran los numerosos abrigos y rocas engalanadas con el especial arte esquemático de los hombres de aquellas épocas, que abundan desde la sierra de Guadalupe hasta la de Gata. Más nutrida población se albergó en estas latitudes durante las edades del Bronce y del Hierro. Hay numerosos poblados megalíticos —Logroñán, Santa Cruz, Trujillo— y una extensa zona de dólmenes en el sur y sudoeste de la provincia (Cáceres, Valencia de Alcántara). Posiblemente el territorio cacereño constituyó el límite norte de los imperios tartesios, lugar apropiado para venir a ocultar, ante las rapiñas de los pueblos colonizadores (cartagineses, griegos y romanos) los ricos tesoros que han ido afluyendo aquí siglos después, y de los que han podido salvarse algunas muestras: los áureos y brillantes depósitos de Aliseda, Berzocana y Serradilla, que hoy se pueden admirar en nuestros Museos.

Castros y citanias abundan también en los lugares estratégicos de esta provincia, recuerdo

de las luchas entre la población aborigen de tipo meridional y los invasores célticos europeos.

Los romanos entraron en lo que hoy es provincia de Cáceres por el sur; primero en el siglo II antes de Cristo, persiguiendo a Viriato y a sus bizarros lusitanos. Más tarde, en el siglo I, detrás de Sertorio, aquel ilustre hispanófilo que soñó la idea de una gran nación hispanorromana. Su adversario, Cecilio Metelo, penetró en Cáceres después de haber fundado *Castra Metellina* (Medellín), y avanzó hasta el puerto de Béjar. A la mitad del camino edificó un campamento que todavía se toma como modelo de castramentación militar romana: es el famoso de Cáceres el Viejo, a tres kilómetros de la capital, donde las más probables hipótesis sitúan la famosa *Castra Cecilia* de Plinio.



Cáceres. Torre árabe ochavada, siglo XI

Casi todos los procónsules y gobernadores de Hispania, procuraban regresar a Roma con la noticia de alguna campaña victoriosa sobre los legendarios lusitanos. Uno de ellos fue César, otro el pretor Casio Longino y un tercero Cayo Norbano Flacco, que, concluido su proconsulado en la Ulterior, recibió en Roma los honores del triunfo. Está en la máxima probabilidad que este

personaje fundase, hacia el 34 a. de J.C., la colonia *Norba Caesarina*, que actualmente, con pesadas razones de orden histórico y arqueológico, se demuestra que estuvo en el Cáceres Viejo actual, el cual conserva los restos de las fuertes murallas que circundaron aquélla.

En la época romana, largo período de paz, el territorio cacereño debió de estar profusamente habitado y constelado de ricas explotaciones agrícolas. Cáparra desempeñaba en el norte el papel que hoy Plasencia, capital de una próspera comarca. La mencionada colonia Norba, de alto rango cívico, poseía un *interland* agrícola con numerosísimas villas y poblados en la vega alta del Salor. Otras poblaciones eran *Caurium* (Coria), *Augustóbriga* que hemos conocido bajo el nombre de Talavera la Vieja, *Turgalium*, ciudad indígena cuyo nombre ha evolucionado en Trujillo, y muy posiblemente Valencia, más tarde llamada de Alcántara.

Las primeras hordas germanas descendieron en el siglo V por la gran calzada norte sur, destruyendo a su paso cuantas poblaciones encontraban. De la bella Cáparra sólo quedó en pie el soberbio arco cuadrifronte que aún subsiste, respetado quizá por algún capricho. De Norba Caesarina no dejaron más que los restos de sus magníficas murallas. Los últimos siglos visigodos fueron un período de paz en que el cristianismo floreció en la Alta Extremadura. En 1968 apareció en Alconétar la planta de una gran basílica. Pocos años antes en Ibahernando, nosotros conseguimos ensamblar y traducir una lápida de mármol en que se habla de la dedicación por el obispo Oroncio de Mérida de una basílica consagrada a la Virgen, primera noticia de un templo mariano en la provincia de Cáceres, bien fechado en el año 635. Otras iglesias visigodas más pequeñas fueron transformándose en ermitas, como por ejemplo la de Santa Olalla al sur de Cáceres.

Los siglos de la dominación árabe fueron un mal período para estas tierras, que no fueron asignadas a los árabes puros, sino a algunas tribus africanas de pobre civilización. Por otra parte la cuenca del Tajo se convirtió ya desde Alfonso III en un campo de continua batalla y algarada, con el flujo y reflujo de los ejércitos leoneses y las reacciones musulmanas.

La reconquista de nuestro territorio provincial se hizo en dos etapas: una en el siglo XI, durante el cual Alfonso VI se apodera de la transierra y de la fuerte plaza de Coria (1077). En la segunda, después de la reacción almohade, el rey de Castilla, Alfonso VIII, funda Plasencia

en 1180. Los reyes de León, Fernando II y Alfonso IX, forcejean por su parte para rescatar el resto del territorio, cosa que sólo consigue el segundo al debelar la inexpugnable fortaleza de *Hizn Qazris*, o sea Cáceres en 1227 o 1229. Los órdenes militares coadyuvan en estas campañas llenando de castillos el territorio cacereño. Así los Caballeros de Alcántara en su villa matriz, los Templarios en Alconétar, los Santiaguistas en Cáceres, etc.

Terminadas las faenas de la Reconquista, todavía es el territorio cacereño teatro de luchas intestinas, sobre todo en los reinados de Pedro el Cruel y de Enrique el Impotente. Los grandes señores inmigrantes de Galicia y de León, se instalan aquí dando origen a poderosas familias fieramente rivales entre sí, y que más tarde, en el siglo XVI, han de producir los vigorosos brotes de los conquistadores que, acaudillados por el brocense Nicolás de Ovando, se trasladan en masa a América donde escriben las más fabulosas páginas militares de la Historia de España.

#### EL ARTE EN LA PROVINCIA DE CACERES

Por lo menos cuatro hitos monumentales existen en el solar de Extremadura la Vieja. Dejemos aparte los pocos pero valiosísimos restos romanos, tales como las murallas de Cáceres y Coria, el ya citado arco cuadrifronte de Cáparra y la soberbia columnata de Augustóbriga, trasladada hoy a las cercanías de Peraleda de la Mata, de cara al amplio embalse de Valdecañas, como antes lo estuvo frente al Tajo. Hay también de la misma época dos magníficos puentes y varios más pequeños; los más destacables son el grandioso de Alcántara, conservado casi intacto y ejemplo universal de la arquitectura del pueblo rey; por último el de Alconétar, en parte destruido en la Edad Media y hoy también desplazado por las obras hidráulicas unos kilómetros arriba del punto donde cruzaba el Tajo.

Hablemos, pues, de los cuatro conjuntos monumentales artísticos que disfrutan el territorio cacereño. Son —enumerándolos por orden cronológico— Guadalupe, Plasencia, Cáceres y Trujillo. El gran Monasterio de *Guadalupe*, fundado en el siglo XIV, es una muestra de estilo gótico meridional, curiosa y maravillosamente entreverado con elementos mudéjares. Gótica es la iglesia, con su magnífica portada recientemente restaurada y limpia de aditamentos, entre dos poderosas torres almenadas. Mudéjar es el espacioso claustro antiguo con su templete central, forjado en ladrillo y cerámica; las arcadas del claustro son de herra-

dura, tipo árabe que recuerda los patios de las mezquitas orientales y ejemplo de claustro sin parigual en España, con la única excepción del pequeño de Abadía, también en la provincia de Cáceres. Este histórico cenobio fue en la Edad Media y en los dos primeros siglos de la Moderna, el centro espiritual del reino castellano, alberga infinitos tesoros de arte que no es posible enumerar aquí. Fue realmente un monasterio-universidad, con estudios de Medicina y Farmacia, de Agricultura e Hidráulica, de Ingeniería y de Bordado, y posee una sacristía con ocho cuadros de los mejores que pintara el genio de Zurbarán.

El románico apenas tuvo tiempo de enraizar en esta provincia, tardíamente reconquistada. Pero tenemos en Plasencia varias iglesias, y el claustro, la torre y la media Catedral vieja como muestras conspicuas. También las hay en Alcántara (Almocóvar) y en Hoyos. La Catedral nueva de Plasencia es un prodigioso conjunto donde colaboraron los mejores arquitectos del Renacimiento, con un interior gótico de sorprendente grandiosidad y dos portadas platerescas de gran tamaño y de distinta concepción, debidas a Covarrubias y a Hontañón. Hay, entre otras muchas maravillas, un suntuoso retablo de Gregorio Hernández y una curiosísima sillería del coro, de Rodrigo Alemán. En el resto de la ciudad abundan las unidades arquitectónicas notables, aparte de las iglesias románicas dichas. Destacan la iglesia de San Nicolás, el Convento dominico de San Vicente y el admirable palacio de Mirabel.

Trujillo y Cáceres representan los tiempos heroicos del siglo XV, formando dos conjuntos monumentales impares, donde destacan por su belleza y vigor las numerosas casas-fuertes. En la primera de ambas ciudades, hay una torre románica hoy restaurada y la bella iglesia de Santa María, de transición al gótico. Numerosos palacios, algunos ya del siglo XVI, como el de Hernando Pizarro, el de los Duques de San Carlos y el del Marqués de Piedras Albas, los tres en la anchurosa y típica Plaza Mayor, presidida por la desafiante estatua de Francisco Pizarro. El todo está rodeado de fuertes murallas y presidido por un castillo roquero de soberbio empaque.

Cáceres como sabe todo el mundo, forma uno de los conjuntos monumentales mejores y más puros de Europa. También está cercado por murallas mitad romanas y mitad almohades. En su interior se singulariza la Concatedral de Santa María, amplia iglesia gótica con un valioso re-

tablo plateresco; la iglesia de San Mateo con bellos sepulcros también platerescos; y extramuros la de Santiago, con muestras de varios estilos y valioso retablo de Berruguete. Entre estos y otros edificios religiosos, toda una teoría de palacios-fortalezas y un dédalo de pintorescas calles y encrucijadas, tesoro arquitectónico urbano amorosamente cuidado durante siglos y hoy acertadamente restaurado. Los palacios de las Veletas, de Ovando, de Mayoralgo, de los Golfines de Arriba y de Abajo, el de Cáceres-Ovando o de las Cigüeñas, con esbelta torre, no la única entre las muchas que dan a esta encantadora ciudad un perfil inolvidable.

Fuera de estos cuatro conjuntos, pululan las obras de arte sueltas no menos dignas de mención y visita: iglesias góticas o platerescas como San Benito de Alcántara, las parroquias de Brozas, Garrovillas, Valencia de Alcántara, Logroñán y Arroyo de la Luz, esta última con retablo de Morales el Divino. La catedral y el castillo de Coria, y muchos castillos más, como el de Jarandilla, hoy Parador Nacional, y los de Montánchez, Belvís, Granadilla, Arguijuelas, Seguras, etc.

Terminamos esta visión histórico-artística con el famosísimo Monasterio de Yuste, en el que alternan el valor anecdótico mundialmente conocido, por haber sido retiro postrero del gran Emperador Carlos, y la solemnidad de sus claustros donde todavía pasean los frailes Jerónimos como hierática reliquia de pasadas grandezas.

CARLOS CALLEJO SERRANO



Claustro mudéjar de la Abadía



## Isabel y Fernando Reyes de Castilla



PENAS se puede creer que haya pasado prácticamente desapercibido en España el V Centenario de la ascensión al trono castellano de Isabel la Católica, el más preclaro gobernante que ha tenido nuestra patria durante muchos siglos. La fecha de 1474 es tan importante y tan crucial en nuestra Historia, que para la mayoría de los autores en ella termina nuestra Edad Media y comienza la Moderna. Es verdad que la unidad nacional sólo se logró en 1479 cuando al morir el anciano Juan II, rey de Aragón y Navarra, su hijo Fernando, ya rey de Castilla, hereda el primero de aquellos reinos, pues Navarra pasó a su hermanastra Leonor y a la casa de Albrit, hasta que el mismo Fernando, ya en las postrimerías de su reinado, incorporó para siempre el reino de las Cadenas a nuestra nación. Pero mucho me temo que el V Centenario del nacimiento de España como nación, que ha de conmemorarse en 1979, pase igual de desapercibido que el actual. Nada extraño esto, cuando hay quien opina que los estudios de Historia deberían desterrarse de la formación de nuestros jóvenes, equiparándoles a los irracionales que no conocen su origen ni les importa un adarme.

Reparará el lector que he hablado en el título de este artículo y líneas más adelante, de Fernando como rey de Castilla. Ello responde a una postura de fidelidad histórica que no abunda en nuestros textos y comentarios. Ha sido costumbre y aún lo es en los cronistas nacionales no nacidos en los territorios del antiguo reino aragonés, el desvirtuar la ingente figura del rey Católico como recurso dialéctico para ensalzar la de Isabel. Ciertamente esta reina merece todas las alabanzas y algunas más. Incluso merece algo que se está ahora discutiendo mu-

cho y que por desgracia no estamos en tiempos de que se vea fácil lograrlo: su beatificación. Pero para colocar a Isabel en el altísimo pedestal que merece, no es menester rebajar la estatura de su augusto esposo; entre otras razones porque con ello se vulnera la verdad histórica. Los cronistas de la época siempre mencionan al rey antes que a la reina, dándole el lugar preponderante que siempre tuvo, por lo menos en todos los asuntos bélicos—guerra de Granada— como en la política internacional, en donde fue el mejor diplomático de su tiempo, y por supuesto el más inteligente de los negociadores que España ha tenido en toda su Historia.

Hay otro asunto que el vulgo —me refiero al vulgo cultivado, por supuesto— desconoce por lo general. Y es que Fernando el Católico no fue en Castilla rey consorte, sino también propietario. Si en aquellos tiempos hubiera estado vigente en Castilla la Ley Sálica, como lo ha estado en España siglos después y lo está por cierto ahora, Fernando, único varón de la línea de Trastámara, hubiera sido único rey de Castilla, ya que era nieto de Fernando de Antequera, hijo de Juan I, del mismo reino. El 13 de Diciembre de 1474, recién muerto el Impotente, Castilla proclamó reina a su hermanastra Isabel. La arisca nobleza castellana, ya había primero erigido como rey al malogrado príncipe don Alfonso, destronando a Enrique IV. Al morir éste, eligió a Isabel, la cual no quiso tomar el título de reina mientras viviera su hermano. Pero todo esto se hacía en detrimento de la heredera legítima, Juana, a quien se comenzó a llamar «la Beltraneja» por achacarse su paternidad al Duque de Alburquerque Beltrán de la Cueva. El Dr. Marañón demostró en un magnífico ensayo que la impotencia del desventurado Enrique IV fue un mito, pero si no era cierta su impotencia sexual, sí lo era su impotencia moral, que le hizo ser juguete de las circunstancias.

Fernando, ya rey consorte, y seguramente a instancias de su padre Juan II de Aragón, «el viejo terrible» del siglo XV español, reclamó la corona de Castilla, fundándose en la circunstancia dicha de ser legítimo heredero del castellano Juan I por línea recta de varón.

El espinoso tema se arregló fácilmente. Aquella maravillosa muchacha «fermosa e rubia» y con una inteligencia y prudencia excepcionales, había elegido, entre sus numerosos pretendientes, al príncipe de Aragón, no solo porque así se preveía la reunión de ambos reinos, sino para legitimar en sus futuros hijos la dudosa legitimidad de su elección.

Después de la concordia de Segovia, se acordó que en lo sucesivo el rey o la reina, o la reina y el rey («tanto monta») gobernarían juntos y sus nombres se entrelazarían para siempre, como lo están en los fa-

mosos ducados de oro, la primera moneda del mundo en su época donde se lee «Ferdinandus et Elisabeth, rex et regina».

En 1474, se puso la primera piedra del grandioso edificio de España, coronado cinco años más tarde con la unión a Castilla de la poderosa confederación aragonesa (Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares, Sicilia, etc.), para formar la superpotencia que protagonizara la historia mundial durante más de un siglo, hasta la muerte del rey Prudente. Veremos si alguien se acuerda de conmemorar tales efemérides que abrieron la puerta a lo más glorioso de la historia de nuestra patria.

**Carlos CALLEJO**





## **Don FRANCISCO FERNANDEZ SERRANO en la Real Academia de la Historia**



ON alegría nos enteramos de que ha sido nombrado Correspondiente Académico de la Real de la Historia por la provincia de Zaragoza nuestro colaborador, excelente amigo e incansable investigador don Francisco Fernández Serrano; todo ello para honra de Extremadura puesto que como todo hombre al servicio de la cultura en estas tierras sabe, Fernández Serrano vio la luz en Garciaz, provincia de Cáceres. Es un merecidísimo premio a la incesante labor de investigación en Historia principalmente eclesiástica que ha llevado a cabo, primero en su región natal, y más tarde en la diócesis zaragozana, de cuyo cabildo es canónigo, este ilustre y tenaz extremeño, heredero en cierto modo de la férrea perseverancia de que sus antepasados dejaron tanta huella en la Historia.

Don Francisco Fernández fue elegido en sesión celebrada en la Real Academia de la Historia de Madrid, el 2 de enero del corriente año, a propuesta, como es usual, de un trío de Académicos Numerarios: don Antonio Vargas Zúñiga, marqués de Sieteiglesias, don Antonio Rumeu de Armas y don José Gella Iturriaga. En la misma sesión fueron nombrados Correspondientes también don Antonio Rubio Rojas, archivero del Ayuntamiento de Cáceres y don Manuel Terrón Albarrán, para completar los cupos asignados para estas distinciones, en Cáceres y Badajoz respectivamente.



El nuevo académico nació como hemos dicho en la villa de Garciaz el 18 de octubre de 1917, el día de San Lucas, del que aprendió como él dice algo del oficio de historiador honrado y veraz. A los doce años ingresó en el seminario de Plasencia. En 1936 publicó en el periódico "Extremadura" su primer trabajo: una crónica de la fiesta de la reposición de los Crucifijos de las Escuelas.

Entre 1937 y 1941 permanece en Roma, como alumno de la Pontificia Universidad Gregoriana, del Instituto Bíblico y de la Biblioteca Apostólica Vaticana. En Roma y en la revista *Mater Clementissima* publica su primer trabajo histórico titulado "Hace cuatrocientos años", refiriéndose al IV Centenario de la Fundación de la Compañía de Jesús.

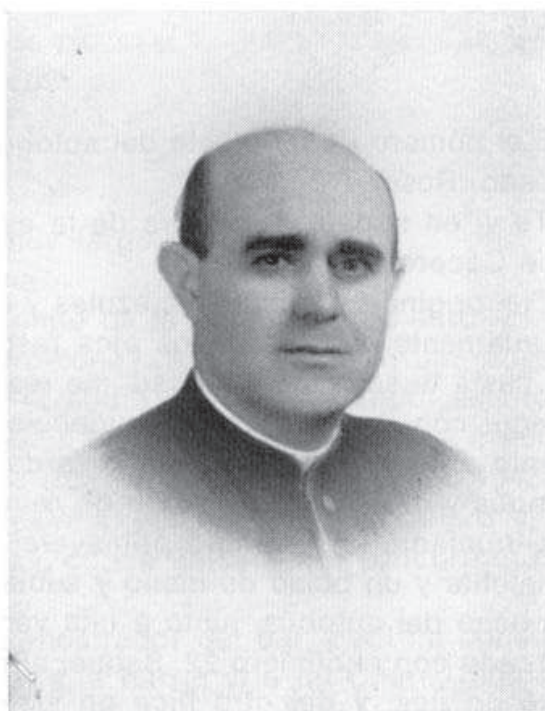
Un decenio (1941-1951) en la diócesis placentina, destinado en el seminario o en la cura de almas de varias parroquias, entre ellas la de San Martín de Trujillo. Alcanza la canonjía en Coria, pero no toma posesión, haciéndolo en cambio en Zaragoza en 1951. De esta época data su primer trabajo aparecido en "ALCANTARA", titulado "Reyes infortunados en Plasencia".

Paralelamente a las tareas apostólicas y sacerdotales Fernández Serrano realiza un constante trabajo de investigación sobre temas de historia eclesiástica, tanto extremeña como aragonesa. Su tesis de licenciatura en la Universidad de Zaragoza se titula "Obispos auxiliares de Zaragoza en tiempos de los arzobispos de la Casa Real de Aragón (1470-1575)". Esto lo especializa en un tema poco tratado en la Historia eclesiástica de España. Los lectores de "ALCANTARA", conocen algunos trabajos suyos por las referencias dadas en los diferentes números de la revista en su capítulo de Recensiones.

Insertamos una lista de los últimos trabajos del nuevo académico, todos ellos publicados o en vías de publicación en distintas revistas eclesiásticas:

- 1) El culto de San Benito en Extremadura.
- 2) Autobiografía de don Juan Antonio Muñoz Gallardo.
- 3) La consagración episcopal de fr. Pedro de Godoy. OP. (1964).
- 4) Dos rectificaciones cronológicas del siglo XIII en el episcopologio de Plasencia.
- 5) Texto antiguo sobre la "Escuela de Cristo".
- 6) 325 pseudónimos literarios usados por escritores extremeños.
- 7) MOZARABE, un apellido del Alto Aragón.
- 8) José Gómez Espinosa, hijo ilustre de Casatejada.
- 9) Documentos del rito mozárabe en el entorno del Concilio Vaticano II.
- 10) Los últimos deanes de la catedral de Plasencia.

- 11) Los periódicos de Trujillo.
- 12) Las ermitas de Garciaz.
- 13) Poetas preteridos en Extremadura:
  - 1) Gonzalo Correas Iñigo.
  - 2) Vicente Cecilio Rigueros.
  - 3) Fr. Francisco Girón, O. de M.
- 14) Dos obispos benedictinos en la diócesis de Plasencia.



Nos complace felicitar por esta distinción tan merecida a Francisco Fernández Serrano, sacerdote-sacerdote ante todo (que esto es necesario subrayarlo en nuestros tiempos), e historiógrafo concienzudo y perseverante, cuya figura se ha hecho además familiar por su asistencia a todos los Congresos y Jornadas de Estudios humanísticos que en los últimos años se han celebrado en nuestra región.

**C. C. S.**

# ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXXII

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE 1976

Núm. 184

## Extremadura UNA



*AJO este título se han escrito en los últimos meses varios artículos en la Prensa regional. Incluso uno de ellos firmado por el autor de estas líneas, que precisamente también tuvo ocasión de actuar en la ciudad de Mérida en un ciclo de conferencias que tenía como título común esta misma frase de "Extremadura una".*

*No es un secreto para nadie que esté al corriente de la actualidad nacional, que el país vive una época de tendencias disgregatorias, como consecuencia a varios lustros de un centripetismo demasiado hermético. Esto ni es la primera vez que ocurre en la historia de España, ni será la última. Este espíritu de centrifugación que alguna de las regiones españolas llevan a extremos perniciosos, para otras que han cultivado menos la diferenciación regional como es el caso de Extremadura, hubiera sido un factor beneficioso.*

*Desgraciadamente en Extremadura y en otras regiones parecidas la tendencia secesionista alcanza a veces el punto exagerado de en-*

*frentarse unas provincias con otras. Como ha dicho más de un pensador, en cuanto por algún avatar histórico se aflojan los resortes de la unidad, los españoles experimentan el atávico afán de volver al tribalismo prerromano.*

*Estos antagonismos provinciales tienen a veces manifestaciones de índole superficial y popular, como son las rivalidades deportivas, pero en otras el disgregacionismo asciende a alturas culturales que lo hacen muy peligroso. Citemos como ejemplo inmediato el hecho de que alguien ha llegado a proponer que en Extremadura existan dos Universidades diferentes.*

*Felizmente la reacción no ha tardado en producirse, y muchos beneméritos cerebros de la región han combatido este provincialismo suicida, y de ahí la floración de trabajos bajo el título que encabeza el presente.*

*Pero yo quisiera subrayar, con una copia de argumentos más, de carácter geográfico e histórico, la inconsistencia de este absurdo antagonismo que aflora algunas veces entre las dos provincias extremeñas. Se comprende y se explica que elementos populares y juveniles se griten entre sí en los campos de fútbol. Pero no se comprende que personas cultas e incluso con estudios de alto nivel, lleguen a decir por ejemplo " que las provincias de Badajoz y Cáceres tienen muy poca cosa en común, que la región extremeña es una entelequia artificiosa que somos una parte castellanos y otra parte andaluces", etc.*

*Estos juicios clamorosamente falsos no responden a ninguna realidad geográfica que tenga más de siglo y medio de antigüedad. Para empezar y extendiendo un vistazo por el resto de la piel de toro, cualquiera que conozca un poco ésta, se da cuenta que las diferencias de matización existentes entre las dos provincias extremeñas, son análogas a las que constituyen otras regiones. Entre tierras badajocenses y cacereñas no existen mayores discrepancias étnicas ni geográficas que las que hay por ejemplo, entre Jaén y Cádiz, entre Huesca y Teruel o entre Gerona y Tarragona. Y estas diferencias son muchísimo menos acusadas que las que hay entre Santander y Avila o entre Murcia y Albacete. Incluso las denominaciones de Alta y Baja Extremadura con que se suelen conocer las dos provincias extremeñas, han sido tergiversadas en época relativamente reciente, refiriéndolas a los territorios de Cáceres y Badajoz. En el siglo pasado y anteriores, las Extremaduras Alta y Baja no se referían al N. y al S., como alguna mente simplista*



*lo ha concebido mirando al mapa, sino a las cuencas altas de los ríos Tajo y Guadiana, y la divisoria entre tierras altas y bajas se delinea sobre un meridiano y no sobre un paralelo. En tal sentido, tan Alta Extremadura era Jarandilla como Castilblanco, y tan Baja Extremadura Alcántara como Badajoz.*

*Pero es que además Extremadura, desde el siglo XVI hasta 1833 fue siempre no ya una región sino una sola provincia, conforme nos enseñan las obras geográficas y los mapas anteriores al reinado de Isabel II. Esta provincia estaba dividida en partidos que no coincidían con los actuales y tampoco se adaptaban a los actuales límites de las provincias. Por ejemplo los partidos de la Provincia de Extremadura, eran en el siglo XVIII los siguientes: Alcántara, Badajoz, Cáceres, Llerena, Mérida, Plasencia, Trujillo y Villanueva de la Serena. Al partido de Trujillo, hoy en la provincia de Cáceres, pertenecían muchos términos badajocenses, como Medellín, Orellana, La Puebla de Alcocer, Santa Marta y Talarrubias. En el de Mérida estaban incluidos varios términos hoy cacereños, como Albalá, Alcuéscar, Almoharín, Torremocha, Valdefuentes y hasta Casas de Don Antonio.*

*La división provincial hecha en 1833, no podemos decir que sea caprichosa; por el contrario estuvo muy bien pensada y la prueba es que ha subsistido hasta nuestros días en toda la España peninsular, sin más modificación que la división en dos del archipiélago canario. Al hacer esta división Extremadura salió ganando terrenos que pertenecían a la provincia de Toledo y en cambio perdió algunos que se incorporaron a la de Córdoba. Al dividir en dos la provincia de Extremadura, ya hemos visto que no se tuvieron en cuenta con exactitud los partidos judiciales, pero tampoco se hizo según criterio geológico, puesto que buena parte de la provincia de Cáceres se encuentra en la cuenca del Guadiana: Guadalupe, Logrosán, Zorita, Miajadas, etc. De haber puesto la línea divisoria en la cresta de la Cordillera Oretana hubiera salido la provincia de Badajoz desmesuradamente mayor que la de Cáceres, razón por la cual, con muy buen criterio la comisión geográfica que hizo la división extendió los límites de esta segunda provincia hacia el Sur de una manera razonable.*

*Es pues la división de la Provincia de Extremadura en dos, un hecho meramente administrativo y político, por lo que, si bien no sólo aquí sino en toda España las provincias han tomado una marcada personalidad, ésta no suele tener profundas raíces ni históricas ni étnicas.*

*Yerran pues los secesionistas --llamémosles así con alguna hipérbole-- que afirman que las tierras de Cáceres y Badajoz tienen poco en común.*

*En ningún libro desde la Reconquista hasta el final del siglo XIX se hace jamás discriminación entre extremeños del Norte y extremeños del Sur. Lo mismo Hernán Cortés, Alvarado, Vasco Núñez, Godoy e incluso Donoso Cortés, que Francisco Pizarro, Orellana, San Pedro de Alcántara o El Brocense, son llamados por todos los autores indistintamente EXTREMEÑOS, sin más especificación geográfica.*

*Dejemos pues entre paréntesis las cosas, datos o módulos que separan a unos extremeños de otros y que como acabo de demostrar son más artificiosos que reales, y fijémonos en el inmenso patrimonio histórico que une a las dos provincias en una sola entidad regional. Aunque a veces, cuando se está entre los árboles se ven muy cerca los particularismos divisorios, visto el bosque desde el resto de España y del mundo, se configura en el Centro-Oeste peninsular una región de características propias muy acusadas, una Extremadura con pocas y leves fisuras; en resumidas cuentas, una EXTREMADURA UNA.*

**Carlos CALLEJO SERRANO**





## La restauración del Museo Provincial de Cáceres

por **Carlos CALLEJO SERRANO**

C. de la R. Academia de la Historia  
y antiguo Conservador del Museo



El día 11 de diciembre de 1976, se abrió al público de nuevo el Museo Arqueológico Provincial, totalmente restaurado y renovado. Tan importante efemérides merecía un amplio y detallado comentario por parte de nuestra revista, atenta siempre a cualquier suceso importante en el campo cultural. Proyectábamos insertar este comentario en nuestro número anterior. Dificultades de composición y el deseo de que la información tuviera la extensión que el tema merecía, han

retrasado hasta hoy esta obligada reseña que debíamos a nuestros lectores.

El proceso de la restauración del Museo ha sido lento, pero el resultado fue brillantísimo aunque, doloroso es confesarlo, no ha sido aún apreciado debidamente por el pueblo de Cáceres, seguramente por carencia de la necesaria información. A subsanar tal falta vienen las siguientes líneas, escritas por una persona que, más que cualquier otro cacereño actualmente viviente, conoció los problemas, las limitaciones y estrecheces del Museo de Cáceres,



por haber estado durante casi catorce años al frente del mismo en calidad de Conservador, bajo la dirección nominal del Conde de Canilleros. Muy rico en fondos y en objetos, este Centro tenía una instalación pobre y anticuada, y con las cortas consignaciones que recibía, no se pudo hacer otra cosa durante mucho tiempo que mantenerlo en decoroso aspecto ante el público. Con grandes dificultades se abrieron sin embargo en 1957, dos nuevas salas, dedicadas a Prehistoria y Numismática, únicas en que se pudieron aplicar en restringido modo, las normas modernas de la museística.

Dichas dos salas, junto con la "Cocina extremeña" que formaba un pequeño sector etnográfico acertadamente dispuesto por el antiguo director, don Miguel Ortí Belmonte, y el famoso aljibe árabe, eran las cuatro unidades del Museo más visitadas.

Durante la casi totalidad de mi gestión, no cesé de postular una reestructuración del Museo, que había de empezar por el edificio, palacio del siglo XV cuya última reforma databa del XVIII y que precisaba una verdadera reconstrucción por hallarse en ruina, declarada oficialmente por un arquitecto. Al constituirse el Patronato de la Ciudad Antigua, cuyo presidente era don Alvaro Cavestany y de Anduaga, y acceder a la alcaldía, don Alfonso Díaz de Bustamante, ambos con acendrada devoción al arte y con el necesario predicamento en las esferas oficiales, se encontraron los apoyos suficientes para

hallar eco en aquellas esferas, sobre todo al hallarse al frente de la Dirección General de Bellas Artes la recordada personalidad de don Florentino Pérez Embid.

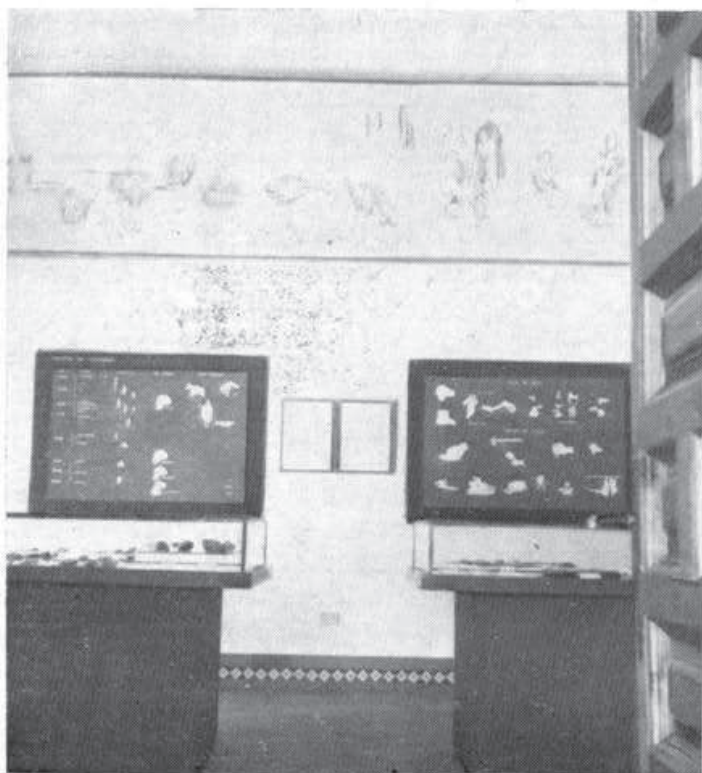
Pese a todo, no se acometió el trabajo hasta noviembre de 1971. Entre tanto, el Conde de Canilleros y el que suscribe estas líneas, cansados de gestionar sin fruto tan necesaria obra, habíamos dimitido de nuestros cargos, y el Museo se hallaba en expectación de las tantas veces prometida y nunca llegada reforma. Al empezar ésta, hubo que cerrar al público todas las salas con la única excepción del aljibe, cuyo acceso fue siempre practicable. Hubo que hacer enormes y costosas obras en el edificio de Las Vetas que era de propiedad particular y entonces fue adquirido por el Estado. Se sustituyó totalmente el remate y la cubierta que se hallaban en deplorables condiciones, así como los techos y viguerías, las paredes y tabiques en ruinas; toda la carpintería de puertas y ventanas que estaba desvencijada, por cuya razón se había tenido que cerrar la Sala de Numismática en 1965, ya que no había posibilidad de reparar sus numerosos huecos y entraban por ellos las palomas y otras aves. Se realizó el solado total del edificio, que era de viejas baldosas en la planta y de pura tierra en el piso superior.

Se planeó una distribución racional de salas y se instalaron servicios modernos y funcionales. El local poseía extensos patios exteriores que había yo intentado vanamente convertir

en jardines; ahora este intento se ha logrado con singular acierto, instalando en ellos los verracos, columnas, lápidas y otros restos pétreos, convirtiendo pues lo que era enorme corralón, en un precioso jardín arqueológico. Hay que decir que intentándose ampliar este jardín a costa del llamado Callejón del Gallo, hubo que desistir de ello a causa de una tan pertinaz como insulsa campaña periodística, porque el mencionado callejón no tenía —ni actualmente tiene— otro papel que el de refugio de gamberros, de parejas o de individuos que lo utilizaban para teatro de sus expansiones fisiológicas de todas clases. Lo afirma quien ha sido durante casi tres lustros el único vecino de dicho callejón, al cual daban algunas ventanas

del edificio, que había que tener siempre cuidadosamente cerradas. Todavía hoy esta tortuosa callejuela sirve para que algunos de los elementos destructores que existen en cualquier población, pueda apedrear o echar basura al precioso jardín del Museo, a través de la reja que lo delimita y que habría que sustituir urgentemente por una tapia.

Los colosales lienzos de las fachadas oriental y meridional de la casa-fortaleza han sido limpiados de pegotes y añadidas, quedando en su desnuda belleza con el remate de pináculos a los que el pueblo dio en llamar Veletas y de ahí el nombre que ha recibido el palacio. Estos pináculos de gran efecto en dichas grandes fachadas, se extendieron a la princi-




---

Sala del Paleolítico  
con los paneles que  
reproducen las pinturas  
de Maltravieso

---



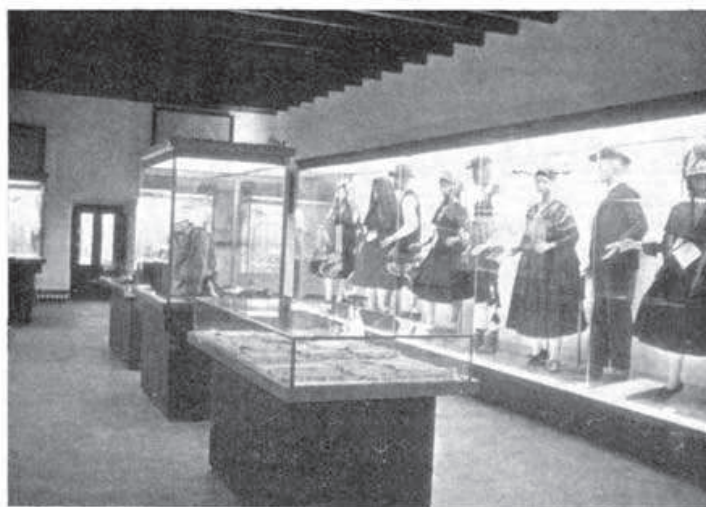
La Sala Romana con la reproducción de la estatua del Genio andrógino que se conserva secularmente en Cáceres



---

Una de las Salas de  
Etnografía extremeña

---



pal, mucho más reducida y en la que a mi juicio no hacen tan armónico papel.

Reformado, pues, totalmente el edificio, no se había hecho más que una parte del trabajo. Faltaba decorar las salas con arreglo a la plástica moderna, instalar un nutrido conjunto de vitrinas nuevas, la iluminación racional de éstas y de las salas, la colocación de los objetos y la rotulación explicativa de los mismos. Todo ha sido realizado, hay que proclamarlo, con el más lisonjero de los resultados, presidido por el más exigente orden científico y realizado con el más exquisito primor artístico. Pero además se han llenado los paramentos o las vitrinas de mapas y cuadros explicativos, bellas reproducciones y cartelas con la traducción de las lápidas epigráficas. En general no se ha descuidado detalle que contribuya a dar valor didáctico a la contemplación de las unidades arqueológicas y abundante provecho al acervo cultural de los visitantes, llegándose al extremo de presentar algunos obje-

tos especialmente valiosos a través de una potente lupa para comodidad visual del espectador.

Los fondos arqueológicos del Museo han revalorizado así su gran importancia, ocupando las salas de la planta baja, dedicadas sucesivamente a los periodos Paleolítico, Edad del Bronce, Protohistoria y épocas romana y visigoda. En la primera de ellas se exhiben unos paneles con reproducciones de los calcos hechos por el autor de estas líneas sobre las pinturas de la Cueva de Maltravieso; en la segunda las famosas Estelas grabadas, en la tercera entre otras cosas, el Tesoro de Serradilla. La Sala Romana, en fin, está presidida por una exacta reproducción de la célebre estatua del Genio de la Colonia Norba, conocida popularmente por **Ceres**, cuyo original se encuentra todavía en el llamado Foro de los Balbos junto a la Plaza Mayor. Se hace imprescindible —digámoslo en un inciso— el trastrueque del emplazamiento de ambas escultu-

ras, pues es la auténtica mármora la que debe colocarse en el Museo para su debida protección. Las estancias del entresótano que conducen al aljibe albergan la valiosa y nutrida colección epigráfica que a lo largo de los años ha reunido nuestro Museo.

La planta superior se ha dedicado por entero a la Sección de Artes Populares de la región, y en ella se exhibe con la técnica brillante que reina en todo el establecimiento, la fabulosa colección etnográfica que éste ha



El actual Director del Museo de Cáceres, don José Luis Sánchez Abal

reunido, principalmente al ser adquirida por la Diputación Provincial, la gigantesca colección Pérez Enciso, reunida en muchos años de indagación y búsqueda por este infatigable costumbrista placentino. Esta sección etnográfica, que por cierto dispone de una magnífica

guía, original de María Angeles González Mena, publicada recientemente con gran riqueza de medios por la Dirección General del Patrimonio Artístico (véase ALCANTARA, núm. 185), proporciona a nuestro Museo una categoría suprema entre todos los de España, La artesanía, la cerámica, la indumentaria tradicional y demás artes populares de Extremadura, han alcanzado aquí una definitiva etapa de custodia y protección, atesorando multitud de objetos que de otra manera hubieran ido a perderse o dispersarse por el mundo. Solamente habría en esta línea que lamentar que no se haya respetado la bella idea de la Cocina Extremeña que tenía el anterior Museo y que hubiera podido reconstruirse con renovación de trajes y maniquies.

La reinstalación del Museo duró bastante tiempo. Después de que el que suscribe hubo formulado su dimisión ante la Dirección General de Bellas Artes en febrero de 1970, el Centro quedó al cuidado de don Pedro Rubio Merino, a la sazón archivero de la Diócesis. Al pasar definitivamente al Estado alcanzó el cargo de director por oposición don Miguel Beltrán Lloris, en cuyo tiempo se realizó la reconstrucción del edificio. Desde febrero de 1975, está al frente del Museo como director, don José Luis Sánchez Abal, a quien se debe el montaje definitivo del mismo, obra como hemos repetido, de insuperable acierto y que estuvo bajo la supervisión del Comisario Nacional de Museos, don Manuel Jorge Aragoneses. La parte arquitectónica

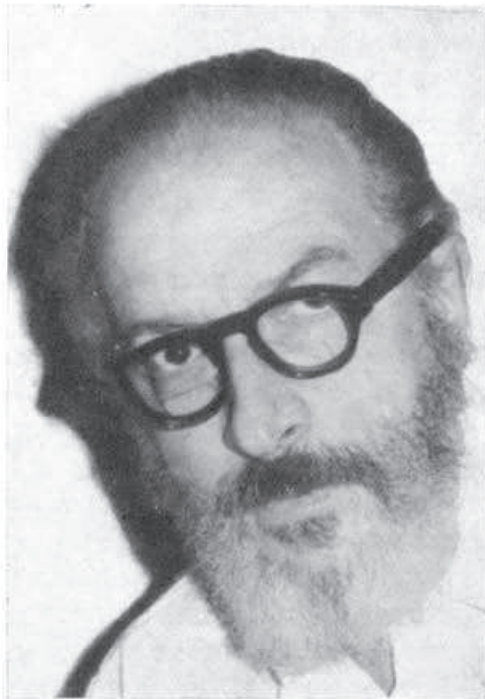
de la reforma se debe a don Manuel Valcárcel. En el montaje de las salas intervino la casa Macarrón de Madrid, conocida firma especializada en estos trabajos, colaborando también en la confección de vitrinas y accesorios, varias empresas cacereñas. El arreglo y ornato de los jardines, ha corrido a cargo del Ayuntamiento de Cáceres.

Aparte de todo lo dicho, nuestro Museo posee otras dependencias que jamás tuvo, con mobiliario moderno y funcional, tales como la biblioteca, y despacho, gabinete fotográfico, laboratorio y sala de restauraciones y hasta un salón de conferencias; todas las cuales hacen suspirar a quien hubo de trabajar muchos años en muy diferentes condiciones, con carencia de los más indispensables elementos. Y esta lamentación nostálgica la tendrían, si pudieran verlo, los hombres beneméritos que reunieron y atesoraron en tiempos pasados los fondos arqueológicos, parti-

cularmente don Miguel Ortí Belmonte, director durante tantos años, don Antonio Floriano y don Juan Sanguino Michel, primer director con sus colaboradores y amigos de la **Revista de Extremadura**, Vicente Paredes Guillén, García Plata de Osma, Llabrés, Roso de Luna y tantos otros, sin olvidar al Conde de Canilleros, que aún sin trabajar directamente en esta tarea, se desveló por protegerla y contribuyó a que fuese una realidad esta maravillosa atracción del viejo Cáceres. El Museo por sí solo, aunque no existiera el impar barrio antiguo, merecería una visita a Cáceres, ya que son muy pocos los de España, salvando los de cuatro o cinco capitales, que puedan ofrecer una exposición científica tan importante y tan extraordinariamente presentada. Es hora, creemos, de que el pueblo cacereño vuelva sus miradas a este establecimiento ejemplar que le honra ante cualquier viajero de dentro y de fuera de España.



## Un pintor, Académico de la Real de Bellas Artes:



## Julio Tizón Diz

por Carlos CALLEJO



En la nómina de Académicos Correspondientes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, hacia tiempo que no figuraba ningún artista profesional.

Esta circunstancia, de evidente falta de lógica, ha sido subsanada ahora al ser nombrado últimamente para este honor, don Julio Tizón Diz, laureado pintor y profesor de la Escuela de Bellas Artes de Cáceres, cargo que desempeña desde que se afincó entre nosotros en 1972.

Julio Tizón, es gallego, pues nació en San Cristóbal de Cea (Orense) en 1917, y es un verdadero ejemplo de voluntad de superación de condiciones físicas, pues falto de palabra desde su nacimiento, ello no le ha impedido cursar estudios en distintas Escuelas y realizar una brillante carrera en su especialidad artística, que culmina con el nombramiento que estamos comentando, que fue propuesto por los Académicos Numerarios, también brillantes y conocidos pintores, Hidalgo de Caviedes, Joaquín Vaquero y Luis Mosqueira.

Julio Tizón, alumno de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, se graduó en ella en 1947 con las más altas calificaciones. A partir de este momento sus obras, de una reciedumbre artística y un vigor

expresivo pocas veces visto, vienen siendo admiradas en todos los puntos de la Península, tanto en exposiciones colectivas como individuales, estas últimas realizadas en Madrid, Barcelona, Vigo, Cáceres, Badajoz, etcétera. En las primeras, certámenes de alta categoría nacional, obtiene con frecuencia preciados galardones, como sucedió en Orense, en Sevilla, Linares y otros puntos, destacando el premio logrado en 1960, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona. Como nota curiosa, Tizón es el único pintor residente en Extremadura que viene citado en la Enciclopedia Española.

Reconocida su valía en el arte

de la pintura, ha sido miembro del jurado en numerosos certámenes, algunos de ellos en nuestra región. La Galería Essex, de Madrid, le contrata durante cuatro años como expositor, y en 1966, entra como miembro en la Agrupación Nacional Sindical de Bellas Artes de Madrid. Obras suyas figuran en distintos centros oficiales y en numerosas colecciones particulares de Europa y América.

ALCANTARA felicita al nuevo Académico y se congratula del éxito logrado por este cacereño de adopción, a quien augura en su doble trabajo profesional y docente, nuevos y grandes éxitos.







Nuevo académico por Cáceres

## Domingo Sánchez Loro

por C. CALLEJO



NA vez más tenemos la satisfacción de glosar el ingreso en la Real Academia de la Historia de una personalidad extremeña que ve así recompensados largos años de dedicación a los estudios históricos, y de silencioso, pero eficaz trabajo en el incremento del patrimonio cultural de la región. En sesión celebrada el 20 de diciembre de 1978 y a propuesta de los académicos de número D. José Camón Aznar, don Antonio Domínguez Ortiz y don José Gella Iturriaga, la Real Academia de la Historia resolvió admitir en su seno como correspondiente por Cáceres a nuestro buen amigo y compañero en lides culturales, don Domingo Sánchez Loro, cuya candidatura había sido, por cierto, apoyada por la Comisión de Monumentos de nuestra provincia.

Domingo Sánchez Loro es natural de Zorita y desde muy joven comenzó a trabajar en los más fascinantes temas de nuestra historiografía regional; así en 1947 y siguientes publicó varias obras sobre Viriato, el Puente de Alcántara, Mérida, doña María la Brava, etc.

Los más buscados y grandemente útiles trabajos de Sánchez Loro fueron sin embargo las publicaciones que hizo, como fundador y director de la *Biblioteca Extremeña*, a partir de 1951. Todos hemos manejado, por ejemplo la *Bibliografía de Extremadura* con dos ediciones, la *Vida*

y *Milagros de los Padres Eméritenses*, traducida del latín, y las muy apreciadas obras antiguas de Simón Benito Bojoyo, de Fray Alonso Fernández, de Azedo de la Berrueza, etc., de las cuales unas no se habían publicado aún y otras lo estaban en ediciones antiguas y completamente agotadas. El aún no superado "Madoz", diccionario geográfico hispánico, tuvo una reedición en la parte referida a Extremadura, inserta en la referida *Biblioteca*. Todo ello sin dejar de dar a la luz obras originales producto de la propia minerva e investigación del autor, tales como las referentes al Convento de San Ildefonso, de Plasencia, "La inquietud postrimera de Carlos V", "El parecer de un dean", el "Corpus de Plasencia" y otros muchos trabajos menores.

Como varios de nosotros, Domingo estropeó su vista ante los papeles y ello, más una innata inclinación al arte de la música le han llevado a profundizar también en esta Arte Bella, y así tenemos publicaciones como "Canciones extremeñas y la copla de los pitos", "Problemática de la Música litúrgica según el Concilio Vaticano II" publicada esta última por el Instituto Pontificio San Pío X de Salamanca; "Liturgia de Cuaresma y de Semana Santa", "Preces y cantos de la asamblea parroquial" etc.

Actualmente Domingo Sánchez Loro prepara otras obras de gran importancia y volumen, como la traducción del C.I.L. de Hübner del latín al castellano (junto con el también académico A. Sánchez Paredes), el manuscrito *Placentiae urbis descriptio*, de Luis de Toro, siglo XVI, convenientemente vertida al castellano y en fin, un descomunal estudio (4.000 páginas) titulado "Historias Placentinas", donde se tratará de forma exhaustiva todo lo referente a la ciudad del Jerte, incluyendo numerosos manuscritos antiguos inéditos.

Creemos que pocas veces ha sido más merecido un galardón, siquiera sea honorífico, como el concedido a este nuevo académico, a quien deseamos aún muchos años de potencialidad de trabajo en sus encomiables afanes.





## VALERIANO GUTIERREZ MACÍAS

**Académico Correspondiente  
de la Real de la Historia**



Nuevamente estamos de enhorabuena, ya que uno de nuestros más antiguos y asiduos colaboradores, Valeriano Gutiérrez Macías, ha sido con fecha reciente ascendido al podio académico en la veterana y docta corporación nacional dedicada a la Historia.

Detallar los méritos de Gutiérrez Macías por los que ha sido promovido como Correspondiente en nuestra provincia, a dicha Academia, no es nada difícil para quien siga de cerca la marcha de la cultura en nuestra región, puesto que tanto en la prensa como en las librerías habrá visto su firma cientos de veces.

Valeriano Gutiérrez Macías nació en Veguilla de Soba, partido de

Ramales (Santander), pero es extremeño por los cuatro costados, no sólo por residir aquí, desde la infancia, sino porque sus antepasados próximos nacieron en Garrovillas, histórica villa a la cual ha vinculado la Academia su nombramiento como correspondiente.

Cursa la carrera de Magisterio con matrícula de honor y pasa más tarde a la profesión militar, siendo actualmente coronel de infantería en el Benemérito Cuerpo de Caballeros Mutilados, ya que la guerra civil le dejó como a Cervantes, estropeada la siniestra mano "para envidia de la diestra".

Con esta diestra Valeriano Gutiérrez ha trabajado infatigablemente en todas las ramas de la Literatu-

ra, periodística y de investigación, corresponsal-colaborador de ABC desde 1947; asimismo lo es en "La Vanguardia" de Barcelona y otros varios periódicos nacionales. Con sus crónicas, reportajes, reseñas, etc., podían formarse varios libros.

En el campo de la investigación escribe en las revistas "Dialectología y tradiciones populares", "Arbor", "Mundo Hispánico", "Revista de Estudios Extremeños", "El Libro Español", y no hace falta mencionarlo, en nuestra entrañable "ALCANTARA".

La zona donde Gutiérrez Macías ha trabajado con más ahinco y óptimos frutos es el folklore y tradiciones extremeñas, un campo hasta ahora apenas desbrozado. Su obra "Por la geografía Cacerreña; Fiestas Populares" fue declarada de interés turístico y está agotada, preparándose ahora por su autor una segunda edición, así como otros libros en confección cuyos títulos "Mosaico de la Tierra Parda", "El buen yantar" y "Por Tierras de la Baja Extremadura", apuntan por anticipado el interés y actualidad que pueden tener para nosotros. Otra obra de verdadero éxito es "Mujeres Extremeñas", cuyo ensayo biográfico e histórico nunca hasta ahora hecho por el que desfilan una serie de

mujeres que merecieron la inmortalidad por sus acciones o escritos, o por sus vidas ejemplares. De esta obra han salido dos tomos y no tardaremos en ver el tercero.

En su profesión propia, Valeriano Gutiérrez colabora en las revistas "Ejército", "Empuje", etc. Hace poco le fue concedido el segundo premio nacional "Ejército" y leímos la solemnidad de su entrega por el Jefe del Estado Mayor. También aquí tiene terminado un curioso libro "Dichos del Soldado", con un extenso florilegio de folclorismo militar.

No acaban aquí las actividades de nuestro incansable compañero, pues aparte de muchas conferencias, ha participado en todos los Congresos de estudios extremeños, y en muchos otros, como por ejemplo, el Congreso Nacional de Brujología, celebrado últimamente en San Sebastián. En suma, una existencia dedicada por entero a la cultura, a la investigación histórica y militar y al arte de las letras, muy merecidamente premiada ahora con este nombramiento que fue propuesto en la Real Academia de la Historia por los académicos de número Juan Pérez de Tudela, Antonio Rodríguez Ortiz y Elías Terés Sádaba. Mil enhorabuena.

C. CALLEJO





## *Panetela*

*Rosa, rosae.* Cantan bodas  
dormidos sueños de alero.  
Amor estudia tercero  
y adora el vino de Rodas.

*Rosa, rosae.* Danza loca  
que florece de rodillas.  
Cien hojas en las mejillas  
y un pitiminí en la boca

Amor quiebra en un susprio  
que va a estudiar al Retiro  
botánicas de coral.

Amor cruje en la vereda  
*rosa, rosae, rosaleda,*  
Rosa, Rosita, rosal...

*Carlos CALLEJO*

## JOSE CANAL ROSADO

*El último trimestre de 1979 ha sido ciertamente infausto para las letras extremeñas. Isaías Lucero y Sánchez Yustas; Rufino Villalobos y Antonio Floriano. Más tarde Manuel López y Sánchez-Mora, y finalmente, al alborear el presente mes de Diciembre, Pepe Canal, a quien no podríamos llamar de otra manera aunque quisiéramos.*

*Pepe Canal, el poeta integro, recio y masculino como la tierra que le vió nacer. Pepe Canal, el comentarista certero, cuya crítica, tan sincera como justa, ha enseñado mucho a los literatos criticados, lo hayan admitido o no. Pepe Canal, el autor de las ingeniosas greguerías, muchas de las cuales superaban en gracia y finura al mismísimo inventor de ellas, Ramón Gómez de la Serna. Pepe Canal, el educador de varias generaciones de cacereños. Pepe Canal, el cofundador de nuestra revista. Y Pepe Canal sobre ello, el amigo de sus amigos, el compañero fiel y sobrio que nunca fallara en su lealtad, en época en que tantas lealtades fallan, ya no está entre nosotros.*

*Creo que el mejor aunque corto homenaje que en estas líneas podríamos rendirle es hacerle hablar a él, ahora que ya no puede hacerlo y precisamente sobre este tema de la amistad que ejerció siempre hospitalariamente como un viejo hidalgo de Extremadura. He aquí el poema que encabeza el último de sus libros, Ciento volando:*

Amigo:

Bien venido hasta mi puerta.

No sé por qué caminos has llegado  
ni si vienes de paso y con presura  
o deseas sentarte en mis umbrales.

Ignoro si la vida te regala  
o si el dolor te aflige, como a tantos.

Como quiera que sea, y si es tu gusto,  
ven adentro que, si mi casa es pobre,  
tiene alto el dintel y no es preciso  
agachar la cabeza para honrarla.

Tengo pan en la cesta y agua viva,  
de manaderos, en la cantarera;  
tengo leña de encina y un escaño  
en donde reposar junto a la lumbre.

Apenas tengo más y eso te ofrezco  
para si quieres, luego, compartirlo  
en paz y como Dios dice que se haga.

Y que El te guarde, hermano, y te acompañe.

*El resto de sus rasgos biográficos los encontrará el lector en la crónica de nuestros compañeros de redacción. Nosotros querríamos decir muchas cosas más de José Canal Rosado, pero no queda espacio, ni tampoco tiempo, porque «ALCÁNTARA», la entrañable revista que Pepe fundara, se nos marcha también en este pecador Diciembre. Se apagó la última Llama de capuchina de su preclaro ingenio. Creemos que en sustitución se habrá encendido una, viva e imperecedera, allá en lo Alto...*

Carlos CALLEJO





# ALCÁNTARA



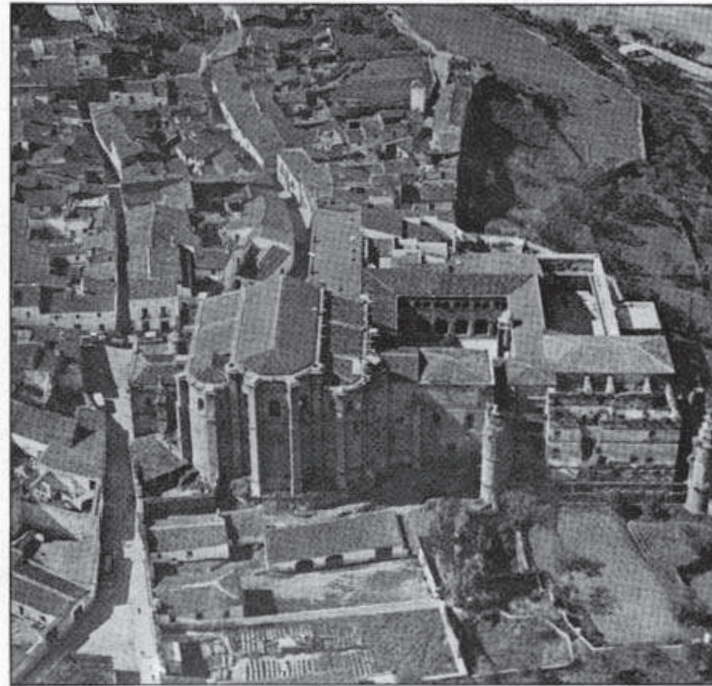
ÉPOCA II

1981

Núm. 13

## ALCANTARA-BROZAS-GARROVILLAS-ARROYO DE LA LUZ

El oeste de la provincia cacerña posee cuatro unidades monumentales que merecen, por sí solas una visita especial del curioso viajero. Destaca entre todas, cerca de la frontera portuguesa, la villa de ALCANTARA, fundada por los árabes al lado del famosísimo puente romano, quizá la mejor construcción en su especie que se conserva en todo el ámbito del que fue vasto Imperio. Es un monumento vivo, o sea que sigue, al cabo de diecinueve siglos, prestando el servicio para el que fue construido, pasando hoy por él la carretera que va de Cáceres a Portugal, como en su época sirvió a la calzada que enlazaba Norba y Mérida con la parte norte de la antigua Lusitania. Durante siglos, esta magna construcción ha sido pasmo de críticos y estudiosos por lo proporcionado y armónico de su traza y por la acertada y bella solución dada al difícil problema de franquear el Tajo entre cantiles de setenta metros de altura. Tiene una copiosa bibliografía, que arranca del siglo XVI y termina por ahora en el meritorio trabajo «El puente de Alcántara en su contexto histórico», del académico A. Blanco Freijeiro, pasando por Ambrosio de Morales, Torres y Tapia, el padre Flórez, Mont Faucon, Ponz, Laborde, Viu, Hubner, que se ocupó de él varias veces, y J. R. Mélida. El autor de estas líneas pudo verlo y fotografiarlo en seco en 1969, comprobando la admirable y simple disposición de sus dos grandes pilares centrales sobre la piedra lisa, según puede verse en la revista «Archivo Espa-



ñol de Arqueología», de 1970. El puente fue construido en el año 106 de J.C., época del gran emperador español M. Ulpio Trajano, por el arquitecto Julio Lacer, sufragándolo once municipios lusitanos cuyos nombres figuran en una inscripción que hay en el arco triunfal que se levanta en el centro del puente. A lo largo de los siglos, y por efecto de las guerras, ha sufrido graves daños o derribos parciales, remediados en inteligentes reconstrucciones, la última en tiempos de Isabel II, y hoy continúa mostrándose en toda su majestad.

El interés de Alcántara no acaba con el puente, habiendo en la villa, por lo menos, otras dos unidades artísticas de primer orden. Una de ellas es el

templo románico de Santa María de Almozóvar —que ésta debe ser hoy su verdadera grafía—, uno de los pocos que de este estilo conserva la provincia, tardíamente reconquistada. Data del siglo XIII y tiene en su fachada principal una interesante portada con tres arquivoltas de medio punto festoneadas y apoyadas sobre capiteles foliáceos. En su interior puede verse el enterramiento del comendador fray Antonio Bravo de Jerez, con estatua yacente sobre sarcófago marmóreo de labor plateresca. El otro monumento brillante es el Conventual de la Orden Militar de Alcántara, de lo cual lo más notable es la iglesia dedicada a San Benito. Por el exterior, en la parte de los ábsides, puede ad-



mirarse el escudo imperial de Carlos V fastuosamente labrado en piedra. El interior, muy amplio y luminoso, es gótico por su construcción y crucerías, y plateresco en los detalles de sus capillas; la obra se debe al conocido arquitecto del siglo XVI Pedro de Ibarra. Entre los enterramientos en las diferentes capillas, está el de fray Nicolás de Ovando, comendador de Alcántara y primer gobernador español del Nuevo Mundo.

Antes de llegar a Alcántara se encuentra la villa de BROZAS, a la que ha inmortalizado su ilustre hijo el humanista y literato Francisco Sánchez «el Brocense». Brozas fue encomienda mayor de la Orden de Alcántara y en ella puede admirarse la monumental iglesia de Santa María, en sillería de granito y estilo gótico, aunque la portada de la gran fachada principal es plateresca en arco de medio punto, con tres grupos de archivoltas rodeadas de florones y entre dos pináculos esbeltos. Esta portada y el ventanal superpuesto parecen un intento de elevar a estilo arquitectónico completo una modalidad que fue puramente decorativa como el Plateresco. El interior es asimismo magnífico, con crucerías góticas sobre altas y esbeltas pilastras y cuajado de escudos nobiliarios, los cuales abundan también en los palacios antiguos que salpican la villa, donde puede leerse un largo repertorio de heráldica.

Desde Brozas puede irse por carretera a GARROVILLAS, tercer hito del cuadrilátero monumental del occidente de la Alta Extremadura. Es un pueblo muy típico y como dormido en su pintoresco arcaísmo, por lo cual ha sido elegido varias veces como escenario de pelícu-

las de época, a causa del encanto de sus viejas calles y de sus plazas porticadas, con galerías y arcos en los pisos principales. En su recinto puede admirarse la parroquia de San Pedro, de generosas proporciones, con planta de tres naves. La portada, de un gótico tardío, tiene arco ojival sobre pilares bajos, y sobre ella hay un entablamiento heráldico con salientes ménsulas y el lirio de la virgen entre dos escudos cuajados de emblemas. La torre es magnífica, cuadrada y toda de sillería, timbrada también con bellos



escudos. La iglesia de Santa María de la Consolación fue construida por Francisco González en 1520. Más sencilla que la anterior, tiene una noble portada con archivoltas entre pináculos y encima una ventana asimismo con archivoltas y abertura bífora. El retablo es neoclásico, con muy estimables tallas. Hay, además, varios conventos, destacando en el de

Nuestra Señora de la Salud un bello retablo churrigueresco.

ARROYO DE LA LUZ es la más cercana a Cáceres de las cuatro nobles villas del Oeste. Su iglesia parroquial, en el centro de una gran plaza, es impresionante por su tamaño y valiosa por su contenido. La portada se asemeja a las de Brozas y Garrovillas, de un gótico refundido en el Plateresco, con archivoltas de medio punto, pináculos y un triple arco conopial que lo corona todo. Pero lo más valioso de ella es el retablo, de grandiosa traza plateresca, con tres cuerpos y cinco calles, albergando en los cuatro de los lados uno de los más representativos lotes pictóricos de Luis de Morales, «el Divino». Las veinte tablas, recientemente restauradas, forman un conjunto difícilmente superable en la obra del místico pintor badajocense. En la calle central, los cuadros están sustituidos por esculturas de bulto, con las representaciones de la Coronación de la Virgen, la Trinidad y un Calvario en la hornacina más alta; son también esculturas de gran mérito del siglo XVI.

Este interesantísimo polígono de arte monumental puede recorrerse en un solo viaje. Disponiendo de algún tiempo más, la visita puede extenderse a Valencia de Alcántara, alegre población fronteriza con una monumental iglesia que lleva el nombre gálico de Roqueamador, en la cual se conserva otro de los más bellos cuadros de Morales, representando a la Virgen con los Santos Juanes. Su campiña está llena de dólmenes y de restos romanos.

Lea

ALCANTARA

Carlos CALLEJO  
SERRANO  
C. de la Real  
Academia de la Historia